



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Figuración y transfiguración del sujeto en *Netchaiev ha vuelto*, de Jorge Semprún

Tesis

**Que para optar por el grado
de: DOCTOR EN LETRAS**

Presenta:

Sebastián Cruz Luna Muñoz

Tutor:

Dr. Armando Pereira Llanos
Instituto de Investigaciones
Filológicas

Ciudad de México, junio de 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES

1. LA OBRA Y EL AUTOR

1.1. Las dos vertientes de la narrativa sempruniana

a) La “ficción testimonial”

b) La “ficción ideológica”

1.2. Semprún, un escritor hispanofrancés

2. LA NOVELA

2.1. Una novela ideológica

2.2. Una novela de padres e hijos

3. LA TESIS

3.1. Organización de los capítulos

MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO ()

1. EL SUJETO DEL INCONSCIENTE

1.1. El retorno a Freud

1.2. El yo no es el sujeto

1.3. El sujeto es sujeto del discurso

1.4. El sujeto es sujeto del deseo

1.5. El sujeto ideológico como presupuesto del sujeto del inconsciente

1.6. El ser del sujeto se llama *objeto a*

1.7. Los tres registros de la estructura del sujeto: imaginario, simbólico, real

2. EL SUJETO DE LA (CON)CIENCIA

2.1. Un agujero en el que no hay nada que explorar

2.2. Descartes inventa un sujeto

2.3. Las Luces Oscuras

2.4. La luz natural de la razón frente al agujero de lo real

2.5. El estado de certeza

2.6. Un sujeto al que nada le falta

- 2.7. La ciencia es un discurso sin sujeto (y por lo tanto, sin Otro)
- 2.8. Tres imposibilidades del sujeto de la conciencia

3. EL SUJETO DE LA IDEOLOGÍA

- 3.1. El sujeto ideológico de Althusser o la ideología como mecanismo de interpelación
- 3.2. El sujeto ideológico de Žižek o la ideología como fantasía de completud
 - 3.2.1. Ese falso objeto del deseo
- 3.3. El discurso como consistencia o el Nombre del Padre
- 3.4. El sujeto de la ideología sempruniano o la ideología como “libre elección”
 - 3.4.1. De Mayo del 68 a Izquierda Proletaria (o de los adoquines a los discursos)
 - 3.4.2. De Izquierda Proletaria a Vanguardia Proletaria (o de los discursos a los fusiles)
 - 3.4.3. Una historia sempruniana de lealtad y traición

CAPÍTULO 1. LA TRAICIÓN AL PADRE

IMAGEN DE ANTÍGONA

- 1.1. Los resistentes
- 1.2. Alegoría y paralelismo
- 1.3. Los hechos trágicos
- 1.4. Sintagmas de una época
 - a) “El absurdo del mundo”
 - b) “El abandono de Dios”
 - c) “La condena de la libertad”
- 1.5. Los factores de la figuración

BUCHENWALD

- 1.6. Elipsis del infierno
- 1.7. La realidad no es lo real
- 1.8. El reencuentro

CAPÍTULO 2. LA FIGURACIÓN

NIZAN Y NETCHAIEV

- 2.1. Las identificaciones
 - 2.1.1. El flechazo
 - 2.1.2. Las prehistorias
 - 2.1.3. Los tres mosqueteros y una mujer
- 2.2. Los revolucionarios
 - 2.2.1. Izquierda Proletaria
 - 2.2.1.1. Un libreto ineludible
 - 2.2.1.2. Sumergirse en los ambientes obreros
 - 2.2.1.3. Lealtad y traición
 - 2.2.1.4. Mayo como Acontecimiento
 - 2.2.2. Vanguardia Proletaria

CAPÍTULO 3. LA TRAICIÓN AL HIJO

DOCE AÑOS DESPUÉS

- 3.1. ¿Quién traiciona a quién?
- 3.2. Lo *borromeico* de la traición
- 3.3. Guatemala
- 3.4. Un policía aristotélico

CAPÍTULO 4. LA TRANSFIGURACIÓN

4.1. LOS EMPRESARIOS

- 4.1.1. Marc Liliental
 - a) Laloy
 - b) El judío renegado
 - c) El judío de saber y el judío de revolución
- 4.1.2. Adriana Sponti
 - a) Mirada de fuego y espíritu sutil
 - b) La vida con Marc. La vida sin Marc
 - c) La Otra mujer
 - d) Una burguesa del distrito dieciséis

4.1.3. Julien Serguet

- a) El vínculo con España
- b) El Museo del Prado
- c) La Mujer
- d) El coloquio sobre terrorismo
- e) Encuentro en el New Morning

4.2. EL NOVELISTA

- a) El más tímido, el menos cínico
- b) Un hijo del *campo* y de la *Resistencia*
- c) La ruptura con el padre
- d) El Smith & Wesson
- e) Un escritor de novelas racinianas
- f) ¡Escriba una novela sobre terrorismo!

4.3. EL TERRORISTA

4.3.1. Daniel Laurençon

- a) El más sistemático, el más doctrinario
- b) El acto terrorista
- c) “La Organización”
- d) La epifanía israelí
- e) El regreso de Netchaiev

PALABRAS FINALES

DEDICATORIA

Quiero dedicar este trabajo:

A mi hijo Leo, quien nació un poco antes de que yo terminara de escribirlo, y cuya existencia ha venido a mejorar la mía en todos los sentidos.

A Barbara, mi compañera de vida, sin cuyo amor y apoyo moral me hubiera sido imposible terminarlo.

A mis padres, Roberto y Silvia, quienes también me han amado y apoyado incondicionalmente.

A Rodrigo, mi hermano, quien es mi compañero en el mundo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer por este trabajo:

Al Dr. Armando Pereira Llanos, por la confianza que siempre me ha tenido, por la libertad que me dio para escribir la tesis que yo quería y podía escribir.

A la Dra. Cristina Múgica Rodríguez, por su ayuda invaluable y sostenida, y por su amistad.

Al Dr. Víctor Manuel Granados Garnica, por el apoyo que me ha brindado desde los tiempos de la maestría y por su amistad.

A la Dra. Alejandra Amatto Cuña, por su solidaridad ejemplar.

A la Dra. Liliana Fort Chávez, por su ayuda desinteresada y por su amistad.

A todos los amigos que me alentaron con sus comentarios, opiniones y consejos: Homero Cabrera Morgan, Paola Gallo, Horacio Velázquez, Lupita González Trejo, Marco Murillo, Cristina Martín Sarrat, Marcela Capdevila, Jesús Pérez, entre otros....

Ya somos todo aquello contra lo que luchamos a los veinte años.

José Emilio Pacheco

*El ser humano nace culpable.
Los pecados de los padres se cargan a la cuenta de los hijos,
y se pagan por siempre después.*

Néstor Braunstein

PALABRAS PRELIMINARES

1. LA OBRA Y EL AUTOR

1.1. Las dos vertientes de la narrativa sempruniana

a) La “ficción testimonial”

En la narrativa de Jorge Semprún (Madrid, 1923-París, 2011) hay dos vertientes claramente definidas. La primera es la de la “ficción testimonial”, que recoge la experiencia del joven Semprún como resistente español contra la ocupación nazi en Francia y —a raíz de esto— como sobreviviente del campo de concentración de Buchenwald, del que salió en abril de 1945, tras la liberación del campo por las tropas estadounidenses del general Patton. Vale decir que la obra más importante de esta vertiente es *L'écriture ou la vie* (1994) [*La escritura o la vida* (1995)]¹, obra maestra de la así llamada “literatura de los campos”; relato intimista que rebasa —por mucho— el puro testimonio de la experiencia concentracionaria, al modo en que lo hiciera Primo Levi en *Si esto es un hombre* (1947). Además, a diferencia del autor italiano, quien escribió su relato inmediatamente después de su salida del campo de exterminio de Auschwitz, Semprún escribió su relato *cincuenta años después* de su salida de Buchenwald, pues, para él, *escribir el campo* era una empresa literalmente imposible, reñida con el acto de vivir; de ahí la implacable disyuntiva que, medio siglo después, daría título al libro.

b) La “ficción ideológica”

La segunda vertiente es la de la “ficción ideológica”, que recoge la experiencia de Semprún como militante del PCE (primero del Comité Central y después del Comité Ejecutivo), y muy particularmente, la intensa actividad clandestina que llevó a cabo en España, donde, durante muchos años (1953-1962) de innumerables viajes realizados desde Francia con pasaporte falso —bajo el pseudónimo de Federico Sánchez— se encargó de organizar la oposición comunista contra la dictadura de Franco, razón por la cual llegó a ser el hombre más buscado por la policía del régimen, sin ser capturado jamás. De estos avatares dan cuenta la *Autobiografía de Federico*

¹ Los otros tres relatos que componen esta vertiente son: *Le long voyage* (*El largo viaje*, 1963), *Quel beau dimanche!* (*Aquel domingo*, 1980) y *Le mort qu'il faut* (*Viviré con su nombre, morirá con el mío*, 2001).

Sánchez (1977), obra ganadora del Premio Planeta de ese año, y *Veinte años y un día* (2003), únicos relatos que Semprún escribió en su lengua materna, el español. Además, hay otra experiencia importante, aunque mucho más tardía, en la vida de Semprún: su experiencia como ministro de cultura de España, cargo que desempeñó entre 1988 y 1991, durante el segundo gobierno socialista de Felipe González (y el cual estuvo marcado por numerosas críticas y enfrentamientos, pues, por no vivir en España, se decía que Semprún desconocía totalmente el panorama cultural y político del país del que iba a ser ministro). De esa experiencia da cuenta otro relato: *Federico Sánchez vous salue bien* (1992) [*Federico Sánchez se despide de ustedes*, 1993].

1.2. Semprún, un escritor hispanofrancés

Es así que lo testimonial, por un lado, y lo ideológico, por el otro —que es lo mismo que decir: *el campo de concentración* por un lado, y *la militancia y/o la vida clandestina* por el otro— fueron los ejes principales de la vida de Semprún, y por lo tanto, de su imaginación narrativa (en él, quizá más que en ningún otro escritor, existe un vínculo indisoluble entre vida y escritura, entre experiencia y ficción). Así, pudo conformar una de las obras más importantes de la literatura española del siglo veinte, y no sólo por la singular poética que rezuman sus relatos; también porque casi todos ellos los escribió en francés. La lengua francesa —y no la española— fue la lengua literaria de Semprún, aquella que adoptó tanto para vivir como para escribir. Quizá por esto, es un autor mucho más conocido —y por lo tanto, mucho más estudiado— en Francia [y más aún, en Alemania] que en España, donde —como decía su amigo Javier Pradera— “se le percibe, todavía hoy, más como político (es decir, como ex-ministro) que como escritor”. Sin embargo, y a pesar de haber vivido en Francia desde su exilio en 1939 hasta su muerte en 2011, Semprún jamás se interesó en obtener la ciudadanía francesa. Congruente con su identidad híbrida (en lo que a la ciudadanía se refiere, pues Semprún tuvo siempre muchas otras identidades), dispuso que su cuerpo fuera sepultado en Biriadou —una pequeña localidad situada en los Pirineos—, y que su ataúd fuera envuelto con la bandera roja, amarilla y morada de la República Española, pues, pese a haber abandonado la fe comunista para abrazar el liberalismo político y económico, nunca dejó de verse a sí mismo —quizá románticamente— como “un rojo español”.

2. LA NOVELA

2.1. Una novela ideológica

Ahora bien, dentro de la narrativa sempruniana, *Netchaïev est de retour* (1987)² [*Netchaïev ha vuelto* (1988)]³ pertenece claramente a la vertiente de la “ficción ideológica”. Pero no se trata de uno más de esos relatos autobiográficos —o “automitográficos”, como dicen algunos de sus críticos (entre ellos su envidioso hermano menor, Carlos Semprún)— con los que Jorge Semprún creó su propio personaje a fin de obtener el reconocimiento que deseaba y que, además, merecía. Se trata de una novela en forma; una de las pocas que, de entre toda su producción, se ajustan estrictamente al género. En ella se narra la historia de cinco jóvenes franceses (dos de ellos judíos), que, atravesados por el espíritu de Mayo del 68, y seducidos por el discurso revolucionario que resurge a partir de ese acontecimiento —y hay que decir también, pues no es menos importante: irresistiblemente identificados con los personajes de *La conspiración* (1938), de Paul Nizan, los cuales no son revolucionarios pero pretenden serlo—, deciden abandonar sus estudios en las mejores escuelas públicas de Francia (particularmente la École Normale Supérieure), para sumarse a las filas de la militancia revolucionaria. Primero lo hacen en Izquierda Proletaria (*Gauche Proletarienne*), un grupo maoísta que existió realmente en Francia entre 1968 y 1971, y cuyo cometido principal era enviar a sus miembros, en su mayoría universitarios pequeñoburgueses, a las fábricas de las periferias urbanas, con el objetivo de dialogar con los proletarios y convencerlos de la necesidad de hacer la revolución. [No está de más decir que algunos de esos “gépistes” (por las siglas en francés de *Gauche Proletarienne*: GP) se convertirían después en reputados intelectuales, como el lingüista Jean-Claude Milner, el filósofo André Glucksmann o el psicoanalista Gérard Miller (todos ellos judíos, y no por casualidad: en algún momento veremos por qué el movimiento revolucionario francés de los años sesenta y setenta sedujo particularmente a los jóvenes judíos)]. Pero la aventura de Izquierda Proletaria dura poco tiempo: en 1971 es prohibida por el gobierno de Georges Pompidou, y finalmente disuelta por sus propios dirigentes. Entonces, los personajes de la novela, los cinco jóvenes militantes —todos en “la edad difícil” (veinte años), igual que los cinco personajes nizanianos a los que

² Jorge Semprún, *Netchaïev est de retour*, Paris, Jean-Claude Lattès, 1987. Todas las citas en francés corresponden a esta edición.

³ Jorge Semprún, *Netchaïev ha vuelto*, Barcelona, Tusquets, Fábula, 1988. Todas las citas en español corresponden a esta edición.

emulan—, fundan un nuevo grupo, esta vez leninista, al que ponen el nombre de Vanguardia Proletaria (*Avant-Garde Prolétarienne*), conservando, así, el significante principal de su antecesor, y por lo tanto, el sentido mismo de su lucha. Pero lo cierto es que AP es mucho más radical que GP, pues ya no se trata simplemente de promover la revolución, sino de realizarla. O dicho de otro modo: es hora de sustituir los discursos por los fusiles. Pero, a pesar de esto, a pesar de que empiezan a cometer acciones violentas con el propósito de “despertar la conciencia” de la sociedad francesa, de mostrar la injusticia de la estructura social, nunca llegan a asesinar a nadie [y por esto no llegan a convertirse propiamente en terroristas, como sí les ocurrió, en la realidad, a los militantes franceses de Acción Directa, a los italianos de las Brigadas Rojas, o a los alemanes de las Células Revolucionarias]. De cualquier modo, en 1974, al cabo de tres años de operar en la clandestinidad —una clandestinidad apasionante pero estéril—, llegan al convencimiento de que es necesario cambiar radicalmente de perspectiva, y por consiguiente, de estrategia política, pues, en efecto,

La revolución que habían soñado, que habían visto madurar en el corazón de la sociedad francesa, distaba de estar próxima. De hecho, no llegaría jamás, por lo menos no en la forma en que la habían proyectado, a semejanza de las demás organizaciones extremistas, con ataques frontales bruscos y violentos. Habían analizado mal el significado real del movimiento de mayo del 68, que no anunciaba una revolución de tipo leninista, sino una reformalibertaria del entendimiento político, de las relaciones sociales, de la cultura y de las costumbres en una democracia de masas.

En resumidas cuentas, el nombre que le habían puesto a su organización, Vanguardia Proletaria, simbolizaba perfectamente su error de perspectiva. Pues el momento de las vanguardias había pasado; y el del proletariado en tanto que clase universal, también. En definitiva, ellos mismos señalaban el callejón sin salida donde su empresa se perdía. Había que disolver la organización clandestina, liquidar el aparato militar, volver a encontrar los horizontes abiertos de la sociedad civil, de la democracia política, cuyos valores habían infravalorado tontamente; y más aún: criminalmente.⁴

La révolution dont ils avaient rêvé, qu'ils avaient cru voir mûrir dans les profondeurs de la société française, n'était pas pour demain. Elle n'aurait même jamais lieu, du moins selon le projet qu'ils avaient conçu, à l'instar des autres organisations extrémistes, par les coups de boutoir d'une attaque frontale. Ils avaient mal analysé la signification réelle du mouvement de Mai 68, qui n'annonçait pas une révolution de type léniniste – masses en fusion pour des raisons hétérogènes, mais momentanément unifiées par une avant-garde résolue, minoritaire, forcément autoritaire –, mais bien plutôt une réforme libertaire de l'entendement politique, des rapports sociaux, de la culture et des mœurs dans une démocratie de masse.

En fin de compte, le nom qu'ils avaient donné à leur organisation, Avant-Garde prolétarienne, symbolisait parfaitement leur erreur de perspective. Car le temps des avant-gardes était révolu ; celui du prolétariat comme classe universelle également. En deux mots, ils désignaient eux-mêmes l'impasse où leur entreprise se fourvoyait. Il fallait dissoudre leur organisation clandestine, liquider l'appareil militaire qu'ils avaient commencé

⁴ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 47-48.

à mettre sur pied en vue d'actions violentes, retrouver le grand large de la société civile, de la démocratie politique, dont ils avaient sottement –criminellement ? – sous-estimé les valeurs et la vitalité.⁵

Así pues, todos aceptan que la aventura revolucionaria ha terminado. Todos excepto Daniel Laurençon, quien se hacía llamar *Netchaïev* debido a su admiración por Serghéi Genádievitch Netcháïev, un anarquista-nihilista ruso del siglo diecinueve que escribió el *Catecismo revolucionario* (1869), y quien es considerado el prototipo del terrorista moderno. Daniel se opone violentamente a la autodisolución de AP y les reprocha a sus compañeros su pusilanimidad; él quiere continuar por la vía de la lucha armada, y del terrorismo, si es necesario: “¿qué clase de revolucionarios son ustedes —les grita— si les da miedo el terrorismo?”. No queda más remedio que “neutralizarlo” (tal es el eufemismo que utilizan). Y este acto expiatorio, esta *traición* [independientemente de si está justificada o no], es lo que les permitirá redimirse, o lo que es lo mismo: adaptarse plenamente al sistema —democrático y capitalista— que antes combatían; y no sólo eso: adoptar, triunfantemente, la figura emblemática de ese sistema: la del empresario. Sólo uno de ellos, Elie Silberberg, a quien nunca le ha interesado el éxito tal como es concebido en las sociedades occidentales —es decir, fundamentado en el poder y el dinero—, adoptará una figura distinta, marginal: la del escritor. Así lo refiere el narrador sempruniano, ya desde las primeras páginas:

De todo el grupo de extrema izquierda de Vanguardia Proletaria al que todos habían pertenecido, Elie Silberberg era el único que no había alcanzado el éxito social. Tampoco lo había buscado: no le había interesado nunca. Los otros, en cambio, habían terminado por dominar esa sociedad que habían querido destruir. O por lo menos cambiar de arriba abajo. Habían puesto en el éxito tanto empeño como habían puesto antes en su voluntad de cambio; y habían conseguido poder y dinero. Pero Silberberg había vivido casi marginado, escribiendo libros para un público refinado y selecto, bajo pseudónimo.⁶

Du groupe d'extrême gauche de l'Avant-Garde prolétarienne dont ils avaient tous fait partie, Élie Silberberg était le seul qui n'avait pas connu de réussite sociale. Il ne l'avait pas cherchée, d'ailleurs : ça ne l'avait jamais intéressé. Les autres, ils avaient fini par maîtriser cette société qu'ils avaient voulu détruire. Changer de fond en comble, du moins. Ils avaient mis dans leur réussite autant de passion qu'avant dans leur volonté de changement ; ils y avaient conquis du pouvoir et du fric. Mais Silberberg avait vécu dans les marges, en écrivant des livres pour lecteurs raffinés, triés sur le volet.⁷

⁵ *Netchaïev est de retour*, pp. 56-57.

⁶ *Netchaïev ha vuelto*, p. 15.

⁷ *Netchaïev est de retour*, pp. 13- 14.

Pero doce años después, el 17 de diciembre de 1986 [el día en que transcurre el presente del relato], ellos, los antiguos revolucionarios, se enteran de que Daniel Laurençon, alias *Netchaiev*, no murió asesinado, tal como ellos habían previsto (el sicario que contrataron para ejecutarlo desistió en el último minuto), y que, de hecho, ha regresado, y muy probablemente para vengarse.

Ahora bien, hecha la sinopsis de la novela, se hacen evidentes los procesos de *figuración* y *transfiguración del sujeto* a los que nos referimos en el título de esta investigación. De lo que se trata, en efecto, es de describir y explicar, es decir, de *interpretar* este fenómeno mutativo de los personajes semprunianos —de revolucionarios a empresarios (Marc Liliental, Adriana Sponti y Julien Serguet); a escritor (Elie Silberberg); y a terrorista (Daniel Laurençon)—, el cual no es simplemente ideológico, sino *subjetivo*, en el sentido lacaniano del término; y más aun: *figurativo*, dado que los personajes de *Netchaiev ha vuelto*, tomados precisamente en su dimensión de sujetos, adoptan esas figuras —y por supuesto, el discurso que ellas comportan: el discurso revolucionario; el discurso capitalista; el discurso literario y el discurso terrorista— para darse una existencia, o mejor dicho, una consistencia en el Otro (el Orden simbólico/discursivo) que es inmanente a todo sujeto.

Es así que, a partir de las categorías lacanianas de *sujeto* y de *Otro* que marcan la sujeción constitutiva del ser humano al lenguaje, y por lo tanto, al discurso —y que, por esta razón, son epistémicamente opuestas a la categoría tradicional de *individuo*, el cual, por ser “libre y autónomo”, no está sujeto al Otro, es decir, no está dividido—, vamos a postular tres sujetos distintos: el sujeto del inconsciente (que es el sujeto propiamente lacaniano); el sujeto de la (con)ciencia (que es el sujeto propiamente cartesiano); y el sujeto de la ideología (que es el sujeto propiamente sempruniano) [con un antecedente de éste, que es el sujeto ideológico althusseriano], todos los cuales conforman una suerte de palimpsesto, pues cada uno da cuenta de esas tres dimensiones —necesariamente lingüísticas (o “lenguajeras”, como prefiere decir Lacan), y por lo tanto, discursivas— de la subjetividad: el inconsciente, la conciencia y la ideología.

2.2. Una novela de padres e hijos

Ahora bien, *Netchaiev ha vuelto* no es solamente una novela ideológica; también es una novela de padres e hijos; y también, una novela policial. Estos tres niveles o planos conforman una estructura —la estructura misma de la novela—, y son indisociables en el devenir de la historia que en ella se cuenta. Sin embargo, hemos excluido este último plano —el de la intriga policial— de nuestro abordaje (lo abordamos muy tangencialmente, en todo caso), por constituir un universo temático ajeno a nuestros propósitos [un estudio de *Netchaiev ha vuelto* como novela estrictamente policial, merecería un trabajo aparte]. De modo que, es el segundo plano —el de las relaciones paterno-filiales— el que hará contrapunto al primero —el de la ideología— en nuestro trabajo de investigación, cuyo tema es la subjetividad, o más propiamente, el sujeto y sus figuras: la del revolucionario, la del empresario, la del escritor y la del terrorista; pero, también, y no menos importantes, la del padre y la del hijo.

En tanto que novela de padres e hijos, *Netchaiev ha vuelto* explora —si bien con distintos grados de profundidad— la relación que los personajes principales tienen con su padre: 1) en el caso de Daniel Laurençon, esta relación está marcada por su filiación póstuma (su padre, Michel Laurençon, murió por las secuelas de su deportación al campo de concentración de Buchenwald, y Daniel no llegó a conocerlo), y por la historia hamletiana que se derivó de este hecho (ese padre muerto fue sustituido, en el lecho conyugal, por el mejor amigo de éste, Roger Marroux, quien pasó a ser, por consiguiente, el padrastro de Daniel); 2) en el caso de Elie Silberberg, esta relación está marcada por el comunismo recalcitrante (franco estalinismo) de su padre, David Silberberg, con quien, en parte debido a fuertes divergencias ideológicas, no podrá finalmente reconciliarse; 3) en el caso de Julien Serguet, esta relación está marcada por los legados simbólicos de su padre, Robert Serguet (antiguo comunista él también; y reconocido profesor de literatura), entre los cuales se cuentan una inmarcesible fascinación por el Museo del Prado, de Madrid (y muy especialmente por *Las Meninas*, de Velázquez) y por la lengua española, que domina a la perfección; 4) en el caso de Adriana Sponti, nada se dice sobre la relación con su padre; sólo se dice que es nieta de un comunista italiano refugiado en Francia desde los años veinte; 5) en el caso de Marc Liliental, la relación no con su padre, sino con tribu, con su etnia judía, está marcada por el desprecio y por la renegación de los suyos; razón por la cual no habrá, en su caso, reconciliación, sino ruptura y reinvención.

Ahora bien, la más importante de esas relaciones paterno-filiales, la que constituye el núcleo mismo de la historia, es la de Daniel Laurençon y su padre, Michel Laurençon. Tanto el destino del padre como el del hijo tienen un trágico punto en común: *la traición*, tópico sempruniano por excelencia, que no existe sin su contraparte: *la lealtad*⁸: si a Michel Laurençon lo traiciona *post mortem* su mejor amigo, su compañero en la Resistencia, Roger Marroux, al venir a ocupar su lugar de esposo (de Juliette Blainville) y de padre (de Daniel Laurençon, razón por la cual Marroux se convertirá en su padrastro), a Daniel Laurençon lo traicionan sus amigos, sus compañeros de Vanguardia Proletaria, Marc Liliental, Adriana Sponti, Julien Serguet y Elie Silberberg, por negarse a abandonar la lucha revolucionaria.

3. LA TESIS

3.1. ORGANIZACIÓN DE LOS CAPÍTULOS

Hemos trazado, así, las coordenadas de lo que será nuestro estudio propiamente dicho, esto es: el estudio de los procesos de figuración y transfiguración de cada uno de los cinco sujetos semprunianos, *los cuales son, a un tiempo, sujetos del inconsciente, sujetos de la (con)ciencia y sujetos de la ideología, y no individuos en el ejercicio pleno de su autonomía y de su libertad, como pretenden, implícita y explícitamente, el narrador y el autor* [tal es nuestra tesis, y para sostenerla es que hemos elaborado un largo marco teórico-histórico-metodológico], en el contexto de la historia de lealtad y traición que se proyecta en la novela; una historia que, si bien involucra a todos los personajes, es la historia de Daniel Laurençon y la de su padre, Michel Laurençon, ambos traicionados, en momentos y de modos distintos, por sus mejores amigos: aquellos con quienes habían compartido la felicidad de los años estudiantiles, y más tarde, la dignidad del combate en la Resistencia y/o la pasión de la lucha revolucionaria. Es por esto que vamos a dedicar a ellos, los Laurençon, protagonistas indiscutibles de la historia, sendos capítulos: “La traición al padre” (cap. 1) y “La traición al hijo” (cap. 3), cuyos contextos históricos son, respectivamente, la época de la ocupación nazi en Francia (1940-1944) y los años siguientes (hasta 1948), y la época del izquierdismo revolucionario posterior a Mayo del 68 (hasta 1974). Los otros dos capítulos –de

⁸ No es casual que la biografía más importante que se ha escrito sobre Jorge Semprún tenga precisamente ese título: *Lealtad y traición: Jorge Semprún y su siglo*, por Franziska Augstein, Barcelona, Tusquets, 2012.

un total de cuatro— los vamos a dedicar a los procesos de los cinco sujetos semprunianos (incluido, nuevamente, Daniel Laurençon): “La figuración” (cap. 2) y “La transfiguración” (cap. 4), cuyos contextos históricos son, respectivamente, la época (ya mencionada) del izquierdismo revolucionario de los años setenta, y la época de la normalidad democrática bajo el primer gobierno de François Mitterrand (1981-1988), pues el presente del relato transcurre en 1986, año en que vuelve *Netchaiev*. Esta estructura *trenzada* del *corpus* (por la disposición alternada de los capítulos) nos va a permitir, por un lado, abarcar los tres momentos históricos en los que se desarrolla la historia sempruniana —uno de los cuales incluye *el campo de concentración*, tópico infaltable en una novela de Semprún, y por lo tanto, en un trabajo sobre su novelística—; y por otro, establecer las correspondencias entre la historia de lealtad y traición y los procesos subjetivos de figuración y transfiguración, toda vez que *es ella, la historia, la que los motiva*.

MARCO TEÓRICO-HISTÓRICO-METODOLÓGICO

1. EL SUJETO DEL INCONSCIENTE

1.1. El retorno a Freud

El punto de partida es el *sujeto del inconsciente*, una categoría epistémica que Jacques Lacan elaboró a lo largo de casi treinta años de enseñanza (1953-1979), en el marco de lo que él denominó como “el retorno a Freud”. En esos seminarios —los cuales serían “establecidos” como textos y editados de manera póstuma⁹— Lacan criticaba las teorías que se habían vuelto hegemónicas en el psicoanálisis de la época. En primer lugar, la concepción simplista de la subjetividad que postulaba la “psicología del yo”, escuela comandada por Anna Freud, de la que Rosario Herrera Guido hace el siguiente resumen:

La psicología del yo, escuela hegemónica en la International Psychoanalytical Association (IPA) —institución que había sido creada por Freud para preservar su enseñanza de los enemigos y distorsionadores de su discurso, y de la cual Lacan había sido expulsado en 1953 (*excomulgado*, decía él, pues consideraba a la IPA como una cofradía religiosa perrechada contra el inconsciente)—. Esta escuela se autoriza en una lectura distorsionada del modelo estructural freudiano expuesto en *El yo y el ello* (1923), que comprende las instancias *ello*, *yo* y *superyó*. Se trata de un texto en el que se le supone un papel crucial al yo como mediador entre las demandas conflictivas del *ello* (pulsional), del *superyó* (moralista) y de la realidad exterior. El libro de Anna Freud, *El yo y los mecanismos de defensa* (1936), es un texto centrado en el yo, cuya tendencia consume *La psicología del yo y el problema de la adaptación* (1939), de Heinz Hartmann, un manual de la psicología del yo. Se trata de una psicología importada por los Estados Unidos a los analistas austríacos que emigraron en 1930 y que cautivó a los norteamericanos tanto como a los ingleses. De esta escuela, Lacan criticó los conceptos de *adaptación* y de *yo autónomo*, como antitéticos al psicoanálisis. Pero la corrosiva crítica de Lacan puso entre paréntesis la pretensión de que la *psicología del yo* siguiera siendo identificada con el psicoanálisis clásico.¹⁰

En segundo lugar, la tesis de un inconsciente “objetal”, también en relación a un “yo”, que es el fundamento teórico de la escuela creada por Melanie Klein. De las críticas de Lacan a esta escuela, Herrera Guido extracta lo siguiente:

El psicoanálisis kleiniano, de la escuela fundada por la austríaca Melanie Klein, surge en Londres en los años cuarenta, en oposición a la escuela de Anna Freud, a la que se adscriben Hanna Segal, Herbert Rosenfeld y Wilfred Bion, entre otros. Es una escuela a la que Lacan le opone la lectura de Freud “al pie de la letra”. Las críticas de Lacan a esta escuela pueden resumirse como sigue: a) el énfasis en la madre y *el descuido del papel simbólico y legal del padre*; b) la concepción del fantasma sólo en el orden imaginario; c) El desarrollo temprano

⁹ De ahí que la de Lacan haya sido, fundamentalmente, una enseñanza oral.

¹⁰ Rosario Herrera Guido, *Po(ética) del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 2008, pp. 134-135.

del complejo de Edipo, ya que todo debate sobre la fecha es fútil, pues no se trata de una etapa del desarrollo, sino de una estructura permanente de la subjetividad; d) las incursiones en las áreas preverbales del inconsciente, *pues Lacan lo concibe estructurado como un lenguaje*; e) el estilo interpretativo de Klein, por silvestre, brutal y paranoico.¹¹

En tercer lugar —y dentro de la misma corriente anglosajona del psicoanálisis— la ingenuidad de la “teoría de las relaciones objetales”, defendida y practicada, entre otros, por Donald Winnicott, y que la misma Herrera Guido abrevia de este modo:

La teoría de las relaciones objetales, núcleo de la escuela representada por Ronald Fairbairn, Donald Winnicott y Michel Balint, miembros de la British Psycho-Analytical Society, pone el acento en el objeto y no en las pulsiones. La crítica de Lacan se centra en el supuesto de una relación plenamente satisfactoria entre el sujeto y el objeto, pues para los seres humanos no existe ninguna armonía preestablecida entre la necesidad y el objeto que la satisface. El error es concebir el objeto como satisfactorio, ya que se confunde el objeto del psicoanálisis con el objeto de la biología *y se descuida la dimensión simbólica del deseo*, con consecuencias desastrosas, ya que las metas del análisis son las “relaciones objetales maduras” y el amor genital (ideales de un moralismo delirante).¹²

Lacan pensaba que estas escuelas, que se denominaban a sí mismas como “posfreudianas”, habían traicionado el legado de Freud en su premisa más esencial: *la división constitutiva del sujeto por el inconsciente*; algo que Freud llamaba, en sus propios términos, *Ichspaltung* (escisión/división del yo), pues el concepto de sujeto, como tal, no existe en el texto freudiano. Ellas se proponían, en efecto, reparar esa “anomalía”, tratando de unificar a toda costa ese yo dividido: la primera, adaptándolo a la realidad (mediante su homeostasis con el entorno); la segunda, reconciliándolo con sus “objetos internos” (por la vía del amor); y la tercera, haciéndolo madurar hasta el punto de alcanzar la satisfacción y la armonía con otro yo (una dimensión imaginaria que, como subraya R. Herrera Guido, lo aleja de la dimensión simbólica de su deseo; un deseo que, para Lacan, es sobre todo la asunción de una falta constitutiva, estructural, que no es propia del yo, sino del sujeto).

¹¹ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, pp. 134-135. Las cursivas son nuestras.

¹² *Ibíd.* Las cursivas son nuestras.

1.2. El yo no es el sujeto

Y es que, ya desde uno de sus primeros escritos, “El estadio del espejo como formador de la función del yo (*je*) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”¹³, Lacan había hecho el distingo fundamental entre el sujeto y el yo. El yo, en efecto, es un *espejismo* que surge a partir del descubrimiento, por parte del *infans*, de su imagen reflejada en el espejo. Se trata de una imagen unificada y completa que él obtiene de sí mismo en un tiempo en que aún no alcanza la madurez psicomotora y que lo saca, *imaginariamente*, de su vivencia real de fragmentación. Este hallazgo lo llena de júbilo, al punto de que llega a enamorarse efectivamente de su imagen especular (narcisismo primario). Es el momento en que el Otro (el padre o la madre) sanciona esa representación diciéndole: “mira, ese eres tú”. Pero, ¿qué queda por fuera de esa *imago* producida por el espejo a la que el niño llama “yo”, (un yo que —como dice Néstor A. Braunstein— “está necesariamente desfasado con respecto a lo que él puede percibir de sí mismo (...) pues el sujeto no puede asimilarse lisa y llanamente con su imagen especular”¹⁴)? El cuerpo, nada menos: el cuerpo con sus “pulsiones parciales”, que no son susceptibles de unificación¹⁵. También queda por fuera el inconsciente como matriz simbólica del sujeto, es decir, como “el discurso del Otro” —tal es el axioma de Lacan— que lo constituye al mismo tiempo que lo divide de sí mismo (desarrollaremos este punto en el siguiente apartado). Por lo pronto, lo que hay en este momento crucial de la constitución de la subjetividad, denominado por Lacan como “el estadio del espejo” (*le stade du miroir*), es una imagen a la que se identifica como “yo”; una imagen que —y esto es acaso lo más importante de todo—, es equivalente, en su unificación y completud, a la imagen que se tiene del semejante. De ahí la premisa fundamental de que el yo se constituye por identificación imaginaria con otro yo en el marco de una relación especular que es el fundamento mismo del lazo social. En la línea dura de la crítica lacaniana al yo, o mejor dicho, de su deconstrucción teórica, el mismo Braunstein escribe lo siguiente:

¹³ En *Escritos 1*, México, Siglo XXI, 2009, pp. 99-105. Este texto, capital para el desarrollo de la teoría psicoanalítica en su conjunto, fue originalmente una “comunicación” que Lacan presentó en el XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis, en Zurich, el 17 de julio de 1949.

¹⁴ Néstor Braunstein, *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*, México, Siglo XXI, p. 146.

¹⁵ Pues no es verdad que las pulsiones parciales, tal como las caracterizó el propio Freud, (oral, anal, fálica y genital) conformen una secuencia, es decir, sigan un “desarrollo” libidinal, como pretenden los teóricos anglosajones del psicoanálisis siguiendo esta tesis errónea de Freud. Las pulsiones parciales —como lo vio incluso Melanie Klein— son simultáneas y no son susceptibles de unificación (no podrán jamás unificarse y alcanzar la pretendida “madurez genital” que supondría el fin de la conflictiva sexual humana y el inicio de la imposible armonía entre los sexos).

El Yo es el resultado de una alienación del sujeto en la imagen y en la palabra de otro. Es y será siempre una función imaginaria, excéntrica al sujeto, que pretende y pretenderá hacerse pasar como su núcleo. Núcleo que no puede corresponder a ninguna representación de sí, pues el eje de la vida del sujeto está fuera de él, en el mundo de la palabra, en el Otro. Allí donde se distribuyen los lugares de sujeto y se delimitan las alienaciones imaginarias que a cada uno corresponde según las coordenadas que venga a ocupar en el deseo de los demás y como consecuencia de su deseo de ese deseo.

Ahora bien, en todo este procesamiento teórico puede verse el apartamiento freudiano de la ideología oficial y el retorno de esa ideología reaccionaria (“el yo es la teología de la libre empresa”) en el discurso de quienes pretenden ser sus continuadores. El Yo no es estructurante del mundo objetal como pretende el psicoanálisis hoy oficial, *el Yo está estructurado por el mundo simbólico en el que el hablante viene a insertar su palabra*. El Yo es un objeto de ese mundo. No es el sujeto porque el sujeto está excluido del enunciado. El yo es un *shifter*, un eslabón, un punto de embrague de la cadena discursiva, que se origina más allá de él. La palabra “yo” dicha por el analizado es la manera en que él aparece representado en el Otro, en el Orden Simbólico. Y la manera en que aparece representado es siempre la de una pseudo-evidencia de transparencia (“claro, hombre, se lo digo yo”) que oculta la función de obstáculo y de filtro que ese “yo” constituye para el pasaje de la verdad al enunciado. Por eso, porque la verdad del sujeto está filtrada, denegada, oscurecida y disfrazada, —*pero no en el yo*— es que la técnica analítica no podría concentrarse en el Yo sino en el lugar donde esa verdad aparece: en el discurso. *Porque es en el discurso donde el sujeto se manifiesta y es en el discurso donde deben resolverse los espejismos del Yo. Es ahí donde podrá saldarse la cuenta de los rezagos de las múltiples identificaciones de las que el Yo, creyéndose dueño de sí mismo y de su destino, es el resultado.*¹⁶

Por lo tanto, el sujeto está alienado en el yo, que es su representación imaginaria y, también, correlativamente, su “función de desconocimiento” —otro axioma de Lacan en relación al yo— Pero desconocimiento, ¿de qué?: de los determinantes simbólicos de su subjetividad, que no pueden ser sino lenguajeros, *discursivos*, en tanto que es el Otro —que Lacan va definiendo, a lo largo de su enseñanza, como el Orden Simbólico, como la estructura del lenguaje o como el sistema universal de los discursos de la cultura, y que es una instancia que preexiste y subsiste al sujeto (de ahí la mayúscula imprescindible)— el lugar donde el individuo biológico se constituye como ser hablante, o lo que es lo mismo, como *sujeto*, más acá de su yo imaginario, ese yo que pretende ser fuente y origen de su discurso, o lo que es lo mismo, amo y señor de su destino.

1.3. El sujeto es sujeto del discurso

Hemos visto que, contra ese yo unificado y unificante al que aspiraba el *psicoanálisis* ortodoxo y conservador —afín al orden médico en la medida en que persigue desde entonces un ideal de “salud mental”—, Lacan, quien, como sabemos, pasó a ser un hereje de la doctrina, un genio solitario y poco (o mal) comprendido, postuló un sujeto descentrado de sí mismo que regresaba

¹⁶ Néstor A. Braunstein, *op. cit.*, pp. 184-185. Las cursivas son nuestras.

a sus orígenes teóricos y empíricos, es decir, a su división constitutiva por el inconsciente. De ahí la lógica de su nombre: *sujeto del inconsciente*, en el que el genitivo da cuenta de esa copertenencia, o mejor dicho, de esa relación de sujeción que lo divide de sí mismo, que le niega la posibilidad de completarse en un yo plenamente consciente. Al respecto, Rosario Herrera Guido anota lo siguiente:

El concepto de sujeto se encuentra en Lacan desde sus primeros escritos; es un concepto distintivo de su enseñanza que no contempla la obra de Freud. La distinción entre el sujeto y el yo prevalece en Lacan, para quien el yo forma parte del orden imaginario, en tanto que el sujeto pertenece al orden simbólico y no equivale a la sensación consciente de agencia o de intencionalidad, pues estas son ilusiones producidas por el yo, sino al sujeto del inconsciente. Esta diferencia ya estaba en Freud, quien escribió *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*) para mantener la distinción entre el sujeto del inconsciente¹⁷ y el yo, en tanto que el yo está constituido en su núcleo por una serie de identificaciones alienantes. El concepto de sujeto en Lacan responde a los aspectos que no pueden objetivarse (reducirse a cosas). En realidad, Lacan llama sujeto a lo que, en el desarrollo de la objetivación, está fuera del objeto. De ahí que las referencias al lenguaje determinen el concepto que Lacan tiene del sujeto desde 1950.¹⁸

Y es que, en efecto, el sujeto del inconsciente es una criatura de lenguaje en la medida en que el lenguaje es la causa del inconsciente (de ahí el primer axioma de su enseñanza: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”¹⁹). Pero no se trata de un inconsciente universal como el de Jung, sino de un inconsciente que es propio de cada sujeto, y que se produce según el modo singular en que el lenguaje lo ha marcado con sus significantes —y no con sus significados, que corresponden al orden de lo consciente—. Para Lacan, quien toma de la lingüística estructural de Saussure los elementos del signo lingüístico nada más que para invertirlos, el significante tiene primacía sobre el significado en tanto que es el significante lo que define al sujeto del inconsciente en el registro simbólico de la subjetividad, mientras que el significado define al yo de la conciencia en el registro imaginario.

Es por esto que el inconsciente “se estructura como un lenguaje” a partir de los significantes que faltan en el discurso del sujeto, o que son reprimidos de la cadena signifiante mediante la cual él intenta decir su ser en el mundo. Pero ocurre que ningún significante puede decir el ser del sujeto (hay en el Otro del lenguaje un significante que falta); o, como dice Rosario Herrera

¹⁷ Hay que remarcar que el inconsciente y el ello no son equivalentes. De hecho, el inconsciente no coincide con ninguna de las tres instancias de la segunda tópica freudiana: ello, yo y superyó.

¹⁸ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, pp. 167-168.

¹⁹ Jacques Lacan, *Seminario 11*, Barcelona, Paidós, 1981, p. 28.

Guido, “el ser y el sujeto no coinciden; no son uno, sino dos”²⁰. Esto explica que Lacan dijera que lo que él hacía era una *ontologería* —y no una ontología— del sujeto²¹, pues el sujeto del psicoanálisis es un sujeto carente-en-ser (un sujeto que “es ahí donde no piensa”, a diferencia del sujeto de la filosofía, que “es ahí donde piensa”, y del sujeto de la ideología, que “es ahí donde que cree que piensa”), *un sujeto vacío que depende del Otro para ser*, por lo que no puede aspirar a ninguna forma de trascendencia.

Ahora bien, Lacan expresa esta carencia-en-ser, propia del sujeto del inconsciente, mediante la fórmula: $S1-\$-S2$, en la que la \$ representa al sujeto (dividido) que se constituye en relación al Otro mediante la cadena significante, representada por $S1-S2$, cadena que no puede provenir sino de Él, pues el lenguaje es el Otro del sujeto, una estructura que lo preexiste y en la cual el sujeto viene a insertarse. El hecho de que el sujeto quede atrapado, elidido, entre dos significantes, $S1$ (significante “amo”) y $S2$ (significante que “hace cadena” a partir de $S1$), quiere decir que sólo existe (“ex-siste”, escribe Lacan, para remarcar su “fuera de existencia”) a través de ellos para representarse (significarse) ante el Otro, o lo que es lo mismo, para hacerse un lugar en el campo de lo simbólico (de ahí otro axioma fundamental: “un significante ($S1$) representa a un sujeto para otro significante [y no para otro sujeto] ($S2$)”²², pues en el espacio que media entre ambos significantes el sujeto no puede decir: “yo soy ahí”. En otras palabras, el sujeto sólo puede ser algo —alguien— en la medida en que se hace representar por significantes que lo representan para otros significantes, formando una cadena infinita: $S1-S2\dots$; cadena que Lacan, ya muy avanzada su enseñanza, llama “discurso del Otro”, por otro nombre: el inconsciente²³. El inconsciente, resume Rosario Herrera Guido, “es ese Otro que somos, discurso del Otro, deseo del Otro que nos atraviesa y habla a través de nosotros”²⁴. Se trata, por lo tanto, de una alteridad simbólica que es constituyente del sujeto y que pone en su verdadera dimensión la mismidad imaginaria y autoconstituida del yo; un yo que no es otro que ese “individuo racional”

²⁰ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, p. 169.

²¹ Del mismo modo que lo que hacía era una *lingüistería*—y no una lingüística— a propósito del inconsciente. Para Lacan, a quien le gustaba denominarse a sí mismo como un “antifilósofo”, la filosofía es una modalidad de lo que él llama “discurso del amo”, en tanto que la filosofía es un discurso que pretende designar el ser. En cuanto a la lingüística, que se ocupa exclusivamente de los enunciados y no de la enunciación, es decir, de lo consciente y no de lo inconsciente, Lacan decía que le importaba “un bledo”.

²² Lacan elabora su teoría del significante a partir de una idea de San Agustín, quien ya en su tratado *De Magistro* había sostenido que un significante no significa nada, a no ser que otro significante venga a significarlo.

²³ Es en el Seminario 8 donde Lacan postula este axioma fundamental.

²⁴ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, pp. 200 y 220.

que se imagina ser dueño de su discurso (como si la cadena significante partiera de él) y de su deseo (como si el deseo fuera un asunto privado y no una relación dialéctica, o mejor aún, fantasmática, con los deseos de otros sujetos). De esto se colige que el yo de la conciencia (hecho de significados) es un efecto imaginario del sujeto del inconsciente (hecho de significantes), pues el sujeto precede al yo en el proceso de incorporación del cachorro humano en el Orden Simbólico, que es la ley del lenguaje, o para decirlo en términos de Lacan, el *Nombre del Padre* (“nombre” y “no” a la vez²⁵) al que tendrá que sujetarse –de ahí su denominación de “sujeto”– una vez que haya podido sustraerse al *Deseo de la Madre*, instancia primigenia donde no hay “no” sino “sí”, o lo que es lo mismo, donde no hay ley sino goce.²⁶ De modo que, mientras el sujeto es un ente simbólico que no puede decirse a sí mismo, lo que hace que no llegue nunca a ser plenamente, el yo es un falso ser (*un être faux*) que se enuncia sin Otro, una ficción narcisista con la que el sujeto pretende desconocer su alienación originaria (su proceso de constitución por el Otro del lenguaje y del discurso), saturar la hiancia de la que procede, aliviar eso que Kundera llamaba la insoportable levedad del ser.

1.4. El sujeto es sujeto del deseo

Pasemos ahora al otro eje que constituye al sujeto del inconsciente: el eje del deseo, que se articula con el eje del discurso para responder a la pregunta por el ser del sujeto. Al respecto, Rosario Herrera Guido anota lo siguiente:

Si el sujeto surge de su exclusión del lugar donde se encuentra determinado por el significante que lo representa, ¿dónde queda el ser del sujeto? No está en ningún lado. Por eso, entre otras cosas, no deja de interrogar por su ser. A esto se debe que el sujeto se defina como pregunta. Esta es la pasión de los neuróticos (que somos la mayoría). *¿Quién soy? –interroga el sujeto al Otro–, al tiempo que le hace saber su tragedia: que se encuentra exiliado como ser de la cadena significante (...)* Justo porque un significante no significa nada (a no ser que otro significante venga a significarlo), el sujeto se ve confrontado con su carencia en ser, carencia del significante que venga a designarlo y a completar el Orden Simbólico (...)

La pregunta *¿quién soy?* está dirigida al significante amo (S1)²⁷, en la medida en que el sujeto es efecto de este significante; es una pregunta dirigida al significante que divide al sujeto entre S1 (el significante que lo

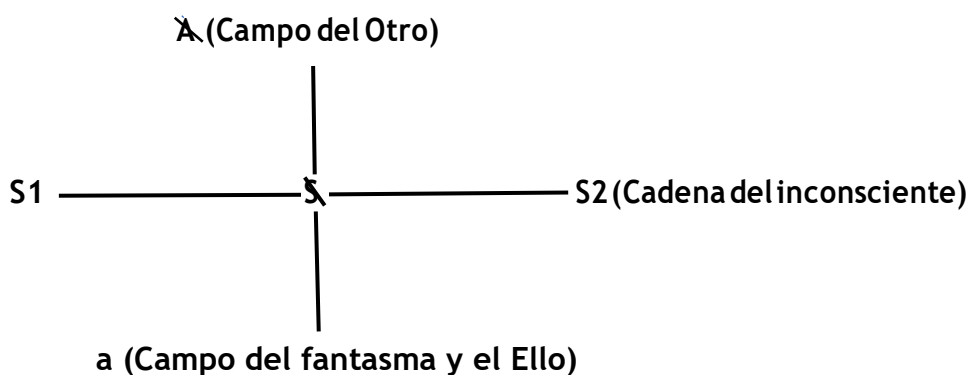
²⁵ En el francés original, *Nom*=nombre es homófono a *Nor*=no. Interdicción del Padre al goce a través del lenguaje.

²⁶ Tal es la operación (que Lacan llama “metafórica” como equivalente a una sustitución) con la que Lacan replantea el complejo de Edipofreudiano.

²⁷ El significante amo (S1), así denominado por Lacan, es un significante que funge como piedra angular de un discurso que nombra un ideal o un absoluto; es un significante orientador por eso es que, como dice Slavoj Žižek, “abre todo un

representa) y un resto que es el objeto *a* y que es el lugar del ser, el lugar donde es y no es representado (...) El sujeto es efecto del significante, pero esta operación deja un resto: el objeto *a*.²⁸

Para observar la relación que guardan entre sí los cuatro elementos que constituyen al sujeto del inconsciente: 1) *el sujeto* (\$); 2) *la cadena significativa o cadena del inconsciente* (S1-S2); 3) *el Otro u Orden Simbólico* (A) y 4) *el objeto a*, nos serviremos del “Grafo del sujeto crucificado” propuesto por Néstor A. Braunstein²⁹. Se trata de una estructura conformada por dos ejes: el eje del discurso (horizontal) y el eje del deseo (vertical), en cuya intersección se encuentra, mortificado como un cristo, el sujeto lacaniano:



En el eje del discurso, vemos al sujeto atrapado entre el significante amo (S1) y el significante que forma la cadena del inconsciente (S2); cadena que, al mismo tiempo que lo produce como sujeto, lo exilia de su ser (de ahí su representación como tachado: \$). En el eje del deseo —que, como veremos, también concierne al goce— vemos al sujeto atrapado entre el Otro (el Orden Simbólico, también tachado debido a su incompletud: A) y el objeto *a*, un “objeto” (Lacan le da ese estatuto) que el sujeto pierde, inexorablemente, al entrar en el Orden Simbólico y en la cadena significativa, en un pasaje que implica, como ya hemos señalado, la sustitución del Deseo de la Madre por el Nombre del Padre —lo que, dicho en otros términos, es la sustitución del goce por la ley, de lo innombrable por el nombre, de la pulsión por la palabra, del “sí” por el “no”, de la natura por la cultura—. Ni qué decir tiene que el precio de esta sustitución, que Lacan llama

campo de significado”; o dicho de otro modo, un significante a partir del cual se organiza un discurso (dominante) al que el sujeto habrá de sujetarse, como Dios, Libertad, Democracia, Revolución, Ciencia, etc.

²⁸ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, p. 198. Las cursivas son nuestras.

²⁹ Citado por Rosario Herrera Guido en *(Po)ética del psicoanálisis*, p. 196.

“metáfora paterna”³⁰, es la castración del sujeto, que no por necesaria dejará de ser su fuente inagotable de malestar, y que, además, será lo que determine su posición subjetiva (neurótica, psicótica o perversa) en relación al Otro de la ley, y por consecuencia, su modo singular de gozar (es decir, de “recuperar” el objeto *a*) como un modo de resarcirse de sus navajazos.

En este sentido, es necesario decir que el objeto *a*, que Lacan define como el “objeto *causa* del deseo” y también como “el objeto *plus* de goce”, es el elemento que viene a dar sentido —a través de una formalización matemática y topológica— a toda su teorización sobre el sujeto del inconsciente, que hasta ahora parecía centrada exclusivamente en el lenguaje. Esto es así por dos razones: 1) en lo que toca al eje del deseo, es la pérdida del objeto *a* lo que permite al sujeto constituirse a partir de una falta (de ahí su incompletud, su condición de deseante en tanto que algo falta —el goce pulsional— en el Orden Simbólico), y 2) en lo que toca al eje del discurso, es la pérdida del objeto *a* lo que instaura para el sujeto la significación fálica en la cadena significante que lo constituye y lo representa (en su condición de hablante); y esto es lo que abre la dimensión del inconsciente como “un pensamiento que se porta sin pensar”; “como una verdad *otra* que atraviesa al sujeto hasta no saber qué dice, pues es el Otro el que habla a través de él, el que *lo habla*”. Esto explica que el inconsciente sea homogéneo al lenguaje; que sea, de hecho, “el discurso del Otro” (la familia, la cultura), que ha tramado con sus significantes la historia del sujeto; mientras que el objeto *a* es lo que el sujeto ha debido perder de sí mismo (“una libra de su propia carne”, dice Lacan) para constituirse en “el deseo del Otro”, pues, correlativamente, es el Otro el que desea a través de él, el que *lo desea*, y esto es así porque —como señala Rosario Herrera Guido— “el deseo no es un asunto privado, sino una relación dialéctica con los deseos de otros sujetos”.³¹ De modo que, si el sujeto del inconsciente, en su doble constitución como “ser hablante” y como “ser deseante”, es un *sujeto trágico* (tal como Lacan llegó a caracterizarlo), es porque nada le pertenece: ni su discurso, ni su deseo; razón por la cual *nunca llega a ser realmente él* en el campo del Otro, único campo posible, ajeno siempre, que incluye el conjunto de los escenarios sociales e institucionales donde ha de transcurrir su existencia de sujeto, pues como anota Braunstein:

³⁰ Y he aquí la preeminencia que Lacan le da al estatuto simbólico y legal del padre en la constitución del sujeto, a diferencia, por ejemplo, de Melanie Klein, para quien el padre tiene un papel irrelevante, por no decir inexistente, no ya en la constitución del sujeto (categoría que ella no contempla), sino en la constitución del psiquismo en el marco de una concepción desarrollista del yo.

³¹ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, p. 245.

El sujeto no llega a serlo por unas experiencias singulares ni por su desarrollo autónomo, ni por la maduración neurológica ni por el despliegue de una libertad esencial, *sino que está constituido como tal a partir de requerimientos emitidos por la estructura social y ejecutados por las instituciones*, por los aparatos ideológicos del estado, siendo los principales en el modo capitalista de producción la familia, la educación, la religión y los medios de difusión de masas.³²

1.5. El sujeto ideológico como presupuesto del sujeto del inconsciente

Es así como nos cruzamos, necesariamente, con el *sujeto ideológico* de Althusser, antecedente lógico y presupuesto teórico (materialista) del sujeto del inconsciente de Lacan en la medida en que el sujeto althusseriano es ya un sujeto constituido *por el discurso y en el deseo* de ese Otro que es el Estado. No hay que olvidar, en este sentido, que una función del Estado (tan solapada como prioritaria) es regular la producción de subjetividad a través de sus aparatos ideológicos: la familia, la educación, la religión y la información³³, a fin de asegurar su viabilidad y permanencia, pues de lo que se trata (de lo que se ha tratado siempre) es de *producir a los sujetos aptos*, esto es, “con el adecuado sistema de representaciones (conciencia) y el adecuado sistema de comportamientos (conducta)”³⁴, para ocupar los lugares que requiere la estructura social (la organización política) a la que pertenece, y para reproducir los discursos que corresponden a esos lugares, todo lo cual —conciencia y conducta, lugares y discursos— conforma lo que globalmente denominamos como *ideología*, sin la cual el Estado —sea capitalista o comunista— es insostenible. Esto nos lleva a formular la siguiente hipótesis: si el sujeto ideológico es la condición del sujeto del inconsciente, o bien, si el sujeto althusseriano queda subsumido en el sujeto lacaniano, es porque la ideología es la instancia que fija las significaciones que alienan (y alinean) al sujeto, conformando lo que para él se presenta como “la realidad”; y asimismo, la que le insufla las creencias, los ideales y los valores —en suma, el discurso del Otro— que le permitirán echar el manto de la ignorancia sobre sí mismo; una ignorancia que, hay que recalcarlo, no es de una cosa en particular, de un hecho olvidado o de un dato faltante de su historia (por lo demás, imaginaria), sino la ignorancia de su estructura de sujeto, o lo que es lo mismo, de su proceso de constitución por el Otro³⁵, lo cual, como ya hemos visto, tiene dos

³² Néstor Braunstein, *op.cit.*, p.74.

³³ Y nosotros añadiríamos —sin dudarlo ni un segundo— a la psiquiatría.

³⁴ Néstor Braunstein, *op. cit.*, p. 145.

³⁵ La ignorancia, decía Lacan, “es la mayor de las pasiones” del sujeto; “mayor incluso que el odio y el amor” que les profesa sus semejantes.

consecuencias fundamentales: 1) la división del yo, o lo que es lo mismo, la *alienación inconsciente* del sujeto en el discurso y en el deseo del Otro (cuadrantes superiores del grafo de la Cruz), y 2) su *falta en ser* (cuadrantes inferiores), que se presentifica por la caída del objeto *a*, un objeto del que, creemos, aún no hemos dicho lo esencial.

1.6. El ser del sujeto se llama *objeto a*

El objeto *a* pertenece al campo de lo que Lacan llama el *goce (jouissance)*, equivalente al *ello* freudiano, que es lo innombrable que remite al silencio de la pulsión. Se trata de un objeto que representa aquello que el sujeto no puede incorporar de sí mismo en la cadena significante o cadena del inconsciente (S1-S2), pues es un hecho que no todo del sujeto puede ser expresado mediante las palabras; hay algo que queda necesariamente fuera de los intercambios simbólicos e imaginarios con los que él se hace existir para otros sujetos. ¿Qué puede ser, entonces, *eso (ça)* que se resiste a ser nombrado; que cae, de hecho, cae de los significantes con los que el sujeto del inconsciente intenta decir su ser y que, por no poder decirlo, demanda al Otro³⁶ que se lo diga? Dado que elegir una palabra para designar esto es imposible, Lacan elige una letra, la *a* minúscula, para oponerla a la *A* mayúscula del Otro, o mejor dicho, para hacer notar que el objeto *a* es, de hecho, lo que le falta al Otro (de ahí su tachadura: A). ¿Y qué puede faltarle al Otro, que parece siempre tan entero, tan sólido y doctoral en sus discursos? Le falta el significante que pueda nombrar el ser del sujeto, pero no del sujeto en general, sino de cada sujeto en particular, de cada sujeto en su singularidad radical, tan desconocida para él mismo como para el Otro. De modo que el ser del sujeto del inconsciente no puede ser otro que el objeto *a*, única “cosa” que no es del Otro sino de sí mismo. Así lo explica Rosario Herrera Guido:

El ser en psicoanálisis se llama objeto a, y es un ser que escapa al significante, se encuentra fuera de las palabras, es el ello que remite al silencio de la pulsión. Es la represión primordial, como innombrable, el ombligo del sueño que escapa a la captura significante, pero que es fundante del inconsciente, donde sólo se despliegan los efectos de la represión secundaria; es la represión propiamente dicha, que supone ese agujero de la represión primordial.³⁷

³⁶ Otro sujeto al que él le supone el saber: el analista.

³⁷ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, p. 198. Las cursivas son nuestras.

Es así, con la introducción del objeto *a* en su teorización sobre el sujeto del inconsciente —que no es, por cierto, un objeto del yo como en la teoría kleiniana—, como Lacan retorna a Freud, o más concretamente, al ello freudiano, no ya como el núcleo pulsional que, en su articulación con el inconsciente como cadena significante³⁸, va a determinar el modo de satisfacción singular de un individuo a lo largo de toda su existencia —modo que, no está de más decirlo, sellará su destino—, sino como una falta a partir de la cual el sujeto se constituye en el campo del Otro; como *una ausencia que, en efecto, no hace más que presentificar su ser*. Ahora bien, no su ser espiritual o arquetípico, a la manera jungiana (algo que, desde la perspectiva de Lacan, sería claramente del orden de lo simbólico-imaginario); y tampoco su ser metafísico, a la manera religiosa (pues la religión y el psicoanálisis son incompatibles³⁹); sino su ser real, que es el que realmente le interesa a Lacan, *y el ser real no es otro que el ser pulsional del sujeto*, ese ser que hubo que sacrificar para entrar en las leyes del lenguaje y la cultura (Orden Simbólico) pero que, indiferente a ese sacrificio, reclama el lugar que le corresponde, insistiendo desde una dimensión que es la del goce. Pero, ¿qué es el goce, en el sentido peculiar que le da Lacan a este vocablo? En principio, es lo que Freud ya había postulado como un “más allá del principio de placer”, es decir, no el placer en sí mismo, no el placer inocente y legítimo que el sujeto ha de procurarse para compensar el displacer de la realidad exterior, sino un placer excesivo, doloroso, que, las más de las veces, llega a ser intolerable. Pero no por intolerable el sujeto dejará de buscarlo y obtenerlo (mediante una obsesión o una adicción, por ejemplo, pero no únicamente) contra todo raciocinio o instinto de conservación, y más aún, contra todo ideal de sí mismo, pues, en efecto, el objeto *a* que él pretende recuperar *gozando* (sin saberlo, por supuesto, pues todo esto es inconsciente) es un objeto de lo real que es opaco —y opuesto, en todo caso— a todo ideal procedente del Otro y a toda imaginería producida por el yo. El goce, por lo tanto, es *eso que insiste*, o mejor aún, *que se afirma* desde una dimensión que el sujeto no comprende (“¿por qué hago lo que hago?”, o, “¿por qué vuelvo siempre a lo mismo?”); de ahí que Lacan lo identifique con la “compulsión a la repetición” (*Wiederholungszwang*), y en última instancia, con la “pulsión de muerte” (*Todestrieb*) freudianas. Es un hecho que, tanto la pulsión de muerte como el goce, se refieren a ese empuje

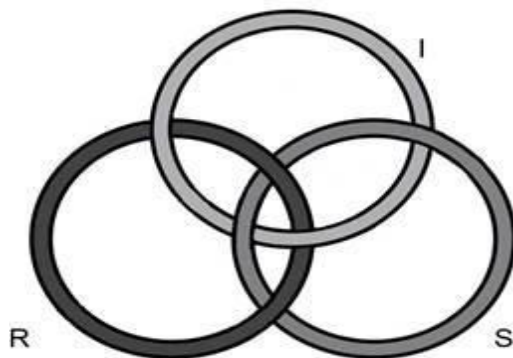
³⁸ De hecho, como señala Domenico Cosenza, “el objeto *a* es el corazón libidinal del funcionamiento del inconsciente como máquina significante”, en *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis*, Madrid, Gredos, 2008, p. 120.

³⁹ Pues mientras que la religión promueve el encuentro del sujeto con el Otro del Otro, es decir, con Dios, el psicoanálisis promueve el encuentro del sujeto con su propia falta, es decir, con el objeto *a*, para que, entre otras cosas, deje de buscar, en vano, lo que *no hay* (la relación sexual, que podemos traducir, provisionalmente, como la complementariedad entre los sexos).

mortífero, *a-semántico*, que lleva al sujeto a autodestruirse, y antes que eso, o simultáneamente, a destruir al otro, su semejante, que, digámoslo, nunca es tan semejante puesto que es portador de diferencias que suponen —con demasiada frecuencia— una amenaza para su identidad; ¿y qué puede ser la identidad de un sujeto sino el conjunto de los significantes (sexo, raza, cultura, religión) en los que se sostiene su “yo”, o mejor aún, su “nosotros”? Digamos, entonces, que el hecho irresistible de gozar —diabólico por cuanto atenta contra lo simbólico, por cuanto le impide al sujeto alcanzar el ideal de sí mismo (y los ideales en general) que el Otro le exige— responde a la necesidad inconsciente de recuperar algo de su ser, de ese ser que procede de la Cosa sobre la cual fue erigida la Cultura, y cuyo resto subjetivo, imposible de objetivar mediante las imágenes o las palabras, mediante los programas o las clasificaciones, mediante el conocimiento mismo, es el objeto *a*.

1.7. Los tres registros de la estructura del sujeto: Imaginario, Simbólico, Real

Si bien hemos explicado, de manera sumaria, los tres registros que conforman la estructura del sujeto: *lo Imaginario (el yo)*, *lo Simbólico (el inconsciente)* y *lo Real (el objeto a)*, no podemos omitir la formalización topológica que de ellos hizo Lacan en lo que fue su última enseñanza⁴⁰. Se trata del *nudo borromeo*, una figura—o mejor, una estructura⁴¹—que consta de tres anillos idénticos e intersecados de tal modo que resulta imposible separarlos.



⁴⁰ Concretamente en su Seminario XIX: “...o peor”, en el que lo presentó por primera vez, y en el Seminario XXII: “RSI”, donde lo desarrolló sin extraer todavía sus últimas consecuencias.

⁴¹ Según se dice, Lacan la tomó de la heráldica de los Borromi (de ahí el nombre), una encumbrada familia romana.

Esta estructura le permitió a Lacan articular los conceptos fundamentales de su enseñanza por cuanto éstos quedan subsumidos en los tres registros: mientras que el yo es imaginario, el sujeto, el inconsciente y el Otro conforman lo simbólico, y el objeto *a* es lo que se presentifica de lo real.⁴² Es así que los registros borromeicos —que, como podemos ver, no mantienen entre sí una relación de sucesión sino de sincronía— no sólo organizan la experiencia del sujeto en el mundo, sino que trazan, en efecto, las coordenadas de su “ex-sistencia” (Lacan lo escribe así para marcar su desfase con el ser); una existencia que, aun sin ser mortificada por el síntoma, está más hecha de alienación que de libertad (pues un sujeto, en tanto que ente social, no existe sino bajo las y los órdenes del Otro), más de desencuentro que de encuentro (pues no hay propiamente una “relación” entre los sexos), y más de imposibilidad que de posibilidad (pues lo real es una discontinuidad en el seno de lo imaginario y de lo simbólico). Pero hay que decir que estas “malas noticias”, tan propias del psicoanálisis —en tanto que único discurso del “no” entre la proliferación infinita de los discursos del “sí” de cualquier ideología (política, económica, científica, religiosa o publicitaria)—, no son necesariamente fatídicas, como podría suponerse; por el contrario, éstas pueden ser fructíferas si el sujeto las ha asumido al finalizar un análisis y está, por lo tanto, en condiciones de *actuar*, pero no por forzamiento significativo (inconsciente) por parte del Otro (en lo que sería un *acting out* o pasaje al acto), sino por propia elección —y esto supone, en efecto, el ejercicio positivo de una *cierta* libertad adquirida—, de modo que pueda moverse de su posición sintomática y salir, así sea por un momento, de su división constitutiva, es decir, de su condición de sujeto, pues, como dice Gabriel Lombardi: “Actuar [por elección] es atravesar un límite, es fundar un nuevo comienzo, es un acontecimiento del ser, es transformar el estado civil del sujeto, que ya no será el mismo.”⁴³ Pero como ésta es materia de otro capítulo, volvamos, por lo tanto, a la estructura del sujeto, conformada ya no por la cruz braunsteiniana sino, más acabadamente, por el nudo lacaniano, de cuyos registros Domenico Cosenza⁴⁴ resume lo siguiente:

⁴² Y, dentro de la misma lógica, el amor y el odio pertenecen a lo imaginario, el deseo a lo simbólico y el goce a lo real.

⁴³ Gabriel Lombardi, *La libertad en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2015, p. 26.

⁴⁴ Domenico Cosenza, *op. cit.*, pp. 22-29. Las cursivas son nuestras.

Lo imaginario

1. En primer lugar, lo imaginario no debe confundirse con lo ilusorio. Esto significa: a) que el sujeto está capturado desde siempre en las redes de lo imaginario; b) que su identidad misma, *su yo (moi) se constituye en el tejido de las representaciones imaginarias que lo conciernen*; y c) que tales representaciones que constituyen al yo no se producen casualmente, sino en la relación que el sujeto mantiene con las figuras fundamentales de su vida, con sus “otros”, de los cuales extrae el tejido para constituir su propia identidad.
2. En segundo lugar, el yo tiene para Lacan una constitución estructuralmente narcisista, ya que es el producto desconocido de las identificaciones del sujeto a los significantes a través de los cuales los otros significativos de su vida, en primer lugar los padres, han designado su identidad dentro del discurso familiar. Lacan condensa en un verso de Rimbaud, el sentido de tal constitución alienada del yo: “*Yo es otro*”. Por lo tanto, la identidad del yo es para Lacan, precisamente en tanto que narcisista, una identidad alienada que, en el momento que ofrece al sujeto una imagen de sí mismo en la que reconocerse, lo aleja de la verdad de su deseo.

Lo simbólico

1. En primer lugar, lo simbólico está constituido por el *campo del lenguaje*, dentro del cual la palabra del sujeto encuentra las condiciones de su propia enunciación particular. El encuentro de Lacan con la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure y el descubrimiento de su posible empleo en la lectura de Freud es el presupuesto esencial de tal definición. Es ésta la tesis que puede extraerse del escrito “Función y campo...”, de 1953, en el que Lacan sostiene la tesis del “inconsciente estructurado como un lenguaje” y del psicoanálisis como práctica que se resuelve en un “análisis del lenguaje”, dirigido a hacer resurgir de lo reprimido, a través de la palabra del sujeto, aquel “capítulo censurado” de la propia historia, enigmático, en el que se ha depositado su inconsciente.
2. En segundo lugar, más en concreto, el registro simbólico está constituido por el *sistema significante* y por la lógica que lo preside (...) El estatuto del signifiante en Lacan se aclara con relación al del significado: no existe ninguna relación natural entre ambos, como ya lo explica claramente Saussure en su *Curso de lingüística general* a través de su concepto de arbitrariedad del signo lingüístico, sino que, más bien, el significado es un efecto que se produce dentro de determinado sistema signifiante en un momento dado.
3. Finalmente, el registro simbólico es definido por Lacan como el campo del Otro con mayúscula, que distingue explícitamente del otro con minúscula, que coincide con el semejante de la relación especular. La noción de Otro resume en sí misma todas las definiciones ya dadas del orden simbólico, y designa la dimensión histórico-lingüístico-familiar dentro de la cual el sujeto se constituye por efecto de la acción signifiante. “El inconsciente es el discurso del Otro” es, en efecto, una de las definiciones clave que encontramos en el texto de Lacan.

Lo real

1. De los tres registros de Lacan, el de lo real es sin lugar a dudas el más enigmático y el más difícil de definir. En primer lugar, *lo real no es la realidad: es lo real del sujeto*, es decir, atañe a cuanto de ineludible caracteriza su modo de funcionamiento libidinal y su economía de satisfacción, más allá de cualquier criterio de adaptación a la realidad.
2. En segundo lugar, *lo real es lo imposible*, es “eso de lo que no se puede salir”. Es decir, designa el ser mismo del sujeto, el nudo que estructura su realidad psíquica. Mientras lo imaginario y lo simbólico están abiertos a la dimensión de lo posible, lo real marca lo imposible del sujeto, es decir, la matriz misma de su materia más íntima.

3. En tercer lugar, *lo real* es “sin sentido”, asemántico, irrepresentable, fuera del alcance de la imagen y del símbolo.
4. En cuarto lugar, *lo real* es el meollo de la pulsión de muerte que postulara Freud, es el principio de entropía, de satisfacción autodestructiva que ya en Freud, a partir de *Más allá del principio de placer*, está en la base del funcionamiento del aparato psíquico. Para designarlo, Lacan articula el concepto de goce (*jouissance*), que debe entenderse como satisfacción autodestructiva, maligna, empuje libidinal irresistible hacia algo que provoca al sujeto un sufrimiento que lo hace gozar. De ahí otra definición posible: *lo real es el goce*.
5. En quinto lugar, *lo real* es la *inexistencia de la relación sexual*. Lo real del sexo es algo que está más allá de todo ideal de maduración genital. Este real se refiere a la experiencia estructural de pérdida de satisfacción, de placer parcialmente frustrado, que sitúa al partenaire sexual en la posición de sustituto del objeto perdido de la mítica experiencia de satisfacción. En ello, la relación sexual representa para el ser humano la tentativa del reencuentro del objeto perdido de la mítica experiencia de satisfacción, y a la vez, la experiencia de fracaso de tal búsqueda y el replanteamiento del trauma de la pérdida. El sujeto nunca encuentra en el Otro aquel objeto capaz de completarlo [el objeto a]. En este sentido, el encuentro sexual es siempre para el ser humano un encuentro parcialmente frustrado, una satisfacción a través de la pérdida. Es lo real de la pérdida del objeto de satisfacción y su repetición en la experiencia sexual, lo que constituye el presupuesto de la dimensión traumática-enigmática del sexo para el ser humano que los descubrimientos de Freud hicieron emerger. Precisamente, esta dimensión que el psicoanálisis hace emerger es la que convierte la sexualidad en algo no simplemente natural para el hombre, en algo que no se puede enseñar a través de la educación. Lo real del sexo es algo irrepresentable, y sólo al final de un análisis el sujeto puede llegar no a representar, sino a circunscribir el núcleo de la propia relación particular con esta dimensión constitutiva de la experiencia humana. Por ello, Lacan llegará a afirmar, de manera provocativa y paradójica, a finales de los años sesenta, que “no hay relación sexual” (*il n’y a pas de rapport sexuel*) es decir, que no hay entre el hombre y la mujer algo que se pueda llamar una “relación”, de modo que el entendimiento y la complementariedad y más aún, la armonía, son ficciones con las que se intenta cubrir esa inexistencia, esa falta estructural en la relación entre los sexos.

Se comprende, entonces, por qué el nudo borromeo es un aporte capital para la teoría y para la clínica del sujeto —del sujeto y no del “aparato psíquico” freudiano y tampoco de la “mente” del psicoanálisis anglosajón—, y en última instancia, para la comprensión del ser humano desde una perspectiva:

1) *No ideológica (humanista)*, pues contempla un “más acá” de los ideales edificantes de esa corriente hegemónica de pensamiento (bondad, libertad, justicia, etc.) que es lo real del goce; éste, como sabemos, es ajeno e impermeable a esos significantes amos que organizan el discurso humanista, tan conveniente a todos los intereses por la visión del ser humano que comporta.

2) *No científica*, pues se abstiene de convertir al sujeto en objeto, es decir, de objetivarlo mediante el conocimiento de su realidad fisiológica (neuroquímica) o psicológica, para después hacerlo entrar en una clasificación universal que, con la consecuente omisión de su singularidad, producirá su borramiento (o mejor, su barramiento: \$) como sujeto. No otra cosa es lo que hacen la psiquiatría y la psicología, ciencias del cerebro y de la mente-conducta, respectivamente, que

por más de un siglo han pretendido reducir la subjetividad humana a esas instancias, menoscabando o simplemente ignorando los desarrollos del psicoanálisis (lacaniano), que no es ni pretende ser una ciencia; antes bien, es un saber heterodoxo —y más aún, *herético*— que cuestiona radicalmente, desde una lógica original y rigurosa, la epistemología de la ciencia *en lo que al estudio del ser humano se refiere*. Es por esto que la ciencia, para Lacan, es el “discurso del amo”⁴⁵ por excelencia: un discurso que no sólo se arroga la producción del saber sobre los objetos, sino también sobre los sujetos —por la vía de la *psique*, como lo hacen la psiquiatría y la psicología—, ejerciendo sobre ellos un *dominio* que no es sólo epistemológico, sino también —como se sabe ya desde hace bastante tiempo— ideológico y político⁴⁶.

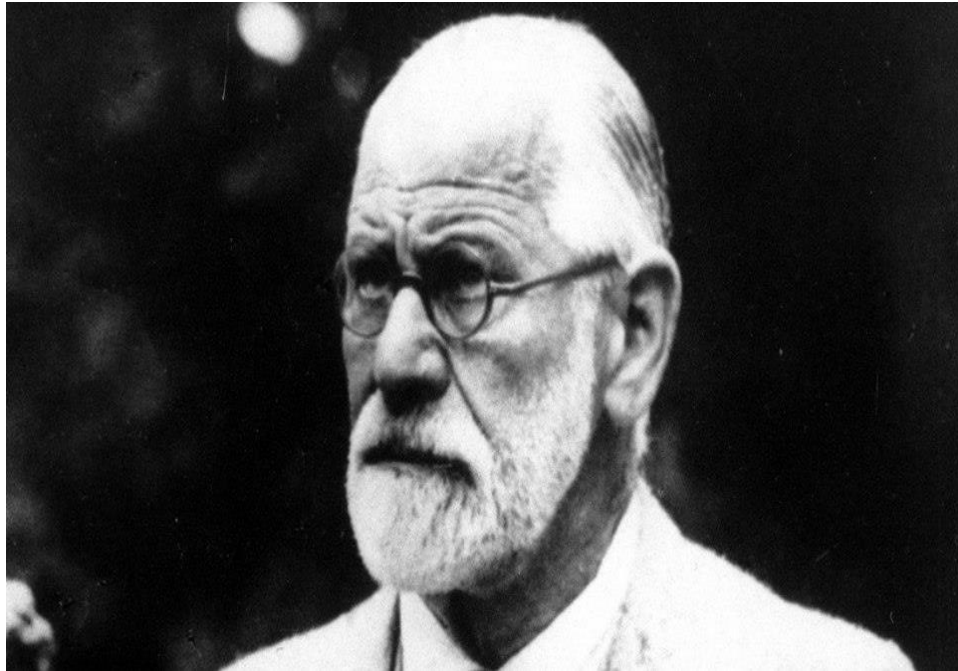
Apenas hace falta decir, entonces, que la consecuencia de ese dominio es *la exclusión del sujeto del inconsciente*, un ente indeseable al que el sujeto de la ciencia, en su característica posición de amo —psiquiatra o psicólogo—, excluye precisamente en nombre del conocimiento —el conocimiento, ¿de qué?: de los neurotransmisores cerebrales, en un caso, y de los “patrones” de conducta establecidos a partir de los “perfiles” psicológicos, en el otro—. Esto nos lleva a postular a una tesis fundamental: *el conocimiento científico, en sus pretensiones de objetividad y universalidad, excluye el saber inconsciente de cada sujeto en particular*, pues el inconsciente, en efecto, es un saber que la ciencia no sólo no necesita, sino que le es profundamente írrito por cuanto estorba a su vocación unificadora, a la constitución de un saber *Uno* —único, unívoco y universal— sobre el sujeto tomado como objeto. Es por esta misma razón que la palabra del sujeto —ser hablante antes que cualquier otra cosa— no hace en realidad ninguna falta, pues si por algo se caracteriza el amo es por no saber, o no poder, o no querer escucharla; ¿para qué lo haría si, apoyado en sus certificaciones, tiene siempre la *última palabra* sobre el sujeto dividido —sujeto en su característica posición de esclavo (“paciente”, al fin)⁴⁷— que se pone en sus manos con la esperanza de ser curado del dolor de existir, o para decirlo en nuestros términos, de la alienación y de la falta en ser?

⁴⁵ Se trata de otro más de los sintagmas fundamentales de la enseñanza de Lacan.

⁴⁶ Sobre la presunta neutralidad de la ciencia se ha discutido largamente. *Cfr.*, por ejemplo, Néstor Braunstein, *Psicología: ideología, ciencia y Clasificar en psiquiatría*. Por otra parte, Foucault consideraba a la psiquiatría y a la psicología como “disciplinas” que, insertas en el juego de los saberes y de los poderes, contribuían al mantenimiento del orden social (de ahí su concepto de “sociedad disciplinaria” en tanto que está encargada de disciplinar a los “anormales”).

⁴⁷ Se puede ver que el influjo de Hegel —concretamente el de la dialéctica del amo y el esclavo que consta en el capítulo II de la *Fenomenología del espíritu*— es decisivo en la concepción lacaniana del sujeto.

3) *No religiosa*, pues prescinde en su elaboración lógica de una cuarta consistencia o dimensión metafísica —de ahí la homofonía con la que Lacan enseñaba a leer el título de su seminario XXII, *R.S.I.*, que en francés se lee casi del mismo modo que *hérésie*, “herejía”—, si bien no deja de reconocer que un sujeto no puede prescindir de alguna forma del padre, o más bien, que “puede prescindir de él a condición de servirse de él”.



Sigmund Freud



Jacques Lacan

2. EL SUJETO DE LA (CON)CIENCIA

2.1. Un agujero en el que no hay nada que explorar

Luego de abordar al sujeto del inconsciente, en la visión sinóptica que de él hemos dado, parece fácil exponer los rasgos generales de un sujeto que le es indisociable: el sujeto de la conciencia, pues, en efecto, un sujeto no se explica sin el otro, o mejor dicho, ambos sujetos se copertenen en la medida en que —y esta es una tesis capital— *la conciencia es efecto del inconsciente*. Esta afirmación, tan peregrina para el racionalismo común y corriente, se fundamenta en la primacía del significante sobre el significado, un hecho que pasó desapercibido para el propio Saussure (autor de esos términos bajo el esquema del signo lingüístico), y que Lacan recuperó para explicar el funcionamiento del inconsciente como “máquina significante”. Y es que, desde un punto de vista lógico, el significante es condición del significado, o para decirlo con más precisión: el significante es el sustrato material, la argamasa inconsciente del significado. De ahí que lo importante, en un análisis, sea no el significado consciente del discurso del sujeto que habla, sino lo que en ese discurso se “escribe” de significante, que es inconsciente y remite, por lo tanto, al goce. El goce —por si aún no lo hemos dicho— es un asunto del cual el sujeto consciente (racional) nada quiere saber, pues saber sobre el goce es saber sobre la propia división (o bien, para no desperdiciar el término braunsteiniano, sobre la propia “crucifixión”), es asumir que, más acá de la verdad, que no puede ser sino una construcción de lenguaje, existe “eso” que es ajeno o indiferente al lenguaje, “eso” a lo que no se puede engañar y de lo que no se puede salir, “eso” que vuelve siempre al mismo lugar y que es ya no digamos el núcleo duro del psiquismo (“psiquismo” es un vocablo muy caro a los analistas no lacanianos, exploradores de las supuestas profundidades del inconsciente), sino que es *el núcleo último e inaccesible del ser de cada sujeto* y que Lacan suele equiparar con un agujero en el que no hay nada que explorar, un innombrable (y por lo tanto, ininterpretable) que él llama lo real.

2.2. Descartes inventa un sujeto

Pero, ya es momento de hablar de ese sujeto que nada sabe del inconsciente ni del goce y que, por no saberlo, *Cree ser plenamente él*, entero, sin división (o bien, sin crucifixión). Se trata, pues, del sujeto de la conciencia, heredero vulgar del sujeto de la ciencia que Descartes inventó en 1637, cuando escribió aquel silogismo: *je pense donc je suis*⁴⁸, que removi6 los fundamentos de la epistemología aristotélica y de la metafísica agustiniana, e implantó el espíritu que la nueva época requería: el espíritu científico. De ahí, entonces, la propuesta de escribir “(con)ciencia”, un significante que amalgama ambos sujetos. La *conciencia* —dice Braunstein— “es una experiencia más o menos inefable, más o menos inasible, que cada quién tiene de sí mismo y de lo que le rodea”⁴⁹, una experiencia que —agregamos nosotros— aspira a ser aclarada y ordenada por la razón, fundamento de la *ciencia* cartesiana, aptitud todopoderosa con la que el pensador demostró no sólo la existencia —el ser— del yo que piensa, sino también la existencia de Dios: del Dios que creó a ese yo que piensa; y de ahí, entonces, el correlato entre los silogismos: “pienso, luego existo” y “existo, luego Dios existe”. Tal es la *certeza de existir* —de ser— que, según Descartes, le es otorgada al hombre por la merced del pensamiento, si bien el pensamiento, en el sentido *cartesiano* del término, esto es, como la aplicación del implacable *método*⁵⁰, no es algo natural ni frecuente entre los hombres⁵¹, más bien propensos al goce, del que son, al cabo, víctimas

⁴⁸ “Pienso, luego soy” es la traducción correcta del *cogito* cartesiano, y no “Pienso, luego existo”. El enunciado es atribuido al filósofo francés, pero en realidad ya había sido formulado antes, de maneras ligeramente distintas, por otros filósofos como Avicena y Agustín de Hipona.

⁴⁹ Néstor Braunstein, *op. cit.*, p. 69.

⁵⁰ Un método que —no está de más decirlo— consta de cuatro preceptos: la *evidencia*, el *análisis*, la *síntesis* y la *enumeración*, y cuyo propósito es establecer una verdad objetiva y mensurable que pueda, por lo tanto, reclamarse como universal.

⁵¹ Es un hecho que, cuando el pensamiento no puede ser elaborado por la propia razón, es tomado, simplemente, de la razón ajena —el Otro del sentido— y presentado como propio. Esto explica el efecto ideológico de lo *ya razonado* (*déjà raisonné*), es decir, de los significados producidos por la razón universal que se vuelven consenso, *sentido común* (*bon sens*), y de los cuales depende el *lazo social* (*lien social*) entre los yoes pensantes (o bueno, conscientes). No está de más decir que esto, que no es más que lazo social (un lazo que, por lo demás, siempre es inestable, siempre está a punto de zafarse o de romperse), es entendido de diversas maneras según la disciplina, o más bien, según el autor del que se trate; así, en la lingüística de Chomsky el lazo social es entendido como “diálogo ideal” entre los interlocutores (emisor y receptor); y en la filosofía de Habermas, como “comunicación efectiva” entre individuos racionales. Pero lo que estas entelequias lingüísticas y filosóficas omiten —más bien ignoran— es la división subjetiva de esos seres dialogantes, por otro nombre, el inconsciente, que hace que cada uno de ellos emita y reciba cosas distintas, pues el inconsciente es algo que *remite* siempre a otra cosa (lo insabido del deseo y del goce de cada sujeto), o bien, como decía Freud, a “otra escena” que, casi es ocioso decirlo, no es la “escena social” del diálogo y de la comunicación. Se entiende, entonces, que haya

inconscientes. Y es que —como ya se habrá podido deducir— gozar es el reverso de pensar; mientras el filósofo dice: “soy porque pienso”, haciendo del pensamiento la sustancia del ser, el psicoanalista (en la práctica un antifilósofo) dice: “*soy ahí donde no pienso*”, es decir, *ahí donde gozo*, en el silencio de la pulsión, única sustancia posible del sujeto.

2.3. Las Luces Oscuras

Esto no hace del psicoanálisis un irracionalismo, como pudiera pensarse burdamente; antes bien, el pensamiento lacaniano, en su inspiración freudiana, pertenece a lo que Élisabeth Roudinesco ha denominado como “las Luces Oscuras”. *Luces*, sí, porque Lacan, contrariamente a lo que de él se dice —casi siempre desde la incomprensión o desde la mala leche (o desde ambas cosas a la vez)— es esencialmente un racionalista, un lógico singularísimo cuyo pensamiento desconstruye, paradójicamente, otro racionalismo, el del sujeto cartesiano, que es un yo pensante que ignora su sujeción al Otro (el inconsciente que lo piensa a él) y que, por lo tanto, es un sujeto *sin* inconsciente. *Oscuras*, sí, porque las “malas noticias” que anuncia el pensamiento lacaniano, en su retorno a Freud, son incompatibles con los espejismos del humanismo cartesiano (en su confianza ilimitada en el hombre) y con los sueños de la razón ilustrada (en su exigencia ilimitada de progreso⁵²). Esas malas noticias —que ningún humanista ilustrado querría recibir— se sitúan, por supuesto, en un plano que no es el de la conciencia, sino el del inconsciente, o dicho de otro modo, en un campo que no es el del Otro sino el de lo Real, y por ese motivo son todo menos superfluas. Recapitulemos. En primer lugar, la alienación constitutiva en el Otro y la consecuente falta en ser, que el inconsciente intenta colmar mediante esa satisfacción repetitiva y dolorosa —exceso irracional— que es el goce, un goce que sólo es posible transformar en deseo mediante

siempre una asimetría o disparidad —una “no relación” (*pas de rapport*) diría Lacan— entre un sujeto y otro antes de llegar (o no) a un acuerdo sobre las cosas, antes de ajustarse (o no) a los consensos de la ideología.

⁵² “La fe en el progreso —escribe Gustavo Dessal a propósito de un texto de Zygmunt Bauman— ha resultado ser una de las ilusiones más ingenuas y perversas de la Ilustración, a pesar de todas las indudables conquistas que nos haya aportado. Una fe que no ha sido precisamente inofensiva, puesto que sus “daños colaterales” han sobrepasado con creces la promesa de felicidad hecha a la historia. La desconfianza en la soberanía de la razón y el progreso, lejos de ser el índice de un pesimismo nihilista, es, por el contrario, una apuesta decidida por la vida y por todas las formas que la dignidad del hombre puede adoptar”, en *El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*, Zygmunt Bauman y Gustavo Dessal, Madrid, FCE, 2014, pp. 27-28.

un análisis⁵³. En segundo lugar, “la inexistencia de la relación sexual” (“*il n’y a pas de rapport sexuel*”⁵⁴), un sintagma que no se refiere a la inexistencia del coito (que vaya que existe), sino al hecho *real* de que los sexos no se complementan (más bien se suplementan); esto significa que la relación entre un hombre y una mujer no está inscrita en el inconsciente (no está programada instintivamente, como en el macho y en la hembra), por lo que debe ser sostenida, siempre con precariedad y con cuotas variables de malestar, en lo imaginario (el amor) y en lo simbólico (los dispositivos del Otro, como el matrimonio); de tal modo que, lo que se presume como la esencia misma del Orden Simbólico —la armonía, el entendimiento y la correspondencia entre los sexos— es, en los hechos, un verdadero desorden⁵⁵. Y en tercer lugar, “la inexistencia del Otro”, otro sintagma que no debe ser tomado literalmente, pues se refiere a que, al final del análisis, el sujeto intuye (concluye) que no sólo no existe el Otro (es, de hecho, una ficción imaginaria y simbólica a la que él ha consagrado —ya veces *sacrificado*— su existencia, pues no hay nadie, del otro lado del espejo, que nos mire y nos escuche como *realmente* somos), sino que tampoco existe ese Otro del Otro que sería Dios⁵⁶, por lo que no hay garantía ni amparo alguno (“todo en la vida puede ocurrir”, advierte Dubuis Santini, y más aún, “eso que uno vive temiendo que ocurra, ya ocurrió”, sentencia Braunstein desde un “más acá” de la desgracia); de manera que el sujeto tendrá que asumir no sólo su indefensión y su contingencia, sino también su doble soledad: moral y metafísica. Pero a cambio de eso obtendrá su desalienación —lo que no es poca cosa— y aprenderá a subsistir por la fuerza de su *propio deseo*; un deseo que estará, sin embargo, siempre en falta, siempre como *deseo de ser*.

⁵³ Un análisis y no un “psico”análisis, pues, como se ve, de lo que menos se trata es del análisis de la *psique*.

⁵⁴ Es la fórmula pronunciada por Lacan en el Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), constituye el punto nodal del psicoanálisis lacaniano, que torna inútil la idea de una “madurez genital” o de un “estado adulto de la mente”, que constituye, a su vez, el punto nodal del psicoanálisis oficial, esencialmente desarrollista.

⁵⁵ Por eso, Rosario Herrera Guido, parafraseando a Lacan, dice lo siguiente: “sólo el amor hace que exista, por un instante, la ilusión de que la relación sexual existe” (Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, p. 226). O para decirlo de otro modo, sólo *el instante del amor* hace que olvidemos nuestro exilio permanente de la relación sexual. Se comprende, entonces, por qué el amor, que es un *acontecimiento*, un hecho del orden de lo contingente, se degrada inexorablemente al convertirse en *programa*; en ese programa de la relación sexual que la cultura impone y que es el “estar en pareja” (*faire couple*), es decir, el matrimonio en cualquiera de sus variantes.

⁵⁶ Sería imperdonable omitir lo que Gabriel Lombardi escribe al respecto: “La culpa por las cuentas no saldadas y por el deseo irrealizado puede ser mucho más apremiante cuando Dios no existe, cuando la esperanza y el perdón de Dios ya no están en el horizonte de la vida (...) De ahí el peculiar sesgo apocalíptico que adquiere la enseñanza de Lacan, en el sentido de que, donde otros analistas ven una práctica rutinaria ofrecida a pacientes que buscan tranquilidad, él ve casos de urgencia. Y en lugar de calmar esa urgencia, la alimenta, porque ella indica que la realización del deseo no puede esperar, que el sueño de eternidad es un sueño culpable”, Gabriel Lombardi, *op. cit.*, pp. 204 y 217.

2.4. La luz natural de la razón frente al agujero de lo real

Dicho todo esto, uno se pregunta qué puede hacer la ciencia cartesiana —“luz natural de la razón”—, o más simplemente, la conciencia —reflejo de esa luz— frente al “agujero negro” de lo Real, es decir, frente a esa *negatividad* dialécticamente insuperable (para usar los términos de Hegel, cuya filosofía no se explica sin la de Descartes⁵⁷), esa *discontinuidad* que se manifiesta como pulsión y/o como azar⁵⁸ y que, por lo tanto, es indiferente a los argumentos y a los programas de la razón (y también a las creencias, incluida la creencia en Dios como razón trascendental); ajena, en suma, al sentido tranquilizador al que los hombres se aferran y con el que se (auto)engañan para soportar la existencia.

2.5. El estado de certeza

No se trata, por cierto, de criticar abusivamente al filósofo por no haber pensado lo que en su tiempo era impensable: el inconsciente (en su remisión a ese Real, a ese No); pero sí podemos lamentar, al menos, que haya inventado al *sujeto de la ciencia*, un sujeto impersonal y exterior a sí mismo (“sin sombras y sin escondites”, al decir de Merleau-Ponty), que él, Renatus Cartesius, encarnó de manera ejemplar —de ahí que no sólo sea considerado un filósofo, sino también un científico: el primero de su estirpe⁵⁹—. A este respecto, es importante decir que esa ciencia cartesiana primigenia, fundamento (o rudimento) de la ciencia por venir, no consistía sino en la aplicación del método que él había inventado: evidencia, análisis, síntesis y enumeración. Un método tan impersonal como universal que, por lo mismo, podía ser aplicado por cualquiera que lo hubiese aprendido y que, como Descartes, tuviera la necesidad de ahuyentar al “geniecillo

⁵⁷ “Con Descartes —afirmaba Hegel— ya podemos sentirnos en nuestra casa y gritar, como el navegante después de una travesía: ¡tierra!

⁵⁸ Y en el análisis, como *acto*, esto es, como escansión o corte en el discurso, algo que está en consonancia con lo real, que subraya al sujeto como discontinuidad (al revés que en el “psico”análisis, donde se efectúa una (ficticia) continuidad de lo real mediante la comprensión y la interpretación (por parte del analista) del sentido del síntoma del sujeto.

⁵⁹ Es sabido que en el lapso que va de las *Reglas para la dirección del espíritu* (1629) al *Discurso del método* (1637), Descartes realizó una intensa labor de investigación científica sobre asuntos diversos: la geometría, la fisiología animal, la geología de la Tierra o las leyes de refracción de la luz.

maligno”⁶⁰ de la duda para recuperar, así, el *estado de certeza*. Apenas es necesario decir que la certeza —o más exactamente, la necesidad de certeza— es lo que empuja al sujeto cartesiano a querer comprenderlo (y explicarlo) *todo*; lo que le da —y nunca mejor dicho— su *razón de ser*. Pero, ¿de qué certeza se trata? Se trata de una certeza que —como decíamos al comienzo de este párrafo— tiene dos vertientes:

1) Una epistémico-ontológica, en tanto que el *cogito* establece la identidad entre el saber (pensar) y la verdad (existir-ser). A propósito de esto, Johnatan Scott Lee advierte lo siguiente:

La ciencia moderna está arraigada en el *cogito* de Descartes: el “yo pienso” que garantiza que “yo soy” proporciona una unidad paradigmática de saber (pensar) y verdad (existir), una unidad en la base sobre la cual la ciencia puede asegurarse a sí misma de su estatus preeminente entre las prácticas cognitivas. *En el fondo de la empresa científica, por lo tanto, hay un sujeto—lo que Lacan llama “el sujeto de la ciencia”— que por sí mismo instauro la unidad del saber y la verdad de la que la ciencia depende; sin ese sujeto cartesiano no habría ciencia moderna (...)* Lo que el psicoanálisis ha revelado es que la existencia humana en el lenguaje ocasiona una fundamental *división* del sujeto entre la verdad y el saber; el *cogito* debe ser reescrito como *je pense: donc je suis*, para que pueda ser leído como: el pensamiento no funda el ser sino anudándose en la palabra donde toda operación toca la esencia del lenguaje. De esto se deriva que “no hay metalenguaje”; esto quiere decir que ningún lenguaje podría decir lo verdadero de lo verdadero, puesto que la verdad se funda, para el sujeto, por el hecho de que habla, pues no tiene otro medio de hacerlo. *Entonces no puede haber una unidad cartesiana entre pensamiento y ser, saber y verdad—ningún verdadero discurso científico sobre la verdad— porque es imposible para el sujeto de la ciencia salirse del lenguaje con el propósito de hablar sobre el lenguaje.* La mediación lingüística pertenece a la esencia misma de la condición humana, pero dicha mediación destruye la pretensión científica moderna de una unidad originaria del saber y la verdad.⁶¹

2) Y otra metafísica, en tanto que, simultáneamente, el *cogito* establece la correlación entre el Uno indivisible que es ese yo pensante (individuo, al fin), y ese Otro sin falta, “perfecto y absoluto” (al decir de Descartes) que es Dios. En este sentido, Rosario Herrera Guido dice que

El Otro, como lugar privilegiado de la verdad, es el único lugar que podemos dar a Dios, que es el que produce el dios (el decir), pues ahí donde algo se dice está supuesta la hipótesis de Dios, ya que el decir no subsiste más que bajo la forma [la escucha] del Otro (...). La relación entre el ser y el pensar es reactualizada por Descartes, una operación que Lacan identifica en la línea del pensamiento de Freud. Y es que, tanto Descartes como Freud, tienen como punto de partida la *duda*, que los conduce a la *certeza*⁶². No obstante, mientras que para Descartes

⁶⁰ “Supondré entonces —escribía Descartes— que hay un cierto genio maligno, no menos artero y engañador que poderoso, el cual ha usado de toda su industria para engañarme” (en *Meditaciones metafísicas*, p. 129.) Y es que la duda, para Descartes, no es más que un obstáculo (que es imperativo remover) en el recto camino de la certeza.

⁶¹ Jonathan Scott Lee, “La filosofía después de Lacan”, en Néstor Braunstein (coord.), *El discurso del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 176-177. Las cursivas son nuestras.

⁶² Descartes: “Debemos ocuparnos únicamente de aquellos objetos que pueden ser conocidos por nuestro espíritu *de un modo cierto e indubitable* [la certeza como clave del conocimiento]”, Regla II de las *Reglas para la dirección del espíritu* (1629). Freud: “Bien sabemos cuán poca luz ha podido arrojar hasta ahora la ciencia sobre los enigmas de este mundo; pero todo el barullo de los filósofos no modificará un ápice ese estado de cosas; sólo la paciente prosecución del trabajo

el garante de la verdad es Dios y sus verdades eternas, para Freud la existencia de un orden inconsciente vincula la verdad a la mentira.⁶³

2.6. Un sujeto al que nada le falta

Ahora bien, el hecho de poseer esta certeza —que, como hemos visto, es al mismo tiempo epistémica, ontológica y metafísica— hace aparecer al sujeto cartesiano, sujeto de la ciencia, como *un sujeto al que nada le falta*, pues, en efecto, él puede pensarlo (saberlo) todo y existir (ser) plenamente (sin división) en virtud de ese pensar (de ese saber), bajo el patrocinio de un Otro que no es —como para el sujeto lacaniano— el lugar de las verdades “mentirosas” (ficticias) del lenguaje, sino el lugar de las verdades eternas que, por serlo, prescinden del lenguaje. Pero, ¿es que no le falta realmente nada al sujeto cartesiano, un sujeto que, a partir de entonces —mediados del siglo diecisiete— será llamado a detentar la hegemonía del saber (o para decirlo en nuestros términos, a posicionarse como agente del discurso sobre el que se asentará la Modernidad: el discurso científico?) Sí que le falta, pero eso —el saber sobre su propia falta— es algo que no está en condiciones de comprender; no cuando *el poder que le confiere la razón* lo hace sentir (creer) que no sólo es el amo de sí mismo, sino también el amo del mundo (de más está decir que del *cogito* al *conquiro* sólo hay un paso). Así, podemos afirmar que el poder de la razón, o mejor aún, la razón en su infinita (y terrible) arrogancia de la verdad —verdad que se materializa en el discurso de la ciencia— tiene como base la ignorancia de la división subjetiva, que, tal como hemos visto, es la división entre la conciencia y el inconsciente, entre el saber y la verdad, entre el pensar y el ser. Por eso, dice Rosario Herrera Guido:

Cuando Lacan sostiene que la ciencia es una ideología de la supresión del sujeto, no significa que el sujeto queda anulado, sino que retorna como deseo de dominar su división subjetiva, que es lo mismo que no querer saber nada del goce. Con esto se identifica al sujeto del inconsciente freudiano, que es un “yo no sé”, “no estoy seguro”, etc., y cuyos efectos poéticos de verdad (sueños, lapsus, chistes y síntomas) no emergen más que a

que todo lo subordina a *una sola exigencia, la certeza*, puede producir poco a poco un cambio”, en “Inhibición, síntoma y angustia”, Obras Completas, Tomo XX, pp. 91-92, Buenos Aires, Amorrortu, 1998. Las cursivas son nuestras.

⁶³Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, pp. 141-143 y 166. Y a esto hay que agregar que, si bien el orden inconsciente descubierto por Freud no contempla la idea de Dios —pues el psicoanálisis, como se ha dicho, es la única práctica verdaderamente atea— es el analista (en principio, Freud mismo) el que asume, para el sujeto, el lugar y la figura de ese Otro que, por detentar el saber, garantiza la verdad. Este Otro es el que la ética disolvente del psicoanálisis lacaniano hace caer para que el sujeto, una vez desalienado (y hasta se podría decir: desilusionado, *in-creyente*) se identifique con su propio objeto (a), esto es, con su propio síntoma ya despojado de su carácter mortífero (gozante), que es lo que Lacan, hacia el final de su enseñanza, llama el *sinthome*.

través de los embustes [las verdades mentirosas] del sujeto sobre sí mismo. *Lo que está en juego, en todo caso, es la relación del inconsciente con el discurso del amo, que oculta la división subjetiva para poder manipular lo real exterior, reducido a extensión, sin el obstáculo del sujeto del inconsciente.* De aquí en adelante, el deseo de la ciencia exigirá el rechazo de la verdad subjetiva, pues es la verdad objetiva la que comandará su búsqueda.⁶⁴

2.7. La ciencia es un discurso sin sujeto (y por lo tanto, sin Otro)

Se comprende, entonces, que ese sujeto que al que Descartes descubre como correlativo al Otro divino y que, no obstante, es el sujeto de la ciencia —en el siglo XVII, la idea de Dios todavía no supone un escollo insalvable para el pensamiento científico, sino que, antes bien, es su fundamento mismo— sea, con el tiempo, expulsado por la misma ciencia que él creó. ¿Por qué? Porque la ciencia, como sabemos, no sólo no necesita al sujeto —el sujeto fractura su consistencia, o más precisamente, macula su transparencia—, sino que tampoco necesita a Dios —un escollo que, por insalvable, o más bien, por insondable, preferirá eludir—. Ella, la ciencia, es un discurso impersonal, *un discurso sin sujeto (y por lo tanto, sin Otro)*⁶⁵, que sólo necesita su propio método (un método cuyo prototipo es el método cartesiano) para constituirse como productor de una verdad que, por objetiva, ha de ser —como ya hemos dicho— necesariamente única, unívoca y universal.

En este sentido, es imposible dejar de advertir las inclinaciones (aspiraciones) totalitaristas que son intrínsecas a la ciencia, o más precisamente, a la razón científico-técnica, pues no hay duda de que, en el transcurso de la era moderna, esta razón terminó por imponerse a todas las otras formas de conocimiento hasta constituirse en una suerte de “monoteísmo” epistemológico, o dicho de otro modo, hasta establecer una ruta única de acceso a la verdad de los objetos y —lo que es en verdad grave— de los sujetos. Así lo explica Gustavo Dessel:

Por supuesto, ni el psicoanálisis ni ningún pensamiento lúcido cuestionan el hecho de que la ciencia es uno de los más altos logros de la facultad sublimatoria humana. *Lo preocupante comienza a partir del momento en que la ciencia, y en particular el acontecimiento histórico de la técnica moderna, que amenaza con aplastar incluso al discurso científico mismo, se imponen de manera gradual pero imparable como único modo de revelación de la verdad.* Y cuando esto invade el territorio de la subjetividad, y no se limita a su aplicación al mundo físico-matemático, o mejor aún, cuando los paradigmas tecno-científicos del mundo físico-matemático se extrapolan al territorio de la subjetividad y del lazo social, descubrimos algo que amenaza la condición humana de un modo que no ha tenido precedentes. Resulta triste decirlo de este modo, pero no podemos sustraernos a la evidencia

⁶⁴ Rosario Herrera Guido, *op. cit.*, 167.

⁶⁵ Si bien la ciencia no puede prescindir de un sujeto que enuncie (articule) su discurso, por lo cual toda objetividad es, por definición, imposible.

de que Auschwitz fue la fiesta de inauguración de un nuevo paradigma histórico, en el que la ideología del progreso ha mostrado su sentido mortal. Es necesario un gran esfuerzo de ceguera o de cinismo intelectual para darle la espalda a lo que Freud compuso bajo su concepto de *Todestrieb*, su famosa “pulsión de muerte”, que lejos de pertenecer a la categoría del instinto, se muestra como el reverso devastador de la razón humana (...). A fin de cuentas, ¿cuál es el legado de Freud? La demostración de que el mal no se origina en las oscuras profundidades de los instintos primitivos, sino que aparece como compañero inevitable de la razón. Cuanto más intentamos reducir la vida a formas “científicas” de representación, más nos abruma el hecho de que no todo puede calcularse y ponerse en cifras. El psicoanálisis lidia con eso: con el sujeto que es producto del intento científico y tecnológico de borrar la subjetividad. Para nosotros, el sujeto debe considerarse siempre una excepción a las reglas y leyes “naturales” o “científicas”. Podríamos reescribir esas perspicaces palabras de Shakespeare que usted cita [se refiere a una cita de Zygmunt Bauman]: “Hay cosas de las que los científicos no sospechan...”⁶⁶. La cura psicoanalítica es un proceso dedicado a liberar a una persona de su sufrimiento, pero no de su síntoma, que es donde radica la absoluta diferencia de ese sujeto. Se trata de establecer una nueva alianza con lo incurable en todos nosotros.

Sí, es cierto, Freud no salió de la nada. Pertenece a ese extraordinario entramado de sabiduría bíblica e Ilustración [Luces Oscuras] que los judíos han tejido con tanta destreza. Sin embargo, no podemos dejar en segundo plano el hecho de que haya introducido un corte radical en la historia de las ideas: el inconsciente. No se trata de un mero detalle. Si otros habían concebido alguna vez la idea de que pudiera existir *un saber no sabido*, fue Freud, y luego Lacan, quienes le dieron al inconsciente un soporte lógico y formal.⁶⁷

2.8. Tres imposibilidades del sujeto de la conciencia

No es este el momento de discurrir sobre la indudable relación que existe entre la razón y el mal, o mejor dicho, sobre el mal que (el sueño de) la razón engendra —algo que obsesionó, por ejemplo, a Goya y a Kafka y que, *transmutado en ideología*, alcanzó su paroxismo en Auschwitz (o bien, como veremos, en Buchenwald)—. Más bien, insistiremos en lo siguiente: al sustentarse en una lógica del *uno*, es decir, en una lógica del *todo* (monoteísmo/totalitarismo), la razón científico-técnica —y también, desde luego, la razón filosófica, entendida como *autoconciencia*⁶⁸— excluye al inconsciente como brecha o estado de excepción, como ese *saber no sabido* que la razón (ciencia

⁶⁶ La cita original que Shakespeare pone en boca de Hamlet, dice así: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las que sospecha tu filosofía...”, *op. cit.*, p. 150.

⁶⁷ Gustavo Dessal y Zygmunt Bauman, *op. cit.*, pp. 90, 155 y 156. Las cursivas son nuestras.

⁶⁸ “El principio de la autoconciencia —escribe Hans Georg Gadamer— al igual que el contenido del concepto de Kant sobre la síntesis trascendental de la percepción, que constituyó la base de la posición del idealismo e irradió hacia atrás, hasta Descartes, y hacia delante, hasta Husserl, fue sometido a un proceso de crítica que se inició con Nietzsche y que logró imponerse, de diversas maneras, en el transcurso de nuestro siglo [el XX], por ejemplo, a través de Freud y de Heidegger”, (Hans Georg Gadamer, *El estado oculto de la salud*, Barcelona, Gedisa, 1993, pp. 23-24). Ahora bien, afirmar que este proceso de crítica ha logrado imponerse —como sostiene Gadamer— es harto dudoso, pues Nietzsche, Heidegger y Freud (y con él, Lacan) pertenecen, si bien cada uno a su manera, a una corriente marginal [las Luces Oscuras] del pensamiento occidental que comenzó con los griegos y que no ha perdido, ni por un momento, su hegemonía, pues en él se sustenta el proceso civilizador.

o conciencia) no puede capturar porque el inconsciente —y valga esta definición como epítome de todas las otras definiciones que hemos dado—, *el inconsciente es esa relación singular, insabida e indecible que cada sujeto tiene con el lenguaje, con el sexo y con la muerte*. Tales son, en efecto, las cuestiones medulares de su existencia de sujeto; cuestiones que escapan al control de su (con)ciencia y que lo remiten a un real que se manifiesta como *imposibilidad*. Imposibilidad de comunicarse, imposibilidad de relacionarse (complementarse) con el otro sexo, e imposibilidad de perdurar.

1) Imposibilidad de comunicarse, pues, a diferencia de lo que ocurre con los animales, donde lo que podemos llamar “lenguaje” está verdaderamente al servicio de una comunicación que es esencial para la sobrevivencia, en el campo del lenguaje humano lo que reina no es el entendimiento, sino el malentendido. “El malentendido —solía decir Lacan— es la esencia de la comunicación”. Y esto se explica porque lo simbólico del lenguaje humano —con sus posibilidades combinatorias prácticamente infinitas, o bien, como dicen los lingüistas, con su alto nivel de *sofisticación*—pervierte lo biológico de la necesidad —comunicarse para sobrevivir— hasta hacer de la comunicación algo poco menos que imposible (y aquí hay que recalcar que es en ese “poco menos” donde, siempre fuertemente codificados, se despliegan los lazos sociales). Con razón dice Gustavo Dessal: “A lo largo de los siglos hemos querido creer que *hablando se entiende la gente*, pero es más que evidente que sucede todo lo contrario”.⁶⁹

2) Imposibilidad de relacionarse (complementarse) con el otro sexo, pues, tal como advierte Graciela Brodsky: “pueden escribir significantes hasta el fin de los tiempos, pero no van a lograr escribir el lazo entre un hombre y una mujer”⁷⁰. Y no lo van a lograr porque la diferencia entre los sexos —léase: entre las formas de amar y los modos de gozar/desear— es simplemente inconciliable. Las mujeres son del Otro (y lo son aun en su singularidad más radical, en ese *una por una* desde el cual las escucha el psicoanálisis), y los hombres, por su parte, están a la caza perpetua del objeto *a* que puede encarnar provisionalmente una mujer. Esto supone un desajuste radical que les impide alcanzar la “armonía”, un ideal que, sin embargo, sostiene el Orden Simbólico desde la noche de los tiempos.

⁶⁹ Gustavo Dessal, Conferencia intitulada “Curar con Lacan”: <https://www.youtube.com/watch?v=kmCsnOKI5as>

⁷⁰ Graciela Brodsky, “La clínica y lo real”, en *La clínica y lo real*, Buenos Aires, Grama, 2015, p. 41.

3) Imposibilidad de perdurar, pues el sujeto, además de ser “una criatura solitaria y temerosa”, como lo define Zygmunt Bauman, es también una criatura efímera; su muerte es tan inminente como incomprendible. Es así como el *ser-para-la-muerte* heideggeriano es reformulado por Lacan, para quien la muerte es el *significante amo* por excelencia del sujeto.

A propósito de la (certeza de la) imposibilidad (a la que se llega al final de un análisis), es justo citar estas palabras de Gustavo Dessal:

“La impotencia [que es neurótica] nos sumerge en el sufrimiento, en la melancolía o en el odio. En cambio, la imposibilidad [que es real] nos confiere lucidez para poder actuar a partir de ella e inventar formas no estandarizadas de dar respuestas a las preguntas que se se intenta silenciar aplastándolas con los ideales de la “normalidad”.⁷¹

Apenas es necesario decir que esto —lo real del inconsciente (o si se prefiere, el inconsciente real⁷²) que se manifiesta, en el sujeto, como una imposibilidad de orden existencial— es algo completamente ajeno a la ciencia y a la conciencia, atareadas como están en objetivar el mundo para comprenderlo y ordenarlo, es decir, para dominarlo y explotarlo conforme a los requerimientos del modo de producción capitalista⁷³. Así, mientras la ciencia se empeña en construir teorías que pretenden unificar lo heterogéneo del mundo físico (lo que ella, la ciencia, llamaría su “real”), la conciencia no deja de producir ideologías que ofrecen sentido; un sentido que, en el nivel de lo social, le permite al sujeto reivindicar una identidad, una pertenencia, una bandera —o bien, como veremos, una *figura*—, pero también, y en un nivel más profundo, le permite distraer el sinsentido radical, y por momentos intolerable, de su existencia, o para decirlo conforme a lo que hemos venido postulando, le permite tolerar esa falta que nada ni nadie —

⁷¹ Gustavo Dessal, *op. cit.*, p. 324.

⁷² Jacques-Alain Miller prefiere el término “inconsciente real”, que es más útil para distinguirlo (y aun oponerlo) del inconsciente simbólico de Freud, quien —es el momento de decirlo— se quedó atrapado en el sentido (es decir, en la función simbólica del Padre) y no dio el paso decisivo hacia ese “fuera de sentido” que supone lo real (del goce) y que es lo verdaderamente constitutivo, e inalienable, del sujeto.

⁷³ Es decir, conforme a los lineamientos de lo que Lacan llamó “el discurso del capitalista”, un sintagma que ha sido rebautizado por Braunstein como “el discurso de los mercados”, el cual no se refiere, por cierto, al “contenido” de un discurso (que es irrelevante), sino al circuito inagotable de la producción de objetos de consumo. El objeto de consumo, en su calculada obsolescencia (lo cual asegura la “frustración” del sujeto), es un instrumento indispensable en la lógica del mercado, pues siempre habrá un nuevo objeto que *cause el deseo* del sujeto y que haga las veces del objeto que falta (es decir, del objeto *a*). A este respecto, vale la pena citar, una vez más, a Gustavo Dessal: “Si el capitalismo ha logrado perpetuarse hasta ahora, es porque su modelo económico ha logrado “captar” en su provecho los mecanismos de la subjetividad, mientras que el socialismo real les ha dado la espalda, intentando imponer un ideal humano que se desentendió por completo del ser humano verdadero” (Gustavo Dessal, *op. cit.*, p. 61).

ningún discurso, ningún objeto, ningún otro sujeto— puede colmar, y que es su falta en ser, incurable e irreductible: *real*.

Para terminar, diremos que este abordaje del sujeto de la ciencia cartesiano y de su criatura, el sujeto de la conciencia moderno —mismo que hemos hecho en relación al sujeto del inconsciente lacaniano en tanto que sujeto *princeps* de este trabajo— responde a la necesidad teórica de *instalar en ellos el ser del sujeto*; un ser que no puede sino revelarse como falso en la medida en que ni el pensamiento racional de la ciencia ni el sentido común de la conciencia, ambos universalizables, ambos necesarios para el progreso de la civilización, llegan a decir nada del sujeto en su singularidad radical, en su diferencia absoluta; una singularidad, una diferencia que no es del alma sino del cuerpo: “sustancia gozante” que es lo único que realmente le pertenece (pues todo lo demás lo ha tomado del Otro). De modo que el sujeto de la (con)ciencia, en su pretendida plenitud de saber y de ser (pienso, luego existo), borra al sujeto del inconsciente, que no tiene ser (pues el inconsciente no tiene consistencia ontológica), pero tiene un (no) saber sobre sí, o mejor aún, un “saber no sabido” (*unbewusst*) que no sólo se metaforiza en el síntoma (o en el sueño, o en el lapsus, o en el chiste), presentificando su real subjetivo, sino que también se escucha (bajo transferencia) en su discurso; no en sus enunciados conscientes sino en su enunciación inconsciente. Es allí, en la enunciación, donde se revela la relación particularísima de un sujeto con el lenguaje; donde se devela (*aletheia*) su sujeción inconsciente a ciertos significantes que lo representan en el campo del Otro, sin llegar a significarlo, sin llegar nunca a designar su ser (el primero de los cuales es su propio nombre, o bien, su nombre propio). Estos significantes, que aparecen en su discurso como sin querer, o que resuenan en él por homofonía (ocultos, sepultos), son los que urden la trama de su historia (en la que está *literalmente* atrapado); son los que comandan los dichos y los actos en los que se juega su destino; un destino que —casi está demás decirlo— es siempre distinto al que se había trazado, pues no es su pequeño y soberbio “yo razonable” el que lleva las riendas, sino su (el) inconsciente, que, por un lado, implica al Otro del lenguaje y del discurso y del deseo; y por el otro, al Uno de la pulsión (auto)erótica, del goce repetitivo y (auto)destructor. División, crucifixión, malestar, *ser-para-la-cultura* (Lacan) y *ser-para-la-muerte* (Heidegger), a menos que *la lógica de un análisis* llevado hasta sus últimas consecuencias lo lleve a caer fuera del discurso del Otro (“libre”) y lo haga entender —con prescindencia de farragosas explicaciones *psico*-analíticas, o peor aún, psicológicas— que vivir es urgente precisamente porque tiene los días contados; que “actuar conforme al deseo que lo

habita”⁷⁴ (habiendo asumido ya lo incurable de su condición y la falta que habrá siempre) es el único modo de salir de su mortificante automatismo, de romper el círculo vicioso de una existencia en la que ya no hay nada nuevo; sólo un inconsciente sentimiento de culpa consigo mismo por no poder o por no querer “realizar” el propio deseo, o dicho en otras palabras, por no llegar a ser el que se es, como pedía Nietzsche (*lo que se es*, diría Lacan, enfatizando el pronombre neutro, en referencia a lo real del goce). Una culpa que —como decíamos con Lombardi— “puede ser mucho más apremiante cuando Dios ha dejado de existir para nosotros, cuando la esperanza y el perdón de Dios ya no están en el horizonte de la vida...”⁷⁵, que es lo mismo que decir, cuando ya no hay un Otro al cual hacer responsable por el propio destino.

⁷⁴ “¿Has actuado conforme al deseo que te habita?”, es la pregunta en la que se resume toda la ética lacaniana.

⁷⁵ Gabriel Lombardi, *op. cit.*, p. 204.



René Descartes

3. EL SUJETO DE LA IDEOLOGÍA

Si hemos hecho el abordaje teórico-histórico-metodológico de dos categorías: el sujeto del inconsciente lacaniano y del sujeto de la (con)ciencia cartesiano —las dos caras de una misma moneda, o mejor aún, los polos negativo y positivo, respectivamente, de lo que, de hecho, es una epistemología de la subjetividad—, es porque sólo a partir de ellas podemos crear una tercera categoría: *el sujeto de la ideología*, que corresponde a los personajes semprunianos por una razón: todos, o casi todos —incluido el personaje cuyo nombre es Jorge Semprún—, están inmersos en el goce-sentido (*jouis-sense*) propio de la ideología; o dicho de otro modo, están tocados no ya por la “mentira”, sino por la “enfermedad ideológica” —por lo que tiene de alienante a una supuesta verdad, o más precisamente, a una verdad que no puede ser sino imaginaria (en sentido lacaniano)—; y de esta enfermedad o “pasión” (*pathos*) no podrían ni querrían “curarse”, pues les es necesaria, en primer lugar, para existir como hombres; y en segundo, para darse (ya que no lo tienen *per se*) un ser en el mundo, es decir, en el Otro, que es la instancia que le otorga, a un sujeto, un ser (un sujeto, por sí mismo, es un “conjunto vacío”). Pero este ser —y he aquí el punto crucial de nuestra argumentación— es un ser de ficción: ¿u otra cosa son las figuras (del revolucionario, del empresario, del terrorista o del escritor) en las que se alojan los personajes de nuestra novela?, ¿y qué son estas figuras sino tipos imaginarios que son sancionados (engendrados) por el Otro del discurso?, ¿qué son sino funciones o encomiendas simbólicas destinadas, entre otras cosas, a encubrir lo real —la inconsistencia, la falta de fundamento, la nada— del sujeto que las encarna?

Dicho esto, podemos comenzar este párrafo, que será largo, nos tememos, porque antes de abordar al sujeto de la ideología sempruniano —algo que haremos ya directamente en el contexto de la novela, o mejor dicho, de la historia que en ella se proyecta, y que, como veremos, es una típica historia sempruniana de lealtad y traición—, es necesario distinguirlo del sujeto ideológico althusseriano (al que ya nos hemos referido brevemente), y aun del sujeto ideológico žižekiano, por ser un correlato lógico de aquél. Iniciemos, pues, el recorrido.

3.1. El sujeto ideológico de Althusser o la ideología como mecanismo de interpelación

El sujeto que postula el filósofo marxista en su ya clásico texto, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (1970), no es, de entrada, un sujeto, sino un individuo: *un individuo que es interpelado por la ideología como sujeto*⁷⁶. Dicho en otras palabras, un individuo que es *constituido* como sujeto —la interpelación, en Althusser, es constituyente de la subjetividad— a partir de los requerimientos emitidos por la estructura social y ejecutados por las instituciones; requerimientos a los que de ningún modo puede sustraerse. De modo que el sujeto althusseriano —sujeto ideológico y no sujeto de la ideología— es un individuo (sin división, es decir, sin inconsciente) que deviene sujeto por la fuerza interpelativa/constitutiva de la ideología. Pero, ¿qué es, entonces, la ideología, en el sentido que le da Althusser a este concepto crucial para el análisis de la sociedad humana y que Marx —por falta de tiempo— sólo dejó esbozado? Imposible resumir en una sola y cómoda definición todo lo que la ideología comporta. Por tal motivo, ha sido necesario discernir, del texto de Althusser —texto ejemplarmente agudo pese a su estilo un tanto caótico y repetitivo (como el de su maestro)—, sus nociones fundamentales. Si las exponemos a continuación es porque son indispensables para entender a este “sujeto ideológico” a partir del cual podremos postular al “sujeto de la ideología”, un sujeto que ya es el *sujeto sempruniano* propiamente dicho, y sobre el cual realizaremos nuestro trabajo hermenéutico en el contexto de la novela. Revisemos, pues, las nociones althusserianas:⁷⁷

1) La ideología es una *representación objetiva de la realidad*, que es inherente a la existencia de una formación social; representación objetiva quiere decir: independiente de la subjetividad de los individuos que le están sometidos:

En una sociedad dada, los hombres participan en la producción económica, cuyos mecanismos y efectos son determinados por la estructura de las relaciones de producción; los hombres participan en la actividad política, cuyos mecanismos y efectos son regulados por la estructura de las relaciones de clase (la lucha de clases, el derecho y el Estado). Los mismos hombres participan también en otras actividades: culturales, religiosas, etc., bien de una manera activa y creativa, por medio de prácticas conscientes, o bien de una manera pasiva y mecánica, es decir, inconsciente (reflejos, prejuicios, actitudes). *Estas últimas actividades constituyen la actividad ideológica, y son sostenidas por una adhesión voluntaria e involuntaria, consciente e inconsciente, a un conjunto de representaciones [ideas y creencias] que conforman lo que se llama el nivel de la ideología (...)*

⁷⁶ Louis Althusser, *op. cit.*, México, Grupo Editorial Tomo, 2014. 2da ed, pp. 59 y ss.

⁷⁷ *Ibid.*, “El marxismo es una doctrina científica”, pp. 80-84 y “La ideología”, pp. 115-132. Todas las cursivas serán nuestras.

2) Siendo la ideología una representación objetiva de la realidad social, ella depara (sin embargo, o por eso mismo) una “falsa conciencia” de esa realidad:

La ideología es una representación—o mejor dicho, un sistema de representaciones [ideas y creencias]— que es necesariamente falseada y tendenciosa; y es así porque su fin no es el de dar a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social en el que están insertos, sino por el contrario, es ofrecerles una representación mistificada de ese sistema social, a fin de mantener el statu quo, es decir, la estructura general de explotación de clase (...) Las representaciones de la ideología no son conocimientos verdaderos del mundo que representan. Pueden contener elementos de conocimientos, pero siempre integrados y sometidos al sistema de conjunto de esas representaciones.

3) La función principal de la ideología —de la cual depende la pervivencia del Estado en su conjunto— es la de *cohesionar socialmente* a los individuos:

(...) La ideología aparece así como una representación del mundo que liga a los hombres con sus condiciones de existencia y a los hombres entre sí en la división de sus tareas dentro de la estructura social. Desde las sociedades primitivas en las que las clases no existían, se comprueba ya la existencia del lazo ideológico, y no es por azar que podemos ver a la religión como la primera forma general de ideología (en su sentido etimológico religión quiere decir ligazón) (...) Si nos representamos la sociedad según la metáfora clásica de Marx, esto es, como un “edificio” cuya parte superior o “superestructura” jurídico-política se eleva sobre la parte inferior o “infraestructura”, que es económica, debemos dar a la ideología un lugar muy particular: para comprender su eficacia, es necesario situarla en la superestructura y darle una relativa autonomía respecto al derecho y al Estado. Pero, al mismo tiempo, para comprender su omnipresencia, hay que considerar que la ideología se introduce en todas las partes del edificio, y que constituye ese cemento de naturaleza particular que asegura el ajuste y la cohesión de los hombres en sus papeles, sus funciones y sus relaciones sociales.

4) La ideología *no es percibida, por el individuo, como ideología*, sino que es asumida como su (la) realidad, y en última instancia, como su verdad de sujeto:

De hecho, la ideología impregna todas las actividades del hombre; está presente en todos sus gestos, actitudes, juicios y comportamientos, es decir, en su “sentido de la vida”, y esto hace que sea indiscernible de la experiencia vivida, pues lo vivido está profundamente marcado por la vivencia ideológica (...) Cuando el individuo cree tener una percepción pura y desnuda de la realidad, en realidad tiene una percepción impura de ella, pues lo que percibe está velado por la ideología; como no percibe la ideología en tanto que tal [y diríamos nosotros: así como el pez no percibe el agua en la que está inmerso], toma su percepción de las cosas por la percepción de “las cosas mismas”, sin percatarse del velo ideológico que las encubre. Es decir que los hombres desconocen la estructura y los mecanismos de la ideología, que practican de la misma manera en que un creyente practica su religión.

5) La ideología es “*la representación de la relación imaginaria que los individuos mantienen con sus condiciones reales (materiales) de existencia*”:

*Esto se refiere, concretamente, a la explotación como resultado de la división del trabajo condicionada por la existencia de clases sociales antagónicas en su lucha permanente (...) Nos damos cuenta, entonces, que la ideología está destinada a asegurar la cohesión de las relaciones de los hombres entre sí y de los hombres con sus tareas en la estructura general de explotación de clase [estas son, en efecto, las condiciones reales, es decir, materiales, de su existencia], que las extiende, entonces, a todas las otras relaciones. Así pues, la ideología está destinada ante todo a asegurar la dominación de una clase [la burguesa] sobre la otra [la proletaria] y la explotación económica que le asegura su preeminencia, haciendo a los explotados aceptar como fundada en la voluntad de Dios, en la naturaleza o en el deber, su condición de explotados (...) Pero la ideología no es sólo un “bello engaño” (*belle déception*) inventado por los explotadores para mantener a raya a los explotados y engañarlos; también les es útil a ellos, a los explotadores de clase, para comportarse como tales y mantener la estructura de la división del trabajo.*

6) La ideología es *alusión e ilusión; reconocimiento y desconocimiento* del sistema social en el que los hombres están insertos:

La ideología hace en cierto modo alusión a lo real (material), pero al mismo tiempo, lo que ofrece de eso no es más que una ilusión. O dicho de otro modo, la ideología da a los hombres un cierto conocimiento de su mundo —o mejor dicho, les permite “reconocerse” en ese mundo que es (y no es) el suyo; les proporciona, pues, un cierto “reconocimiento”—, pero, al mismo tiempo, no hace sino introducirlos en el “desconocimiento” de ese mundo [y por lo tanto, de sí mismos].

7) *Es necesario distinguir entre ideología y ciencia.* Esto se refiere a que la posibilidad de que la clase obrera pueda liberarse efectivamente de la *dominación ideológica* (amén de la dominación económica y jurídico-política) que sobre ella ejerce la clase burguesa, depende necesariamente de la confección de una teoría “no ideológica”, es decir, de una teoría *científica* —para Althusser la distinción entre ideología y ciencia es fundamental— de la estructura de las relaciones de producción y de las relaciones de clase en el seno de las formaciones sociales concretas. Esta teoría no es ni puede ser otra que el *marxismo* en su doble doctrina: el materialismo histórico (ciencia de la historia) y el materialismo dialéctico (filosofía de la historia, o más precisamente, teoría de la historia del conocimiento), cuyo propósito *práctico* es la transformación radical de esa estructura: la *estructura de explotación de clase*, mediante la acción revolucionaria:

La presión de la clase burguesa es tal, y es ella en tal medida la única que proporciona la materia prima ideológica, los cuadros de pensamiento, los sistemas de referencia, que la clase proletaria misma no puede, por sus propios recursos, liberarse radicalmente de la ideología burguesa. Puede, en todo caso, expresar su protesta y sus esperanzas utilizando ciertos elementos de ideología burguesa, pero permanece prisionera de ésta, presa en su estructura dominante. Para que la ideología obrera “espontánea” llegue a transformarse hasta el punto

de liberarse de la ideología burguesa, es necesario que reciba de afuera el socorro de la ciencia, y que se transforme bajo la influencia de un nuevo elemento, radicalmente distinto de la ideología: la ciencia, precisamente [esto explica, por lo tanto, que Marx haya insistido tanto en el carácter científico (y no ideológico) de su obra](...)

La doctrina marxista es eminentemente científica. Esto quiere decir que no se contenta con aplicar los principios morales y jurídicos burgueses existentes (libertad, igualdad, fraternidad, etc.) a la realidad burguesa existente para criticarla, sino que critica estos principios morales y jurídicos existentes como el sistema político-económico existente. *Esta crítica general reposa entonces sobre otros principios que no son los ideológicos existentes: reposa sobre el conocimiento científico del conjunto del sistema burgués existente, tanto de su sistema económico-político-jurídico, como de su sistema ideológico. Reposo sobre el conocimiento de este conjunto, que constituye una totalidad orgánica, cuya economía, política-jurisprudencia e ideología son “niveles” o “instancias” que están articulados según leyes específicas.* Este conocimiento permite definir los objetivos del socialismo [que no del comunismo], y concebirlo como un nuevo modo de producción determinado que sucederá al modo de producción capitalista; concebir sus determinaciones propias, la forma precisa de sus relaciones de producción. *Permite también definir los medios de acción propios para “hacer la Revolución”, medios que se basan en la naturaleza de la necesidad del desarrollo histórico, en el papel determinante en última instancia de la economía en este desarrollo, en el papel decisivo de la lucha de clases en las transformaciones económico-sociales y en el papel de la conciencia y de la organización en la lucha política.* Es la aplicación de estos principios científicos la que ha permitido definir a la clase obrera como la única clase radicalmente revolucionaria, definir las formas de organización justas de la lucha económica (papel de los sindicatos) y política (naturaleza del papel del partido de vanguardia de la clase obrera), definir en fin las formas de la lucha ideológica. Es la aplicación de estos principios científicos la que ha permitido romper no sólo con los objetivos reformistas de las doctrinas socialistas utópicas, sino también con sus formas de organización y de lucha. Es la aplicación de estos principios científicos la que ha permitido definir una estrategia y una táctica revolucionarias cuyos primeros resultados irreversibles están de ahora en adelante inscritos en la historia mundial (...)

Hecho el desglose de las nociones althusserianas del concepto de ideología —un concepto que pareciera olvidado por la sociología y por la filosofía política— podemos volver a aquel individuo del que estábamos hablando; ese individuo que, habiendo nacido no a la plenitud de la naturaleza sino a las leyes del lenguaje y de la cultura, y más concretamente, a la *estructura general de explotación de clase* (una estructura que ya existía antes que él y que seguirá existiendo después que él), es interpelado/constituido como sujeto por la ideología, es decir, por la “práctica ideológica” que en ella tiene lugar. Esta práctica ideológica es el nombre que engloba el conjunto de “prácticas discursivas”, de las cuales ese sujeto es alternativamente agente y paciente, emisor y receptor, constitutivo de ellas y constituido por ellas. (Se explican, así, los dos principios mínimos que enuncia Althusser⁷⁸: 1) “No hay práctica sino por y bajo una ideología”, que se refiere al hecho de que la ideología no tiene una existencia ideal, como podría suponerse; por lo contrario, la ideología tiene una existencia material toda vez que *se materializa* en prácticas discursivas concretas que se reproducen en el seno de los aparatos ideológicos de Estado (AIE); y 2) “No hay ideología sino por el sujeto y para los sujetos”; *por* el sujeto, porque la ideología sólo funciona

⁷⁸ Louis Althusser, *op. cit.*, pp-59-60.

con la categoría de sujeto (no con la de individuo ni con la de persona), o dicho de otro modo, el sujeto es la categoría constitutiva de la ideología; *para* los sujetos, porque la ideología está destinada a los sujetos concretos que ocupan su lugar asignado (proletario o propietario, con las infinitas gradaciones y particularidades que estos lugares admiten) en la estructura de las relaciones de producción y de las relaciones de clase, cuyo fundamento no es otro que la explotación de proletario por el propietario, o para decirlo más precisamente, la producción de la mercancía de la cual se extrae la *plusvalía* que enriquece a éste a costa de aquél. De modo que la ideología de la que estamos hablando no es ni puede ser otra que la ideología de la clase dominante, por otro nombre, la burguesía⁷⁹ (en toda su diversidad y estratificación), y de la cual el Estado funciona como garante a través de sus aparatos ideológicos, que son la familia, la institución educativa, la institución religiosa, el sistema político-jurídico y los medios de comunicación de masas). Pero, volviendo al punto en el que estábamos, diremos lo siguiente: es por el hecho de ser “constitutivo de” y “constituido por” las prácticas discursivas que tienen lugar en el seno de los AIE—prácticas que se fundamentan en la *repetición*, pues la repetición de un discurso, bien lo sabemos, es lo que da *consistencia significativa* a la realidad, y por lo tanto, a los poderes que la gobiernan—, así como por realizar (más o menos sumisamente) las tareas que le son asignadas según la estructura de la división del trabajo establecida por la clase dominante de la formación social a la que pertenece, que el sujeto althusseriano merece el calificativo de “ideológico”, pues, ¿qué es la ideología—en este contexto y en este sentido específicos— sino un “bello engaño”, una “representación imaginaria”, una “falsa conciencia” que este sujeto tiene de sus condiciones reales (materiales) de existencia y que—tal como lo asentara Marx en su premisa fundamental sobre la ideología— lo lleva a hacer lo que hace *sin saber por qué lo hace?* Se comprende, entonces, que esta ignorancia, o más propiamente, este no-querer-saber del sujeto althusseriano respecto a lo que hace, encuentre su correlato en el no-querer-saber del sujeto lacaniano respecto a lo que dice, toda vez que su inconsciente, que es el discurso del Otro, lo lleva a decir lo que dice *sin saber por qué lo dice*, y por extensión, a desear lo que desea *sin saber por qué lo desea*.⁸⁰ ¿Por qué? es entonces la pregunta fundamental: ¿por qué un sujeto—ese sujeto que inexorablemente somos— no quiere saber? La respuesta es lógica: porque no hay nada más

⁷⁹ La misma burguesía que conformaría las élites neoliberales del siglo XXI.

⁸⁰ Domenico Cosenza no lo entiende como extensión sino como *causa*, y propone lo siguiente: “el sujeto (del inconsciente) no sabe lo que dice *porque* no sabe lo que desea”, (Domenico Cosenza, *op. cit.*, p. 67). Esto nos permite decir que el sujeto del inconsciente es el reverso—o si se prefiere, el negativo— del individuo consciente, que cree saber el porqué de lo que hace, dice y desea.

doloroso que saber del inconsciente, es decir, de lo real que nos constituye más acá de las ficciones de lo simbólico (discursos que tienen como último propósito administrar el goce), y de los espejismos de lo imaginario (figuraciones a través de las cuales amamos y⁸¹ odiamos al prójimo); ficciones y espejismos que configuran eso que damos en llamar “la realidad” y que, al mismo tiempo que nos dan un (incierto) lugar en el Otro, nos permiten llevar una existencia más o menos previsible, más bien pobre en acontecimientos; y también, correlativamente, porque “no hay nada más doloroso que *salir de la ideología*” (son las palabras del heredero más notable de Marx y de Lacan: Slavoj Žižek), pues la ideología es lo que permite hacer lazo social (relacionarnos con nuestros prójimos para amarlos y odiarlos); de modo que, estar fuera de la ideología (algo que no es imposible, como tampoco lo es saber del inconsciente), significa quedarse infinitamente solo: sin el Otro y sus otros (nuestros prójimos), que nos gratifican y nos frustran, que nos sostienen y nos alienan.

3.2. El sujeto ideológico de Žižek o la ideología como fantasía de completud

Ahora bien, es necesario decir que el filósofo esloveno no entiende ya el funcionamiento de la ideología como simple “interpelación”, sino que, yendo bastante más allá que Althusser en el desarrollo de la teoría de la ideología, lo entiende de un modo más complejo: como “fantasía” (término de estirpe lacaniana que remite al de “fantasma”). Sí, como una fantasía que tiene una función muy específica: la de *encubrir la falta en el Otro*; un Otro que, como sabemos, está estructurado en torno a una imposibilidad traumática: la imposibilidad de la relación entre los sexos, pero también —y he aquí la originalidad de la teoría žižekiana— en torno a la imposibilidad de la relación entre las clases. Por eso escribe lo siguiente:

(...) Queda claro, entonces, que podemos usar la noción de fantasía en el terreno propio de la ideología, puesto que, así como “no hay relación sexual”, “tampoco hay relación de clases”: *la sociedad está siempre atravesada por una escisión antagónica que no se puede integrar al orden simbólico. Y la apuesta de la fantasía ideológico-social es construir una imagen congruente de la sociedad*: una sociedad que no esté escindida por una división antagónica de clase, una sociedad en la que la relación entre sus partes sea orgánica, complementaria (...) La noción de fantasía social es, por lo tanto, una contrapartida necesaria del concepto de antagonismo: la fantasía es precisamente el modo en que se disimula el antagonismo. O dicho de otra manera, *la fantasía es el medio que tiene la ideología de tener en cuenta de antemano su propia falta* (...) Esto concuerda con la imposibilidad

⁸¹ Una conjunción y no una disyunción. Y más aún: una fusión: amor odiamos [*haineamour*, es el neologismo de Lacan].

estructural de “Sociedad”, pues, como sostienen Laclau y Mouffe⁸², lo Social es siempre un terreno incongruente estructurado en torno a una imposibilidad constitutiva, atravesado por un antagonismo central (de ahí que todo proceso de identificación que nos confiera una identidad socio-simbólica fija esté en definitiva destinada al fracaso). La función de la fantasía ideológica es disimular esta incongruencia, el hecho de que “la Sociedad no existe”, y compensarnos así por la identificación fallida.⁸³

No obstante las diversas perspectivas sobre el funcionamiento de la ideología —bien como mecanismo de interpelación (Althusser), o bien como fantasía de completud (Žižek)—, ambos filósofos se refieren, por supuesto, a la *ideología hegemónica* que nació con la Revolución Industrial: la ideología burguesa de los siglos XIX y XX; la misma que, para el siglo XXI, ha devenido una *hegemonía ideológica* aparentemente imbatible: el neoliberalismo. Sobre esto hay que decir que los teóricos contemporáneos de la (así llamada) “izquierda lacaniana”⁸⁴ —una cofradía más imaginaria que real en la que figuran, entre otros, Laclau y Žižek— coinciden, más o menos, en una tesis central: el neoliberalismo es básicamente una *fantasía ideológica hegemónica* de libertad y autonomía (“*soy el/la que quiero ser*” o “*tú decides tu destino*”) y/o de potencia y posibilidad (“*¡todo es posible!*”), que oculta la servidumbre real del sujeto con respecto al Mercado —Amo indiscutible de nuestros tiempos—, y sobre todo, su propia impotencia-imposibilidad, es decir, su castración fundamental; pero también, paralelamente, oculta —mediante el (ab)uso de significantes amos (sin duda irreprochables, sin duda necesarios) como “Democracia”— las incongruencias sociales, los antagonismos de clase, las imposibilidades estructurales de totalización y de congruencia; y esto puede leerse, en los términos originales de Lacan, como *la falta en ese Otro* al que se da el nombre de Sociedad; y más aún: como *el agujero de lo Real* que existe, desde siempre y para siempre, en la estructura de lo Simbólico. Y es que el significante “Democracia” —quién se atrevería a dudarle— se fue convirtiendo en el significante amo por excelencia (en tanto que estructurante simbólico de un orden sociopolítico) de ese otro Amo venido a menos que es el Estado; un significante que hoy ya no significa (casi) nada —por eso otro pensador de la

⁸² Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, FCE, 2004. Este problema ya había sido planteado por filósofos como Adorno, quien advirtió que la serie de “determinaciones opuestas” que constituyen a la sociedad no se incluyen sino que se excluyen mutuamente—de ahí su clásica oposición entre “organicismo” (la sociedad como un todo orgánico que abarca a los individuos) e “individualismo” (la sociedad como un vínculo, una especie de contrato entre individuos atomizados)— pero no llegó a formularlo como un “núcleo antagónico” (entendido, además, en el sentido de “imposibilidad estructural”) a la manera en que después lo harían los pensadores lacanianos. *Cfr. Society*, Salmagundi, pp. 10-11.

⁸³ Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 1992. pp. 173-174.

⁸⁴ Si bien —como han señalado varios autores— no hay nada en el pensamiento lacaniano que autorice a clasificarlo como un pensamiento de izquierda.

izquierda lacaniana, el argentino Jorge Alemán, lo denomina como un “significante vacío”—por cuanto que, despojado de su significación (“poder del pueblo”), opera no sólo como una especie de justificativo ideológico para toda clase de abusos y corrupciones —incluido el ejercicio de poderes verticales y semidespóticos—, sino como el instrumento político de las clases (y de los países) dominantes de Occidente, pues: ¿no es la democracia, finalmente, un “invento” (Lefort) del hombre blanco y civilizado, es decir, europeo y norteamericano?; ¿no es la democracia, en los hechos, una plataforma imprescindible para la expansión del neoliberalismo como ideología y del capitalismo (global) como modo de producción?; ¿no es la democracia, en última instancia, esa “ficción”, tan simbólica como necesaria —pues la democracia es un “universal” de tipo hegeliano que, si bien “no existe en ninguna parte de la realidad” (donde no tenemos sino excepciones), la realidad lo implica como un punto de referencia que le confiere su necesidad—, que viene a taponar el agujero en el Otro —la Sociedad como un todo congruente—, a encubrirlo convenientemente bajo el *velo* de la ideología?

Ahora bien, para comprender por qué un significante (y para seguir con el ejemplo de “Democracia”) viene al lugar de la falta en el Otro, al lugar de lo Real (el antagonismo central entre las clases, la explotación del proletario por el propietario (“en plena democracia”), en suma, *el núcleo de imposibilidad* al que se refieren Žižek, Laclau y Mouffe, que impide conceptualizar a la Sociedad como un todo congruente), para encubrirlo mediante lo Simbólico, es necesario insistir en lo que el significante es más acá de su concepción original saussureana: el simple representante material (acústico) del significado. El significante es, ante todo —y aquí radica su importancia (su primacía sobre el significado)—, el sustituto de un vacío original; la ausencia de la cosa que la palabra (el símbolo) ha venido a llenar. Žižek lo dice así:

El significante es el sustituto que llena el vacío de alguna representación ausente desde el origen; esto quiere decir que, más que aportar una representación, representa su propia falta (de ahí su estatuto de *Vorstellungsrepräsentanz*) (...) Pero lo más importante es que *cuando el significante pierde su conexión con este agujero en el Otro, cae un objeto: el objeto a, como un objeto original perdido que en cierto modo coincide con su propia pérdida y que es, precisamente, la encarnación de este vacío.*⁸⁵

⁸⁵ Slavoj Žižek, *op. cit.*, pp. 207-208.

3.2.1. Ese falso objeto del deseo

Y es así como el objeto —que es indisociable del sujeto y que no es considerado por ninguna teoría (salvo la psicoanalítica), pues todas conciben una Realidad que, al ser estructurada por el lenguaje, puede ser *enteramente designada* por él, de modo que nada “cae” fuera de ella— se convierte en el punto crucial de la teoría lacaniana. ¿Por qué? Porque el objeto es algo que está más acá del significante, o más precisamente, es producido por él, por el significante que crea la realidad a la cual el sujeto ha de sujetarse. De modo que ese “más acá”, ese objeto-ausencia que *causa* el deseo y que cae, es decir, que se produce como efecto de la articulación significante, es algo de lo Real que —dice Žižek—: “si bien no forma parte de la realidad (en el sentido de ‘realmente existente’, de empíricamente verificable), ejerce una causalidad estructural que tiene efectos en la realidad simbólica del sujeto”⁸⁶. No nos extenderemos más en esto, salvo para ligarlo a las servidumbres subjetivas que el neoliberalismo hace pasar por libertades individuales, y que tienen que ver, precisamente, con el objeto, o mejor dicho, con *la producción del objeto* que habría de completar al sujeto en lo más íntimo de su ser: su goce/deseo. Un objeto que, por supuesto, no es ni puede ser el objeto *a* (pues éste es un objeto de lo Real, un vacío que *causa* el deseo), sino un objeto que, *materializado como producto* (“mercancía”, en el lenguaje marxista), hace las veces de él, o mejor dicho, *se coloca en su lugar*. Sobre esto, Gustavo Dessal ha escrito lo siguiente:

El deseo no se contenta jamás con su objeto. Se afana en su búsqueda, siempre frustrante, roza tangencialmente su meta, y se empecina en avistar un más allá por lo general disperso e innombrable. *De allí que el objeto de consumo actual, programado no sólo para caducar en su materialidad física sino fundamentalmente en su valor imaginario de fetiche, es el señuelo ideal para ofrecerle al deseo, puesto que posee la propiedad mágica indispensable: una exacta mezcla de placer y decepción que garantiza la fidelización del sujeto al espejismo del consumo.* ¡Qué dulce dolor causa en el alma comprar el nuevo smartphone y enterarnos, ese mismo día, que la marca acaba de anunciar la salida del siguiente modelo para los próximos meses! Creíamos haber tocado el cielo con las manos, pero el encanto fue fugaz. No obstante, debemos estar agradecidos de que nuestra vida encuentre así una renovación de su sentido, y que el deseo recargue su movimiento eterno hacia la nada (...) Esto es lo que Marx denominaba como “el fetichismo de la mercancía”, probablemente una de sus más lúcidas observaciones sobre el objeto. Si Marx abrió un camino fundamental en la comprensión teórica del objeto al distinguir su valor de uso y su valor de cambio, Freud fue mucho más lejos: demostró que, ante todo, el objeto posee un valor libidinal, esto es, que puede convertirse en *causa* del deseo.⁸⁷

⁸⁶ Slavoj Žižek, *op. cit.*, p. 208.

⁸⁷ Zygmunt Bauman y Gustavo Dessal, *op. cit.*, pp. 63 y 67. Las cursivas son nuestras.

3.3. El discurso como consistencia o el Nombre del Padre

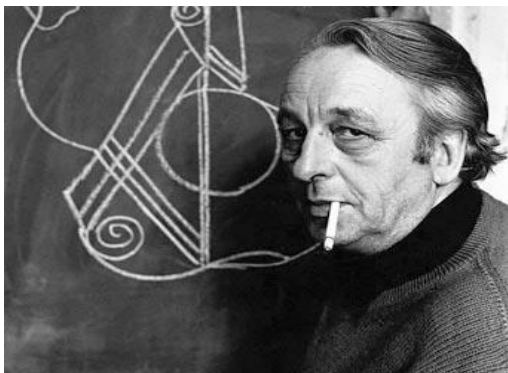
No hay mucho más que decir acerca de cómo el capitalismo, en su irrompible alianza con la ciencia —o para ser justos, con la razón científico-técnica—, aprovecha los mecanismos de la subjetividad para ejercer el control⁸⁸ de los sujetos a través de los objetos; un rasgo que distingue a nuestra época, “líquida”, al decir de Zygmunt Bauman —y no por esto menos ideológica o “post-ideológica”, como ingenuamente se dice, pues el actual “discurso del capitalista”⁸⁹ está más hecho de objetos que de palabras—, de una época anterior, “sólida”⁹⁰, en la que, si bien los objetos ya constituían un discurso en sí mismos, las palabras eran, todavía, imprescindibles: “pesaban” de otra manera en lo simbólico y en lo imaginario de la subjetividad de entonces. Pero, ¿qué queremos decir con esto? Que si algo caracterizaba a los discursos que conforman lo que con Althusser hemos denominado como ideología (y que comprenden lo político, lo moral, lo religioso, lo estético, etc.), era, precisamente, su *consistencia*. Por *consistencia* hemos de entender no sólo la cualidad que debe tener un discurso —sus valores intrínsecos de cohesión y pertinencia— a fin de producir un efecto de verdad lo bastante persuasivo como para devenir ideológico, sino también y sobre todo, *la función simbólica* que antes, en los tiempos sólidos, cumplía, y que era la de *dar al sujeto un sentido a partir del cual ordenar y orientar su existencia*. Es esto a lo que Lacan llamaba (sin connotaciones religiosas sino edípicas) Nombre del Padre, pues, ¿hay algo más simbólico que el Padre en su función (hoy acabada) de poner un límite al goce, es decir, al Deseo (casi siempre devorador) de la Madre en relación al hijo, mediante su palabra?. Pero, si el Nombre del Padre lacaniano va más allá del Padre freudiano (en su figura y en su función), es porque se refiere a la estructura del lenguaje, y más específicamente, a la función de un significante amo (S1: Dios, Libertad, Democracia, Revolución, etc.) a partir del cual se estructura un discurso pleno de significado (S2). Este discurso puede capturar, o no, a un sujeto en un

⁸⁸ De ahí que, en los términos de Deleuze, la nuestra sea una “sociedad de control” y ya no una “sociedad disciplinaria”, tal como la definió Foucault.

⁸⁹ Y al que Braunstein llama “discurso de los mercados”, que es una rebautización (reactualización) de ese controvertido quinto discurso, el “discurso del capitalista”, que Lacan agregó a su original “teoría de los cuatro discursos” (discurso del amo, discurso del universitario, discurso de la histeria y discurso del analista), con la cual explicaba el funcionamiento del inconsciente en los lazos sociales. Cfr. Néstor Braunstein, *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*, México, Siglo XXI,

⁹⁰ Estamos hablando de lo que el sociólogo polaco ha explicado como el trance de la fase “sólida” de la modernidad, que corresponde a los siglos XIX y XX, a la fase “líquida”, que corresponde al siglo XXI, en lo que supone un cambio no de época, sino de era, cuyas consecuencias son todavía incalculables.

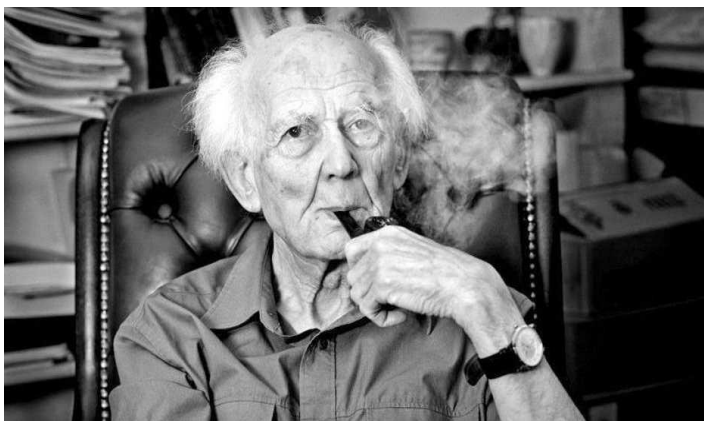
momento determinado de su existencia y darle una representación en el campo del Otro, y a veces, incluso, una *figura* (sacerdote, político, empresario, revolucionario, etc.) que no es sino la encarnación de ese discurso específico. Veremos esto más adelante. Mientras tanto, es necesario decir que en aquellos (ya) lejanos tiempos sólidos —todavía patriarcales—, estos significantes amos que estructuraban los discursos existentes constituían verdaderos puntos de anclaje subjetivo, toda vez que la pulsión podía sostenerse en ellos —recordemos que, si por algo se distingue el psicoanálisis específicamente lacaniano, es por la tesis de que *la pulsión se sostiene en el significante*—. Es así que los sujetos de antaño, identificados (fijados) pulsionalmente a esos significantes —sujetos, en todo caso, de un Otro consistente— podían, todavía, *regular su goce mediante la palabra* (aunque también, por supuesto, podían no regularlo sino justificarlo); o dicho en términos *borromeicos*: podían, todavía, *tramitar lo real mediante lo simbólico* (aunque también, por supuesto, podían no hacerlo y abocarse a la destrucción). Y si antes podían hacerlo —con mucha más facilidad que hoy, cuando los referentes civilizatorios se han diluido, cuando el mandato de gozar (el goce estandarizado del consumo) es cultural y, por lo mismo, más *real* que nunca— era precisamente por esa mediación del Nombre del Padre (que aún no había declinado); por el modo en que un significante amo, es decir, un cierto discurso de entre los tantos que conforman la ideología, podía capturarlos (seducirlos) con su efecto de verdad y hacerlos *sujetos de ese discurso*.



Louis Althusser



Slavoj Žižek



Zygmunt Bauman



Gustavo Dessal



Élisabeth Roudinesco



Néstor A. Braunstein

3.4. El sujeto de la ideología sempruniano o la ideología como “libre elección”

Esto último: el modo en que un significante amo, es decir, un cierto discurso de entre los tantos que conforman la ideología, puede capturar (seducir) con su efecto de verdad a un sujeto para hacerlo sujeto de ese significante-discurso, es, de hecho, el rasgo distintivo del *sujeto de la ideología*, por otro nombre, el *sujeto sempruniano*. A él hemos llegado luego de hacer este largo pero necesario recorrido por los distintos sujetos —el sujeto del inconsciente lacaniano, el sujeto de la (con)ciencia cartesiano y los sujetos ideológicos althusseriano y žižekiano—, los cuales conforman una especie de palimpsesto en la medida en que un sujeto es, al mismo tiempo, todos ellos. Pero, ¿por qué hemos de denominar al sujeto sempruniano como sujeto de la ideología? Porque no se trata ya de un sujeto ideológico en el sentido de Althusser: pasivo, automático, funcional: sujeto-soporte de la ideología dominante, del discurso del amo burgués —un amo que, por lo demás, no ha desaparecido (como tampoco ha desaparecido la lucha de clases, que, tal como advierte Žižek, sólo ha tomado otras formas⁹¹), sino que sigue (co)existiendo, en todo caso, con el amo global, corporativo, sistémico, del neoliberalismo—. Se trata, por el contrario, de un sujeto que ha superado —aparentemente— ese estado de alienación; y si ha podido hacerlo, es gracias a la formación teórica que ha recibido, es decir, a su voluntaria educación en la ciencia marxista, y a su consecuente “libre elección” de la ideología que, inevitablemente, ha surgido de esa ciencia —ideología que, como sabemos, tiene tres discursos principales: el leninismo, el maoísmo y el trotskismo, los tres estructurados a partir del significante *Revolución*, si bien cada uno con su significado (propósito) específico⁹²—, de modo que se ha transformado en un sujeto distinto: activo, electivo y comprometido con el esclavo proletario en su lucha contra la dominación económica, política e ideológica de la que es objeto. Pero, ¿es él mismo un proletario? De ninguna manera, pues no pasa sus días trabajando en una fábrica, sino estudiando en una universidad —y a veces en una de primera como la École Normale Supérieure, uno de los *symbolic locus* de la novela—⁹³. De hecho, es un sujeto que, por lo general, pertenece a la

⁹¹ Cfr. Slavoj Žižek, *La nueva lucha de clases*, Barcelona, Anagrama, 2016.

⁹² Si no incluimos el discurso estalinista es porque el significante a partir del cual se estructura como discurso no es ya *Revolución* (pues ella, la Revolución, ya se ha alcanzado “objetivamente”), sino *Partido* (instancia en la cual la Revolución se realiza históricamente).

⁹³ No está de más decir que en la ENS han enseñado y/o han estudiado muchos de los más importantes intelectuales de la izquierda francesa del siglo XX (aunque no únicamente de izquierda, no únicamente franceses y no únicamente intelectuales, sino también políticos y científicos), entre otros, y sólo por mencionar a algunos: Louis Althusser, Jacques

pequeña burguesía del país, la cual incluye, por supuesto, a los pequeños comerciantes judíos —y aquí hay que subrayarlo: a los *pequeños comerciantes* (como los padres del personaje de Marc Liliental) y *no* a los grandes empresarios judíos—. Pero hay, también, otros dos factores que son decisivos en la procedencia de los sujetos-personajes de la novela, o para ser más precisos, que son determinantes de su subjetividad: 1) el hecho de que proceden de una familia en la que el padre fue, o sigue siendo, un *militante comunista* (bien “arrepentido”, como el padre de Julien Serguet, o bien “recalcitrante”, como el padre de Elie Silberberg); y a veces sólo un viejo comunista exiliado (como el abuelo de Adriana Sponti); y 2) el hecho de que procede de una familia en la que el padre o la madre, o ambos, fueron, o siguen siendo, *sobrevivientes de un campo de concentración nazi* (bien por su condición de judíos, como los padres del mismo Elie Silberberg, o bien por su condición de resistentes, como el padre de Daniel Laurençon)⁹⁴.

Ya hemos dicho antes que las dos experiencias fundamentales en la vida de Jorge Semprún —y por lo tanto, los dos ejes temáticos principales de su narrativa— son *la sobrevivencia al campo de concentración* y *la militancia comunista* (también podríamos decir *la vida clandestina*), por lo que no es extraño que lo sean *también* en la vida, es decir, en la historia de sus personajes; y esto incluye, desde luego, a Semprún mismo *como personaje*, es decir, tanto al personaje llamado Jorge Semprún (en la vertiente de la “ficción testimonial”), como al personaje de la otra vertiente (la de la “ficción ideológica”), llamado Federico Sánchez⁹⁵.

3.4.1. De Mayo del 68 a Izquierda Proletaria (o de los adoquines a los discursos)

Ahora bien, es verdad que los personajes principales de *Netchaiev ha vuelto* (Marc Liliental, Adriana Sponti, Julien Serguet, Elie Silberberg y Daniel Laurençon) no son militantes comunistas (no

Lacan, Jacques Derrida, Samuel Beckett o Paul Celan (profesores); y Jean-Paul Sartre, Paul Nizan, Henri Bergson, Michel Foucault, Simone Weil, Maurice Merleau-Ponty, Émile Durkheim, Pierre Bourdieu o Georges Pompidou (alumnos).

⁹⁴ Y por supuesto, como el mismo Semprún.

⁹⁵ Una vertiente que también incluye al personaje de Diego/Domingo Mora (interpretado memorablemente por Yves Montand) en *La guerre est finie* (1966), una película de Alain Resnais con guión de Jorge Semprún. Este personaje es, de hecho, un equivalente cinematográfico de Federico Sánchez, pues tiene exactamente los mismos rasgos: es un exiliado español en París, un militante del Partido Comunista Español (PCE) que vive inmerso en la clandestinidad. Su trabajo consiste en viajar constantemente de Francia a España para organizar la oposición comunista contra la dictadura de Franco.

militan en un Partido, como lo hicieron sus progenitores: el abuelo de Adriana, en el PCI (Partido Comunista Italiano); el padre de Julien, en el PCF (Parti Comuniste Français), y el padre de Elie, en el Komintern); antes bien, son estudiantes pequeño-burgueses, *normaliens* que han tomado las calles de París en mayo de 1968, y que, seducidos por el espíritu iconoclasta y emancipador de ese Acontecimiento —en el sentido que Žižek le da a este término, esto es, como una irrupción (o más bien un retorno) de lo Real en el seno de lo Simbólico—, deciden cambiar los adoquines (que habían arrojado contra la policía durante las noches enardecidas de Mayo) por los discursos, o más concretamente: por el discurso revolucionario. Para decirlo en términos más simples: deciden pasar de la Rebelión a la Revolución (que no supondría ya un Acontecimiento sino justo lo contrario: un Programa con un objetivo muy concreto: “construir el socialismo” (en los hechos, imponer el comunismo) a través de su aparato ideológico-político por excelencia: el Partido). Pero, muy lejos aún de poder advertir (comprender) la paradoja intrínseca a la misión revolucionaria —recordemos, en este sentido, lo que Lacan, con su tono parsimonioso, suavemente irónico, les dijo a los sesentayochistas (*soixante-huitards*) cuando estos, ya cesada la efervescencia de Mayo, fueron a verlo a su seminario en Sainte-Anne: “... *A lo que ustedes aspiran como revolucionarios, es a un amo. Lo tendrán...*”⁹⁶; y sobre todo, presas de un romanticismo tan necesario como ingenuo —tengamos en cuenta que todos (los cinco) tienen veinte años y están decididos a cambiar el (orden social, económico y político del) mundo, o por lo menos, de Francia—, nuestros personajes, haciendo gala de una congruencia extrema (“patológica” en el sentido de que, en tanto que supuesta virtud del yo, pretende pasar por alto la división subjetiva⁹⁷) entre sus convicciones y sus acciones, se suman, casi de inmediato, a las filas de Izquierda Proletaria (*Gauche Prolétarienne*)⁹⁸, una organización maoísta cuyo cometido principal es enviar a

⁹⁶ El comentario de Lacan —por supuesto, muy mal encajado por los estudiantes— es el siguiente: “... Si tuvieran un poco de paciencia y si quisieran que nuestros *impromptus* continúen, les diría que la aspiración revolucionaria es algo que no tiene otra oportunidad de desembocar, siempre, en el discurso del amo. La experiencia ha dado pruebas de ello. A lo que ustedes aspiran como revolucionarios, es a un amo. Lo tendrán...”.

⁹⁷ Ya hemos insistido en que, en la perspectiva lacaniana, el yo es un síntoma del sujeto, una patología de lo imaginario que ha de ser trabajada —no resuelta sino *disuelta*— en el análisis. Por lo tanto, un yo congruente (virtuoso y ejemplar desde el punto de vista del Otro: el discurso social) no es sino la ignorancia y/o la negación misma del sujeto dividido, lleno de incongruencia en el nivel del inconsciente, es decir, en ese sufrimiento íntimo (“éxtimo”, dice Lacan, porque también implica al Otro) que constituye su modo singular de goce, y por lo tanto, su diferencia radical, la “sustancia” (no trascendental) de suser.

⁹⁸ IP (*GP*) existió efectivamente en Francia desde septiembre de 1968 hasta noviembre de 1973, cuando fue disuelta por sus propios dirigentes, Alain Geismar, Benny Lévy (alias Pierre Victor) y Serge July, si bien ya antes, en mayo de 1970, había sido prohibida por el Ministerio del Interior del gobierno de Georges Pompidou. Tras la “autodisolución” —la cual se debió a problemas múltiples y a contradicciones insalvables, pues, al decir de July, “IP (*GP*) era tan libertaria como autoritaria”,

sus militantes, casi todos ellos estudiantes de la École Normale Supérieure y de la Universidad de Nanterre, a trabajar como obreros no calificados en las fábricas automotrices (Renault) y siderúrgicas (Vallourec) de localidades como Flins y Boulogne-Billancourt (en Île de France), a fin de “superar (*dépasser*) los prejuicios inherentes a su condición de intelectuales pequeño-burgueses”, y para que allí, en esos centros de explotación capitalista, convengan a los obreros calificados de sublevarse contra los patrones, a los que llaman “jefecillos” (*petits chefs*); un acto que sentaría las bases para hacer, entre todos juntos —los obreros y los estudiantes, los campesinos y los inmigrantes, y por supuesto, las mujeres—, la tan necesaria Revolución.⁹⁹

“tan espontaneísta como obrerista”—, algunos de los que fueron sus militantes se volcaron hacia el periodismo, y continuaron con esa línea de acción a través del diario *J'accuse-La cause du peuple* (que tuvo dos períodos: 1968-1972 y 1973-1978). Pero, en el interin de 1973, Benny Lévy y Serge July —con el apoyo intelectual y moral de Jean-Paul Sartre— co-fundaron otro diario: *Libération* (de tendencia centroizquierdista), que, desde entonces, es uno de los principales diarios del país. Asimismo, otros ex-miembros de IP (*GP*) como Jean-Claude Milner, André Glucksmann y Gérard Miller (todos judíos), serían conocidos más tarde por sus actividades universitarias (en los campos de la lingüística, la filosofía y el psicoanálisis, respectivamente).

⁹⁹ Y aquí debemos hacer otra precisión histórica: estas excursiones —de la universidad a la fábrica—, las cuales, en efecto, se proponían ser verdaderas experiencias de “proletarización”, no eran algo que hubieran inventado los militantes maoístas de Izquierda Proletaria. Antes que estos, ya las habían llevado a cabo los estudiantes rebeldes del Movimiento 22 de Marzo (que, como tantas otras cosas importantes, no es mencionado en la novela). Los jóvenes que conformaban este movimiento —y esto es muy importante recalcarlo— *no eran militantes; eran estudiantes*; y, de hecho, fueron ellos los que lograron convencer a un buen número de obreros de diversos sectores de la industria —especialmente a los (así llamados) “obreros filósofos”, los cuales podían influir sobre el resto de sus compañeros (pues como decían en esa época dos de ellos, Michel Chemin: “No se crea un movimiento obrero con analfabetos”, y Gaby Ceroni: “Hay que admitir que los obreros no disponen de los medios intelectuales para hacer la Revolución; es preciso que cambien su forma de pensar”)— para que prepararan una huelga general, la cual estallaría poco tiempo después —el 13 de mayo— y sería la mayor en toda la historia de Francia. Pero, ¿por qué este movimiento estudiantil, *que no era ni pretendía ser una organización militante*, se autodenominaba de ese modo? Porque, apenas un mes y medio antes —el 22 de marzo—, ciento cuarenta y dos estudiantes —cuyos líderes eran Daniel Cohn-Bendit (que se hacía llamar *Dany le rouge*) y Jean-Pierre Duteuil, entre otros—, ocupaban los edificios administrativos y las facultades de la Universidad de Nanterre para protestar, en principio, contra las normativas internas del centro (donde muchos de ellos estudiaban); pero era evidente que no se trataba de una necia y tonta rebelión juvenil, sino de una acción concreta —y ciertamente radical— que se articulaba a un discurso que era esencialmente *libertario* —pero libertario, *libertad*, es un significante problemático porque puede significar cosas distintas, e incluso opuestas; todo depende del discurso en el que esté inserto (el estalinismo se preciaba de ser un discurso “libertario”... tanto como hoy se precia de serlo el neoliberalismo)—. ¿Qué significaba, entonces, ser libertario en ese momento y en ese lugar específicos —París, 1968—, es decir, en esa particularísima coyuntura histórica, económica, política, social y cultural, y, lo más importante de todo, *siendo un joven de veinte años*? Significaba, sobre todo, reivindicar para los individuos —en este caso, para los ciudadanos franceses, y sobre todo, para los ciudadanos de segunda y de tercera categorías, a saber, los estudiantes y los obreros, los campesinos y los inmigrantes (y por supuesto, también las mujeres), ninguno de los cuales era reconocido como categoría socio-política—, una libertad que no era necesariamente utópica, pues tenía que ver, entre otras cosas, con pasar de un estado de “pasividad democrática” (Milner), en el que la hipocresía, la explotación, la manipulación y la injusticia se toleraban como normales, a un estado

de actividad política permanente y creativa (“revolucionaria”), que fuera capaz, en última instancia, de revocar el binomio “gobernantes-gobernados”. En un nivel más profundo —y por supuesto, más idealista—, de lo que se trataba era de intentar cambiar el orden del mundo (“llevando la imaginación al poder” o “pidiendo lo imposible”, eslóganes que surtían su efecto simbólico), a fin de que deparara menos miseria y malestar; y la consecución de ese cambio exigía inventar nuevos modos de relación —más justos y más solidarios— entre los individuos de las sociedades occidentales, la francesa en primer lugar. Es por esto que muchos de los estudiantes que habían formado parte del Movimiento 22 de Marzo (entre ellos, Cohn-Bendit y Duteuil), se negaron, una vez terminado Mayo, a adherirse al discurso *revolucionario* (sin comillas), es decir, a la ideología maoísta que caracterizaría a Izquierda Proletaria, una organización radical que ya no reclutaría estudiantes idealistas, o si se prefiere, románticos (en el mejor sentido del término), sino militantes capaces de arriesgar su propia vida con tal de llevar a cabo un programa revolucionario.

Ahora bien, vale la pena reproducir un par de extractos de la conversación que, diecisiete años después —en junio de 1985—, sostendrían Daniel Cohn-Bendit y Jean-Pierre Duteuil en la casa de este último en el País Vasco, a propósito de sus andanzas de aquellos años, a fin de ser incluida en el libro de entrevistas (a antiguos revolucionarios) que aquél estaba preparando en ese momento; un libro que sería una especie de despedida simbólica, muy personal, de su *Weltanschauung* revolucionaria, por largos años atesorada, y al que pondría, por cierto, un hermoso título: *Nous avons tant l'aimé, la révolution* (*La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*). Diría, entonces, Cohn-Bendit: “Mayo del 68 es un sueño en el que los obreros toman el poder como antiguamente el pueblo tomó la Bastilla. Los Soviets de 1917. La revolución alemana de 1918. La Cataluña libre de 1936. La autogestión, los consejos húngaros de obreros en 1956 (...) Por otra parte, nos interesamos por el proletariado desde mucho antes del 68. En las tascas, en las reuniones políticas, en todos los folletos, nunca dejábamos de asignar a la clase obrera el principal papel en las revoluciones venideras, de prepararla para su misión histórica. Los obreros no sospechaban nada y trabajaban en las fábricas, pero estaban tan presentes en nuestras fantasías que era preciso que algún día nos encontráramos (...) *En esa época, éramos libertarios y sentíamos el mismo odio por el capitalismo que por el comunismo* (...) Y Duteuil, por su parte, diría lo siguiente: “La caída del [Movimiento] 22 de Marzo fue tan brutal como su ascenso. Puede considerarse que después del 15 de mayo de 1968, el movimiento ya no existía, ya no tenía peso político alguno. Fue rápidamente superado por los acontecimientos. Algunos no pudieron soportar esa interrupción e intentaron reproducir las mismas historias en otra parte, e incluso, usurparon el nombre del movimiento para formar una gran organización con los *maos* (...) *Yo nunca creí que hubiera una revolución. Fue un momento para propagar las ideas libertarias, para tomar iniciativas, para cambiar cosas en la sociedad, pero nunca creí que Mayo del 68 pudiera desembocar en ‘el gran día’*”, en *Nous avons tant l'aimé, la révolution*, Paris, Éditions Bernard Barrault, 1986 [trad. esp. *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 1987 y 1998, pp. 81-93, las cursivas son nuestras]. Y estas palabras de Duteuil parecen confirmar nuestra tesis de que hay una cierta incongruencia —una suerte de “no-relación”— entre Mayo del 68 como Acontecimiento (esto es, como un retorno de lo reprimido, o mejor dicho, de lo forcluido, que brota como síntoma social) y el movimiento revolucionario anterior y posterior a él (bien maoísta, trotskista o leninista) como Programa, e incluso como Dogma (y que sería lo que Lacan llamaría un *jouis-sense*, un goce-en-sentido, un movimiento pulsional sostenido en el significante “Revolución”, que no tendría otra oportunidad que la de desembocar en (una nueva modalidad de) el discurso del amo: dueño de la significación y organizador de la realidad, o a la inversa, organizador de la significación y dueño de la realidad.

Por último, y dada la importancia que esto tiene en nuestro trabajo de investigación —pues se trata de los procesos de figuración y transfiguración del sujeto—, no podemos dejar de observar la disparidad de los destinos de este par de ex-revolucionarios; y más que de los destinos, de las figuras subjetivas que uno y otro han encarnado en el transcurso de los años. En efecto, “*Dany le rouge*”, aquel que a los veinte años era un peligroso anarquista, un “perturbador del orden público” (luego de su participación en los acontecimientos de Mayo, fue expulsado de Francia por el ministro del interior), se convirtió, a los cuarenta, en un demócrata convencido (fue elegido teniente de alcalde de Francfort), y a los cincuenta, en un distinguido eurodiputado (partidario del federalismo europeo y del ecologismo planetario); mientras que “*Jean-Pierre le basque*” siguió siendo un libertario (“¡un vasco libertario!”), un eterno militante (o al menos, simpatizante) de los movimientos contestatarios y autonómicos, como el *abertzale*; y también un modesto editor de textos exclusivamente políticos (cuya casa editorial, fundada por él mismo, tiene por nombre *Acratie* (Acracia).



Policías y estudiantes, Mayo del 68



Pintas, Mayo del 68



Daniel Cohn-Bendit en 1968



Daniel Cohn-Bendit, en 1968



El mismo, en 2010



Jean-Pierre Duteuil, en 1968



El mismo, en 2012



Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, con un ejemplar de *La cause du peuple*



Logo del periódico *Libération*



Cartel de La Gauche Prolétarienne



Cartel de Le Parti Comuniste Français

3.4.2. De Izquierda Proletaria a Vanguardia Proletaria (o de los discursos a los fusiles)

No al margen —pues estamos tratando de mostrar la heterogeneidad ideológica de lo que Jean-Claude Milner llama, sumariamente, “el izquierdismo francés”—, diremos que esta tarea de *persuasión* que los “maos” llevan a cabo en las fábricas del extrarradio parisino y en los conglomerados industriales de Île de France, es enérgicamente desaprobada por el Partido Comunista Francés, en los hechos, un apéndice del Comité Central de Moscú que se arroga la exclusividad de la causa revolucionaria en el Hexágono; y que esta arrogancia institucional se granjea el odio de muchos estudiantes del Movimiento 22 de Marzo (como el propio Cohn-Bendit, quien asegura haber “odiado” tanto al capitalismo como al comunismo) y de muchos militantes de Izquierda Proletaria (como Alain Geismar y Benny Lévy, adversarios ideológicos del leninismo dominante) por el Partido y su burocracia. Pero, más que odio, lo que nuestros personajes sienten en su condición de “*gépistes*” (militantes de GP/IP) es decepción por los procedimientos “pacíficos”, es decir, discursivos (persuasivos) de la organización maoísta, pues una revolución —se dan cuenta— no se hace con palabras, sino con armas¹⁰⁰. De modo que, ya en 1971 —dos años antes de los sucesos que pondrán en crisis a IP/GP y que provocarán su autodisolución en 1973¹⁰¹— nuestros personajes desertan de ella para fundar su propia organización armada; esto, con el encendido propósito de hacer la Revolución que (ellos se imaginan que) la sociedad francesa necesita con urgencia. Y si bien el nombre que eligen:

¹⁰⁰ Al respecto, conviene transcribir lo que Jane Alpert, una ex-revolucionaria norteamericana de origen judío que pasó cuatro años en la clandestinidad y tres en la cárcel por hacer estallar bombas en las sedes sociales de las compañías que fabricaban y proveían armas para la guerra de Vietnam y que se enriquecían gracias a esa guerra, le dice a Daniel Cohn-Bendit en el ya mencionado libro de entrevistas: “*Pasamos a ese tipo de acción como reacción a las interminables discusiones que no conducían a nada* (...) Colocábamos nuestras bombas de manera que explotaran por la noche, cuando ya no había nadie en las oficinas, y tomando la precaución de advertir por teléfono a los servicios de seguridad. Se trataba, para nosotros, de atraer la atención del público americano sobre este problema, pues, aparentemente, los discursos, las marchas, los mítines y las peticiones a los políticos resultaban inútiles (...) Al principio creía realizar un trabajo útil, persuadida como estaba de que la lucha clandestina constituía un acto político importante, radical y decisivo, pero poco a poco comprendí que era un error, que no habíamos conseguido crear un movimiento real (...) Creíamos, en todo caso, luchar por la justicia y por los derechos del hombre. Nunca pensamos que traicionábamos a nuestro país...”, en *La revolución y nosotros... op.cit.*, pp. 164-176. Las cursivas son nuestras.

¹⁰¹ En primer lugar, la culpa que los anegó por el asesinato de Pierre Overney, un militante obrero, a manos de un vigilante de la fábrica Renault, en el curso de una acción de IP/GP en Billancourt, el 25 de febrero de 1972; en segundo, el ridículo que hicieron poco tiempo después, luego del secuestro fallido de un alto dirigente de la misma compañía automotriz (al que liberaron sólo dos días más tarde); y por último, el repudio generalizado a la organización maoísta cuando, luego del acto perpetrado por terroristas palestinos en los Juegos Olímpicos de Munich, en 1972 (el secuestro y la masacre de varios atletas israelíes), y no obstante de que buena parte de los miembros de IP/GP eran judíos, su dirigencia no dudó en expresar su solidaridad con la causa palestina.

Vanguardia Proletaria (*Avant-Garde Prolétarienne*), conserva el significante primordial de su antecesora—el que, a pesar de todo, ha dado y seguirá dando congruencia a su lucha ideológica—, presume otro significante que rompe con ese legado “discursivista”, inútil desde el punto de vista revolucionario por cuanto es remiso a la violencia. Pero es de la violencia de lo que ahora se trata, es decir, *de la violencia revolucionaria como medio “legítimo”¹⁰² para transformar a la Sociedad*—imaginada como una entidad más o menos unificada y congruente, y sobre todo, susceptible de ser restituida en su falta fundamental y/o redimida en su negatividad radical—, *y por lo tanto, para transformar la Historia misma¹⁰³*—entendida como la sempiterna lucha de clases (Marx) y/o como la infructuosa dialéctica del amo y el esclavo (Hegel), en la que, por más “libertad” (de producción o de acción) que alcance el esclavo (es decir, el obrero moderno de la fábrica, pero también el empleado posmoderno de la empresa) dentro de los límites estrictos de su posición, no dejará nunca de serlo, a menos que él mismo se convierta en amo (es decir, en patrón o en empresario)—. Y es por esto—por este sueño de transformación, utopía revolucionaria— que nuestros militantes ficticios de Vanguardia Proletaria, en Francia—y por supuesto, los militantes reales de las Brigadas Rojas, en Italia, y los de las Células Revolucionarias, en Alemania¹⁰⁴—, deciden abandonar los discursos y empuñar los fusiles para disparar sin miramientos contra el amo capitalista, encarnado en los patrones y en los empresarios—y también en los políticos que, ya desde entonces, hacen del neoliberalismo una política de estado— de las boyantes, inequitativas e hipócritas sociedades del occidente europeo.

¹⁰² Al tema de la legitimidad-ilegitimidad de la violencia revolucionaria (como respuesta única a la violencia de la sociedad, a la violencia de la ley), el narrador sempruniano dedica no pocas páginas de la novela.

¹⁰³ Al respecto, otra ex-revolucionaria de carne y hueso, la italiana Adriana Farranda, quien fue condenada a una pena carcelaria de 30 años por haber participado en el secuestro y el asesinato del dirigente de Democracia Cristiana, Aldo Moro, entre otros políticos y empresarios italianos, le dice a Cohn-Bendit lo siguiente: “*Para nosotros, los jóvenes de esa generación, el hecho de tomar las armas supuso la oportunidad de convertirnos en sujetos históricos, en agentes de la transformación de la historia. Esta voluntad te hace llegar rápidamente al terreno de la violencia (...)*”, en *La Revolución y nosotros...*, *op. cit.*, 193-207. Las cursivas son nuestras.

¹⁰⁴ Se trata de las dos organizaciones revolucionarias más radicales—prototerroristas—de entre todas las que hubo en Europa occidental durante los años setenta del siglo XX. Vanguardia Proletaria es su equivalente francés (enteramente ficticio). En la novela, el narrador menciona a algunos militantes de las Brigadas Rojas, como la propia Adriana Farranda, y muy especialmente a Hans-Joachim Klein, a quien le dedica un pasaje entero (pp. 188-192). Klein es un obrero de Frankfurt que pasó a militar primero en las Células Revolucionarias, y después en la organización liderada por el famoso terrorista venezolano llamado *Carlos*. Hans-Joachim guarda fuertes similitudes con el personaje de Daniel Laurençon (como la prehistoria de su vida, ocurrida en el campo de concentración, y como el paso de la lucha armada al terrorismo ya propiamente dicho).

3.4.3. Una historia de lealtad y traición

Pero la aventura revolucionaria de nuestros personajes no durará mucho tiempo, pues en un contexto como éste —la Francia de los años setenta del siglo XX—, la lucha armada no sólo es políticamente inviable, sino que además, como lo demuestran las experiencias de los militantes de carne y hueso a los que nos hemos referido, es susceptible de una deriva hacia el terrorismo. Así lo hace saber el narrador sempruniano de la novela cuando relata lo siguiente:

En Vanguardia Proletaria, en 1974, llegaron al convencimiento de que era preciso cambiar radicalmente de estrategia política. La revolución que habían soñado, que habían creído ver madurar en el corazón de la sociedad francesa, distaba de estar próxima. De hecho, no llegaría jamás, por lo menos en la forma en que la habían proyectado, a semejanza de las demás organizaciones extremistas, con ataques frontales bruscos y violentos. Habían analizado mal el significado real del movimiento de mayo del 68, que no anunciaba una revolución de tipo leninista —masas en fusión por razones heterogéneas aunque momentáneamente unidas por una vanguardia forzosamente resuelta, minoritaria y autoritaria—, sino una reforma libertaria del entendimiento político, de las relaciones sociales, de la cultura y de las costumbres en una democracia de masas. En resumidas cuentas, el nombre que le habían puesto a su organización, Vanguardia Proletaria, simbolizaba perfectamente su error de perspectiva. Pues el momento de las vanguardias ya había pasado; *y el del proletariado en tanto que clase universal, también*¹⁰⁵. En definitiva, ellos mismos señalaban el callejón sin salida donde su empresa se perdía. Había que disolver la organización clandestina, liquidar el aparato militar que habían empezado a levantar para llevar a cabo acciones violentas, volver a encontrar los horizontes de la sociedad civil, de la democracia política, cuyos valores habían infravalorado tontamente, quizá criminalmente.¹⁰⁶

En 1974, à l'Avant-Garde prolétarienne, ils étaient arrivés à la conviction qu'il fallait radicalement changer de stratégie politique. La révolution dont ils avaient rêvé, qu'ils avaient cru voir mûrir dans les profondeurs de la société française, n'était pas pour demain. Elle n'aurait même jamais lieu, du moins selon le projet qu'ils avaient conçu, à l'instar des autres organisations extrémistes, par les coups de boutoir d'une attaque frontale. Ils avaient mal analysé la signification réelle du mouvement de Mai 68, qui n'annonçait pas une révolution de type léniniste — masses en fusion pour des raisons hétérogènes, mais momentanément unifiées par une avant-garde résolue, minoritaire, forcément autoritaire —, mais bien plutôt une réforme libertaire de l'entendement politique, des rapports sociaux, de la culture et des mœurs dans une démocratie de masse. En fin de compte, le nom qu'ils avaient donné à leur organisation, Avant-Garde prolétarienne, symbolisait parfaitement leur erreur de perspective. Car le temps des avant-gardes était révolu ; celui du prolétariat comme classe universelle également. En deux mots, ils désignaient eux-mêmes l'impasse où leur entreprise se fourvoyait. Il fallait dissoudre leur organisation clandestine, liquider l'appareil militaire qu'ils avaient commencé à mettre sur pied en vue d'actions violentes, retrouver le grand large de la société civile, de la démocratie politique, dont ils avaient sottement — criminellement ? — sous-estimé les valeurs et la vitalité.¹⁰⁷

¹⁰⁵ Este enunciado deja muy claro que, desde la perspectiva sempruniana —sea el autor o el narrador— lo que no tiene (o mantiene su) valor universal no tiene (o pierde su) valor. Que el proletariado haya desaparecido “en tanto que clase universal” no significa que haya desaparecido. Más bien todo lo contrario.

¹⁰⁶ *Netchaïev ha vuelto*, p. 46.

¹⁰⁷ *Netchaïev est de retour*, p. 49.

Pero ocurre que Daniel Laurençon —quien había adoptado el pseudónimo de *Netchaiev* en homenaje a Serghéi Genádievich Netcháiev, un anarquista-nihilista ruso del siglo diecinueve que es considerado el prototipo del terrorista moderno— se opone violentamente a la autodisolución; su argumento es que tal actitud “no es el producto de un análisis objetivo, sino el fruto podrido de su pusilanimidad”. A Daniel —quien es el hijo póstumo de un resistente fallecido en 1948 por las secuelas de su deportación al campo de concentración de Buchenwald¹⁰⁸— no sólo le parece necesario continuar por la vía de la lucha armada (que hasta el momento, en AP/VP, se ha limitado al secuestro de empresarios y a otras acciones guerrilleras), sino que, “junto con un reducido grupo de irreductibles”, se propone llevarla hasta sus últimas consecuencias, esto es, cruzando la frontera que la separa del terrorismo: “¿Qué clase de revolucionarios son ustedes”, les grita, “si les da miedo el terrorismo?”.¹⁰⁹ Es por eso que sus compañeros toman la decisión de “neutralizarlo”; tal es el eufemismo que les permite, en los hechos, eliminarlo. Pero Daniel no será eliminado porque el verdugo que ellos han contratado para eso desistirá de hacerlo, secretamente, en el último minuto, y lo dejará en libertad. Y la (falsa) sangre de Daniel Laurençon, lejos de atarlos [como les sucede a los personajes de *Los demonios* con la sangre de Iván Ivanov¹¹⁰] bajo la sombra espesa de la culpa, “los desata —dice el narrador— de la locura de la lucha armada, pero sólo para volver a atarlos, esta vez, a la sociedad civil, y más aún: a su propia individualidad”¹¹¹. Y lo cierto es que, doce años después, en 1986, tres de los cuatro sobrevivientes de Vanguardia Proletaria, se han convertido —*transfigurado*— en prósperos empresarios, es decir, en miembros de esa élite a la cual antes habían combatido. Ahora bien, si ellos tres: Marc Liliental, Julien Serguet y Adriana Sponti se van a situar en este polo, que es el de esa oligarquía minúscula, aún no mundializada pero en vías de mundializarse [el presente del relato transcurre en el año de 1986], es decir, en el de la clase que detenta los medios de producción, y que por lo tanto, ejerce el dominio de la sociedad (“ellos habían terminado por dominar esa sociedad que habían querido destruir”), Daniel Laurençon se va a situar en el otro polo, que ya no es, por cierto, el de la lucha armada en nombre del ideal (o del

¹⁰⁸ Y a cuya historia dedicaremos el primer capítulo de este trabajo por ser determinante en la historia de su hijo, Daniel Laurençon.

¹⁰⁹ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 15-16.

¹¹⁰ “Empujad a cuatro miembros de vuestro grupo a matar al quinto so pretexto de delación; a la sangre de este último quedarán atados”. Fiódor Dostoievski escribió esta novela en 1872, inspirado en “el caso Netchaiev”. En 1869, Serguéi Genádievich asesinó en Moscú a Iván Ivanov, uno de sus compañeros de la sociedad secreta que conformaban, en un repentino ataque de paranoia donde pensó que este era un traidor.

¹¹¹ *Netchaiev ha vuelto*, p. 47.

sueño, o del mito) revolucionario, sino el del terrorismo, que ya es sólo pulsión de muerte, goce de destrucción no tanto de esa sociedad incongruente, explotadora e hipócrita a la que el narrador sempruniano llama (con demasiada seguridad) “sociedad civil”¹¹², sino de los amos que la manejan. Y así, durante doce años —de 1974 a 1986—, los mismos que les va a tomar a sus antiguos compañeros de Vanguardia Proletaria convertirse en empresarios, símbolos encarnados del éxito personal y social, Daniel [a quien todos creen muerto, o mejor dicho, a quien ellos están seguros de haber eliminado] va a encarnar la figura trágica y aborrecible del terrorista, misma que lo va a llevar a operar en países tan diversos como Nicaragua o el Líbano, como Irán o el País Vasco, siempre bajo las órdenes de “la Organización”, ese Otro indeterminado y mercenario al que él, Daniel Laurençon, alias *Netchaiev*, ha *debido* sujetarse [y en este deber, más que querer, se abre la dimensión subjetiva, involuntaria, “forzada”, del inconsciente, cuyo componente edípico, como veremos en su momento, será decisivo en el caso del muy hamletiano personaje de Daniel]. Y ese será su destino trazado, es decir, su posición subjetiva inamovible respecto al Otro, hasta que un buen día, en el curso de una misión en Israel, se vea confrontado con “la dura prueba de los hechos”, es decir, con la libertad y la democracia ejemplares (!) que reinan en ese país “aborrecido y convertido en el Maligno —dice el narrador— por la mayoría de la gente con la que se relacionaba desde hacía años”, pero que, muy lejos de serlo —concluye— “no sólo es un testigo privilegiado de la historia de la humanidad, sino también un portador de futuro debido a su relación con los valores universales de la revolución democrática”¹¹³. Y estos valores van a impresionar a Daniel hasta el punto de “hacer saltar en pedazos la realidad de su discurso ideológico” (terrorista), o dicho de otro modo, hasta el punto de hacerlo sentir irrisorio por la naturaleza de las convicciones en las que, como el hombre de ideologías que es: *sujeto de la ideología sempruniano* por excelencia, se ha sostenido hasta entonces. De modo que, para su siguiente misión, que será en Francia —su país natal, en el que, doce años antes, fuera *traicionado* por sus antiguos compañeros (pues mandándolo matar lo convirtieron en el chivo expiatorio que les

¹¹² Y aquí es necesario hacer otra puntualización. La “sociedad civil”, como tal, no existe (lo saben muy bien los gobernantes). Se trata de una totalización, una universalización, una simplificación más, a las que Semprún era tan afecto. “Sociedad civil” es un sintagma que —como hemos visto ya con Laclau y Mouffe, con Žižek y Alemán— encubre el antagonismo entre las clases sociales, la no-relación entre ellas; o para decirlo de otro modo, encubre lo real del lazo social (la explotación y la manipulación) entre los sujetos que habitan la ciudad. Lo que existe, en todo caso, son los movimientos civiles, parciales, que son conformados por sectores específicos de la sociedad, es decir, por grupos de sujetos que tienen algo —mucho— que defender o impugnar contra otros sectores de la sociedad o contra otro grupo de sujetos, o contra los sujetos gobernantes, creando así una causa común que los unifica bajo un discurso.

¹¹³ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 160-161. Las cursivas son nuestras.

permitió redimirse), y al que, por fin, *volverá* [y he aquí el porqué del título de la novela]—, ya no será el mismo, pues tendrá muy claro que es un hombre perdido. Aprovechará, entonces, ese regreso a su Ítaca personal para tratar, él también, de redimirse, es decir, para reencontrarse consigo mismo (es decir, con su yo) y con la sociedad (es decir, con el Otro) [y, diremos nosotros: para resanar así, imaginariamente, su (incurable, insobornable) división subjetiva]. Y no tendrá otro modo de hacerlo, otro modelo que seguir (¿sería, acaso, el único existente?) que el de sus viejos compinches, a quienes se verá tentado a buscar (sobre todo al que fuera su gran amigo: Elie Silberberg) ya no para vengarse de ellos, como tenía previsto, sino —dada la inesperada mutación ideológica, y hasta podríamos decir, espiritual, que sufriera en aquel viaje a la Tierra Prometida— para perdonarlos. Pero Daniel Laurençon es, a fin de cuentas, un personaje trágico, y no habrá transfiguración para él (sólo “la noche invernal, tras la cual ya no se levantaría el sol”)¹¹⁴. Y finalmente, en un extraño punto intermedio entre los dos polos: el del dominio y el de la destrucción de la sociedad; el del acomodamiento *al*, o mejor aún, el del medro *en* el orden neoliberal y el del oscurantismo terrorista; entre el polo de los venturosos Marc Liliental, Julien Serguet y Adriana Sponti, y el del abominable Daniel Laurençon, se va a situar el tímido Elie Silberberg, quien va a elegir para sí la figura del escritor: del escritor de novelas policiales, que firmará, además, bajo pseudónimo (Elias Berg). Así lo cuenta el narrador:

De todo el grupo de extrema izquierda de Vanguardia Proletaria al que todos habían pertenecido, Elie Silberberg era el único que no había alcanzado el éxito social. Tampoco lo había buscado: no le había interesado nunca. Los otros, en cambio, habían terminado por dominar esa sociedad que habían querido destruir. O por lo menos cambiar de arriba abajo. Habían puesto en el éxito tanto empeño como habían puesto antes en su voluntad de cambio; y habían conseguido poder y dinero. Pero Silberberg había vivido casi marginado, escribiendo libros para un público refinado y selecto.¹¹⁵

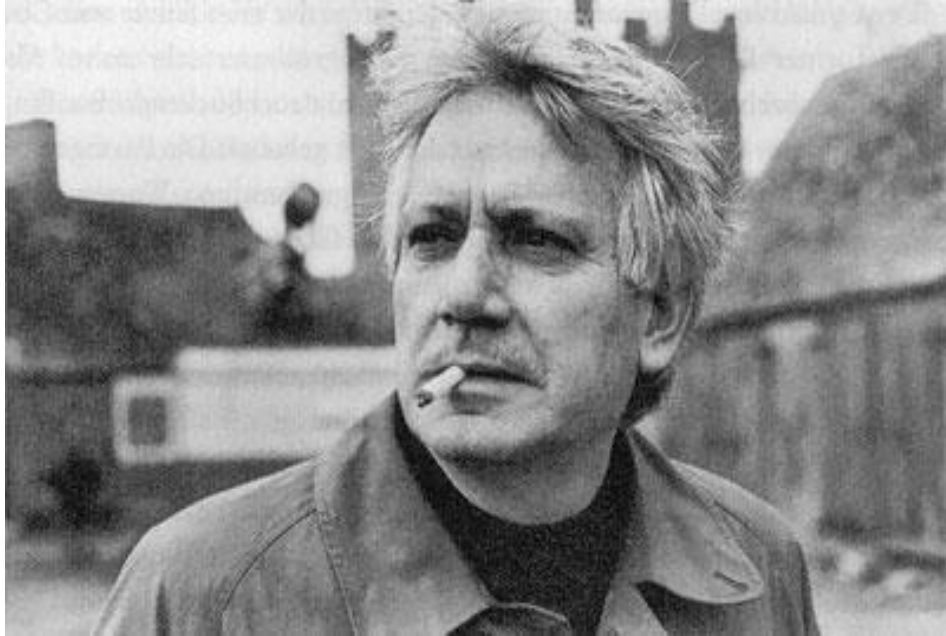
Du groupe d'extrême gauche de l'Avant-Garde prolétarienne dont ils avaient tous fait partie, Élie Silberberg était le seul qui n'avait pas connu de réussite sociale. Il ne l'avait pas cherchée, d'ailleurs : ça ne l'avait jamais intéressé. Les autres, ils avaient fini par maîtriser cette société qu'ils avaient voulu détruire. Changer de fond en comble, du moins. Ils avaient mis dans leur réussite autant de passion qu'avant dans leur volonté de changement

¹¹⁴ *Netchaiev ha vuelto*, p. 310.

¹¹⁵ *Netchaiev ha vuelto*, p. 15. La alusión inicial, por parte del narrador, a este público “refinado y selecto” resultará un tanto excesiva dado que la única muestra que se tendrá de él, en toda la novela, es “una joven belleza de veinte años, con grandes ojos negros y labios carnosos, que aprovechó la ocasión [un encuentro fortuito con Silberberg en la calle, durante el cortejo fúnebre de un ex-combatiente de la Resistencia] para hacerle preguntas acerca de las novelas que había escrito bajo el pseudónimo de Elias Berg. Las encontraba muy buenas, aunque le parecían muy atrevidas. Sí, le decía Elie con crudeza, *se jode* [y aquí el traductor prefirió este verbo al más castizo de *follar*] mucho en mis libros, igual que en la vida misma, ¿no? La joven se sonrojó, soltó una risita nerviosa y le preguntó de sopetón si en su vida, en la vida de él, de verdad se jodía tanto. Elie contestó que desgraciadamente no, que ya le gustaría, pero que era demasiado tímido, demasiado romántico para los tiempos que corren”, pp. 50-51.

; ils y avaient conquis du pouvoir et du fric. Mais Silberberg avait vécu dans les marges, en écrivant des livres pour lecteurs raffinés, triés sur le volet.¹¹⁶

¹¹⁶ *Netchaïev est de retour*, p. 10.



Jorge Semprún

CAPÍTULO 1. LA TRAICIÓN AL PADRE

IMAGEN DE ANTÍGONA

1.1. Los resistentes

En *Netchaiev ha vuelto* la muerte acontece a extramuros del campo y unos años después de haber salido de él; es un efecto retardado de la experiencia concentracionaria, pero sobre todo es un acto —un suicidio— mediante el cual el sujeto escapa, al fin, de la penuria, o para decirlo en nuestros términos, del real inmanejable que le dejó la experiencia en la medida en que ella destruyó lo simbólico y lo imaginario de su subjetividad, aquello que todo sujeto necesita para subsistir en la vida: su deseo¹¹⁷. Pero decir esto es precipitarse en el segundo tiempo de la historia, que es el de la muerte. Si bien es éste un tiempo cenital —pues en él tiene lugar este acontecimiento subjetivo—, hubo un tiempo anterior, que es el de la amistad. Ambos tiempos, el de la amistad y el de la muerte, son indispensables en la constitución de la historia, esa *historia de lealtad y traición* que se proyecta en la novela como una sombra particularmente densa. De modo que el primer tiempo —básicamente referencial— es el de dos muchachos que se habían conocido en el Lycée Henri IV¹¹⁸ (ya desde entonces, inicios de los años treinta, uno de los colegios secundarios más respetados de París), y estudiado después en la École Normale Supérieure (una institución cuyo renombre provenía de la celebridad de algunos de sus egresados, entre los que se contaban, por ejemplo, Louis Pasteur, Georges Pompidou o Jean-Paul Sartre).¹¹⁹

Solo *después* de esos años dorados de estudiantes en las mejores instituciones públicas de Francia, habían entrado en lo que el narrador llama, con la insistencia rítmica de un *leitmotiv*, “la edad difícil”¹²⁰. Empezaba la década de los cuarenta y los nazis se habían afincado en el Hexágono.

¹¹⁷ “Sin duda la muerte es el agotamiento de cualquier deseo —escribe Semprún— incluido el demorar. Sólo a partir de la vida, del conocimiento de la vida, cabe tener deseo de morir. Todavía sigue siendo un reflejo de vida ese deseo mortífero.”, en *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 55.

¹¹⁸ Jorge Semprún, joven español exiliado en París, estudió en sus aulas de 1938 a 1940. De ahí el epígrafe de la novela: “Para Mathieu L., para que continúe la tradición del liceo Henri IV”.

¹¹⁹ Mencionar estas instituciones es importante porque son auténticos *symbolica locus* de la historia, por una razón: son recintos de conocimiento. Un lugar simbólico tiene por misión juntar, unificar, ligar a los semejantes, que hacen asamblea para configurar una identidad.

¹²⁰ En francés, “*le mauvais âge*” (literalmente, “la mala edad”). Su traducción por “la edad difícil” simplifica un poco el sentido original, que no evocaría tanto la “dificultad” inherente a los primeros años juveniles, sino algo más subjetivo y

Ellos, jóvenes orondos que se habían formado en la gloria de las letras nacionales, no iban a aceptar el yugo de las armas extranjeras, mucho menos si eran las del soldado alemán. Se convirtieron, entonces, menos por ideología que por orgullo, en *resistentes*¹²¹.

El relato los muestra en 1942, en el candor de su amistad, que poco se ve afectada, en principio, por la previsible aparición de una muchacha en flor:

La conocieron en 1942, durante la fiesta de cumpleaños de una amiga común, la hermana de un compañero de estudios. Todos tenían veinte años, más o menos: *la edad difícil*. Michel Laurençon tenía veinte años. Él también estaba en Saint-Leu. Siempre estaba donde su mejor amigo, Roger Marroux. Probablemente fue Michel el primero en conocer a Juliette Blainville: en el sentido bíblico, se entiende. Ella pasaba de uno a otro, amante veleidosa, indecisa, pero siempre apasionada. Ellos, Michel y él, esperaban que el destino resolviera esta situación, que los tenía sumidos en una ansiedad llena de esperanza. Fue la muerte quien la resolvió.¹²²

Ils l'avaient connue en 1942, au cours d'une fête pour l'anniversaire d'une amie commune, la sœur d'un camarade de khâgne. Ils avaient tous vingt ans, plus ou moins: *le mauvais âge*. Michel Laurençon avait vingt ans. Il était à Saint-Leu, lui aussi. Il était toujours là où se trouvait son meilleur copain, Roger Marroux. Ce fut Michel, probablement, qui connut le premier Juliette Blainville: bibliquement, s'entend. Mais la jeune fille allait de l'un à l'autre, amante velléitaire, indécise, mais également passionnée. Eux, Michel et lui, attendaient que le destin tranchât cette situation, qui les plongeait dans les affres du bonheur fou. C'est fut la mort qui trancha.¹²³

La muerte de Michel Laurençon ocurrirá poco tiempo después, en 1948, cuando él cuente veintiséis años; una edad indecente para morir. Y sin embargo, su muerte no habrá “resuelto” la situación, es decir, el viscoso triángulo en el que estaban atrapados, sufriendo y gozando; más bien, lo habrá “cortado” brutalmente en una de sus puntas, malogrando, así, esa figura

elemental que nosotros identificamos con la “sustancia gozante” de Lacan, y que algunos novelistas han nombrado de modos distintos: “ignorancia” (Kundera), “inmadurez” (Gombrowicz), “rebeldía” (Camus) de los sujetos que, como Marroux y Laurençon en ese momento de la historia, “tienen alrededor de veinte años”. “Mala” edad –y aquí hay que leer al inconsciente en su literalidad– en tanto que se vive mucho más cerca del goce que del placer, más cerca de *lo real* que de *lo simbólico* y que *lo imaginario*. En todo caso, se está aún muy lejos de alcanzar la edad adulta, “buena” en la medida en que, como Zenón el estoico, el sujeto se imagina navegar a buen seguro por las aguas del saber, la madurez y el orden (“Navego feliz, luego del naufragio”). Pero lo que más nos interesa remarcar es que se trata de la edad posterior a los años estudiantiles, cuando el sujeto ha perdido contacto con el maestro y se ha atenuado, en su imaginario, el influjo de la educación. Es decir que se ha roto, de alguna manera, la cotidianeidad del discurso universitario, cuyos significantes lo sostuvieron y orientaron en el primer tramo del ciertamente difícil camino de la vida. Es así que, para evitar la angustia que produce el vacío –es decir, la falta de un Amo–, se verá empujado a determinarse socialmente, es decir, a entrar en el circuito del deseo del Otro, a dejarse significar por la diversidad de sus discursos, por lo cual tendrá que convertirse en un individuo, o, si la hay, encarnarse en una figura previamente sancionada y reconocida por Él.

¹²¹ Es la figura que el Otro ofrece en ese momento de urgencia, en esa coyuntura histórica.

¹²² *Netchaïev ha vuelto*, p. 28. Las cursivas son nuestras.

¹²³ *Netchaïev est de retour*, p. 31. Las cursivas son nuestras.

constitutiva, esa horma inmemorial del deseo humano. De modo que el afligido vencedor de la justa no será otro que Roger Marroux; y en cuanto a Juliette Blainville, una vez que esa muerte le haya cortado el suministro de goce —causar el estrago en el deseo masculino al compartirse con dos hombres—, se convertirá en la esposa de Roger, más por circunstancias que por amor.

Pero cuatro años antes, en 1944, nadie sabe nada sobre el futuro y ellos empiezan a escapar de Juliette con alguna frecuencia; van al teatro, sobre todo, sin tomarse muy en serio los riesgos que la clandestinidad implica (uno de los cuales es ser tiroteados en plena calle¹²⁴), pues, a decir verdad, a ninguno de los dos le cruza realmente por la cabeza la posibilidad de morir; tan seguros están, a los veinte años, de su permanencia en el mundo.

La última vez que lo vio [Roger a Michel] fue en febrero del año anterior, en 1944. Michel venía del Yonne; él, de Bretaña. Se encontraron en París para ir juntos al teatro de L'Atelier a ver una de las primeras representaciones de la *Antígona* de Jean Anouilh. Era a principios de febrero, le parecía recordar. En cualquier caso, antes del día 15, cuando la Gestapo lo atrapó.

Después de *Antígona*, se pasaron la noche hablando. La Resistencia disponía de un refugio en la Rue Blainville. Qué casualidad: como el apellido de Juliette; además ese era el barrio donde habían pasado su adolescencia. Rieron. A dos pasos, en la Rue Thouin, seguía alzándose la farola que les servía de punto de apoyo para saltar la tapia del liceo Henri IV cuando estuvieron internos. Rieron también del aura de distinción cultural con que se adornaba su compromiso [político] ¡Como en cualquier vida ilustre de Plutarco! Cuando estaban en la clase preparatoria de la Escuela Normal Superior, el anciano profesor de griego dedicó una parte del curso para explicar a Sófocles. En concreto, la tragedia. No sin segundas intenciones alusivas a los problemas de una época de ocupación extranjera, a los Creontes hipócritas y provisionalmente triunfantes.

Al año siguiente, en 1943, celebraron su despedida de las letras y su definitiva entrada en el mundo de la clandestinidad yendo todos en grupo a ver *Las moscas*, de Jean-Paul Sartre.

El mes de junio inundaba París con sus fragancias campestres y sus esperanzas inciertas, cubriendo la ciudad con un manto de seda azul de indiferente eternidad. Juliette lloraba: no lograba decidirse por uno u otro; amaba a los dos por turno, igual que la amaban ellos a ella, y ahora resultaba que desaparecían juntos [huyendo de ella]. Un año después, en 1944, el tema de la discusión era la *Antígona*, de Anouilh. “¡Una época realmente ideal para dos estudiantes eruditos y combativos!”, decía Laurençon aquella noche en la Rue Blainville.¹²⁵

La dernière fois qu'il avait vu Michel, c'était en février, l'année précédente, 1944. Michel arrivait de l'Yonne, lui de Bretagne. Ils s'étaient retrouvés à Paris pour aller ensemble, au théâtre de l'Atelier, à l'une des premières représentations de l'*Antigone* de Jean Anouilh. Début février, croyait-il se souvenir. Avant le 15 du mois, en tout cas, car c'était ce jour-là que Michel s'était fait prendre par la Gestapo.

Toute la nuit, après *Antigone*, ils avaient parlé. Le réseau disposait d'une planque, rue Blainville. Ça tombait bien : c'était le nom de famille de Juliette et c'était le quartier de leur adolescence. Ils avaient ri. À deux pas, rue Thouin, se dressait le réverbère qui les aidait à faire le mur du lycée Henri-IV, l'année de philo où ils avaient été internes. Ils avaient ri aussi de la distinction culturelle qui auréolait leur engagement. On se serait cru dans quel que illustre vie de Plutarque! En hypokhâgne, en effet, leur vieux professeur de grec avait consacré une

¹²⁴ No en vano, París es una ciudad cargada de placas recordatorias; la mayoría de ellas, dedicadas a los resistentes que cayeron asesinados en sus esquinas y plazas.

¹²⁵ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 29-30

partie de l'hiver à une explication de Sophocle. De la tragédie, en général. Non sans intentions morales ouvertes aux problèmes d'une époque d'occupation étrangère, de Créons hypocrites et provisoirement triomphants. L'année suivante, en 1943, ils avaient fêté leur adieu aux lettres, leur entrée définitive et à part entière dans l'univers de la clandestinité, en allant voir en bande *Les Mouches* de Jean-Paul Sartre. Le mois de juin emplissait Paris d'odeurs champêtres et d'espoirs incertains, recouvrant la ville de la soie bleue d'un ciel d'indifférente éternité. Juliette avait pleuré : elle n'arrivait pas à se décider pour l'un d'entre eux, qu'elle aimait à tour de rôle, qui l'aimaient de même, et voilà qu'ils disparaissaient ensemble ! Un an plus tard, en 1944, c'était *l'Antigone* d'Anouilh qui leur offrait matière à discussion. « Une époque vraiment idéale pour khâgneux érudits et combattants ! » disait Laurençon, cette nuit-là, rue Blainville.¹²⁶

“¡Una época realmente ideal para dos estudiantes eruditos y combativos!”, dice Michel con la inocencia, con la arrogancia, con la alegría de los rebeldes que no alcanzan a imaginar las cosas de las que el Amo es capaz. No es casual el hecho de que, unos días antes de que la Gestapo lo atrape, hayan ido juntos al teatro de l'Atelier para ver una de las primeras representaciones de la *Antígona* de Anouilh.¹²⁷



Representación de *Antigone*, en el Atelier de París



Un rostro de Antígona

¹²⁶ *Netchaïev est de retour*, pp. 32-33

¹²⁷ Es un texto inspirado en la tragedia clásica del siglo V a. c.; Jean Anouilh lo escribió en 1942, y dos años después, el 4 de febrero de 1944, fue puesto en escena por primera vez en el Théâtre de l'Atelier, de París, “en la sala más tensa que haya podido existir”, según el testimonio de Guillaume Hanoteau en *Les nuits qui ont fait Paris, un demi-siècle de théâtre*, Fayard, 1971, p.34.

1.2. Alegoría y paralelismo

Allí, el indómito personaje femenino de Sófocles se había transfigurado en una “negrita flacuchenta”¹²⁸ del mismo nombre que, no obstante su apariencia, sorprendió a todos por su incontinencia verbal, por la desgarrada libertad de sus movimientos; de ahí que, si se la miraba pulular en el escenario con atención, si se la escuchaba en sus decires con una oreja de más, resultara ser una alegoría de la Resistencia frente al ocupante alemán y sus colaboradores franceses en la “zona libre”¹²⁹ del país. De hecho lo era.¹³⁰ Además, tampoco era difícil observar el paralelismo entre Creonte y el mariscal Pétain¹³¹: si bien los dos eran amos de sus respectivas ciudades (una vaga Tebas contemporánea y la turística Vichy convertida en una inmensa oficina), los dos eran, al mismo tiempo, esclavos de sendos órdenes superiores (el orden divino y el orden nazi), una dualidad que era muy difícil, si no imposible, sostener (o amo o esclavo; no las dos cosas)¹³² y cuyo punto de esquizofrenia fue revelado por Antígona, la heroína trágica, la mujer rebelde cuya figura embrujó tempranamente el imaginario de Michel desde tiempo atrás, ya desde “aquel invierno” en la École Normale Supérieure, cuando el profesor de griego dedicara una

¹²⁸ “Antigone était une petite nègre qui était en plus maigre...”; una caracterización algo racista, sin duda, que buscaba un rotundo (e innecesario) contraste con la de su hermana Ismene, “rubicunda y gorda”. La traducción es nuestra. Tomado de *Antigone*, de Jean Anouilh, Éditions de la Table Ronde, Paris, 2000.

¹²⁹ Una zona que comprendía el sureste de Francia y en la que, desde 1940, se había instaurado un estado aparte al que se le dio el embustero nombre oficial de “Estado Francés”. Su jefe era Philippe Pétain, héroe nacional indiscutible de la Primera Guerra Mundial, recontratado por el pueblo para que repitiera las hazañas en la Segunda. Pero el benemérito mariscal había envejecido demasiado y no solo no cumplió con las expectativas depositadas en su personaje—“el gobierno de Vichy”, como se llamaba popularmente al “Estado Francés”, constituía, formalmente, una anulación de la República—, sino que además fue acusado de “colaboracionismo” con el enemigo y, luego de un proceso judicial, condenado a muerte, pena que logró conmutar, en consideración a sus antiguos honores, por la cadena perpetua.

En cuanto a la “zona ocupada”, que comprendía todo el resto del país (con la capital incluida), estaba regida por un oscuro gobierno militar, un brazo administrativo de la *Wermacht*.

Los datos históricos han sido tomados de *Histoire de France. Notre siècle de 1918 à 1991, “Vichy et la révolution nationale”* y *“La dérive et le salut”*, de Raymond René, Nouvelle Édition, Paris, 1991.

¹³⁰ Anouilh, que entonces ya era un afamado dramaturgo, no colaboró con los alemanes, pero se negó a formar parte de la Resistencia, lo cual le valió duras críticas al término de la guerra. Es importante decir que esta obra tuvo una recepción extraordinariamente ambigua, pues mientras unos vieron en ella una mesurada apología del régimen de Vichy (“¡Alguien tiene que hacerse cargo de esta barca!”, dice Creonte representando a “la Francia colaboracionista”), otros vieron en Antígona lo que ya hemos dicho: un personaje alegórico de “la Francia resistente” alentada desde el exilio por De Gaulle, y, por consiguiente, tomaron la obra como un justiciero desafío al ocupante y a su colaborador.

¹³¹ Ocurrió que la alegoría y el paralelismo fueron percibidos también por los nazis, carentes, en su mayoría, tanto de referencias griegas como de la muy universitaria capacidad para relacionar el *dramatis personae* de una obra del siglo V a. c. con los actores políticos del momento. Pero la pepita brillaba demasiado en el arroz como para no ser percibida por todo el mundo, y la obra fue censurada casi inmediatamente.

¹³² Tanto en el sentido hegeliano de una dialéctica imposible como en el sentido lacaniano de un concilio igualmente imposible entre las dos (o)posiciones.

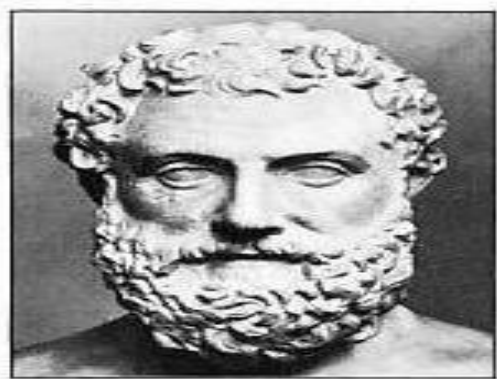
parte del curso a explicar a Sófocles bajo la luz de los acontecimientos para poder burlarse un poco de los “Creontes hipócritas y provisionalmente triunfantes” que se habían apoderado de la mitad del país.



Edipo y Antígona, Charles Jalabert, 1842



Jean Anouilh



Sófocles



Hitler en su arribo a París, en 1940



El mariscal Philippe Pétain



Pétain en el Hotel de Ville, en Vichy



Francia ocupada



Mujer resistente

1.3. Los hechos trágicos

Tanto la *aptitud alegórica* del personaje de Antígona respecto a la Resistencia francesa como la *similitud paralelística* del personaje de Creonte con el mariscal Pétain, cualidades que son apreciables en los momentos centrales de la tragedia¹³³, podrán ser mejor entendidas, o entendidas de un modo más global, si repasamos el hilo de los acontecimientos:

El regreso de Antígona a la ciudad de Tebas tras haber ayudado a su padre, Edipo, a morir en el exilio; la guerra que libran entre sí los gemelos Eteocles y Polinices, hermanos de Antígona, por el trono de la ciudad; la muerte de ambos, el uno a manos del otro; el ascenso de Creonte, tío de ellos tres (y de Ismene), al trono que sus sobrinos dejaron vacante (ellas, por ser mujeres, no podían ocuparlo)¹³⁴; la cólera del rey al enterarse de que Polinices pidió ayuda militar al rey de Argos, enemigo de la ciudad de Tebas, para combatir a Eteocles; su represalia contra el joven *traidor* (*προδότης*) mediante un decreto que prohíbe la sepultura de su cuerpo (será dejado al albur de los cuervos y los perros); la inobservancia de ese decreto por parte de Antígona, primero mediante un acto físico: sepultar el cuerpo de su hermano, y luego mediante un acto lingüístico: “decir que lo hizo y no negarlo”¹³⁵; el estupor de Creonte al escuchar esas palabras arrogantes,

¹³³ Que señalaremos en cursivas.

¹³⁴ Es sabido que, en la antigua Atenas, las mujeres no podían aspirar a un puesto político dado que no tenían siquiera el estatuto de ciudadanas. Tal era la paradoja –o la injusticia– de una cultura que, según Judith Butler, “estaba imbuida de valencias de feminidad”, en *El grito de Antígona*, Barcelona, El Roure, p. 29. Pero Butler no explica qué era, qué podía ser la feminidad en una cultura como la griega, esencialmente falocrática en el sentido tradicional del término, el de la preeminencia política y social de los hombres sobre las mujeres, y falocéntrica en el sentido psicoanalítico del *falo como sentido* (significante, en el idioma lacaniano). O para decirlo de otra manera: del falo como ese *logos* humano o divino (a veces humano en contradicción con lo divino, como en el caso de Creonte) que organizaba la realidad de la polis instaurando una lógica del todo, lógica fálica por excelencia, que expulsaba de su sistema a lo otro. ¿Y qué era lo otro para los griegos? Lo indomeñable, lo ininteligible, lo infinito; todo aquello que se condensaba en la palabra *hybris*, la cual apuntaba ya, subliminalmente, hacia lo femenino, hacia el goce femenino como el goce que se resiste a entrar en el *todo* de esa lógica simbólica, discursiva y política. De ahí que lo femenino, en la última enseñanza de Lacan, sea precisamente lo *no-todo* que, en la estructura de la infinitud, apunta más bien hacia lo real.

¹³⁵ A propósito del acto lingüístico –fálico– de Antígona, la misma Butler anota lo siguiente: “Hacer público el acto propio mediante el lenguaje significa en cierto sentido completar el acto. Entonces, en la medida en que ella empieza a actuar a través del lenguaje, también parte de sí misma. (...) Cuando ella comparece ante Él, luego de haber desafiado su ley al enterrar a su hermano, ella actúa otra vez, ahora verbalmente, rehusando negar su implicación directa en el acto. En efecto, lo que ella rechaza es la posibilidad lingüística de separarse del hecho, afirmándolo ambiguamente sin delatarse, sin decir simplemente ‘yo lo hice’ (...) Antígona se nos presenta a través del acto en el que desafía la soberanía de Creonte, rebatiendo el poder de un decreto presentado como un imperativo que tiene el poder de hacer lo que dice, prohibiendo explícitamente a cualquiera enterrar el cuerpo. De este modo, Antígona muestra el fracaso ilocucionario del manifiesto

extrañamente soberanas, de boca de quien es su sobrina (hija y nieta, las dos cosas a la vez, de su hermana Yocasta); su esfuerzo por contener el odio y transformarlo en algo razonable, no un diálogo, pero sí, al menos, *una discusión acerca de lo que es legítimo y lo que no lo es*¹³⁶ [aquí hay que decir que, al haber sepultado el cuerpo de Polinices, ella devolvió la dignidad a la familia, y al mismo tiempo, como de paso, haciendo carambola, cumplió con el mandato de los dioses (aquel que exige la sepultura de los cuerpos para evitar la errancia infinita de las almas), contribuyendo, así, al mantenimiento de la armonía universal (tan cara a los griegos)¹³⁷, pero eso implicó desobedecer la palabra del Rey, quien quiso (él sí) preservar la armonía universal castigando a quien le pareció que era un traidor a la ciudad]; *el malestar de Creonte al descubrir la ambigüedad de la ley*¹³⁸ (*¿qué es, entonces, lo legítimo?*)–, *y el acto con el que intenta restablecer la unidad de las cosas*.¹³⁹ *le ofrece el indulto a esa díscola jovencita (quien, desde que empezó a hablar, le parece más extraña que nunca) a condición de que se disculpe por lo que hizo, y sobre todo, por lo que dijo; la rotunda negativa de Antígona ante tal ofrecimiento, y la explosión de odio de Creonte (odio que había podido contener y transformar en honor a la racionalidad) ante lo que ve como un perjurio a su soberanía; su represalia contra la joven rebelde (επαναστάτης) mediante un decreto que la condena a ser sepultada viva; la evasión de esa condena por parte de Antígona mediante el que ya solo puede ser el último de sus actos: su suicidio; el desconsuelo de Hemón (hijo de Creonte y prometido de Antígona) al encontrarla muerta y la muerte que se da él mismo en venganza contra su padre; la pena de Eurídice (madre de Hemón y esposa de Creonte) por la muerte de su hijo y la muerte que se da ella misma al no poder aceptar el rumbo de los acontecimientos; y finalmente, la perplejidad de Creonte ante el desenlace de los hechos.*

de Creonte, pues la respuesta de ella toma la forma de una reafirmación de soberanía, rehusando no asociar el hecho con su persona. Por eso dice: `Yo digo que lo hice y no lo niego´ (*kai phemi drasai kouk aparnoumai to ne´*, en el griego original)”, *Ibíd.*, pp. 22-23 y 26.

¹³⁶ Esta discusión constituye la escena climática en la obra de Anouilh. La analogía entre lo que ocurre en la ficción dramática y lo que ocurre en la realidad política en ese momento se revela al surgir la pregunta por la legitimidad (la indignación ante el servilismo del gobierno de Vichy al Ocupante y la dignidad de la Resistencia frente a ambos).

¹³⁷ Pero hay un tercer aspecto, más secreto y personal, que opera al margen de la legitimidad y que constituye la verdad del acto y del dicho de Antígona y que es el amor incestuoso que Antígona mantenía con su hermano Polinices, y que es la verdad del acto –y del dicho– de Antígona, que corresponde al orden de lo *no-dicho*, de lo que Antígona no le dice a Creonte: esto es, que ella ha refrendado su “amor”, sea lo que esto sea: *reconocimiento*, dirá Hegel; *deseo*, dirá Lacan; *lealtad*, diremos nosotros.

¹³⁸ En realidad, descubre su propia división subjetiva, su fracaso al tratar de responder al deseo del Otro alienación en el Otro como Amo y como esclavo a la vez, sin considerar siquiera cuál es su propio deseo.

¹³⁹ Dicho en otras palabras, contener ese exceso de goce y devolver las cosas al principio de placer.

1.4. Sintagmas de una época

a) “El absurdo del mundo”

Tales son los hechos de Ἀντιγόνη (442 a.c.) que se conservan, casi íntegros, en *Antigone* (1942). Pero, a pesar de esta semejanza fundamental, que se añade a la homonimia del título y del personaje, las diferencias entre estos dramas son considerables. Una de ellas nos interesa especialmente; la que tiene que ver con el *pathos* (πάθος) de los personajes, entendido en su acepción fundamental de *sufrimiento*¹⁴⁰, pues éste toca a ambos, tanto a la heroína como al tirano. Podemos decir que si, en Sófocles, el sufrimiento tiene un *sentido*, digamos, un valor ontológico en tanto que propicia la *aletheia* o develamiento del “verdadero ser” de su heroína; y también un valor ético en tanto que comporta una “razón moral” que avala las palabras y los actos con los que se atreve a desafiar al tirano que la oprime, en Anouilh, el sufrimiento aparece como desprovisto de esos valores, carente de ese sentido, toda vez que a sus personajes se les ha revelado *el absurdo del mundo*¹⁴¹. Esto no significa que no sufran —ambos, por más transfigurados que aparezcan, son personajes irremediamente trágicos—; significa que su sufrimiento tiene una cualidad distinta de aquella, *positiva*, que tenía el sufrimiento de sus antecesores.

¹⁴⁰ No es la única acepción. Aristóteles define el *pathos* como un *modo retórico* que incide en la “emotividad” y que, conjugado con los otros dos modos, el *ethos* (ἦθος), que incide en la “credibilidad”, y el *logos* (λόγος), en la “racionalidad”, producirían un discurso tan perfectamente equilibrado y tan irresistiblemente persuasivo como para anonadar al interlocutor. Cfr. la *Retórica*. De más está decir que esta conjugación ideal, esta suerte de geometría ilocucionaria, fracasa estrepitosamente en los actos lingüísticos que tienen lugar en el drama de Antígona, pues ni la heroína ni el tirano no llegan a producir ese discurso que, superponiéndose al agujero de lo real mediante la articulación simbólica, hubiera podido, tal vez, evitar la tragedia.

¹⁴¹ El absurdo se revela, por ejemplo, cuando Antígona se entera, por boca del mismo Creonte, de la verdadera historia de sus hermanos, dos bribones que se mataron en un ajuste de cuentas, y cuyos cuerpos destrozados fue imposible identificar: “He hecho juntar uno de los cuerpos, el menos estropeado de los dos, para mis funerales nacionales, y di la orden de dejar pudrir al otro donde estaba. No sé quién era quién, y te aseguro que me da lo mismo.” (*op. cit.*, p. 69). Al respecto, dice Margarita María Ferrer: “El absurdo está presente en todas las decisiones. Creonte es rey porque alguien tenía que hacerse cargo, pero le hubiera gustado una vida tranquila y burguesa. El duelo verbal —dos monólogos, en realidad— entre Creonte y Antígona es el de dos desesperados que no creen en nada ni en nadie. Desesperanza resignada en Creonte. Rebeldía inútil en Antígona. Ella no sabe por qué muere. Y él, aparentemente sincero y razonable, es un funcionario automático que trabaja en el vacío, y cuya preocupación mayor es no decir la verdad para no atentar contra la tranquilidad pública. Liberados de los mitos, no existe ninguna alianza entre el hombre y la divinidad.”, en “Antígona, de Jean Anouilh. Una lectura desde la estética de la recepción”, Universidad de Salamanca, 2010.

b) “El abandono de Dios”

Ahora bien, *absurdo* (*absurdité*) es la palabra que surge en los cafés de artistas e intelectuales del París ocupado¹⁴², y con la cual se hace referencia al estado de las cosas; un vocablo que condensa, al menos en parte, el estupor y el enojo que ha provocado entre los franceses el vasallaje de Pétain respecto a Hitler, pero que, en otro nivel, alude al vacío metafísico que ha traído la Guerra. Jean Anouilh es uno de los primeros en incorporar el absurdo a sus obras¹⁴³ y, más que a ninguna otra, a esa alegoría política que es *Antigone*, pues en ella está implícita la idea una de que, así como los personajes antiguos (griegos) no podían escapar de un destino trazado por la veleidad de los dioses, tampoco los personajes modernos (franceses) pueden escapar de un destino trazado por la irracionalidad de los hombres toda vez que los dioses, Dios mismo, los ha abandonado; y los ha abandonado a todos, a los personajes en el drama y a los hombres en la Historia, sin que ni unos ni otros sepan el porqué de ese Acto sin palabras que, esta vez, parece ser definitivo.¹⁴⁴ Y la prueba del *abandono de Dios*¹⁴⁵, por si quedaba alguna duda o esperanza de que no fuera así, es lo que ocurre al interior de los campos que todavía están en operación, esas fábricas de cadáveres que se llaman Auschwitz, Buchenwald, Mauthausen o Chelmno.

c) La condena de la libertad

De modo que, ante la misteriosa retirada de Dios, de la cual no se sabe si es un castigo, un homenaje o pura y simple indiferencia, el hombre debe comprender que no sólo ha sido condenado a la soledad, sino también a la libertad. *El hombre está condenado a ser libre*, dice, con todas sus letras, sin temor a la enormidad, el filósofo más acreditado de la época: Sartre. Con esto quiere decir que el hombre —y con él los personajes a través de los cuales se representa, bien en el teatro o bien en la literatura¹⁴⁶— no tiene alternativa al hecho de tener que ser su

¹⁴² Sobre todo, dos de los cafés más antiguos del barrio de Saint-Germain de Près, el *Café de Florey* y *Les Deux Magots*.

¹⁴³ Las obras de Anouilh fueron pioneras en este sentido, pues el denominado “Teatro del absurdo” surgió en la década posterior.

¹⁴⁴ Desde un punto de vista psicoanalítico, Dios es *el Otro Mudo* por excelencia —el Otro del Otro que, topológicamente, estaría situado en las antípodas de la Cosa, igualmente muda—, y que, por serlo, no responderá jamás a la pregunta que el sujeto le dirige a propósito de su ser en el mundo.

¹⁴⁵ Esto, con independencia de que, mucho tiempo antes, en el campo de la filosofía, Nietzsche hubiera decretado su muerte.

¹⁴⁶ Pues, con independencia de sus deconstrucciones dramáticas o narratológicas, un personaje es y será siempre una metonimia del hombre.

propio demiurgo, o para decirlo con un término que no es de esa época sino de ésta, su propio *performer*. Se trata, una vez más en la historia de la filosofía, de una autoconciencia plena y transparente a sí misma, que si bien es más angustiada y problemática que otras —no es fenomenológica como la de Husserl, ni volitiva como la de Schopenhauer, ni dialéctica como la de Hegel, sino existencial, y más aún, *existencialista*—, no por eso deja de ser autoconciencia. Así pues, el “sujeto sartreano”, que, como se colige de lo anterior, no es un sujeto sino un individuo, pues no tiene inconsciente sino autoconciencia, funciona bajo un nuevo imperativo categórico: el del compromiso político (*engagement politique*) con el mundo, a fin de mejorarlo. Neurótica dignidad que desconoce lo imposible pues, ¿qué puede el compromiso político de unos cuantos, y por cuánto tiempo, contra lo que, desde un punto de vista metafísico¹⁴⁷, es su Mal constitutivo? Titánico ministerio el de responder por todos y cada uno de los actos, por todas y cada una de las palabras con las que ese “hombre comprometido” pretende resarcirse, en apariencia, del abandono divino, pero en sustancia, de su propia falta de fundamento, de su falta en ser. Y precisamente porque todo imperativo, en su lógica consistente y totalitaria, cierra el inconsciente, o lo que es lo mismo, la verdad no-toda del sujeto hablante, no habrá otra libertad que la de representar los papeles, o las figuras, tan dignas como titánicas, que ese compromiso engendra según las necesidades del momento; tales son las del *resistente*, en esa época (1944), y más tarde (1968), con el mismo Sartre como ideólogo principal, la del *revolucionario*.

1.5. Los factores de la figuración

A Michel Laurençon le corresponde la primera de estas figuras fatalmente necesarias para la mejora imaginaria del mundo.¹⁴⁸ Su figuración como resistente —y esto es justo lo que queremos sostener— se debe sobre todo a los factores que hemos venido señalando. Uno de ellos, el más importante, es su *identificación con Antígona*¹⁴⁹, pues, ya desde su época de estudiante en la École

¹⁴⁷ Un punto de vista metafísico es opuesto a un punto de vista psicoanalítico, que lo vería en términos de pulsión de muerte, igualmente constitutiva, de los sujetos que habitan el mundo.

¹⁴⁸ Combatiendo al amo nazi. A su hijo Daniel le corresponderá la segunda, la del revolucionario, que combatirá al amo capitalista.

¹⁴⁹ “Es porque hay un déficit a nivel del principio de identidad —dice J.-A. Miller—, porque el ser del sujeto es inconsistente y se resquebraja, que el sujeto tiende a la identificación”. *Matemas I*, Buenos Aires, Manantial, 2010, p. 88. Así, el sujeto sin sustancia del psicoanálisis está *sujeto a identificarse* a fin de resarcirse de su insustancialidad, y, para eso, se forjará

Normale Supérieure, muchos años antes de que quede prendado de ella —de su representación escénica— en el Théâtre de l'Atelier, Michel ha visto en el personaje de Sófocles y de Anouilh al *sujeto rebelde* por excelencia; aquel que, de entre todos los sujetos posibles, él se siente llamado a ser precisamente para ser *alguien*, o lo que es lo mismo, para dejar de ser *nadie*; y lo que la coyuntura —es decir, el Otro de la Historia— ofrece es la figura del resistente para tomarla, o no. Lo que no puede saber, no de una manera conciente, en todo caso, es que esa identificación será tan fuerte que lo hará repetir los hitos principales de la historia de Antígona: la rebeldía, el sufrimiento y el suicidio.

El otro factor es *el discurso en el que*, ya como sujeto rebelde, como digno resistente, *se inscribe* para hablar y para actuar; ese discurso no es el del general Charles de Gaulle, amo militar que alienta la resistencia francesa desde Londres —y a quien el narrador, curiosamente, no menciona en absoluto—, sino el de ese filósofo amo que es Jean-Paul Sartre, de quien ha ido a ver *Les mouches* junto con sus compañeros para celebrar el final de su época de estudiantes y el principio de su época de resistentes; es Sartre, a quien ha estudiado con admiración en sus cursos de letras y cuyo discurso, seco y sobrecargado pero “patológico”, en el sentido aristotélico, puede resumirse en una sola proposición: *eres libre bajo compromiso*, o, parafraseando a Descartes: *me comprometo, luego soy libre*.

Pero, aunque Michel Laurençon haya encarnado una figura y se haya inscrito en un discurso por obra de sus identificaciones, no está preparado (nunca hubiera podido estarlo) para lo que el destino le tiene reservado.

un yo (imaginario) y adoptará una figura (simbólica), pues la única sustancia que le es propia es la del goce (real), y con ella no puede representarse ante/en el Otro.

BUCHENWALD

1.6. Elipsis del infierno

Lo que el destino le tiene reservado a Michel Laurençon es la vivencia del infierno en el campo de concentración de Buchenwald, un lugar en el que sabía que podía recalar en caso de ser capturado, pues ya otros agentes como él, integrantes de los servicios de acción e información de la Resistencia, habían sido enviados allí, en convoyes especiales, para ser abominablemente torturados, a manera de castigo antes del confinamiento¹⁵⁰. Para Michel, Buchenwald es la sepultura en vida (como la de Antígona) que, en un nivel que no es el de la conciencia, le ha sido *anunciada* desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, nada sabemos los lectores de su vivencia singular —es la gran elipsis de la novela¹⁵¹— en los confines de ese infierno colectivo¹⁵². Lo que sabemos es lo que ocurre *a la mañana siguiente* del día de la liberación del campo, el 11 de abril de 1945, por una división blindada del ejército del general Patton. Esa mañana, la del 12 de abril, Roger Marroux, acompañado por dos miembros británicos de una misión de salvamento —siguen el rastro de los agentes deportados— detiene el coche a la entrada del campo con el propósito de encontrar a su amigo Michel Laurençon:

¹⁵⁰ Jorge Semprún fue uno de esos agentes. La red en la que servía se hacía llamar “Jean-Marie Action”. Una mañana de 1943 fue emboscado en una granja de Joigny, y después torturado y deportado días después, junto con otros agentes, al campo de concentración de Buchenwald, en el centro de Alemania. Jorge Semprún tenía veinte años. El personaje de Michel Laurençon sería uno de sus alter egos, una de sus posibilidades fallidas en tanto que no consigue sobrevivir al infierno concentracionario, a diferencia de otros personajes —él mismo— que sí lo consiguen. *Cfr. Aquel domingo, La escritura o la vida y Viviré con su nombre, morirá con el mío.*

¹⁵¹ Quizá porque todavía no es tiempo de escribirla; lo hará más tarde en las novelas citadas. Y porque la vivencia de los campos no es central en esta novela. En *La escritura o la vida*, escribirá Semprún: “En el borrador del libro que estaba escribiendo—cuyo título provisional era *Un homme perdu* [Un hombre perdido], y que acabó titulándose *Netchaiev ha vuelto*—, en la articulación narrativa ya elaborada, no había que tratar extensamente de Buchenwald. Tres o cuatro páginas tenían que resultar suficientes, me había parecido, para evocar el viaje de Roger Marroux a través de la Alemania derrotada, en abril de 1945, en busca de Michel Laurençon, su camarada de Resistencia deportado.”, p. 241.

¹⁵² Si con esa palabra convencional, “infierno”, se puede hacer referencia al campo de concentración y de exterminio (tanto Primo Levi como Hanna Arendt la usaron con frecuencia en sus escritos; no así Jorge Semprún), es porque allí se lleva a cabo la destrucción tecnicada y masiva de seres humanos —concretamente, de ciertas figuras: judíos, gitanos, homosexuales y resistentes, sobre todo— a través del trabajo forzado, la desnutrición, el hacinamiento y las enfermedades. Ya hemos dicho que Buchenwald no es un campo de exterminio como Auschwitz, donde la muerte que sobreviene en la cámara de gas es al menos contundente, sino que es un campo de concentración, donde la muerte se difiere hasta que su “habitante” no puedemás.

La mañana del 12 de abril de 1945, Marroux se apeó del coche delante de las oficinas de la Politische Abteilung, la sección de la Gestapo del campo de concentración de Buchenwald. El monumental portón de entrada, con su verja de hierro forjado, se hallaba a unas decenas de metros, al final de la avenida bordeada por columnas coronadas de águilas hitlerianas que unía la estación con el campo.¹⁵³

Le matin du 12 avril 1945, Marroux descendait de voiture devant les bureaux de la Politische Abteilung, la section de la Gestapo du camp de Buchenwald. La porte d'entrée monumentale, avec sa grille de fer forgé, se trouvait à quelques dizaines de mètres, au bout de l'avenue bordée de colonnes surmontées d'aigles hitlériennes qui reliait la gare de Buchenwald et le camp proprement dit.¹⁵⁴

1.6. La realidad no es lo real

Delante del barracón que alojaba las oficinas de la Gestapo, muy cerca de la entrada del campo, hay un hombre armado, un guardia al parecer solitario que, al ver un coche detenerse abruptamente sobre el descampado y bajar de él a tres hombres uniformados que se ponen a estirar las piernas (las tienen agarrotadas porque han cruzado media Alemania, “una Alemania ya derrotada y lívida”¹⁵⁵, por carretera desde Francia), se aproxima hacia ellos, renqueando. De lejos, Marroux observa su cráneo rapado, sus botas negras, su blusón descomunal de prisionero; de más cerca, su rostro imberbe y salvaje: sin duda es uno de esos jóvenes rusos tan numerosos en Buchenwald¹⁵⁶. Marroux le calcula “unos veinte años”, casi los mismos que tienen él y Laurençon. Cuando al fin el joven hombre se planta frente a ellos a un metro de distancia, todavía sin decir palabra, los tres rescatistas son avasallados por su mirada¹⁵⁷:

Un chico joven —aunque era difícil calcular su edad exacta: unos veinte años, pensó— estaba de guardia en la entrada del barracón. Llevaba botas rusas de cuero flexible, un atuendo disparatado, el pelo al rape. Pero una ametralladora alemana le colgaba del hombro, señal evidente de autoridad. Los oficiales de enlace americanos les habían dicho, al despuntar el alba, que la resistencia antifascista de Buchenwald había conseguido dotar de armas a unas cuantas decenas de hombres que habían tomado parte en la fase final de la liberación del campo de concentración, justo después del avance de la vanguardia motorizada de Patton. A ese grupo pertenecía

¹⁵³ *Netchaïev ha vuelto*, p. 30.

¹⁵⁴ *Netchaïev est de retour*, p. 34.

¹⁵⁵ “Las ciudades estaban en ruinas; las mujeres, lívidas (*“Deutschland, bleiche Mutter”*, había escrito el poeta). Miles de prisioneros de todo tipo, liberados por el avance aliado, infestaban las carreteras: parecía una escenificación bastante verosímil del Apocalipsis”, en *Netchaïev ha vuelto*, p. 29.

¹⁵⁶ “Todos los rusos eran jóvenes en Buchenwald (...) Esos jóvenes, que habían sido deportados en masa, eran la escoria de la sociedad soviética, forzosamente ‘nueva’, según la retórica estalinista; eran el desecho de un arcaísmo rural no captado ni transformado todavía por el pensamiento modernizador de la Revolución”, en *La escritura o la vida*, pp. 73 y 83.

¹⁵⁷ La mirada —como se sabe— es uno de los tópicos de la narrativa sempruniana.

probablemente este joven que les miraba bajar del jeep y desmerecerse al sol de primavera, en el silencio espeso, extraño, del bosque de hayas que rodea la valla de espino del campo. Marroux se sintió aprisionado por la frialdad devastada de esa mirada, brillante en el rostro huesudo y demacrado. Tuvo la impresión de ser observado, sopesado, por unos ojos enclavados más allá o más acá de la vida. Como si el destello neutro, plano, de esa mirada le llegase de una estrella muerta, de una existencia ya desaparecida. Como si esa mirada hubiese viajado hasta él atravesando las estepas de un paisaje sombrío, mineral, para alcanzarle impregnada de una frialdad salvaje, de una soledad sin remedio.¹⁵⁸

Un type jeune—mais il était difficile d'évaluer son âge exact : une vingtaine d'années, calcula-t-il—montait la garde à la porte de la baraque. Il portait des bottes russes, en cuir souple, une défroque disparate. Il avait des cheveux ras. Mais une mitrailleuse allemande pendait sur sa poitrine, signe évident d'autorité. Les officiers de liaison américains leur avaient dit, à l'aube, que la résistance antifasciste de Buchenwald avait réussi à armer quelques dizaines d'hommes qui avaient participé à la phase finale de la libération du camp, après la percée des avant-gardes motorisées de Patton. Il en faisait sans doute partie, ce jeune type. Qui les regardait sortir de la jeep, s'étirer au soleil du printemps, dans le silence épais, étrange, de la forêt de hêtres qui bordait l'enceinte barbelée du camp. Marroux se sentit pris dans la froideur dévastée de ce regard, brillant dans un visage osseux, émacié. Il eut l'impression d'être observé, jaugé, par des yeux d'au-delà, ou d'en-deçà de la vie. Comme si le rayon neutro, plat, de ce regard lui parvenait d'une étoile morte, d'une existence disparue. Comme si ce regard avait voyagé jusqu'à lui à travers les steppes d'un paysage morne, minéral, pour lui parvenir imprégné de froideur barbare. De solitude irrémédiable.¹⁵⁹

Es la mirada del que ha sobrevivido al infierno. Marroux y sus acompañantes lo comprenden en el acto, pero ninguno es capaz de sostenerla un segundo más (devastado, Roger piensa en Michel: ¿habrá podido sobrevivir él también?, ¿habrá tenido la misma buena suerte que ese ruso desquiciado que lleva en la mirada la marca de la muerte?, ¿es eso tener buena suerte?; aunque no lo sea, Roger desea encontrarlo con vida, y lo desea con intensidad, con culpa, pues en todo ese tiempo —catorce meses transcurridos desde la noche de su desaparición, el 15 de febrero de 1944, hasta *esa mañana* del 12 de abril de 1945¹⁶⁰— no ha dejado de sentirse como si fuese un sobreviviente de Michel, y peor aún, como un traidor). El joven ruso, que desconoce su propia mirada —no hay espejos en Buchenwald—¹⁶¹, se sorprende un poco ante la reacción de los uniformados, una mezcla de horror y compasión, y rompe al fin el silencio para interpelar a Marroux:

¹⁵⁸ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 30-32

¹⁵⁹ *Netchaïev est de retour*, pp. 34-35

¹⁶⁰ Una mañana que no constituye, por cierto, el presente o tiempo efectivo de la narración, sino que es una más de las innumerables analepsis del relato.

¹⁶¹ “Desde hacía dos años, yo vivía sin rostro. *No hay espejos en Buchenwald*. Veía mi cuerpo, su delgadez creciente, una vez por semana, en las duchas. Ningún rostro, sobre ese cuerpo irrisorio. Con la mano, a veces, reseguía el perfil de las cejas, los pómulos prominentes, las mejillas hundidas. Podría haber conseguido un espejo, sin duda. Se encontraba de todo en el mercado negro del campo a cambio de pan, de tabaco, de margarina. Ocasionalmente, incluso ternura.”, en *La escritura o la vida*, p. 15. Las cursivas son nuestras.

El joven, que se había fijado en el escudo tricolor coronado por la palabra “France” que Marroux llevaba en la guerrera, se dirigió a él en francés:

— Parece usted aturdido... ¿Qué le pasa? ¿Es el silencio? Nunca hay pájaros en este bosque... Al parecer, el humo de los hornos crematorios los ha hecho huir... —Soltó una risita—. Pero el horno separó ayer... Ya nunca más volverá a haber humo... Nunca más volverá el olor de la carne quemada en el paisaje. De nuevo soltó una risita. A Marroux le dio un vuelco el corazón. Echó una ojeada a sus compañeros, que también estaban deshechos. —Pero quizá los pájaros no vuelvan nunca más... —murmuró todavía el joven deportado. Tenía la mirada ida, o apagada, muerta, borrada, obnubilada por visiones atroces. Hablaba con voz monocorde, brutal. Con el convencimiento de que no podían comprenderle, de que ellos siempre quedarían del otro lado de una frontera invisible pero infranqueable.¹⁶²

Le jeune avait remarqué l'écusson tricolore, surmonté du mot « France », sur le blouson militaire de Marroux. Il lui parla en français :

— Vous avez l'air sidéré... C'est quoi ? Le silence du lieu ? Il n'y a jamais d'oiseaux, dans cette forêt... La fumée du crématoire les en a chassés, semble-t-il... —Il avait eu un rire bref—. Mais le crématoire s'est arrêté hier... Il n'y aura plus jamais de fumée... Plus jamais l'odeur de chair brûlée sur le paysage. Il avait ri de nouveau. Marroux eut un haut-le-cœur. Il jeta un coup d'œil à ses compagnons, qui étaient défaits.

— Peut-être les oiseaux ne reviendront jamais... —murmura encore le jeune déporté. Il avait un regard fou, ou éteint, mort, effacé, obnubilé par d'atroces visions, et il leur avait parlé d'une voix monocorde, brutale. Persuadé sans doute qu'ils ne pouvaient pas comprendre, qu'ils resteraient à jamais de l'autre côté d'une frontière invisible, mais infranchissable.¹⁶³

Y es verdad. Ellos, los rescatistas, no pueden sino quedar “del otro lado de una frontera invisible pero infranqueable”, toda vez que lo que hay “de este lado” es *lo real* de una experiencia subjetiva en el campo de concentración. Un real subjetivo y *no* la realidad objetiva que ellos, forasteros, pueden fácilmente, morbosamente, atestiguar, y que ya está siendo filmada, incluso, por los operadores cinematográficos del ejército norteamericano, a fin de mostrársela al mundo entero:

El ojo de la cámara exploraba el interior de un barracón: deportados extenuados, desplomados en los camastros, famélicos hasta la muerte, clavaban su mirada de ojos desorbitados en los intrusos que les traían —demasiado tarde para muchos de ellos— la libertad. El ojo de la cámara registraba el movimiento de las palas mecánicas del ejército americano arrastrando centenares de cadáveres descarnados a las fosas comunes. El ojo de la cámara captaba el gesto de tres jóvenes deportados con el pelo al rape, y traje de rayas, que se pasaban una colilla de *machorka*¹⁶⁴ en la entrada de un barracón. El ojo de la cámara seguía el lento caminar de un grupo de deportados renqueando por la explanada de una plaza de armas, al sol, hacia un reparto de alimento...¹⁶⁵

L'œil de la caméra explorait l'intérieur d'un baraquement : des déportés à bout de forces, affalés dans les chalits, amaigris à en mourir, fixaient d'un regard exorbité les intrus qui leur apportaient - trop tard pour beaucoup d'entre eux — la liberté. L'œil de la caméra captait le mouvement des bulldozers de l'armée américaine poussant des centaines de cadavres décharnés dans les fosses communes. L'œil de la caméra saisissait le geste de trois jeunes déportés aux cheveux ras, en tenue rayée, qui faisaient circuler entre eux un mégot partagé, à l'entrée

¹⁶² *Netchaïev ha vuelto*, pp. 30-32.

¹⁶³ *Netchaïev est de retour*, pp. 34-35

¹⁶⁴ La *machorka* es una variedad de tabaco salvaje, cultivada y consumida en Rusia, principalmente. Semprún la describe como “la droga dulce de la fraternidad”, Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, p. 259.

¹⁶⁵ *Ibidem*, pp. 215-216.

d'une baraque... L'œil de la caméra suivait le lent cheminement d'un groupe de déportés clopinant sur l'esplanade d'une place d'appel, au soleil, vers une distribution de nourriture...¹⁶⁶

Estas imágenes, retazos de la realidad visible del campo, secuencias plenas de significado que el ojo de la cámara recoge para el Otro, es decir, para el archivo histórico, no son lo real. Lo real no tiene imagen, o para decirlo en términos fenomenológicos, no tiene representación; tampoco tiene símbolo (palabra) porque es un agujero, un vacío que se crea en el seno de la significación, que es imaginaria y simbólica. Por lo tanto, lo real no se ve, como la realidad, sino que se vive¹⁶⁷, y su vivencia suele producir traumas subjetivos —*troumatismes*, los llamaba Lacan¹⁶⁸— como el que refleja la mirada del joven deportado; o dejar rastros como el silencio que produce la ausencia de los pájaros en el bosque y el olor de la carne humana quemada en el paisaje.

Ahora bien, los sintagmas “vivencia de lo real” y “experiencia de la muerte” son afines porque la muerte es lo real por antonomasia; porque no otra cosa que la muerte es lo que se fabrica —se realiza— en el *Lager*, que es un dispositivo ideológico, un orden signifiante que, como tal, produce sus imágenes, sus símbolos y sus reales. Estos últimos son los que, por ser agujeros traumáticos, vacíos que no se pueden llenar, presentificaciones o rastros de ese real absoluto que es la muerte, *retornan de manera inexorable en la escritura de esa experiencia*; una escritura que, como ya hemos dicho en otra parte, fue duramente hipotecada, diferida durante largas décadas para que la vida después de Buchenwald fuera posible. De modo que, casi cuarenta años después, cuando la experiencia de la muerte de ese antiguo estudiante de filosofía de la Sorbona, de ese joven resistente español llamado Jorge Semprún, tuvo al fin su escritura, esos reales que “no cesaban de no escribirse” (según la expresión lacaniana) en su subjetividad son, previsiblemente, los mismos¹⁶⁹:

¹⁶⁶ Jorge Semprún, *L'écriture ou la vie*, pp. 208-209.

¹⁶⁷ “Esa diferencia entre lo visto y lo vivido [es decir, entre la realidad y lo real] -dice Semprún- es lo que resulta perturbador”, en *La escritura o la vida*, p. 216.

¹⁶⁸ Es un neologismo en el que se reemplaza *trau* por *trou* (agujero, en francés).

¹⁶⁹ E incluso la escena y los enunciados que en ella tiene lugar, son casi exactamente los mismos.

a) La mirada del sobreviviente (Semprún mismo):

Están delante de mí [tres oficiales con uniforme británico], abriendo los ojos enormemente, y yo me veo de golpe en esa mirada de espanto: en su pavor. Desde hacía dos años, yo vivía sin rostro. No hay espejos en Buchenwald (...) Me observan, la mirada descompuesta, llena de espanto. Mi pelo cortado al rape no puede ser motivo, ni causa de ello. Los jóvenes reclutas, los campesinos humildes, mucha más gente lleva inocentemente el pelo cortado al rape. Trivial en cuanto estilo. A nadie le asombra un corte de pelo al cero. No tiene nada de espantoso. ¿Mi atuendo, entonces? Sin duda resulta de lo más intrigante: unos trapos estrafalarios. Pero calzo unas botas rusas, de cuero flexible. Llevo una metralleta alemana cruzada al pecho, signo evidente de autoridad en los tiempos que corren. Y la autoridad no asusta, más bien tranquiliza. ¿Mi delgadez? Deben de haber visto cosas peores antes. Si van siguiendo a los ejércitos aliados que, esta primavera, se adentran en Alemania, ya habrán visto cosas peores. Otros campos, otros cadáveres vivientes.

Pueden sorprender, intrigar, esos detalles: mi cabeza rapada, mis harapos estrafalarios. Pero no están sorprendidos ni intrigados. *Es espanto lo que leo en sus ojos.*

*No queda más que mi mirada, eso concluyo, que pueda espantarlos hasta ese punto. Es el horror de mi mirada lo que revela la suya, horrorizada. Si, en definitiva, mis ojos son un espejo, debo tener una mirada de loco, de desolación.*¹⁷⁰

Ils sont en face de moi, l'œil rond, et je me vois soudain dans ce regard d'effroi : leur épouvante.

Depuis deux ans, je vivais sans visage. Nul miroir, à Buchenwald. Je voyais mon corps, sa maigreur croissante, une fois par semaine, aux douches. Pas de visage, sur ce corps dérisoire. De la main, parfois, je frôlais une arcade sourcilière, des pommettes saillantes, le creux d'une joue. J'aurais pu me procurer un miroir, sans doute. On trouvait n'importe quoi au marché noir du camp, en échange de pain, de tabac, de margarine. Même de la tendresse, à l'occasion.

Mais je ne m'intéressais pas à ces détails.

Je voyais mon corps, de plus en plus flou, sous la douche hebdomadaire. Amaigri mais vivant : le sang circulait encore, rien à craindre. Ça suffirait, ce corps amenuisé mais disponible, apte à une survie rêvée, bien que peu probable.

La preuve, d'ailleurs : je suis là.

Ils me regardent, l'œil affolé, rempli d'horreur.

Mes cheveux ras ne peuvent pas être en cause, en être la cause. Jeunes recrues, petits paysans, d'autres encore, portent innocemment le cheveu ras. Banal, ce genre. Ça n'a rien d'effrayant. Ma tenue, alors ? Sans doute a-t-elle de quoi intriguer : une défroque disparate. Mais je chausse des bottes russes, en cuir souple. J'ai une mitraillette allemande en travers de la poitrine, signe évident d'autorité par les temps qui courent. Ça n'effraie pas, l'autorité, ça rassure plutôt. Ma maigreur ? Ils ont dû voir pire, déjà. S'ils suivent les armées alliées qui s'enfoncent en Allemagne, ce printemps, ils ont déjà vu pire. D'autres camps, des cadavres vivants.

Ca peut surprendre, intriguer, ces détails : mes cheveux ras, mes hardes disparates. Mais ils ne sont pas surpris, ni intrigués. C'est de l'épouvante que je lis dans leurs yeux.

Il ne reste que mon regard, j'en conclus, qui puisse autant les intriguer. C'est l'horreur de mon regard que révèle le leur, horrifié. Si leurs yeux sont un miroir, enfin, je dois avoir un regard fou, dévasté.¹⁷¹

b) El silencio que produce la ausencia de los pájaros en el bosque

Se han apeado del coche al instante. Han dado unos pasos al sol, estirando las piernas. Me han descubierto entonces, han avanzado hacia mí. Tres oficiales, con el uniforme británico. Un cuarto militar, el chófer, se ha quedado junto al automóvil, un enorme Mercedes Benz gris que todavía lleva matrícula alemana. Han avanzado hacia mí. Dos de unos treinta años, rubios, más bien rosados. El tercero, más joven, moreno, luce un escudo con

¹⁷⁰ Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, pp. 15-16. Las cursivas son nuestras.

¹⁷¹ Jorge Semprun, *L'écriture ou la vie*, pp. 13-14.

la cruz de Lorena y la palabra "France" inscrita en él (...) Luce una Francia sobre su corazón, en el bolsillo izquierdo de su guerrera militar. Triunfal, alegremente, al menos. Debe tener mi edad, algunos años más. Podría simpatizar con él. Me mira, lleno de espanto.

-¿Qué pasa? –digo, irritado, sin duda cortante–. ¿Es el silencio del bosque lo que tanto os extraña? Gira la cabeza hacia los árboles, alrededor. Los otros también. Aguzan el oído. No, no es el silencio. Nada les había llamado la atención, no habían oído el silencio. Quien les llena de espanto soy yo, eso es todo.
-*Se acabaron los pájaros*–digo, siguiendo mi idea–. *El humo del crematorio los ha ahuyentado, eso dicen. Nunca hay pájaros en este bosque...*¹⁷²

Ils sont sortis de la voiture à l'instant, il y a un instant. Ont fait quelques pas au soleil, dégourdissant les jambes. M'ont aperçu alors, se sont avancés.

Trois officiers, en uniforme britannique.

Un quatrième militaire, le chauffeur, est resté près de l'automobile, une grosse Mercedes grise qui porte encore des plaques d'immatriculation allemandes.

Ils se sont avancés vers moi.

Deux d'une trentaine d'années, blonds, plutôt roses. Le troisième, plus jeune, brun, arbore un écusson à croix de Lorraine où est inscrit le mot « France ». (...) Il arbore une France sur son cœur, sur la poche gauche de son blouson militaire. Triomphalement, joyeusement du moins.

Il doit avoir mon âge, quelques années de plus. Je pourrais sympathiser.

Il me regarde, effaré d'effroi.

- Qu'y a-t-il ? dis-je, irrité, sans doute cassant. Le silence de la forêt qui vous étonne autant ?

Il tourne la tête vers les arbres, alentour. Les autres aussi. Dressent l'oreille. Non, ce n'est pas le silence. Ils n'avaient rien remarqué, pas entendu le silence. C'est moi qui les épouvante, rien d'autre, visiblement.

- Plus d'oiseaux, dis-je, poursuivant mon idée. *La fumée du crematorio les a chassés, dit-on. Jamais d'oiseaux dans cette forêt...*¹⁷³

c) El olor de la carne quemada en el paisaje

Escuchan, atentos, tratando de comprender.

-¡El olor de carne quemada, eso es!

Se sobresaltan, semiran unos a otros. Con un malestar casi palpable. Una especie de hipido, de náusea.

"Extraño olor", escribió Léon Blum, que fue deportado en abril de 1943. Blum vivió dos años en Buchenwald. Pero estaba encerrado fuera del recinto del campo propiamente dicho: más allá de la alambrada electrificada de púas, en un chalet del barrio de los oficiales S.S. Jamás salía de allí, ni entraba nadie en aquel recinto, salvo los soldados de guardia (...)

El rigor de este enclaustramiento explica su ignorancia. Léon Blum no sabía siquiera dónde estaba, a qué región de Alemania había sido deportado. Vivió durante dos años ignorándolo todo de la existencia del campo de concentración, tan cercano, sin embargo.

"El primer indicio que descubrimos", escribió tras su regreso, "es el extraño olor que nos llegaba a menudo, al caer la tarde, a través de las ventanas abiertas, y que nos obsesionaba toda la noche cuando el viento seguía soplando en la misma dirección: era el olor de los hornos crematorios".

Cabe imaginar a Léon Blum en aquellas tardes. Tardes de primavera, probablemente: ventanas abiertas a la dulzura de la primavera recuperada, a los efluvios de la naturaleza. Momentos de nostalgia, de añoranza, en la lacerante incertidumbre de su renacer. Y de repente, traído por el viento, el extraño olor. *Dulzón, insinuante, con tufos acres, propiamente nauseabundos. El olor insólito, que era el del horno crematorio.*¹⁷⁴

Ils écoutent, appliqués, essayant de comprendre.

¹⁷² Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, pp. 16-17. Las cursivas son nuestras.

¹⁷³ Jorge Semprún, *L'écriture ou la vie*, pp. 14-15. Las cursivas son nuestras.

¹⁷⁴ Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, pp. 17-18. Las cursivas son nuestras.

- L'odeur de chair brûlée, c'est ça !

Ils sursautent, se regardent entre eux. Dans un malaise quasiment palpable. Une sorte de hoquet, de haut-le-cœur.

« Étrange odeur », a écrit Léon Blum.

Déporté en avril 1943, avec George Mandel, Blum a vécu deux ans à Buchenwald. Mais il était enfermé en dehors de l'enceinte proprement dite du camp : au-delà de la barrière de barbelés électrifiés, dans une villa du quartier des officiers S.S. Il n'en sortait jamais, personne n'y pénétrait que les soldats de garde (...)

C'est la rigueur de cette clôture qui explique son ignorance. Léon Blum ne savait même pas où il se trouvait, dans quelle région de l'Allemagne il avait été déporté. Il a vécu deux ans dans une villa du quartier des casernes S.S. de Buchenwald en ignorant tout de l'existence du camp de concentration, si proche pourtant.

« Le premier indice que nous en avons surpris, a-t-il écrit au retour, est l'étrange odeur qui nous parvenait souvent le soir, par les fenêtres ouvertes, et qui nous obsédait la nuit toute entière quand le vent continuait à souffler dans la même direction : c'était l'odeur des fous crématoires ».

On peut imaginer Léon Blum, ces soirs-là. De printemps, probablement : fenêtres ouvertes sur la douceur du printemps revenu, les effluves de la nature. Moments de nostalgie, de vague à l'âme, dans la déchirante incertitude du renouveau. *Et soudain, portée par le vent, l'étrange odeur. Douceâtre, insinuante, avec des relents âcres, proprement écoeurants. L'odeur insolite, qui s'avérerait être celle du four crématoire.*¹⁷⁵

Volvamos, pues, a nuestra novela. De pie frente a los uniformados, el joven deportado ruso —que como ya hemos visto, es un *alter ego* de Semprún¹⁷⁶— se limita a señalar los rastros de ese real que no puede decir puesto que constituye lo esencial de su experiencia de la muerte, y lo esencial no es una esencia sino un agujero, un vacío de significación. Por lo tanto, el decir que le sale en el momento, breve y retorcido, está salpicado de risitas, de palabras repetidas, de escansiones que presentifican ese real que, como en una psicosis, lo ha colonizado. “Nunca más...”, murmura queriendo concluir pero dejando abierto el enunciado, ignorando que su voz (“monocorde y brutal”) y su mirada (“ida o apagada, muerta, borrada, obnubilada por visiones atroces”¹⁷⁷) dicen más de lo que sus palabras pueden decir.

Y es que, si la función de esos “objetos” del cuerpo que son la mirada y la voz es la de *causar* el deseo —razón por la cual Lacan los estatuye como objetos pulsionales, especies del *objeto a*¹⁷⁸—, en este caso, el deseo que pudiera haber surgido como empatía, por ejemplo, e incluso como

¹⁷⁵ Jorge Semprun, *L'écriture ou la vie*, pp. 15-16.

¹⁷⁶ Muchos años después, al contar sobre el proceso de escritura de *Netchaiev ha vuelto*, Semprún confirma este desdoblamiento: “Alcé la mirada y contemplé el extenso parque privado que había enfrente de mí, desierto a aquella hora de la mañana, bajo un cielo de abril ligeramente nuboso. *En ese momento, comprendí que había desentrañado las triquiñuelas del inconsciente literario. Había adivinado con quién iba a encontrarse Roger Marroux en la entrada de Buchenwald: conmigo mismo.* El recuerdo real de los tres oficiales de una misión aliada que iba aflorando por detrás de la ficción empezó a perfilarse y a adquirir forma, como las imágenes que emergen en la nebulosa originaria de una fotografía Polaroid”, en *La escritura o la vida*, p. 246.

¹⁷⁷ Nótese cómo el narrador se vale de cinco adjetivos para tratar de dar cuenta del real que se aloja en esa mirada.

¹⁷⁸ El *objeto a* es el objeto que falta al sujeto, y que faltará siempre en tanto que es *causa* de su deseo.

compasión, ha sido trocado por el espanto. Tal es la afectación que el ruso —es decir, Semprún— advierte en la mirada de los uniformados (“es espanto lo que leo en sus ojos”) que proceden del exterior, y que son tan ajenos a la realidad cinematografiable del campo como a lo real indecible que él, no obstante, no puede dejar de señalar compulsivamente, aun con el convencimiento de que, aunque ellos puedan ver, oler y escuchar ese real, no lo comprenderán jamás porque para eso, para comprenderlo, tendrían que haberlo vivido, tendrían que haber quedado “de este lado” de la frontera, invisible pero infranqueable, que separa la realidad de lo real.



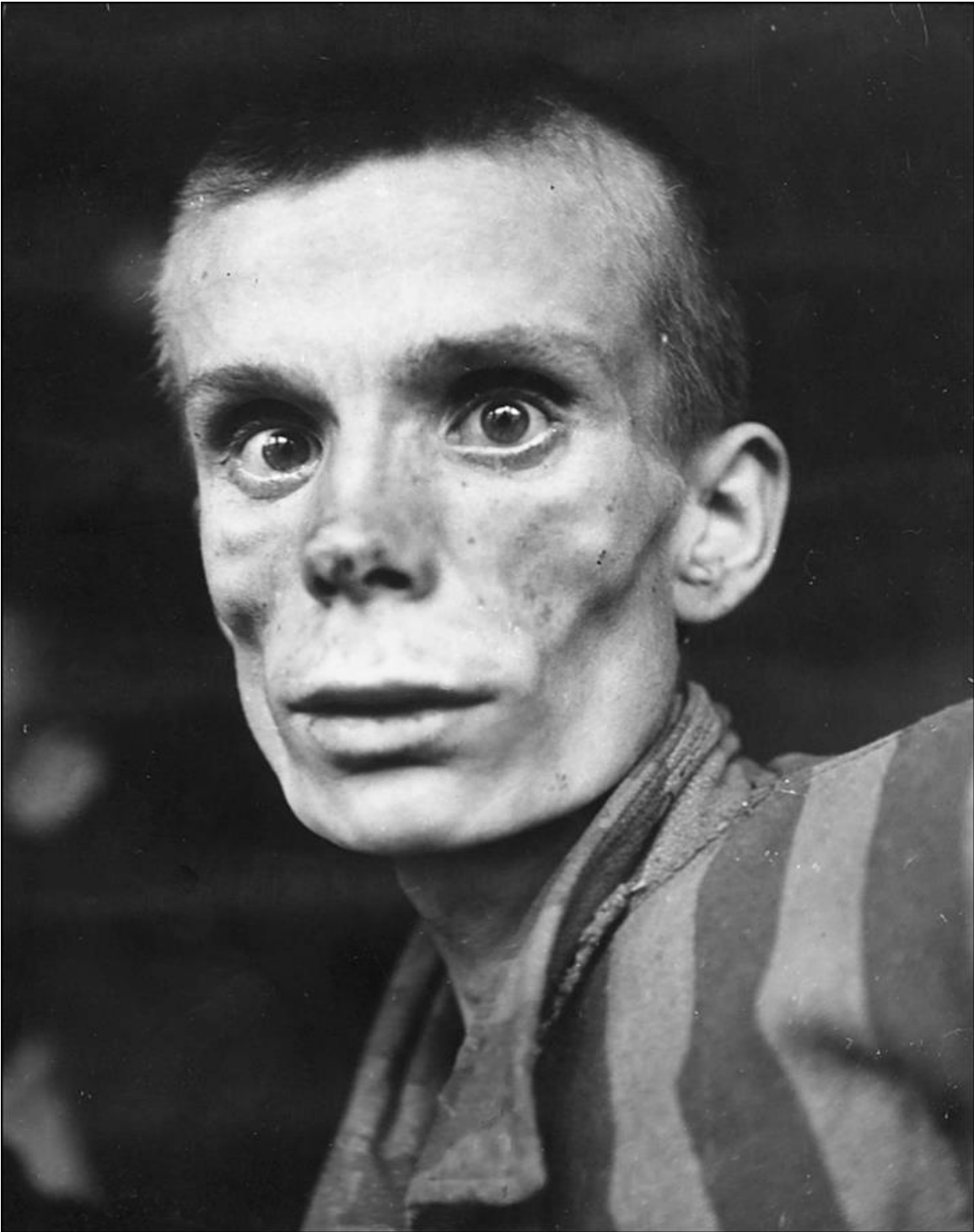
Frontispicio del campo de exterminio de Auschwitz



Reclusos en el campo de concentración de Mathausen



Reclusos en el campo de concentración de Buchenwald



Deportado de Buchenwald

2.3. El reencuentro

Es así que, al final de esa mañana radiante del 12 abril de 1945, tras haber atravesado Europa bajo tempestades de acero y fuego, Roger Marroux encuentra en el interior de uno de los barracones del campo a Michel Laurençon:

Estaba estirado en un camastro del bloque 56, uno de los barracones del “Campo Pequeño” donde se aglomeraban a miles los detenidos que no habían sido incorporados a la máquina productora de Buchenwald, ya por estar en tránsito o en cuarentena, ya por no ser aptos para el trabajo. El 56 era un bloque de inválidos, una especie de moridero maloliente donde la mayoría de sus ocupantes no eran capaces de moverse, infestados de parásitos, descompuestos, víctimas de la disentería. No lo reconoció, desde luego. Le mostraron ese cuerpo martirizado, vestido de harapos; le dijeron que ese miserable montón de huesos y de piel amarillenta pertenecía efectivamente a Michel Laurençon, según certificaba su número de registro. Entonces puso una mano amigable, una mano ligera como la esperanza y la ternura, en el hombro de ese cadáver que aún se movía, roído por el hambre, la fiebre y la descomposición. Murmuró su nombre. Michel abrió los ojos, le reconoció. Nada, nunca, podría borrar el recuerdo del grito de alegría que Michel soltó sin duda con todas sus fuerzas, con toda la energía que dormía en sus entrañas, y que sólo fue un murmullo, un ronco suspiro. Nada, nunca, borraría ese grito susurrado. Michel se echó a llorar silenciosamente, y Marroux se puso a hablarle suavemente al oído, en voz muy baja pero clara.

Le recordó a Michel todas las razones de vivir por las cuales habían arriesgado sus vidas: la libertad recobrada, los cerezos en flor, los compañeros muertos y los compañeros vivos, las lágrimas y las risas de Juliette, que le estaba esperando —él tenía ahora que echarse a un lado: dejar a Juliette, devolverla al amor de Michel, devolverle a él la ternura de las manos de Juliette—; le dijo los nombres de los periódicos nuevos, de los últimos libros: los textos de Camus, la poesía de René Char. Michel le escuchó bebiendo literalmente sus palabras, dejando que fueran regando lentamente su alma, su memoria, su cuerpo, abriéndose a ellas, reavivándose a ojos vistas. Pero se mantuvo callado, limitándose a exhortarle a seguir, con sonidos breves y roncacos, cada vez que Roger Marroux interrumpía su monólogo, cortado en seco por la visión del horror que le rodeaba cuando levantaba la vista sobre los muertos vivientes que yacían en los camastros, mirándole con unos ojos fijos y embotados que le paralizaban.¹⁷⁹

Celui-ci était allongé dans un châlit du block 56, l'un des baraquements du « Petit Camp » où s'entassaient par milliers les détenus qui n'étaient pas incorporés à la machine productive de Buchenwald, soit qu'ils fussent en transit ou quarantaine, soit inaptes au travail. Le 56 était un block d'invalides, une sorte de mouiroir puant, dont la plupart des occupants, incapables de bouger, grouillaient de vermine et se décomposaient, victimes de la dysenterie. Il ne l'avait pas reconnu, certes. On lui avait montré ce corps martyrisé, vêtu de haillons, on lui avait dit que cet as misérable d'os et de peau jaunie était bien Michel Laurençon, son numéro matricule en faisait foi. Alors, il avait posé la main la plus amicale, une main légère comme l'espoir et la tendresse, sur l'épaule de ce cadavre qui bougeait encore, décharné par la faim, les fièvres, la chiasse. Il avait murmuré son prénom. Michel avait ouvert les yeux, l'avait reconnu. Rien, jamais, quoi qu'il arrivât, ne pourrait effacer le souvenir du cri de joie que Michel avait sans doute poussé de toute sa force, toute l'énergie dormant encore dans ses entrailles, et qui ne fut qu'un murmure, une sorte de rauque soupir. Rien, jamais, non, n'effacerait ce cri chuchoté. Michel pleurait maintenant, en silence, et il lui parla à l'oreille, doucement, à voix très basse mais distincte.

Il dit à Michel toutes les raisons de vivre pour lesquelles ils avaient risqué la mort ; la liberté retrouvée, les cerisiers en fleur, les copains morts et les copains vivants, les larmes et les rires de Juliette qui l'attendait — car il lui fallait s'effacer, désormais : abandonner Juliette, la rendre à l'amour de Michel, rendre à celui-ci la douceur des mains de Juliette — il lui dit les noms des nouveaux journaux, des derniers livres : les proses de Camus, les

¹⁷⁹ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 32-33.

poèmes de René Char. Michel l'avait écouté, buvant ses paroles, littéralement, les laissant irriguer lentement son âme, sa mémoire, son corps, s'ouvrant à elles, s'en ravivant à vue d'œil. Mais il avait gardé le silence, se bornant à quelque rauque et brève injonction à poursuivre, chaque fois que le monologue de Roger Marroux s'était interrompu, coupé net par la vision de l'horreur environnante, lorsqu'il levait le regard sur les morts-vivants allongés dans les châlits et dont les yeux le fixaient avec une sorte d'hébétude paralysante.¹⁸⁰

Las palabras de Marroux tienen el efecto del agua cristalina, o mejor aún, el de un bálsamo que se vierte sobre “el alma, la memoria y el cuerpo”¹⁸¹ de Laurençon, quien para entonces ya es sólo un “miserable montón de huesos recubiertos de piel amarillenta”, pero que, no obstante serlo, todavía es capaz de responder al llamado de su nombre. Pero, ¿qué palabras son ésas que consiguen distraerlo de la penuria?; ¿que le dibujan un panorama en el que las felicidades del pasado y del porvenir se confunden, o mejor dicho, se articulan por encima de los horrores del presente?; o para decirlo en nuestros términos, ¿que consiguen arrancarlo de lo real por la vía de lo imaginario y de lo simbólico?

Esas palabras, que Roger susurra suavemente en el oído de Michel, son la *libertad recobrada* por los ejércitos aliados; *los cerezos en flor* de las calles parisinas; *los compañeros muertos y los compañeros vivos* del maquis al que ambos pertenecían; *los nombres de los periódicos nuevos*, surgidos o reeditados tras la Liberación¹⁸²; *los títulos de los últimos libros* de Camus, de Char y de Sartre¹⁸³ (al oír estos nombres, Michel evoca los rostros que les corresponden: rebelde, el del novelista; hermético, el del poeta; estrábico, el del filósofo; y esos rostros le son familiares de una manera lejana, antigua, porque, en efecto, ha pasado una vida —es decir, una muerte que ha durado catorce meses— entre el que era antes y el que es ahora); y por supuesto, *Juliette*, la palabra que faltaba, el nombre de la mujer que supo infiltrarse entre ellos para torcer sus destinos (*Blainville* es el apellido de Juliette y también el nombre de la calle, *Rue Blainville*, donde estaba el refugio en el que capturaron a Michel: “qué casualidad”), aunque, a decir verdad, sin que ellos pudieran saberlo, sus destinos ya estaban torcidos desde antes, desde siempre, por la sencilla razón de que no hay destinos

¹⁸⁰ *Netchaïev est de retour*, pp. 36-37.

¹⁸¹ La enumeración remite, respectivamente, a “lo simbólico, lo imaginario y lo real” de la subjetividad de Michel Laurençon.

¹⁸² Entre los cuales los más importantes son *France-Soir*, *Le Parisien libéré*, *Le Figaro* y *Le Monde*.

¹⁸³ Los tres habían publicado recientemente: Camus, *Le mythe de Sisyphe* (1942) y *Lettres à un ami allemand* (1944); Char, *Seuls demeurent* (1945) (del cual Marroux llevaba un ejemplar, un delgado volumen, en su macuto, cuando cruzó la Alemania vencida tras los carros blindados de Patton), y Sartre, *L'Être et le Néant* (1943).

rectos¹⁸⁴, y porque ellos, que lo habían compartido todo —la vida adolescente, la educación francesa, la admiración apasionada por los autores literarios y filosóficos del momento, los ideales justicieros y estéticos surgidos de sus lecturas, la arriesgada dignidad de la vida clandestina— tenían que compartir también a la mujer que, más tarde o más temprano, habría de aparecer en el horizonte, y esa mujer no es otra que Juliette Blainville (“a quien habían compartido, de hecho, como se comparte el pan, el vino, el porvenir”), y por eso, Roger le recuerda a Michel sus *lágrimas* y sus *risas*, la *ternura* de sus manos —las palabras que vivifican al muerto se tornan femeninas—, y Roger le promete incluso hacerse a un lado para (y esto es lo que *no* le dice) enmendar un entuerto injustificable, para restaurar una suerte de equilibrio, para que él, Roger Marroux, pueda pagar la deuda que viene arrastrando por haberlo sobrevivido y (¿hasta qué punto, realmente?) traicionado.



Albert Camus



René Char



Jean-Paul Sartre

¹⁸⁴ Toda pretendida rectitud, todo supuesto gran destino, al ser producto de una narrativa tan edificante como mentirosa, omite la dimensión de aquello que constituye lo real del sujeto —y que el individuo, el hombre, ignora— aquello que se repite en el silencio de la pulsión; a saber, su rasgo unario, la gramática simple de su goce.



Miembros del MOI-FTP



Portada de "Le Parisien" del 9 de mayo de 1945



París liberada

CAPÍTULO 2. LA FIGURACIÓN

A LA SOMBRA DE PAUL NIZAN

2.1. Las identificaciones

“Eran cinco jóvenes, todos en la edad difícil, entre los veinte y los veinticuatro años; el futuro que les esperaba era turbio como un desierto lleno de espejismos, de trampas y de inmensas soledades.”

Paul Nizan

“Pensábamos que el mundo era nuevo porque nosotros éramos nuevos.”

Jean-Paul Sartre

“La lucha entre generaciones se nos aparecía como la clave de todos los conflictos, el principio explicativo de todos los acontecimientos. Para nosotros ser joven era automáticamente tener talento. Se podrá decir que esta infatuación es de siempre, sin duda. Pero no creo que haya sido llevada nunca tan lejos como con nosotros.”

Émile Michel Cioran

“De pronto comprendí que no fue más que una ilusión haber pensado que cabalgamos nosotros mismos en nuestras propias historias y que dirigimos su marcha. Comprendí que es posible que no sean, en absoluto, nuestras historias; que es más probable que nos sean adjudicadas desde fuera; que no nos caracterizan; que no podemos responder de su extrañísima trayectoria; que nos raptan, dirigidas desde otra parte por fuerzas extrañas.”

Milan Kundera

Vayamos ahora a la vertiente principal de la historia de *Netchaiev ha vuelto*, que, en un nivel figural, no es ya la de los resistentes, sino la de los revolucionarios, y que, en un nivel generacional, no es ya la de los padres, sino la de los hijos. Son estos hijos revolucionarios los *sujetos de la ideología* propiamente dichos puesto que eligen, más o menos libremente (con un monto de ignorancia de los determinantes inconscientes de esa elección), sujetarse al discurso maoísta, primero, y al leninista, después, con el propósito de subvertir la estructura social, el orden hegemónico de los demócratas burgueses (un orden en el que ellos, que pertenecen a la pequeña burguesía estudiantil que abarrota los cursos sobre Marx y Platón, y que, luego del Acontecimiento de Mayo del 68, hará suya la causa del proletariado, no tiene lugar). Pero esa elección, aparentemente

libre (pues en ella participa, ciertamente, la conciencia), de sujetarse al Otro del discurso revolucionario, no está motivada únicamente por la ideología propiamente dicha, es decir, por el sistema de ideas (con las creencias y las promesas que esas ideas comportan) que conforman ese discurso consistente del que hablábamos, ese Nombre del Padre capaz de orientar a un sujeto en la nebulosa geografía de su existencia, constituyendo así una *identificación simbólica* (puesto que se trata de la identificación con el Otro de un discurso); también está motivada por una *identificación imaginaria* (puesto que se trata de la identificación con otros sujetos, pequeños otros) con los personajes novelescos de *La conspiración* (1938) de Paul Nizan, que son cinco jóvenes, como ellos; y en el caso concreto de Daniel Laurençon, con el personaje histórico de Serghéi Netcháiev, autor del *Catecismo del revolucionario* (1869)¹⁸⁵; identificaciones, ambas, la simbólica o *discursiva* y la imaginaria o *figurativa*, que les permitirán, a cada uno, desconocer lo real de su subjetividad, esto es, lo imposible o lo fuera de sentido o la falta de fundamento —la carencia en ser— que los constituye más que cualquier otra cosa y que, por lo mismo, no tiene identificación o representación posible (ni discurso ni figura). Empecemos, pues, analizando esas identificaciones.

2.1.1. El flechazo

La historia de los revolucionarios comienza —en el relato¹⁸⁶, mas no en el inconsciente¹⁸⁷— *en el mismo lugar* en el que, treinta años atrás, comenzara la historia de los resistentes: el apacible patio

¹⁸⁵ Y no es casual que, tanto los personajes de *La conspiración* en la novela, como Serguéi Netchaiev en la realidad histórica, lleven sobre sus espaldas una historia de lealtad y traición.

¹⁸⁶ Desde un punto de vista narratológico se trata, por supuesto, de un comienzo *in media* respuesto que los personajes aparecen en el relato cuando tienen poco menos de veinte años.

¹⁸⁷ Pues el inconsciente es un saber —más bien un no-saber, “un saber que no se sabe a sí mismo” (Lacan)— que está hecho, fundamentalmente, de *deudas y culpas*, y es en esa medida que antecede y anticipa la historia de un sujeto. Decir esto supone que el inconsciente no “comienza” con el sujeto —con su traumática entrada, en tanto que cachorro humano, en el discurso del Otro (la familia)—, sino que —y ésta es una tesis fundamental—: *algo del inconsciente (de ese inconsciente que lo va a sujetar) ya existe antes que él, antes de que el sujeto venga al mundo: está inscrito en la historia del Otro, de esos otros que son los ancestros del sujeto: padres, tíos o abuelos que inexorablemente “pecaron” —es decir, gozaron— en el transcurso de duras existencias de modos muy diversos: o bien cometiendo toda clase de crímenes —incluidos, por supuesto, el parricidio y el incesto de los orígenes (Freud)—, o bien entregándose a toda clase de goces como el engaño, el abandono, el fracaso, la corrupción, la adicción, el juego, la servidumbre, la locura, el odio, el aislamiento, la seducción, el exilio, el rechazo de las raíces... o bien aquellos que ya conocemos: la rebeldía, el sacrificio, la reclusión (aún impuesta), el suicidio. De modo que, si el inconsciente está hecho fundamentalmente de deudas y culpas, es porque —y citaremos aquí a Néstor Braunstein, quien lo ha dicho con todas sus letras—: “los pecados de los padres [es decir los goces, los modos*

benedictino del Lycée Henri IV (en realidad un semillero de insurrectos), y *del mismo modo*: con el flechazo de la amistad masculina.¹⁸⁸

Fue en septiembre de 1967, durante los primeros días del año escolar, quizás el primer día. Elie Silberberg provenía de un liceo del sur de París. Daniel Laurençon había cursado todos sus estudios en el liceo Henri IV. Daniel estaba apoyado contra un muro, tomando el sol durante la primera hora de patio, leyendo un libro, ajeno al bullicio que le rodeaba. Con el corazón palpitante, Elie descifró el título: *La conspiración*. Entonces, con la voz firme del actor que se sabe el papel, que se identifica de lleno con él¹⁸⁹, recitó la primera frase de la novela de Nizan. Era uno de sus libros preferidos.

—“En realidad, esta revista podría llamarse *La Guerra Civil*.”

Daniel Laurençon levantó la vista sorprendido, sonriendo.

—“¿Por qué no?”—respondió, retomando el texto de Laforgue en la novela. —“No es mal título y expresa bien lo que queremos decir. ¿Estás seguro de que no lo ha cogido nadie antes?”

Después, juntos, con voz clara y potente se pusieron a declamar la frase que seguía en el texto: “¡La guerra civil es una idea que debe ser del dominio público. No necesita depósito legal!”.

Rieron con complicidad.¹⁹⁰

C'était en septembre de 1967, l'un des premiers jours de l'année scolaire, peut-être le tout premier. Élie Silberberg venait d'un lycée du sud de Paris. Daniel Laurençon avait fait toutes ses études à Henri-IV. Il était adossé à un mur, au soleil de cette première récréation, et il lisait un livre, indifférent au brouhaha alentour. Avec un battement de cœur, Élie en déchiffra le titre, *La Conspiration*. Alors, de la voix assurée d'un acteur qui connaît son rôle, qu'il s'identifie totalement, il récita la première phrase du roman de Nizan. C'était l'un des livres préférés.

— « En somme, cette revue pourrait s'appeler *La Guerre civile*. » Daniel Laurençon avait levé les yeux. Surpris, souriant aussitôt.

— « Pourquoi non, répondit-il, reprenant le texte de Laforgue dans le roman. C'en est pas un mauvais titre et il dit bien ce que nous voulons dire. Tu es sûr qu'il n'est pas pris ? » Ensuite, ensemble, d'une voix claire, claironnante même, ils avaient déclamé la phrase suivante du texte : « La guerre civile est une idée qui doit être dans le domaine public, ça ne se dépose pas ! ».

Ils avaient ri, complices.¹⁹¹

singulares de gozar con los que soportaron sus existencias]se cargan a la cuenta del hijo desde antes, y se pagan por siempre después [...] el ser humano nace culpable (*born guilty*)” (en *Por el camino de Freud*, México, Siglo XXI, 2001, pp. 41-42); —y a Marta Gerez Ambertín—: “la culpa primordial es la de ser hijo [...] ella, la culpa, es condición misma de estructura, es constituyente del sujeto” (en *Las voces del superyó*, Buenos Aires, Letra Viva, 2007, p. 105). Dicho todo esto, podemos empezar a formular la pregunta por el destino de Daniel Laurençon en tanto que *hijo de eso (fils de ça)*, es decir, del goce de tres, a la vez que del infierno (Buchenwald); un hijo, en todo caso, engendrado por un padre (Michel Laurençon) que ya había muerto, un “retornado” (*revenant*), o más bien un “aparecido” en la vida que, *sin saberlo*—ahí el inconsciente— le cargó a su cuenta las deudas y las culpas nacidas de los pecados que conformaron la secuencia de su destino: su rebeldía griega (Antígona) su sacrificio por el Otro (la Patria), su experiencia de la muerte (el *Lager*), y finalmente su suicidio, goce último, pecado mortal. Tal es la deuda/culpa que Daniel Laurençon, quiéralo o no, tendrá que pagar.

¹⁸⁸ Es imposible no mencionar —Semprún, por supuesto, lo sabía— que cincuenta años antes, un día de 1917, Paul Nizan y Jean-Paul Sartre, alumnos del liceo que muchos años después se convertirían en los escritores insurrectos que conocemos, tuvieron en ese mismo patio su respectivo flechazo.

¹⁸⁹ Esta frase parece abonar nuestra tesis sobre la identificación como mecanismo de falsa subjetivación —una alienación, un alojamiento en la imagen del yo del otro— y anticipa el de la ulterior *figuración*.

¹⁹⁰ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 16-17. Las cursivas son nuestras.

¹⁹¹ *Netchaiev est de retour*, pp. 15-16. Las cursivas son nuestras.



Frontispicio del Lycée Henri IV



Patio benedictino del Lycée Henri IV



Paul Nizan



Alumnos del Lycée Henri IV, hacia 1918. Entre los que están sentados, figuran Paul Nizan y Jean-Paul Sartre

Es el narrador quien emplea la metáfora del flechazo (*coup de foudre*) para iluminar el componente de deseo —de sensualidad, incluso— que puede haber en la amistad masculina...

¿Puede hablarse de flechazo cuando se habla de amistad masculina? Debería poderse. No habría que reservar esta expresión al encuentro de un hombre con una mujer, con lo que eso conlleva de sensualidad, de deseo. Además, ¿no hay acaso sensualidad, en cierto modo, si bien depurada, trascendida, en la amistad masculina? ¿Es posible imaginar una amistad viril duradera, atravesando las tormentas de la vida, sin un ingrediente carnal? En cualquier caso, es lícito hablar de flechazo para evocar la amistad que se forjó ese día entre Elie Silberberg y Daniel Laurençon.¹⁹²

Peut-on parler de *coup de foudre*, quand on parle d'amitié masculine ? Il faudrait pouvoir. Il ne faudrait pas réserver cette expression à la rencontre d'un homme et d'une femme, avec ce que cela peut comporter de sensualité, de désir. D'ailleurs, n'y aurait-il pas de sensualité, d'une certaine façon, même épurée, transcendée, dans l'amitié masculine ? Peut-on imaginer une amitié virile durable, traversant les orages de la vie, sans quelque chose de charnel ? En tout cas, on peut raisonnablement parler de coup de foudre pour évoquer l'amitié née ce jour-là entre Élie Silberberg et Daniel Laurençon.¹⁹³

... pero también para marcar el carácter crucial del encuentro, el destino anunciado de esos jóvenes *conspiradores*¹⁹⁴ que se reconocen de inmediato en el espejo de sus afinidades electivas,

Pues no sólo tenían esa afición común por *La conspiración* y algunos libros más, como *La sangre negra*, *Paludes*, *La esperanza*, sino que compartían la misma exigencia violenta, desgarrada, con respecto a las ideas, a las chicas, a la Historia, a sus propias familias.¹⁹⁵

Il n'y avait pas que ce goût commun de *La Conspiration* et de quelques autres livres : *Le Sang noir*, *Paludes*, *L'Espoir*... Bon, on ne va pas en faire l'inventaire complet sur-le-champ ! Il y avait la même exigence violente, déchirée, dans leur rapport aux idées, aux jeunes filles, à l'Histoire, à leur propre famille.¹⁹⁶

¹⁹² *Netchaïev ha vuelto*, p. 17. Las cursivas son nuestras.

¹⁹³ *Netchaïev est de retour*, p. 16. Las cursivas son nuestras.

¹⁹⁴ Hay que subrayar que figura del conspirador es preliminar a la del revolucionario en la medida en que el sujeto que la representa *confabula* contra un amo (recitando pasajes de *La conspiración*, fundando una revista como *La Guerre Civile*; es decir *fabulando* con la ayuda de otros), pero no toma las armas —no formalmente, al menos— para derrocarlo. Una conspiración, como lo indica su etimología, es una respiración conjunta, cara a cara. Mientras que los personajes de Nizan se quedan representando la figura del conspirador, los de Semprún sí van más allá: representan la figura del revolucionario en tanto que toman parte en organizaciones armadas (en Izquierda Proletaria, de 1968 a 1971, y en Vanguardia Proletaria, de 1971 a 1974).

¹⁹⁵ *Netchaïev ha vuelto*, p. 17.

¹⁹⁶ *Netchaïev est de retour*, pp. 16-17.

2.1.2. Las prehistorias

Pero, más importante aún, ellos se reconocen en el espejo de sus prehistorias, pues si bien con algunas diferencias importantes—Elie Silberberg es inocultablemente judío—, los dos son hijos tanto de la *Résistance* como del *Lager*:

La madre de Elie, Carola Blumstein, regresó a los veinte años de Auschwitz, en 1945, única sobreviviente de una familia exterminada. Dos años más tarde se casó con otro joven sobreviviente, David Silberberg. Pero David no había sobrevivido al *Lager* sino a la Resistencia misma: formó parte de los grupos de combate del MOI-FTP, en París, y fue uno de los pocos que pudieron escapar a las ejecuciones. Era comunista y—como se diría más adelante, transformando un adjetivo antaño enorgullecedor como un título de gloria, en signo de oprobio—un estalinista convencido. No se desdijo jamás, ni cuando la oleada de antisemitismo que recorrió el movimiento comunista en los años cincuenta a partir del cambio estratégico de la URSS respecto al problema de Israel, ni cuando las revelaciones del XX Congreso y las revoluciones populares de Hungría y de Polonia.

David Silberberg permaneció tercamente bloqueado, *anclado en la fe de su juventud*, sin admitir ni la más mínima revisión, siquiera parcial, cada vez más aislado, solo, monolítico en un mundo de incertidumbres, hasta el punto de romper su matrimonio por intransigencia doctrinaria.¹⁹⁷

La mère d'Élie, Carola Blumstein, était revenue d'Auschwitz en 1945, à vingt ans, seule survivante d'une famille exterminée. Elle avait épousé deux ans plus tard David Silberberg, jeune survivant lui aussi. Mais c'est à la Résistance que David avait survécu, l'un des rares rescapés des groupes de combat de la M.O.I.-F.T.P. à Paris. Il était communiste et – comme on dirait plus tard, transformant en signe d'opprobre un qualificatif qui avait fièrement sonné naguère comme un titre de gloire – stalinien convaincu. Rien ne l'en fit démentir, ni l'antisémitisme déferlant dans les années cinquante sur le mouvement communiste, à partir du virage stratégique de l'U.R.S.S. dans la question d'Israël ; ni les révélations du XXe Congrès et les révolutions populaires de Hongrie et de Pologne.

David Silberberg resta buté, bloqué, *figé dans la foi de sa jeunesse*, n'admettant aucune remise en cause, même partielle, de plus en plus seul de son espèce, monolithique dans un monde d'incertitudes. Au point de briser son ménage par son intransigence doctrinale.¹⁹⁸

En cuanto a Daniel Laurençon, no en vano hemos dedicado un capítulo a estudiar el hito de su prehistoria, que es la muerte de su padre en las peculiares circunstancias en las que ocurrió, y que el narrador sempruniano, tan afecto a las reiteraciones¹⁹⁹, resume así en otro momento del relato:

¹⁹⁷ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 17-18. Las cursivas son nuestras. Una intransigencia doctrinaria que, muchos años (y muchas páginas) después, hará decir a Elie Silberberg: “Toda mi infancia, echada a perder por culpa de esas peleas”, p. 216.

¹⁹⁸ *Netchaïev est de retour*, p. 17. Las cursivas son nuestras.

¹⁹⁹ Referir varias veces—en resúmenes y/o escenas— un mismo acontecimiento a lo largo del relato, es un vicio conocido del narrador sempruniano. Se trata de una *re-iteración* estilística que nosotros queremos leer menos narratológicamente que psicoanalíticamente, esto es, como un retorno incesante a lo que *hace agujero*: el acontecimiento traumático (real) que exige ser simbolizado e imaginizado, es decir, narrado, convertido en ficción.

Hijo póstumo de un resistente fallecido en 1948 a consecuencia de su deportación, Daniel tenía dos años cuando el mejor amigo de su padre, su compañero desde los años de estudiante en el liceo Henri IV, ocupó el lugar de aquél. Este hombre no sólo había sobrevivido a la Resistencia, en la que había militado dentro del mismo grupo que su padre, Michel Laurençon, sino que también pasó a ocupar el sitio de éste en el lecho aún caliente de su mujer ¿No había con esto, acaso, suficiente para traumatizar hasta el angustioso silencio de una censura íntima, implacable y llena de odio —y por qué no, quizá también de vergüenza— a un adolescente sensible como Daniel?²⁰⁰

Fils posthume d'un résistant mort en 1948 des suites de la déportation, Daniel avait vu occuper la place du père par le meilleur ami de celui-ci, son compagnon depuis les années d'études à Henri-IV. Non seulement cet homme avait glorieusement survécu à la Résistance qu'il avait faite dans le même réseau que Michel Laurençon, mais encore avait-il pris la place toute chaude de ce dernier dans le lit de sa femme. N'y aurait-il pas là de quoi traumatiser jusqu'au silence angoissé d'une censure intime, implacable et haineuse —honteuse aussi, qui sait?— un adolescent sensible comme l'était Daniel?²⁰¹

Pero enseguida, y como para resarcirse de ellas, añade un dato revelador sobre Daniel, algo que toca tanto a su prehistoria como a su historia propiamente dicha, y es el *odio* que siente por el hombre que vino a ocupar el lugar de su padre:

De modo que, a través de este personaje desconocido, probablemente idealizado [Michel Laurençon], Daniel mantenía una relación apasionada, contradictoria, dolorosa con la historia de esa época. *Parecía sentir un odio visceral hacia el segundo marido de su madre [Roger Marroux], antiguo compañero de estudios y de la Resistencia de su propio padre. Pero se negaba a hablar de ello, a razonarlo: era un sentimiento tajante y no formulado. Quizás informable.*²⁰²

C'est à travers la figure de cet inconnu, sans doute idéalisée, que Daniel avait un rapport passionnel, contradictoire, douloureux, avec l'histoire de cette époque. *Il semblait vouer une haine affreuse au deuxième mari de sa mère, qui avait été un camarade d'études et de résistance de son propre père. Mais il refusait d'en parler, de s'en expliquer : c'était un sentiment à la fois tranchant et informulé. Peut-être informable.*²⁰³

Un sentimiento que muy pronto pasó a ser el término fundamental de su ecuación subjetiva —edípica y hamletiana—, y que, en el nivel del inconsciente²⁰⁴, trazará, como veremos en el

²⁰⁰ *Netchaïev ha vuelto*, p. 49.

²⁰¹ *Netchaïev est de retour*, p. 32.

²⁰² *Netchaïev ha vuelto*, p. 17. Las cursivas son nuestras.

²⁰³ *Netchaïev est de retour*, pp. 17-18. Las cursivas son nuestras.

²⁰⁴ Conviene aclarar que estamos hablando del "inconsciente simbólico", que no es otro que el de Freud y el de todos (sí, todos) sus continuadores; también es el del Lacan de los primeros tiempos: un inconsciente hecho, como ya dijimos, de deudas y culpas; también de odio y amor (Klein), que incluye la sexualidad toda y —sólo en Lacan— el lenguaje, es decir, todas las palabras que lo producen ("el inconsciente es el discurso [pero también el acto] del Otro". Este inconsciente es el preferido de los psicoanalistas porque es el que puede ser *descifrado* (interpretado) a partir de sus formaciones: sueños, lapsus, chistes y síntomas, a diferencia del "inconsciente real" que Lacan postuló en su última enseñanza, y que es un inconsciente que está más acá de las representaciones, más acá del lenguaje, por fuera del registro de lo imaginario y de lo simbólico, de cara a la Cosa. De ahí que este inconsciente rechace su interpretación en favor del silencio y la escansión

capítulo siguiente, el círculo de su destino. Pero por ahora lo importante es señalar que entre Elie y Daniel se produce una identificación imaginaria —de sujeto a sujeto y ya no de sujeto a personaje novelesco— que hace que uno parezca el reflejo del otro, pero lo que ellos ignoran es que esta semejanza es apenas un espejismo, el primero de ellos en ese desierto lleno de trampas y de inmensas soledades que es el futuro.

2.1.3. Los tres mosqueteros y una mujer

En septiembre de 1968 —un año después del episodio del flechazo— Elie Silberberg y Daniel Laurençon aprueban brillantemente el examen de ingreso a la École Normale Supérieure y se van a vivir a una habitación en la Rue d'Ulm, en las inmediaciones de la escuela. En uno de los cursos sobre marxismo conocen a Marc Liliental, un joven judío perteneciente a una familia de comerciantes, quien, ya desde entonces, se hace llamar “*Laloy*”²⁰⁵. Y un poco antes, en mayo, durante una asamblea estudiantil, han conocido a Julien Serguet, un muchacho del sur que ha llegado a París para matricularse en la École Nationale d'Administration.

De modo que, para el invierno de ese año [1968], los cuatro se habían hecho inseparables. Elie, Daniel y Marc vivían en la Rue d'Ulm, y Julien, por su parte, alquiló una habitación en la Rue Lhomond, en casa de unos profesores jubilados, pero se pasaba la vida en los cuarteles de sus amigos, en la Normal Superior. *Como eran cuatro y siempre estaban juntos, les llamaban los tres mosqueteros. O, más brevemente, la troïka*. Aunque esta denominación quedaba reservada para las asambleas de los movimientos izquierdistas surgidos en mayo del 68. Siempre se concertaban para intervenir tanto en los seminarios sobre Marx y sobre Platón²⁰⁶ como en las reuniones políticas. Y lo hacían con la misma erudición y con la misma causticidad. Desgraciadamente, también con el mismo absolutismo.²⁰⁷

Bientôt, ils devinrent inséparables. L'hiver d'après, Elie, Daniel et Marc vivaient rue d'Ulm, à l'École, et Julien Serguet, pour sa part, louait une chambre rue Lhomond, chez des profs à la retraite. Mais il passait son temps dans les turnes de ses copains, à Normale Sup. *Comme ils étaient quatre, et toujours ensemble, on les appelait les trois mousquetaires. Ou la troïka, plus brièvement*. Mais cette dernière appellation de groupe était réservée aux assemblées des mouvements gauchistes issus de Mai 68. Ils intervenaient de concert aussi bien dans les

(corte) para llevar al sujeto al borde del agujero (de lo real) y hacerle ver la ficción en la que vive, la figura que representa para el Otro que gobierna su destino sin que él lo sepa. Es importante decir que un inconsciente no excluye al otro; el *sujeto* del inconsciente simbólico coexiste con el *parlêtre* gozante del inconsciente real.

²⁰⁵ Un apodo cuya homofonía con “La Loi” (La Ley) representa muy bien a Marc Liliental.

²⁰⁶ Es decir, materialismo e idealismo.

²⁰⁷ *Netchaïev ha vuelto*, p. 39. Las cursivas son nuestras.

séminaires sur Marx et sur Platon que dans les réunions politiques. Avec la même érudition, la même pugnacité caustique. Le même goût de l'absolu, hélas aussi!²⁰⁸

Pero, antes de seguir con la historia, es necesario consignar —y no sólo por un afán de justicia expositiva²⁰⁹— las prehistorias de los otros dos mosqueteros. De la de Julien sabemos poco; sólo un par de datos, escuetos pero importantes, sobre su padre:

Robert Serguet *había concluido una larga carrera de profesor de literatura española en la Universidad de Aix-en-Provence*. Durante ese tiempo escribió considerables ensayos en torno a las obras de Baltasar Gracián y de Luis de Góngora, así como una tesis monumental sobre la novela picaresca. *También fue militante del partido comunista, al que se había adherido durante la ocupación nazi. Y ahí siguió, por cierto, incluso después de que sus convicciones, o sus creencias, se hubiesen desvanecido* tras las revelaciones de Kruschew y los sucesos de Polonia y Hungría en 1956. De hecho, no abandonó el partido hasta 1968, cuando la invasión de Checoslovaquia.²¹⁰

Robert Serguet *avait fini à l'Université d'Aix-en-Provence une longue carrière de professeur de littérature espagnole*. Pendant ce temps il avait écrit d'essais faisant autorité sur l'œuvre de Baltasar Gracián et de Luis de Góngora, ainsi qu' une thèse monumentale sur le roman picaresque. *Il avait aussi été militant du parti communiste, auquel il avait adhéré pendant l'occupation nazie. Il y était resté, d'ailleurs, bien après que ses convictions, ou ses croyances, se fussent évanouies*, à la suite des révélations de Khrouchtchev et des événements de Pologne et de Hongrie, en 1956. De fait, il n'avait abandonné le parti qu'en 1968, lors de l'invasion de la Tchécoslovaquie.²¹¹

Sobre el padre de Marc, en cambio, no sabemos nada²¹², pero el narrador, en su caprichosa omnisciencia, nos revela la difícil relación que “Laloy” mantiene con su familia en general, con su identidad judía:

²⁰⁸ *Netchaïev est de retour*, p. 43.

²⁰⁹ Sinotambién para remarcar que la prehistoria de un sujeto —parece una perogrullada pero no lo es— determina su historia, en buena medida. Parece una obviedad, pero no lo es tanto, pues es el Otro ancestral el que cifra, con sus significantes, el inconsciente del sujeto, no sólo en su primario proceso de constitución, sino también sus ulteriores procesos de figuración y transfiguración en el campo del Otro. Y hemos dicho que estos procesos son tentativas de existencia, esfuerzos del sujeto por trascender su vacuidad y su soledad fundamentales, haciéndose un lugar en lo simbólico; pero también como formas de pagar las deudas y las culpas heredadas por el padre. No es casual, entonces, que las prehistorias de Daniel, Elie y Julien tengan el acento puesto sobre la figura del padre.

²¹⁰ *Netchaïev ha vuelto*, p. 39. Las cursivas son nuestras. No podemos dejar de señalar la afinidad ideológica entre el padre de Julien, Robert Serguet, y el padre de Elie, David Silberberg, hombres que pertenecen a una época distinta, sujetos de un Otro ideológico —el comunismo estalinista—, cuyo discurso les ofrece el ardor de la militancia política al mismo tiempo que el remanso de la fe. Dos goces (fálcos, es decir, completos, llenos de sentido) a los que es muy difícil, si no imposible, renunciar. Dos goces con los que se puede sostener una existencia. Eso justifica que R. Serguet haya continuado en el PCF “incluso después de que sus convicciones, o sus creencias, se hubiesen desvanecido”, y que D. Silberberg haya quedado “tercamente bloqueado, anclado en la fe de su juventud”.

²¹¹ *Netchaïev est de retour*, p. 45. Las cursivas son nuestras.

²¹² Y no es una casualidad ni una omisión deliberada del narrador, pues Marc Liliental es el menos edípico de los tres mosqueteros, el único que no está en *posición de hijo*, pues, tal como veremos en lo sucesivo, él es ya su propio padre, aquel que impone su propia ley, *Laloy*.

*Hijo de pequeños comerciantes de la Rue du Roi-de-Sicile, Marc Lilliental trataba de romper, por la vía de la utopía planetaria de la revolución, con un pasado judío que se le antojaba estrecho y agobiante en la medida en que dilapidaba en un rosario de pequeños dramas familiares y de sombrías lamentaciones la herencia del gran desastre histórico de la Shoa. Él, un desarraigado que rechazaba, que aborrecía, incluso, sus únicas raíces posibles, acabó por desprenderse de ese recuerdo para no tener que encontrar en él un sentido.*²¹³

*Fils de petits commerçants de la rue du Roi-de-Sicile, Marc Lilliental essayait de rompre par les voies de l'utopie planétaire de la révolution avec une mémoire juive qui lui semblait étriquée, étouffante, parce qu'elle dilapidait – pensait-il, déraciné, mais refusant, abhorrant même, ses seules racines possibles – en piécettes de petits malheurs familiaux, de moroses lamentations, l'héritage du grand désastre historique de la Shoah. Il finit par en chasser le souvenir, pour ne pas avoir à en dégager du sens.*²¹⁴

Hecho el repaso de las prehistorias —fundamental para el sesgo genealógico que exige esta parte de nuestro análisis, pues nuestra novela, además de ser una novela ideológica y una novela policial, es también *una novela de padres e hijos*—, podemos volver a la historia que estábamos reseñando, la de los amigos inseparables, la de los tres mosqueteros que en el invierno de 1968 se divierten seduciendo, “con sus concertadas y brillantes intervenciones”, lo mismo a los estudiantes que abarrotan los seminarios sobre Marx y Platón, que a los assembleístas que discuten el futuro de los movimientos izquierdistas franceses. Pero está claro que no sólo los seducen a ellos, a esos estudiantes aguerridos e ingenuos, burgueses la gran mayoría de ellos, sino también, por supuesto, a ellas, a todas, o a casi todas, las mujeres que encuentran a su paso:

Elas quedaban prendadas, y a menudo rendidas, por el grupo que juntos constituían, antes de decidirse por alguno, o de verse sometidas a una elección, a un reparto machista, como en las sociedades primitivas. Ellos no eran iguales, sin embargo. No eran en absoluto intercambiables. Pero la suma de sus encantos físicos e intelectuales provocaba un efecto de multiplicación del que, ocasionalmente, cada uno podía beneficiarse por separado.²¹⁵

Elles tombaient d'abord en arrêt, souvent en pâmoison, devant le groupe qu'ils constituaient, avant de faire un choix. Ou d'être soumises à un choix de leur part : à un partage machiste, en vérité, comme dans les sociétés primitives. Ils n'étaient pas identiques, pourtant. Pas du tout interchangeables. Mais l'addition de leurs charmes physiques et intellectuels provoquait un effet multiplicateur dont chacun pouvait, à l'occasion, bénéficier individuellement.²¹⁶

Y en este punto, es imprescindible observar la breve descripción —se trata del rasgo subjetivo fundamental— que el narrador hace de cada uno de ellos:

²¹³ *Netchaïev ha vuelto*, p. 94. Las cursivas son nuestras.

²¹⁴ *Netchaïev est de retour*, p. 115. Las cursivas son nuestras.

²¹⁵ *Netchaïev ha vuelto*, p. 40.

²¹⁶ *Netchaïev est de retour*, pp. 46-47.

1) Marc Liliental

Marc Liliental, que se hacía llamar *Laloy*, era probablemente el más agudo, el más brillante: su discurso era metódico y riguroso, de una precisión implacable, como un escalpelo. También era el más seductor –o el más seducido por las mujeres–, con sus ojos verdes y su aspecto tenebroso de arcángel negro.²¹⁷

Marc Liliental, qui se faisait appeler Laloy, était probablement le plus aigu, le plus brillant : sa pensée était méthodique et rigoureuse, d'une précision implacable, comme un scalpel chirurgical. Il était aussi le plus séduisant –ou le plus séduit par les femmes – avec ses yeux verts, son allure ténébreuse d'archange noir.²¹⁸

2) Elie Silberberg

Elie Silberberg era, de muy lejos, el más culto de todos: lo había leído todo, en todos los géneros, en todas las lenguas literarias. Era frágil y delgado, de rubios y lacios cabellos cuyos largos mechones le caían sobre la frente, y tenía una mirada conmovedora detrás de sus lentes de miope. Con las chicas, él era el más tímido: o en todo caso, el menos cínico.²¹⁹

Élie Silberberg était sans contestation possible le plus cultivé d'eux tous : il avait tout lu, dans tous les genres et toutes les langues littéraires. Frêle, mince, avec de souples cheveux blonds retombant en longues mèches sur le front, il avait un regard bouleversant derrière ses lunettes de myope. Avec les filles, c'était lui le plus timide : le moins cynique, en tout cas.²²⁰

3) Daniel Laurençon

Daniel Laurençon había heredado de su padre la complexión de vikingo, un cuerpo hecho para el sol y la desnudez: anchas espaldas, caderas estrechas, musculatura flexible. A pesar de su aspecto de deportista ("En los años treinta", decía Claudine Dupuy, una joven desvergonzada cuyos favores compartían entre ellos cuando estaban en la École Normale Supérieure, "Daniel podría haber representado el papel de Pierre-Richard Willm en el cine"), era el más sistemático en el plano de las ideas, el más doctrinario.²²¹

Daniel Laurençon avait hérité de son père une silhouette de Viking, un corps fait pour la nudité et le soleil : large d'épaules, étroit de hanches, aux muscles déliés. D'eux tous, en dépit de son allure sportive (« Dans les années trente, disait Claudine Dupuy, une jeune déleurée dont ils se partageaient à Normale Sup les faveurs, Daniel aurait pu jouer au cinéma les rôles de Pierre-Richard Willm ! »), il était le plus systématique, sur le plan des idées : le plus doctrinaire.²²²

²¹⁷ *Netchaïev ha vuelto*, p. 40.

²¹⁸ *Netchaïev est de retour*, p. 47.

²¹⁹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 40.

²²⁰ *Netchaïev est de retour*, p. 47.

²²¹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 40.

²²² *Netchaïev est de retour*, p. 47.

4) Julien Serguet

En cuanto a Julien Serguet, menos brillante y dotado que sus compañeros, sobresalía en los proyectos a largo plazo: su tenacidad y su capacidad de trabajo eran inagotables: su memoria y su ternura también. En el plano sentimental, a pesar de los esporádicos esfuerzos por parecer tan libertino como Marc o Daniel, se asemejaba más a Elie: creía en el gran amor exclusivo, imposible por definición.²²³

Quant à Julien Serguet, moins éclatant, moins doué que ses copains, il était fait pour le long cours et le long terme: sa ténacité, sa capacité de travail étaient inépuisables; sa mémoire et sa tendresse aussi. Sur le plan sentimental, malgré des efforts sporadiques pour paraître aussi libertin que Marc ou Daniel, il ressemblait plutôt à Elie: il croyait au grand amour exclusif. Impossible, par définition.²²⁴

5) Adriana Sponti

Al final de ese memorable año de 1968, fue él, Julien, quien introdujo en el grupo a Adriana Sponti, a la que había conocido en Aix-en-Provence. Ella era nieta de un comunista italiano refugiado en Francia a finales de los años veinte, un camarada de Giorgio Amendola. Desde que hizo su aparición entre ellos, con su hábito perturbador de andrógina belleza, adolescente con mirada de fuego y espíritu sutil, todos se enamoraron de ella.²²⁵

C'est lui, Julien, à la fin de cette mémorable année 1968, qui introduisit dans leur groupe Adriana Sponti, qu'il avait connue à Aix-en-Provence. Elle était la petite-fille d'un communiste italien réfugié en France à la fin des années vingt, un camarade de Giorgio Amendola. Dès qu'elle apparut parmi eux, avec la splendeur troublante d'une beauté androgyne, adolescente au regard de flamme, à l'esprit subtil, ils en tombèrent amoureux.²²⁶

Como es natural, la entrada de una mujer en el grupo desquicia a los hombres, los hace rivalizar, introduce entre ellos el temible *heteros*, la alteridad radical, y presentifica el objeto que (les) falta²²⁷ entre tanto despliegue fálico, es decir, entre tantos dogmas demasiado llenos de sentido. Pero ocurre que el respetuoso Elie, quien pretende seducirla recitándole páginas enteras de *La conspiración*, no puede competir con el arrogante Marc, de quien Adriana se deja finalmente conquistar, pues “ella había adivinado que, de los cuatro, era Liliental el que mejor podía hacerle conocer la brutalidad inefable de la pasión, aquello que oscuramente deseaba”. Pero esta pugna entre Marc y Elie no llega, sin embargo, a deshacer su amistad, y siguen yendo todos juntos, los cinco, a los cementerios de París, “lugares privilegiados de encuentro, de paseo, de meditación; sitios tranquilos en el atormentado corazón de la ciudad en los que, además, había muchas

²²³ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 40-41.

²²⁴ *Netchaïev est de retour*, pp. 47-48.

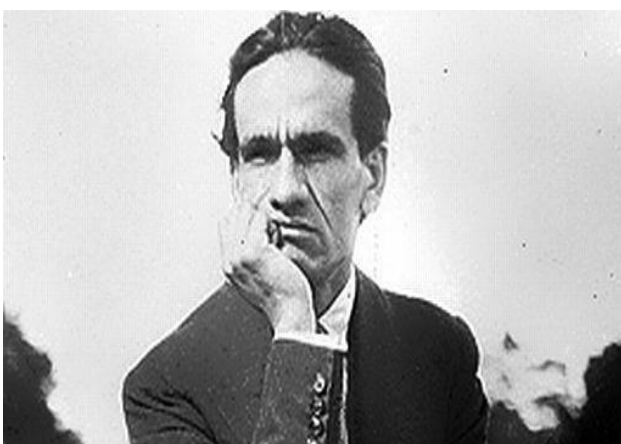
²²⁵ *Netchaïev ha vuelto*, p. 41.

²²⁶ *Netchaïev est de retour*, p. 48.

²²⁷ El objeto a, que es más del orden de lo femenino.

tumbas amigas”. Y en efecto, su favorita, en Montmartre, es la de Henry Beyle, alias Stendhal; en Montparnasse, la de César Vallejo, por quien sienten una predilección quizá sólo comparable a la de Paul Nizan. Y Julien, que es el hispanista del grupo, los conduce con frecuencia hasta allí para decir ritualmente algunos de sus versos en su perfecto español:

Memoriré en París con aguacero
Un día del cual tengo ya el recuerdo



César Vallejo



Henri Beyle, alias Stendhal

2.2. Los revolucionarios

2.2.1. Izquierda Proletaria

Izquierda Proletaria es un pliegue imperceptible en el arenoso desierto de la memoria francesa.

Jean-Claude Milner

2.2.1.1. Un libreto ineludible

Pero, una vez que abandonan sus promisorias carreras para entrar en la vida militante²²⁸—al final de ese mismo año de 1968 se integran a las filas de Izquierda Proletaria—, ya no queda tiempo para ir a recitar versos junto a la tumba de Vallejo; y sin embargo, Elie y Daniel mantienen la costumbre de recitarse entre ellos, como un mantra (y quizá también, más secretamente, como un símbolo de su amistad), las líneas esenciales de *La conspiración*:

Eran cinco jóvenes, todos en la edad difícil, entre veinte y veinticuatro años; el futuro que les esperaba era turbio como un desierto lleno de espejismos, de trampas y de inmensas soledades...²²⁹

C'étaient cinq jeunes gens qui avaient tous le mauvais âge, entre vingt et vingt-quatre ans ; l'avenir qui les attendait était brouillé comme un désert plein de mirages, de pièges et de vastes solitudes...²³⁰

Líneas que, en efecto, hablan de otros personajes, de otra época, pero que ellos, Elie y Daniel, han hecho suyas desde aquel día en que se conocieron en el patio del Liceo Henri IV; y por eso, porque se han apropiado de ellas, es que pretenden seguirlas —vivirlas— con la mayor pasión y fidelidad posibles, como obedeciendo a un libreto ineludible.

²²⁸ El abandono de los estudios universitarios para descender a los infiernos de la vida militante —para usar los vocablos del *Bildungsroman*—, es un tópico de la narrativa sempruniana que tiene su origen en la vida del autor, quien a los veinte años abandonó sus estudios de filosofía en la Sorbona para sumarse a las fuerzas de la Resistencia francesa. Al respecto, ha dicho: “Yo hubiera podido perfectamente haberme quedado en casa a esperar a que pasara la tormenta de la guerra, es decir, hubiera podido proseguir mis estudios de filosofía, y habría terminado, *claro que en contradicción con mis ideas*”, en “La memoria como escritura: Entrevista con Jorge Semprún”, en *Letras Libres*, septiembre de 2003. Las cursivas son nuestras.

²²⁹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 40.

²³⁰ *Netchaïev est de retour*, p. 47.

2.2.1.2. Sumergirse en los ambientes obreros

Y así, a lo largo de tres años (1968-1971) conocen el turbio desierto de la militancia en Izquierda Proletaria, una organización heterogénea —estaba conformada por maoístas, leninistas y anarquistas formados, en su mayor parte, en la Universidad de Nanterre y de la Escuela Normal Superior²³¹— que parece desgarrada por sus propias contradicciones (“era tan libertaria como autoritaria”, dirá después uno de sus miembros, Serge July²³²) y cuya práctica más característica es la de enviar a sus miembros, estudiantes pequeñoburgueses, casi todos, a trabajar como obreros en las fábricas de las periferias de París o de las provincias cercanas, con al menos dos propósitos manifiestos: superar los prejuicios de clase y de condición, y propagar allí el advenimiento inminente de la Revolución. Hay que decir que, de los cinco, sólo Julien Serguet puede cumplir con tan noble misión, y también que, llevado por su infinita capacidad de ternura, por su creencia en el amor exclusivo, contrae matrimonio con una mujer proletaria cuyo apellido es —y no por casualidad— Engels:

En 1969, en plena fiebre populista de aquellos años de plomo y de sueños, Julien Serguet dejó la ENA, renunció a sus pompas y a sus fastos, *y se fue al norte de Francia, durante una larga temporada, para trabajar en los ambientes obreros*. Conoció allí a una joven militante del sindicato textil, Suzanne Engels, con la que se casó. Julien se dejó conmover por el rubio enfermizo de su cabellera, por su torpeza de oprimida, que ella compensaba con un vocabulario de un radicalismo encendido, muy eficaz en las asambleas populares.²³³

En 1969, saisi par la fièvre populiste de ces années de plomb et de rêve, Julien Serguet avait renoncé à l'E.N.A., ses pompes et ses œuvres, *pour aller travailler pendant de longs mois dans le nord de la France, en milieu ouvrier*. Il y avait connu et épousé une jeune militante du syndicat du Textile, Suzanne Engels. Celle-ci avait ému Julien par sa blondeur souffreteuse, sa maladresse d'opprimée, qu'elle compensait par un langage d'un radicalisme flamboyant faisant merveille dans les assemblées populaires.²³⁴

Es interesante el hecho de que este acto extremo de lealtad ideológica, de (com)pasión amorosa, tan propio de Julien, sea tan duramente criticado por su amigo Pierre Quesnoy, él sí de origen obrero, y quien, incapaz de comprender el entusiasmo de Julien, intenta disuadirlo de esa aventura conyugal, que considera una tontería destinada al fracaso:

²³¹ De estos últimos, casi todos habían pertenecido al círculo marxista-leninista tutelado por el filósofo Louis Althusser, el cual, curiosa mente —quizá imperdonablemente— nunca es mencionado en la novela.

²³² Olivier Mongin, “Citizen July et Libération à travers les “trente bouleversantes”, *Esprit*, août/septembre 2006. Serge July dirigió por muchos años la revista *Libération*, heredera de *La Cause du peuple*.

²³³ *Netchaïev ha vuelto*, pp.76-77. Las cursivas son nuestras.

²³⁴ *Netchaïev est de retour*, pp. 45. Las cursivas son nuestras.

“¿Perotela has mirado bien, Julien? ¡Es feota! ¡Y tristonaa! ¡Me juego los huevos a que en la cama es un fiambre! ¡Es el tipo de tía que siempre tiene dolor de cabeza y a la que la regla le dura ocho días! A veces Quesnoy elevaba el tono, intentaba generalizar: “*El sueño de un proletario de verdad, Julien, el único sueño de verdad, fíate de mi vieja experiencia, es salirse de la clase obrera... ¡traicionándola, si es preciso!* Suprimiéndola, individual o colectivamente, promocionándose socialmente, o haciendo la revolución. Y tú, pobre imbécil, no sólo quieres sumergirte en el mundo obrero—con lo que, en el fondo, no arriesgas nada, ya que puedes dar marcha atrás cuando te dé la gana, so canalla—, sino que, además, quieres casarte con la tía más boba que jamás haya producido la clase obrera más embrutecida de Roubaix-Tourcoing. ¡Te costará caro, tío! Serguet, efectivamente, lo pagó muy caro. Tanto más cuanto que no acababa de decidirse a dar el paso de separarse legalmente de su mujer: *el divorcio habría sido, en efecto, una traición, incluso un asesinato.*”²³⁵

« Mais regarde-la, Julien ! Elle est moche, et triste... Jemets ma bite à couper qu'elle est chiante au lit, le genre de fille à migraines, dont les règles durent huit jours ! » Parfois, Quesnoy élevait le débat, essayait de généraliser. « *Le rêve d'un vrai prolo, Julien, disait-il à son copain, le seul vrai rêve, crois-en ma vieille expérience, c'est de quitter la condition ouvrière... En la trahissant, au besoin !* En la suprimant, individuellement ou collectivement, par la promotion sociale ou la révolution. Et toi, pauvre nouille, non seulement tu plonges dans le monde ouvrier —tu ne risques rien, au fond ! Tu peux reprendre tes billes quand tu veux, mon salaud !—, mais en plus tu veux épouser la nana la plus tarée qu'ait produite la classe ouvrière la plus arriérée de Roubaix Tourcoing ! Tu vas le payer cher, mec ! » Serguet l'avait payé cher, en effet. Surtout qu'il ne pouvait pas se résoudre à se séparer légalement de sa femme : *le divorce aurait été une sorte de trahison, d'assassinat.*²³⁶

2.2.1.3. Lealtad y traición

Se plantea, una vez más, una de las cuestiones centrales de la narrativa sempruniana: *la lealtad y la traición*; un problema moral que en Semprún, casi siempre, está ligado a lo ideológico, y en el que sus personajes —quizá tanto como él mismo²³⁷— suelen entraparse; y también un engañoso antagonismo si consideramos que —como ocurre con frecuencia en sus historias— una instancia lleva eventualmente a la otra, estableciéndose entre ellas no una relación de oposición, y tampoco de continuidad, sino de *necesidad*, en el mismo sentido en que la ley necesita su transgresión o la vida necesita la muerte. Cabe preguntarse, entonces, y no por ociosidad, si la lealtad, que une a los semejantes en un vínculo imaginario, no sería el ideal que se disuelve en el goce de la traición, que efectivamente los separa; y sino es la traición lo (¿único?) que realmente le permite a un sujeto separarse de la tribu, es decir, de la red de relaciones especulares que le exigen ser siempre uno y el mismo; o para decirlo de otro modo, lo que realmente le permite romper el código de la identidad para intentar asumir su propia diferencia, en el mejor de los

²³⁵ *Netchaïev ha vuelto*, p. 77. Las cursivas son nuestras.

²³⁶ *Netchaïev est de retour*, p. 92. Las cursivas son nuestras.

²³⁷ No es casual que la biografía más completa sobre Semprún lleve justamente ese título: *Lealtad y traición: Semprún y su siglo*, de Franziska Augstein, Barcelona, Tusquets, 2010.

casos²³⁸, pero también, y quizá en el peor, para intentar adoptar la identidad (el sistema de identificaciones, representaciones y conductas) opuesta a la que se tenía. Y esto tiene que ver, por supuesto, con el sueño declarado de Pierre Quesnoy: salir de la clase obrera (“¡traicionándola, si es preciso!”) para convertirse en burgués; justo lo contrario de lo que ha hecho su amigo Julien Serguet. De ahí su reproche y su mal augurio, que no tarda en cumplirse para sufrimiento de Julien, quien termina traicionando, muy a pesar suyo, a su mujer proletaria.

2.2.1.4. Mayo como Acontecimiento

Es importante citar el pasaje en el que Serguet y Quesnoy se conocen porque en él trasluce el modo en que el narrador —un personaje cuyas opiniones destilan a menudo una especie de moralismo filosofante²³⁹— mira los recientes acontecimientos de Mayo. Veamos:

Julien Serguet conoció a Pierre Quesnoy una noche de mayo de 1968 (se había fijado en él por su bravura), una de esas noches iluminadas por las llamas de los enfrentamientos en las barricadas de la Rue Gay-Lussac, *cuando Quesnoy formaba parte de la plebe de rebeldes y alborotadores que recorrían las agitadas calles de la época poniendo al desnudo su odio hacia cualquier forma de orden social y manifestando una resuelta fascinación por la destrucción... (...)* Desde entonces, este joven proletario había seguido a Julien a todas partes como una sombra, o más aún, como una rémora.²⁴⁰

Quand Julien Serguet l'avait connu, une nuit de mai 1968 illuminée par la flambée des affrontements, rue Gay-Lussac (Serguet le distingue dans la foule pour sa bravoure dans la bagarre), *Pierre Quesnoy faisait partie de la plèbe de révoltés et de casseurs qui écumait les rues chaudes à cette époque, manifestant une haine nue de tout ordre social, un goût définitif de la destruction... (...)* Pierre Quesnoy, jeune prolo, vivait à partir de ce moment dans l'ombre et le sillage de Serguet.²⁴¹

Se trata de algo muy parecido a la visión biempensante y despectiva que sobre Mayo tienen ciertos miembros de la pequeña burguesía intelectual francesa —y no sólo francesa, por

²³⁸ No a otra cosa, por cierto, es a lo que aspira un análisis: hacer caer las identificaciones en las que se sostiene un sujeto, es decir, hacer caer su yo, que es imaginario, su identidad, que es simbólica, para dejarlo “desnudo”, sin Otro, en lo real de su diferencia pulsional para, entonces, “saber arreglárselas” mejor con eso que es su única sustancia posible.

²³⁹ Muy similar, por cierto, al del autor. Y en este punto, no podemos sino discordar de la opinión del crítico Juan Malpartida, para quien “la meditación moral, en Semprún (lector de Kant) trasciende la ideología” (en *Letras Libres*, Enero de 2011), pues Semprún —y esto es lo que nosotros sostenemos— *hace de la moral una ideología*. Una ideología que, con prescindencia absoluta de la negatividad que implica lo pulsional, es decir, de lo real (Semprún no era lector de Freud ni de Lacan), se sostiene positivamente en ideales universales como la libertad, la igualdad o la fraternidad.

²⁴⁰ *Netchaïev ha vuelto*, p. 78. Las cursivas son nuestras.

²⁴¹ *Netchaïev est de retour*, p. 50. Las cursivas son nuestras.

supuesto—; muchos de ellos cambiaron la religión revolucionaria (maoísta o leninista) de sus veinte años por la religión reformista (democrática) de sus cuarenta; trueque ideológico irreprochable, si no fuera porque, una vez consumado, poco repararon en las trampas de la democracia —máquina rotativa que no resuelve la oposición activo/pasivo entre gobernantes y gobernados (Milner); fantasía ideológica que encubre las relaciones de dominación realmente existentes (Žižek)— y tampoco en la mancuerna que ésta hace, consecuentemente, con el capitalismo; un capitalismo que, en muchos casos, terminó por beneficiarlos²⁴². Son ellos quienes olvidan que Mayo y el izquierdismo militante fueron, como dice Jean-Claude Milner, “dos secuencias por completo distintas que se cruzaron en el tiempo y en el espacio (...) pues Mayo del 68 no es el izquierdismo; es incluso lo contrario”²⁴³. Y es que Mayo no fue, como pretenden, “un juego de niños turbulentos y descontrolados”, para usar la famosa expresión del Cardenal de Retz sobre otros insurrectos de la historia de Francia²⁴⁴, y tampoco un desaguisado provocado por “una plebe de rebeldes y alborotadores movidos por el odio y la destrucción”, como simplistamente, incluso higienistamente, dice el narrador sempruniano, intelectual pequeñoburgués él también. Mayo fue lo que, siguiendo a Slavoj Žižek, podemos llamar un Acontecimiento:

Un Acontecimiento es algo traumático, perturbador, que parece suceder de repente y que interrumpe el curso normal de las cosas [...] Es un cambio, cuando no la franca desintegración del marco a través del cual se nos presenta la realidad, y esto puede ser la caída de un orden político o religioso; la alteración de una inercia o la ruptura de una simetría; un encuentro con la verdad que hará añicos nuestra vida cotidiana; o para decirlo en términos lacanianos: *una irrupción de lo real que desestabiliza, así sea por un momento, el orden simbólico que habitamos*.²⁴⁵

²⁴² Este será el caso de tres de los mosqueteros: Marc Lilliental, Adriana Sponti y Julien Serguet. Veamos una de las descripciones que el narrador hace del primero: “Allí estaba Marc Lilliental, llamado *Laloy*, de cuarenta años recién cumplidos, alto, esbelto, de borrascosa mirada y boca cínica y sensual, ex-revolucionario en vías de levantar un imperio en el mundo de la informática y de los medios de comunicación”, p. 106.

²⁴³ Jean-Claude Milner, *La arrogancia del presente: miradas sobre una década: 1965-1975*, Buenos Aires, Manantial, 2010, pp. 10 y 68.

²⁴⁴ El Cardenal había escrito, refiriéndose a lo que se llamó la *Fronde*, lo siguiente: “El pueblo entró en el santuario: levantó el velo que debe cubrir siempre todo lo que se puede decir, todo lo que se puede creer del derecho de los pueblos y del de los reyes, que nunca concuerdan tanto juntos como en el silencio”, en *Mémoires*, París, Gallimard, “Bibliothèque de la Pléiade”, II parte, p. 20.

²⁴⁵ Slavoj Žižek, *Acontecimiento*, Madrid, Sexto Piso, 2014, p. 16 y ss.

A propósito de Mayo como Acontecimiento, es decir, como irrupción de lo real —un real encarnado en la juventud— en el programa imaginario y simbólico de la democracia²⁴⁶ —régimen que se pretende adulto—, pocas reflexiones son tan interesantes como las de Jean-Claude Milner, él mismo protagonista de Mayo y —sólo a condición de haberlo sido— miembro de Izquierda Proletaria:

El silencio, me decía, había sido roto; el velo, levantado [parafraseando la cita del Cardenal de Retz sobre los insurrectos de la Fronda]. Lo que yo había visto en la Sorbona y en el Odéon, las facultades ocupadas, los trenes detenidos, las fábricas en huelga, el país a la vez paralizado y exaltado, eran los gobernados recorriendo en todas las direcciones los santuarios de los gobernantes, cerrados hasta entonces con dos vueltas de llave; la muchedumbre invadía los atrios, penetraba en las sacristías y desordenaba, sin excesiva violencia, los objetos de culto. Los gobernados descubrían que los gobernantes eran usurpadores por naturaleza, que el arte de gobernar tenía más que ver con los ropajes sacerdotales que con Maquiavelo (...)

El izquierdismo [Izquierda Proletaria y otras organizaciones] intentó después mantener ese momento a su manera. De eso extraía su legitimidad; de ese *aquí y ahora*, de ese meteoro que había sido Mayo, y no sólo de las herencias de 1917 y de la Larga Marcha. En verdad, era preciso invertir la proposición: estas herencias recobraban algún valor porque en cierto modo habían sido confirmadas por Mayo. Mayo encontraba en ellas sus precedentes, pero, como contrapartida, les inyectaba una juventud nueva (...)

Así se explica que la juventud como tal pasara a ser una auténtica categoría política. Sociólogos de toda especie comentaron el fenómeno, aunque sin indicar su causa. La juventud, sí, pero porque concentraba en ella el momento de actividad máxima en la vida del ser hablante (...) Mayo estaba hecho, pues, para la juventud, pero no por obra del azar sino por razones íntegramente políticas: se trataba de deshacer la oposición activo/pasivo que, desde Aristóteles, fundamenta toda la teoría política, y de la cual no está exenta la democracia; se trataba de detener, de hacer estallar, más bien, la rotación estabilizada de la máquina democrática, engendradora de pasividad y aburrimiento²⁴⁷ (...) La cuestión puede resumirse así: ¿cómo y por quién quieren ustedes ser gobernados? Respuesta de Mayo del 68: no queremos ser gobernados por nadie. Queremos ser activos. Entiéndase: puramente activos (...) Mayo quería, en suma, crear una sociedad de amos en la que no hubiera un solo esclavo (...)

Fácil era comprender, entonces, el Gran Susto de los gobernantes; para restaurar una apariencia de acuerdo entre gobernados y gobernantes, entre pasivos y activos, era preciso que volviera a caer el silencio y el velo [nuevamente el Cardenal de Retz]; concentraron todos sus esfuerzos en obtener ese resultado. La operación se efectuó gradualmente; había empezado con la partida de De Gaulle en 1969; Giscard d'Estaing le había dado un nuevo impulso; terminó definitivamente en mayo de 1981, en aquella ceremonia en el Panthéon, en la que Mitterrand asumió su primera presidencia, hizo rendir el Barrio Latino a las fuerzas del orden; en el sitio donde se habían construido las barricadas, en el sitio donde los adoquines habían respondido a las granadas, el nuevo Presidente esperaba restablecer las pompas del poder. Él, que odiaba mayo, rindió el Barrio Latino a los gendarmes bajo las aclamaciones, entre los gobernados, de los mismos que habían vivido Mayo. Reconcilió, dicen, a la generación de Mayo con el sufragio universal; yo diría más bien que volvió a llevarla a la pasividad tranquila de la democracia.²⁴⁸

²⁴⁶ Pues un acontecimiento es precisamente lo que todo programa quiere evitar. O para decirlo de otro modo: es la irrupción de lo real lo que, precisamente, se pretende suprimir mediante lo imaginario y lo simbólico.

²⁴⁷ El mismo aburrimiento que aquejaba, en 1928, a los jóvenes burgueses de *La Conspiración*.

²⁴⁸ J.-C. Milner, *op., cit.*, pp. 44, 45, 54, 55 y 56. Las cursivas son nuestras.

Es así como Milner hace de la actividad —contra la rotación estabilizada de la máquina democrática, engendradora de pasividad y de aburrimiento, y productora legítima (a diferencia de una dictadura) de amos y esclavos²⁴⁹— el principio político fundamental de la revuelta de Mayo, revuelta que vino a confirmar la idea, la necesidad, el deseo inmemoriales de hacer la Revolución. Pero para que esa revuelta singular que fue Mayo se transformara en una Revolución propiamente maoísta o leninista, cuyo enemigo no era otro que el orden capitalista en su conjunto, con la lucha de clases como problema central —problema éste que no atañe, en realidad, a la democracia—, los jóvenes que habían tomado parte en la revuelta de Mayo debieron, o bien unirse a los grupos izquierdistas que ya existían (desde 1965), o bien formar sus propios grupos, como fue el caso de Izquierda Proletaria (creada en 1968). Y para eso, para desprenderse del peyorativo estatus de revoltosos y adquirir la dignidad de revolucionarios, era necesario abandonar ese espíritu libre e iconoclasta —*arrogante* es el vocablo, epifenoménico, que Milner elige para eso— y el cual no reivindicaba, por cierto, ninguna idea trascendental: *sólo la actividad pura de los cuerpos jóvenes aún no insertos en la institucionalidad, contra la pasividad de los cuerpos adultos ya plenamente institucionalizados*, para adoptar, a partir de entonces —pues Mayo, en tanto que irrupción de un real, no podía durar—, el espíritu comprometido y doctrinario que el nuevo programa revolucionario exigía para combatir otro programa, el de la democracia capitalista.

2.2.2. Vanguardia Proletaria

En 1971, desencantados de Izquierda Proletaria, organización que pregonaba la necesidad de hacer la Revolución sin pasar a las armas—su inconsistencia la llevó a autodisolverse ese mismo año, luego de ser prohibida por el gobierno— los mosqueteros fundan Vanguardia Proletaria, “que no era —afirma el narrador— sino el producto de la escisión de la Izquierda que ostentaba el mismo adjetivo carismático”, y que, ella sí, tendría la consistencia suficiente como para levantar, poco a poco, un aparato militar que les permitiera cometer acciones violentas con miras a imponer “la dictadura del proletariado”. Veamos, entonces, una de la escenas más importantes de este período:

²⁴⁹ Y es aquí donde reside el carácter utópico de Mayo, pues una sociedad compuesta solo de amos es imposible.

Era en Bretaña, cerca de Fouesnant, durante el verano del 71. Habían llegado todos juntos, en tren desde París. Les había hecho gracia constatar que el autobús que tenían que coger para ir de la estación de Quimper a Fouesnant era de la empresa de un tal Le Mao. Adriana Sponti llevaba los hombros desnudos. Risueña, proclamó: “¡Una chispa puede incendiar toda la landa!” Y Silberberg añadió que era muy práctico tener un doble a mano, aunque no fuera más que un pálido reflejo del Gran Timonel. *Durante cuatro semanas lo pasaron muy bien. Trabajaron mucho, también. En realidad, a pesar de su buen aspecto y de sus aires desenvueltos, no estaban de vacaciones. Lo suyo era una reunión de trabajo. Habían estudiado la teoría de la violencia revolucionaria y de la guerra de partisanos. Ya entonces, Daniel era el más voluntarioso, el más sistemático. Dos veces por semana habían participado en sesiones de entrenamientos prácticos: manejo de explosivos, tiro real en una cantera de arena abandonada con los Smith & Wesson que les había facilitado el padre de Elie, falsificación de documentos de identidad... Rutina, en suma.*²⁵⁰

C'était en Bretagne, près de Fouesnant, l'été 1971. Ils étaient venus ensemble de Paris, par le train. Ils avaient exulté, en constatant que le car qu'ils allaient prendre pour aller de la gare de Quimper à Fouesnant appartenait à l'entreprise d'un certain Le Mao. Adriana Sponti avait les épaules nues. Elle avait proclamé, enjouée : « Une étincelle peut mettre le feu à toute la lande ! » Et Silberberg avait ajouté que c'était bien pratique d'avoir sous la main un double, et tant pis si ce n'était qu'une pâle copie platonicienne du Grand Timonier ! *Ils avaient beaucoup ri, pendant quatre semaines. Beaucoup travaillé, aussi. En réalité, ce n'étaient pas des vacances, malgré leur allure désinvolte et leur bonne mine. À Fouesnant, c'était surtout une réunion de travail. Ils avaient potassé la théorie de la violence révolutionnaire, de la guerre de partisans. Daniel était déjà le plus acharné, le plus systématique. Deux fois par semaine, ils avaient participé également à des stages pratiques : maniement d'explosifs, tirs réels dans une carrière de sable abandonnée avec les Smith et Wesson que leur avait fourgués le père d'Élie, falsification de documents d'identité. Le train-train, en somme.*²⁵¹

Los hombros desnudos de Adriana, su risa fresca, su proclama incendiaria, ¿qué sería de los mosqueteros sin *ella*, nota disonante e imprescindible, objeto permanente del deseo y de la disputa?; ¿conformarían, sin su presencia, un grupo tan singular y carismático?; ¿no era una mujer, precisamente, lo que faltaba en el cuarteto de conspiradores nizanianos, esos jóvenes modelos suyos ya definitivamente superados en tanto que ellos sí son propiamente militantes, es decir, revolucionarios hechos y derechos que han fundado no una simple revista, sino su propia organización armada? Y lo cierto es que ella se entrega a la militancia en cuerpo y alma, *gozando*, como ellos, del acto de servir a una causa trascendental, la misma a la que, un siglo atrás, se entregara Serghéi Netcháiev, un oscuro personaje ruso que bien pudo haber sido creado por Dostoievski²⁵², cuyos postulados se ponen a recitar todos juntos en el autobús hacia Fouesnant, del mismo modo que antes recitaban los versos de Vallejo en el cementerio de Montparnasse:

²⁵⁰ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 102-103. Las cursivas son nuestras.

²⁵¹ *Netchaiev est de retour*, p. 65. Las cursivas son nuestras.

²⁵² Es por demás sabido que Dostoievski se inspiró en Serghéi Netchaiev para crear a un personaje de *Los demonios*: Piotr Verjovenski.

El revolucionario desprecia la opinión pública; siente desprecio y odio hacia la moral social actual, en todos sus postulados y manifestaciones. Para él, todo lo que favorece el triunfo de la revolución es moral; todo lo que la entorpece es inmoral...²⁵³

Le révolutionnaire méprise l'opinion publique. Il méprise et hait l'actuelle morale sociale, dans toutes ses exigences et toutes ses manifestations. Pour lui, tout ce qui permet le triomphe de la révolution est moral; est immoral tout ce qui l'entrave...²⁵⁴

Y también:

El revolucionario es un hombre perdido. Carece de intereses propios, de causa personal, de sentimientos, de costumbres y de bienes. No tiene ni siquiera un nombre. Todo en él queda absorbido por un interés único y exclusivo, por un único pensamiento, una única pasión: la revolución.²⁵⁵

Le révolutionnaire est un homme perdu. Il n'a pas d'intérêts propres, ni de cause personnelle, ni de sentiments, d'habitudes ni de biens. Il n'a même pas un nom. Tout en lui est absorbé par un intérêt unique et exclusif, par une seule pensée, une seule passion : la révolution.²⁵⁶

¿Es necesario señalar el absolutismo, o para usar un significante más justo, el *fanatismo* de estos postulados (que, en su momento, merecieron el repudio de los mismísimos Marx y Engels, quienes preconizaban la revolución como el único medio legítimo para resolver el problema histórico de la dominación de una clase sobre otra?).²⁵⁷ No, evidentemente. Los postulados del ruso hablan por sí solos, o mejor aún, dicen *todo* lo que tienen que decir (ignorantes de la falta que se juega en relación a ese todo). Más bien, la pregunta que surge es ésta: ¿por qué el narrador sempruniano le da, a Netcháiev y a sus postulados colección de sentencias acrílicas, carentes del más mínimo relieve intelectual, un papel tan importante en el imaginario de los personajes —sobre todo en el de Daniel Laurençon—; ¿por qué si él mismo, el narrador, ha resaltado de una manera tan seductora, tan admirativa, incluso, las cualidades intelectuales de ellos, los personajes que crea a partir de su discurso?. Dicho de otro modo: ¿no resulta un tanto sospechoso (incongruente) que un panfleto ideológico como el catecismo revolucionario de Netcháiev se constituya como uno de los referentes ideológicos fundamentales (el otro es la novela de Nizan) de unos jóvenes que han asistido a los cursos sobre Platón y Marx que Louis

²⁵³ *Netchaiev ha vuelto*, p. 133.

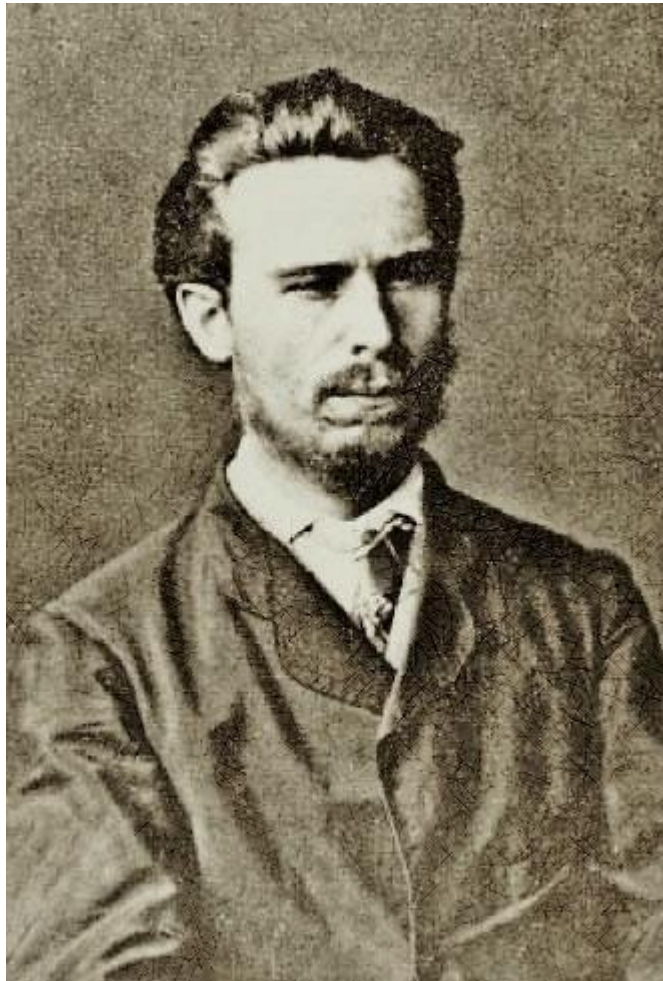
²⁵⁴ *Netchaiev est de retour*, p. 85.

²⁵⁵ *Netchaiev ha vuelto*, p. 145.

²⁵⁶ *Netchaiev est de retour*, p. 94.

²⁵⁷ Las razones de este repudio son desconocidas. Tal vez era que el resentimiento social del ruso, que había nacido en el seno de una familia proletaria, en una ciudad perdida de Rusia, era demasiado explícito; pero, sobre todo, que Netchaiev no tenía ninguna altura intelectual.

Althusser impartía en la École Normale Supérieure; que, antes de convertirse en militantes, pasaban la tardes recitando versos de César Vallejo en el cementerio de Montparnasse; que pertenecen, en suma, a la pequeña burguesía intelectual francesa, una de las más cultas del mundo?: ¿está, pues, el obtuso discurso del nihilista Netcháiev, ciertamente un fanático, a la altura de la inteligencia, de la cultura, del carisma de nuestros personajes? No, de ninguna manera. Pero el narrador sempruniano —y esta es una hipótesis fundamental— ha tenido que construir, para sí mismo y para el otro (el lector), esta *imagen* del revolucionario (imagen manipulada puesto que no todos los revolucionarios que ha habido a lo largo de la Historia han sido tontos o fanáticos) para antagonizar con él —es decir, con ellos, los personajes— con plena justeza, o mejor aún, con plena justicia, desde una supuesta superioridad moral y política que sería la del espíritu democrático (curado hace ya mucho tiempo de esa enfermedad juvenil que es la revolución).



Serghei Genádievitch Netcháiev

CAPÍTULO 3. LA TRAICIÓN AL HIJO

“... empujad a cuatro miembros de vuestro grupo a matar al quinto
so pretexto de delación; a su sangre quedarán atados...”

Fiodor Dostoievski, *Los demonios*

Hay puñales en las sonrisas de los hombres;
cuanto más cercanos son, más sangrientos.

William Shakespeare, *Macbeth*

3.1. ¿Quién traiciona a quién?

Volvamos a los párrafos—cruciales para el devenir de la historia—en los que el narrador resume lo sucedido:

En Vanguardia Proletaria, en 1974, llegaron al convencimiento de que era preciso cambiar radicalmente de estrategia política. La revolución que habían soñado, que habían creído ver madurar en el corazón de la sociedad francesa, distaba de estar próxima. De hecho, no llegaría jamás, por lo menos en la forma en que la habían proyectado, a semejanza de las demás organizaciones extremistas, con ataques frontales bruscos y violentos. Habían analizado mal el significado real del movimiento de mayo del 68, que no anunciaba una revolución de tipo leninista —masas en fusión por razones heterogéneas aunque momentáneamente unidas por una vanguardia forzosamente resuelta, minoritaria y autoritaria—, sino una reforma libertaria del entendimiento político, de las relaciones sociales, de la cultura y de las costumbres en una democracia de masas. En resumidas cuentas, el nombre que le habían puesto a su organización, Vanguardia Proletaria, simbolizaba perfectamente su error de perspectiva. Pues el momento de las vanguardias ya había pasado; y el del proletariado como clase universal, también. En definitiva, ellos mismos señalaban el callejón sin salida donde su empresa se perdía. Había que disolver la organización clandestina, liquidar el aparato militar que habían empezado a levantar para llevar a cabo acciones violentas, volver a encontrar los horizontes abiertos de la sociedad civil, de la democracia política, cuyos valores habían infravalorado tontamente, quizá criminalmente. Estas fueron las conclusiones a las que llegaron en el transcurso de sus discusiones en el año 1974. Pero Daniel Laurençon se opuso a ello violentamente. Decía que tal actitud no era el producto de un análisis objetivo, sino el fruto podrido de su pusilanimidad. Había que seguir el camino trazado, acentuar y acelerar el paso a la lucha armada, despertar a las masas con el ejemplo de una estrategia sin concesiones. Llegados a este punto, Julien Serguet—él era el responsable de las actividades clandestinas dentro del grupo de dirección— reveló los proyectos de Laurençon. Este, junto con un reducido grupo de irreductibles, había preparado una serie de atentados espectaculares, inevitablemente sangrientos, contra servicios de la policía, sociedades capitalistas multinacionales y personalidades del mundo industrial y militar. Evidentemente, estas

acciones terroristas habrían provocado una respuesta implacable de las fuerzas del orden. De golpe, cualquier posibilidad de regreso a la vida civil, de reinserción en las instituciones democráticas les habría quedado cerrada. Se verían abocados a un enfrentamiento, aunque sólo fuera para defenderse de los ataques de la policía. Había que neutralizar a Laurençon.²⁵⁸

En 1974, à l'Avant-Garde prolétarienne, ils étaient arrivés à la conviction qu'il fallait radicalement changer de stratégie politique. La révolution dont ils avaient rêvé, qu'ils avaient cru voir mûrir dans les profondeurs de la société française, n'était pas pour demain. Elle n'aurait même jamais lieu, du moins selon le projet qu'ils avaient conçu, à l'instar des autres organisations extrémistes, par les coups de boutoir d'une attaque frontale. Ils avaient mal analysé la signification réelle du mouvement de Mai 68, qui n'annonçait pas une révolution de type léniniste – masses en fusion pour des raisons hétérogènes, mais momentanément unifiées par une avant-garde résolue, minoritaire, forcément autoritaire –, mais bien plutôt une réforme libertaire de l'entendement politique, des rapports sociaux, de la culture et des mœurs dans une démocratie de masse. En fin de compte, le nom qu'ils avaient donné à leur organisation, Avant-Garde prolétarienne, symbolisait parfaitement leur erreur de perspective. Car le temps des avant-gardes était révolu ; celui du prolétariat comme classe universelle également. En deux mots, ils désignaient eux-mêmes l'impasse où leur entreprise se fourvoyait. Il fallait dissoudre leur organisation clandestine, liquider l'appareil militaire qu'ils avaient commencé à mettre sur pied en vue d'actions violentes, retrouver le grand large de la société civile, de la démocratie politique, dont ils avaient sottement – criminellement ? – sous-estimé les valeurs et la vitalité.

Telles furent les conclusions auxquelles ils parvinrent, au cours de leurs discussions de l'année 1974. Mais Daniel Laurençon s'y était violemment opposé. Il affirmait que leur attitude n'était pas le résultat d'une analyse objective mais le fruit pourri de leur pusillanimité. Il fallait continuer sur la voie tracée, disait-il, accentuer et accélérer le passage à la lutte armée, réveiller les masses par l'exemple d'une stratégie sans concessions. C'est à ce point de leur discussion que Julien Serguet – dans leur groupe de direction c'était lui le responsable des activités clandestines – découvrit le projet de Laurençon. Celui-ci, avec un petit nombre d'irréductibles, avait préparé une série d'attentats spectaculaires, inévitablement sanglants, contre des services de police, des sociétés capitalistes multinationales et des personnalités du monde industriel et militaire. Cette action terroriste aurait provoqué une riposte implacable des forces de l'ordre, bien évidemment. Du coup, toute possibilité de retour à la vie civile, de réinsertion dans les institutions démocratiques, leur aurait été fermée. Ils seraient acculés à l'affrontement, ne fût-ce que pour se défendre des violences policières.

Il fallait neutraliser Laurençon.²⁵⁹

Y esta es, entonces, la cuestión: ¿quién traiciona a quién?, ¿ellos a Daniel Laurençon o Daniel Laurençon a ellos?; ¿traiciona el que (los que) osa(n) cambiar ante la mirada de su semejantes —así ha definido al traidor David Grossmann—, o el que se resiste a cambiar?; ¿traiciona el que quiere preservar la identidad del grupo, o el que (los que) introducen la diferencia —por muy adecuada que parezca—, pero una diferencia que, en todo caso, deviene una nueva identidad?; ¿traiciona el que es segregado y eliminado o el que (los que) lo segregan y eliminan? La respuesta la da el propio narrador, y dice así: “la sangre derramada de Daniel no les había atado [a diferencia de los personajes de Dostoievski], sino todo lo contrario. Les había liberado de su locura, de su arrogancia. *Daniel fue el chivo expiatorio que les había permitido volver a la vida*”. Ergo, son ellos quienes

²⁵⁸ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 47-48.

²⁵⁹ *Netchaïev est de retour*, p. 31.

lo traicionan a él, y lo hacen, pueden hacerlo, sólo porque encuentran la coartada perfecta, un dato que hasta entonces todos habían ignorado y que Julien Serguet descubre por casualidad: *Daniel es el hijastro de un comisario jefe de la policía judicial*, cuyo nombre —lo sabemos— es Roger Marroux. Pero, ¿por qué Daniel jamás ha dicho nada de eso a nadie?, se preguntan (“ni siquiera a Elie Silberberg, su mejor amigo, su *alter ego* en el seno de la banda”), ¿por qué ha ocultado este aspecto decisivo de su biografía?

Confiado en su amistad con Daniel, en un supuesto conocimiento de los más recónditos secretos de su alma, Elie trató de encontrar una explicación plausible a este silencio u olvido de su amigo.

Hijo póstumo de un resistente fallecido en 1948 a consecuencia de su deportación, Daniel tenía dos años cuando el mejor amigo de su padre, su compañero desde los años de estudiante en el liceo Henri IV, ocupó el lugar de aquél. Este hombre no sólo había sobrevivido a la Resistencia, en la que había militado dentro del mismo grupo que Michel Laurençon, sino que también pasó a ocupar el sitio de éste en el lecho aún caliente de su mujer ¿No había con esto, acaso, suficiente —preguntaba Silberberg— para traumatizar hasta el angustioso silencio de una censura íntima, implacable y llena de odio —y por qué no, quizá también vergonzante— a un adolescente sensible como Daniel? Pero los demás rechazaron este intento de justificación de Elie. ¿Qué se proponía? ¿Desplazar por medio de un psicoanálisis de salón el peso de la Historia, las contundentes motivaciones de la lucha de clases? ¡Ni hablar! El tío Sigmund fue devuelto al limbo de su exilio londinense.²⁶⁰

El descubrimiento de la identidad del padraastro de Daniel fue providencial, todo hay que decirlo. Permitía tratar el asunto de una forma clara, ciertamente expeditiva, pero basada en una larga tradición revolucionaria. Había libros que trataban de ello, obras dramáticas, cientos de páginas escritas. En La conspiración, de Paul Nizan, sin ir más lejos, uno de sus libros de referencia, estaba precisamente Pluvinage, el delator.

Daniel Laurençon era su pluvinage, eso era todo.

En las organizaciones revolucionarias que quieren cambiar el mundo, que actúan en nombre del hombre nuevo, se sabe cómo tratar a los traidores y a los provocadores. ¡Incluso es una de las cosas que mejor se saben! El propio Daniel les había hinchado los oídos con el ejemplo de Serghéi Netcháiev y su *Catecismo revolucionario*. Pues bien, el mismísimo Netcháiev les mostraba el camino cuando hacía ejecutar a Ivánov, el traidor. *El extremismo aventurero de Laurençon no era sólo fruto de un análisis político erróneo, sino también producto de la maquiavélica manipulación de su padraastro policía. Este era quien manejaba los hilos: ¡la técnica de la provocación policial era tan antigua como el propio Estado!*

En consecuencia, una vez que volvieron a dar con Daniel Laurençon [éste había cortado toda comunicación con ellos], fue condenado a muerte.²⁶¹

²⁶⁰ Estas líneas, por lo demás graciosas, expresan muy bien la posición de muchos de los revolucionarios de entonces respecto al psicoanálisis, que, obvio es decirlo, fue, es y será siempre (si es que consigue sobrevivir al auge de las neurociencias y al capitalismo, especialmente en su modalidad psicoterapéutica) algo eminentemente burgués. ¿Cómo, por qué iban ellos, los revolucionarios de los años setenta, a interesarse en la causa analítica, es decir, en la emancipación del sujeto —un sujeto burgués, por supuesto, no uno proletario— respecto al Otro del sentido, lo cual incluye, por supuesto, a la ideología, a toda ideología?; ¿cómo, por qué, si, precisamente, de lo que se trataba para ellos era de sostener (y de sostenerse en) una ideología, de entregarse a la causa que de ella se derivaba, y que era la emancipación de los proletarios del mundo, pero no tomados como sujetos, uno por uno, sino como colectividad, como clase? Por otra parte, es precisamente eso —la prehistoria hamletiana de Daniel, o mejor dicho, el trauma de esa prehistoria— lo que determina, en el nivel del inconsciente, en el nivel del goce, las vicisitudes de su historia —su transfiguración en terrorista, al menos—, toda vez que su odiado padraastro, quien se ha transfigurado, a su vez, en comisario de policía, viene a encarnar la Ley que Daniel necesita destruir.

²⁶¹ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 49-50.

Fort de son amitié pour Daniel, de la connaissance qu'il pensait avoir des moindres replis de son intimité, Élie essaya de trouver une explication plausible à ce silence ou cet oubli de son copain. Fils posthume d'un résistant mort en 1948 des suites de la déportation, Daniel avait vu occuper la place du père par le meilleur ami de celui-ci, son compagnon depuis les années d'études à Henri-IV. Non seulement cet homme avait glorieusement survécu à la Résistance qu'il avait faite dans le même réseau que Michel Laurençon, mais encore avait-il pris la place toute chaude de ce dernier dans le lit de sa femme. N'y aurait-il pas là, demandait Silberberg, de quoi traumatiser jusqu'au silence angoissé d'une censure intime, implacable et haineuse – honteuse aussi, qui sait ? – un adolescent sensible comme l'était Daniel ? Mais cette tentative de justification d'Élie fut repoussée par les autres. Que prétendait-il ? *Qu'une psychanalyse de salon prenne le pas sur l'épaisseur historique, les motivations contondantes de la lutte de classe ? Pas question ! L'oncle Sigmund Freud fut renvoyé à ses limbes londoniens. Il faut dire que la découverte de l'identité du beau-père de Daniel était providentielle. Elle permettait de traiter le cas d'une façon claire, expéditive certes, mais fondée sur une longue tradition révolutionnaire. Il y avait des livres là-dessus, des pièces dramatiques, des centaines de pages écrites. Sans aller chercher bien loin, dans La Conspiration de Nizan, qui était l'un de leurs livres de référence, il y avait justement Pluvinage, le mouchard. Daniel Laurençon était leur Pluvinage, voilà tout. Or on sait comment agir avec les traîtres et les provocateurs dans les organisations révolutionnaires qui veulent changer la société, le monde. Qui agissent au nom de l'homme nouveau. C'est même l'une des choses que l'on y sait le mieux ! Daniel lui-même ne leur avait-il pas rebattu les oreilles avec l'exemple de Serge Netchaïev, de son Catéchisme révolutionnaire ? Eh bien, Netchaïev avait justement montré la voie à suivre, en faisant exécuter le traître Ivanov. Carl l'aventurisme extrémiste de Laurençon n'était pas seulement le fruit d'une mauvaise analyse politique, mais aussi celui des manipulations machiavéliques du beau-papa flic. C'est ce dernier qui tirait les ficelles : la technique de la provocation policière est vieille comme l'État lui-même ! Ainsi, Daniel Laurençon, une fois retrouvé, fut condamné à mort.*²⁶²

Tal como lo intuye Silberberg, los motivos por los cuales Daniel ha ocultado este aspecto decisivo de su biografía son la vergüenza y el odio; una emoción (pasiva) y una pasión (activa), respectivamente. Vergüenza de ser el hijo póstumo de un hombre que fue torturado y recluido en un campo de concentración, donde llegó a perder su dignidad humana; y de que éste fuera sustituido, en el lecho conyugal, por su mejor amigo, con el mudo y misterioso consentimiento de su madre a esa transacción. Odio por este hombre, de quien pasó a ser hijastro. Pero, está claro que Daniel no iba a compartir esto, tan privado —el secreto de su historia, las marcas inconscientes, traumáticas, reales, de su destino—, con sus amigos, por más íntimos que fueran; y ni siquiera con Elie, hijo, como él, aunque por otras causas (su judeidad), del campo de concentración. Y tampoco iba a traicionarlos ¿Por qué? He aquí una hipótesis plausible: porque convertirse en un revolucionario significaba —en más de un sentido— ir en contra de la Ley y el Orden establecidos: ¿y quién representaba esto mejor que Roger Marroux, su padrastro policía? Por lo tanto, tomar las armas tenía para él un valor de venganza. Claro que sus compañeros no estaban para saberlo; y si lo hubieran sabido, poco les habría interesado, pues lo que ellos necesitaban era una coartada para deshacerse de Daniel, para poder acusarlo de traidor antes de que él efectivamente los traicionara.

²⁶² *Netchaïev est de retour*, pp. 58-59.

3.2. Lo borromeico de la traición

Desde una óptica *borromeica*, podemos decir que, si bien la traición a Daniel fue el acto que, en lo simbólico, les permitió liberarse del discurso del Otro: el discurso revolucionario (no desembocado en el comunismo) del que eran cautivos desde sus tiempos en la École Normal Supérieure, y aun antes, en el Lycée Henri IV [y liberarse sólo para hacerse capturar por otro discurso: el discurso liberal (que desembocaría después en el neoliberalismo)]; y que, en lo imaginario, les permitió desidentificarse de esos pequeños otros especulares: los personajes de *La conspiración*, cuya historia —también ella una historia de lealtad y traición— no habían hecho más que reproducir (“Daniel era su Pluvinage, eso era todo”)²⁶³; es decir, al mismo tiempo que fue un acto liberador y desidentificador, fue también un acto traumático, engendradora de un real que, tarde o temprano, habría de retornar en sus prósperas existencias²⁶⁴ (exceptuando, claro está, la de Elie Silberberg, más bien modesta), como *culpa* y como *angustia*:

1) Como la culpa que embarga a Elie Silberberg tras recibir la llamada telefónica de Luis Zapata, aquel mercenario español (reconvertido, también él, en un poderoso hombre de negocios) al que, doce años antes, ellos, Silberberg y los otros, habían encargado la ejecución de Daniel Laurençon. Como sabemos, Zapata había desistido de ejecutarlo en el último minuto (al enterarse de que Daniel era hijastro de Roger Marroux, un viejo compañero de andanzas del que guardaba un buen recuerdo), y lo había ayudado, en cambio, a escapar de sus perseguidores, ocultándolo en algún lugar de América Central.

[Doce años después, el 7 de diciembre de 1986] había sonado el teléfono. Eran las siete de la mañana. No solía ocurrir. No sólo que sonara tan temprano, sino sencillamente que sonara. Últimamente, a Elie Silberberg no le llamaban a menudo por teléfono. Parecían haberle olvidado. Descolgó el auricular, perplejo. La voz que le hablaba, que decía su nombre, le resultó familiar enseguida. *De una manera extraña: como puede resultar familiar, incluso antes de reconocerlo, de identificarlo, un recuerdo oculto, un momento del pasado, olvidado, que resurgiese de pronto. Extrañamente familiar*²⁶⁵: así era esa voz masculina en el teléfono.

—¿Silberberg? Necesito verle. Ahora... ¡Es de suma importancia!
Hubo un silencio breve.

²⁶³ De hecho, la novela de Semprún podría ser una versión personal de la novela de Nizan. Y Semprún no duda en hacer una metaficción.

²⁶⁴ Y hay que referir aquí la famosa sentencia de Lacan, que dice: Cuando lo simbólico no ha sido elaborado, reaparece en lo real.

²⁶⁵ *Unheimlich*, en el lenguaje de Freud. Y sin olvidar el estatuto de real que Lacan da a la voz.

La voz se abrió camino, despertando ecos. Hasta que finalmente se convirtió en su propio eco: en ella misma, en la voz de Luis Zapata.

Elie pensó en Daniel Laurençon, era lógico.

—¿Me oye, Silberberg? ¿Me reconoce?

Sí, le reconocía. Asintió con un movimiento de cabeza, como si su interlocutor pudiera verle.

—Pues claro —dijo.

Entonces, Zapata le pidió que le esperara una hora más tarde cerca de Denfert-Rochereau. Le dijo en qué lugar preciso debía esperarle. Le pidió que no se moviera, que no fuera hacia él, que esperara a que él, Zapata, se acercara y le dirigiera la palabra. Sobre todo, nada de moverse, ni reconocerle, ni hacerle señas desde lejos. Nada, sólo esperar. Eso era todo. Pero sin falta, era de suma importancia. Martilleaba cada sílaba: de su-ma-impor-tan-cia. A las ocho en punto.

—¿Y por qué yo? —preguntó Silberberg al final.

—¿Cómo dice?

La voz de Zapata delataba su impaciencia, su crispación, casi.

—¿Tiene que ver con aquella vieja historia, no? —insistió Silberberg.

El silencio del otro fue un consentimiento.

—La muerte de Netchaiev, ¿no?

—Venga, ya le explicaré —contestó Zapata escuetamente.

—¿Y por qué precisamente yo, de todos nosotros? —preguntó aún Silberberg.

La voz de Zapata se ablandó.

—Marc está en Estados Unidos —dijo—, no sé cuándo volverá... Serguet está a punto de salir para Ginebra... Sólo pude echar mano de usted.

Se produjo de nuevo un silencio breve.

—Sobre todo, Elie —continuó Zapata—, es usted el menos conocido de los cinco, perdone que se lo recuerde.

Usted es el que pasará desapercibido con mayor facilidad.

Silberberg empezaba a enfadarse. ¿Qué quería decir? ¿De quién había que esconderse?

—Precisamente por eso no está usted en la lista —soltó finalmente Zapata con voz neutra.

—¿La lista? ¿Qué lista?

Al otro lado de la línea, Zapata soltó un suspiro, probablemente de mal humor.

—La lista de los atentados.

Elie Silberberg pegó un grito al teléfono, queriendo saber de qué hablaba. Pero Luis Zapata no hizo ningún comentario.

—Venga, ya le explicaré —repitió. Volvió a pedirle prudencia y puntualidad, se despidió y colgó.

Zapata tenía razón. De todo el grupo de extrema izquierda de Vanguardia Proletaria al que todos habían pertenecido, Elie Silberberg era el único que no había alcanzado el éxito social. Tampoco lo había buscado: no le había interesado nunca. Los otros, en cambio, habían terminado por dominar esa sociedad que habían querido destruir. O por lo menos, cambiar de arriba abajo. Habían puesto en el éxito tanto empeño como habían puesto antes en su voluntad de cambio; y habían conseguido poder y dinero. Pero Silberberg había vivido casi marginado, escribiendo libros para un público refinado y selecto. De todos ellos, efectivamente él era el más discreto. O mejor dicho, el más discreto de los cuatro sobrevivientes, pues Daniel Laurençon había muerto. Ellos lo habían matado, para sobrevivir. Daniel Laurençon, alias *Netchaiev*.

¿Cómo es que a Elie Silberberg se le ocurrió enseguida que la llamada telefónica estaba relacionada con esa vieja historia? Probablemente porque al final, cuando precisamente habían querido poner punto "final" al asunto, con la disolución de Vanguardia Proletaria, Zapata había tenido algo que ver. La autodisolución, se entiende, ya que la policía hacía tiempo que había disuelto y prohibido su organización. Habían seguido actuando en la clandestinidad. Pero en 1974, Daniel Laurençon, que había adoptado el pseudónimo de *Netchaiev*, se opuso violentamente a la autodisolución. Al contrario, Daniel —que parecía poder contar con un reducido núcleo de

irreductibles— quería continuar por la vía de la lucha armada, del secuestro de empresarios, de la guerrilla, intensificándola, si era necesario. Y hasta las últimas consecuencias, terrorismo incluido. “Qué clase de revolucionarios sois”, gritaba, “si os da miedo el terrorismo”?

Hubo que neutralizarlo (...)

Sentado al borde de la cama, Elie Silberberg no pudo reprimir una risita socarrona al tomar conciencia del eufemismo que acababa de utilizar en el lenguaje silencioso de su pensamiento. ¿Neutralizar? ¡Lo habían eliminado, ni más ni menos! Habían ejecutado a Laurençon, y precisamente con la ayuda de Luis Zapata.

Silberberg siempre había pensado que tarde o temprano tendrían que pagarlo. Quizás había llegado el momento. Una imagen de una claridad casi cegadora surgió como un destello en su memoria: Daniel Laurençon paseando por el patio del liceo Henri IV, discutiendo con un adolescente de su misma edad. Con él, con Elie Silberberg, por supuesto. Siempre discutían entre ellos, desde su encuentro en la clase preparatoria de la École Normale Supérieure, en 1967.²⁶⁶

Une heure plus tôt, le téléphone avait sonné. Il était sept heures du matin. C'était inhabituel. Non seulement qu'il sonnât si tôt, mais qu'il sonnât, tout court. On n'appelait pas bien souvent Élie Silberberg au téléphone, ces derniers temps. On semblait l'avoir oublié. Il avait décroché, perplexe. La voix qui s'adressait à lui, qui disait son nom, lui fut aussitôt familière. *D'étrange façon : comme peut être familier, même avant d'être reconnu, identifié, un souvenir enfoui, un moment du passé, oublié, qui resurgirait soudain. Étrangement familière, cette voix d'homme au téléphone.* — Silberberg ? Il faut que je vous voie. Tout de suite... C'est capital ! Il y eut un bref silence. La voix avait fait son chemin, réveillé des échos. À la fin, elle fut son propre écho : elle-même, la voix de Luis Zapata. Élie pensa à Daniel Laurençon, c'était logique. — Vous m'entendez, Silberberg ? Vous m'avez reconnu ? Oui, il l'avait reconnu. Il hochala tête affirmativement, comme si son interlocuteur pouvait le voir. — Bien sûr, dit-il. Alors, Zapata lui demanda de l'attendre, une heure plus tard, près de Denfert-Rochereau. Il lui dit à quel endroit précis il devrait se tenir. Il lui demanda de ne pas bouger, de ne pas venir vers lui, d'attendre que lui, Zapata, s'approche et lui adresse la parole. Surtout ne pas bouger, ne pas le reconnaître, ni lui faire signe de loin. Rien, attendre. Voilà, c'était tout. Mais sans faute, c'était capital. Il martelait les syllabes : ca-pital ! Huit heures précises ! — Pourquoi moi ? Avait demandé Silberberg, à la fin. — Comment ? La voix de Zapata trahissait l'impatience, l'exaspération, presque. — Ça concerne la vieille histoire, n'est-ce pas ? Insistait Silberberg. Le silence de l'autre fut un acquiescement. — La mort de « Netchaïev », non ? — Venez, je vous expliquerai, dit Zapata, sèchement. — Pourquoi précisément moi, de nous tous ? Demandait encore Silberberg. La voix de Zapata se radoucissait. — Marc est aux États-Unis, dit-il, je ne sais pas quand il revient... Serguet est en train de partir pour Genève... Jen'ai vraiment que vous sous la main. Il y eut un nouveau silence, bref. — Surtout, Élie, poursuivit Zapata, pardonnez-moi de vous le rappeler : de vous cinq, vous êtes le moins connu... Celui qui passera le plus facilement inaperçu. Silberberg commençait à s'énerver. Ça voulait dire quoi ? De qui fallait-il se cacher ? — C'est bien pour ça que vous n'êtes pas sur la liste, conclut Zapata, d'une voix neutre. — La liste ? Quelle liste ? À l'autre bout du fil, Zapata soupira, peut-être d'impatience. — La liste des attentats. Élie Silberberg cria, au téléphone, voulut savoir de quoi il parlait. Mais Luis Zapata ne fit aucun commentaire. « Venez, je vous expliquerai », répéta-t-il. Il recommanda encore une fois l'exactitude, la prudence, dit au revoir, raccrocha. Il avait raison, Zapata. Du groupe d'extrême gauche de l'Avant-Garde prolétarienne dont ils avaient tous fait partie, Élie Silberberg était le seul qui n'avait pas connu de réussite sociale. Il ne l'avait pas cherchée, d'ailleurs : ça ne l'avait jamais intéressé. Les autres, ils avaient fini par maîtriser cette société qu'ils avaient voulu détruire. Changer de fond en comble, du moins. Ils avaient mis dans leur réussite autant de passion qu'avant dans leur volonté de changement ; ils y avaient conquis du pouvoir et du fric. Mais Silberberg avait vécu dans les marges, en écrivant des livres pour lecteurs raffinés, triés sur le volet. D'eux tous, il était le moins en vue, en effet. Ou plutôt, le moins en vue des quatre survivants. Car Daniel Laurençon était mort. Et c'est eux qui l'avaient tué, pour survivre. Daniel Laurençon, dit « Netchaïev ». Pourquoi Élie Silberberg avait-il aussitôt pensé que l'appel concernait cette histoire d'autrefois ? Sans doute parce que Zapata y avait été mêlé, à la fin, quand ils avaient voulu écrire le mot « fin », précisément, lors de la dissolution de l'Avant-Garde prolétarienne. L'autodissolution, s'entend, car la police avait déjà interdit et dissous leur organisation depuis quelque temps. Ils avaient continué

²⁶⁶ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 13-16 y 245. Las cursivas son nuestras.

d'agir dans la clandestinité. Mais en 1974, Daniel Laurençon, qui avait choisi le pseudonyme de « Netchaïev », s'était farouchement opposé à leur autodissolution. Daniel voulait, bien au contraire – et il semblait pouvoir compter sur un petit noyau de militants irréductibles –, continuer dans la voie de la lutte armée, des enlèvements de patrons, de la guerre de partisans, en l'intensifiant, au besoin. Et avec toutes ses conséquences, y compris le terrorisme. « Quels révolutionnaires êtes-vous donc, criait-il, pour avoir peur du terrorisme ? » Il avait fallu le neutraliser (...)

Assis sur le bord de son lit, Élie Silberberg ne put s'empêcher de ricaner, à constater quel euphémisme il venait d'utiliser dans le langage silencieux de sa pensée. Neutraliser ? Ils l'avaient bel et bien éliminé, Laurençon ! Exécuté, avec l'aide de Luis Zapata, précisément. Mais Silberberg avait toujours pensé qu'un jour ou l'autre il faudrait payer. Peut-être ce jour était-il arrivé. Une image éclata, d'une luminosité presque aveuglante, au magnésium de la mémoire : Daniel Laurençon se promenant dans la cour du lycée Henri-IV discutant avec un adolescent de son âge. Avec lui, Élie Silberberg, bien entendu. Ils discutaient sans cesse, tous les deux, depuis leur rencontre en hypokhâgne, en 1967.²⁶⁷

2) Como la angustia que se apodera de Marc Liliental en el aeródromo de Bangor, en Maine, Estados Unidos —país al que viaja con frecuencia, pues le encanta, y no por casualidad²⁶⁸—, poco antes de tomar el vuelo de regreso a París para reunirse esa misma noche con Fabienne Dubreuil, su nueva y portentosa amante; pero también para estar cerca de su hija Bea (Béatrice), de catorce años, su “pequeña maravilla”, su “princesa”, a la que adora por sobre todas las cosas.

Marc Liliental atravesó la calle central de Ellsworth. Hacía un frío seco. La *gazoline alley* estaba flanqueada por estaciones de servicio, supermercados, tiendas de ropa, de muebles, de electrodomésticos, de vídeos: la América profunda del cine, en definitiva. Quería entrar un momento en la librería-papelería que llevaba el apropiado nombre de Mister Paper-Back para comprar unas postales que Béatrice le había encargado. La tienda pertenecía a una cadena. Media hora más tarde, en el aeródromo de Bangor, descubriría que allí había otra que ostentaba el mismo nombre.

Al salir, se fijó en una estantería donde se exponían obras de filosofía en formato de bolsillo. Se puso a buscar, sacando algunos libros para hojearlos, olvidando que tenía prisa; descubrió un volumen con un título delicioso: *Portable Plato*. Soltó una carcajada. Constató que la selección de diálogos de este Platón portátil era muy acertada y leyó la breve introducción del *Gorgias*.

De repente, se quedó como en blanco. Ya no sabía dónde se encontraba, ni con quién, ni quién era él mismo, ni en qué época de su vida se hallaba. Como si todos los sistemas de referencia se hubieran desvanecido. Sólo quedaba esa cosa blanda, viscosa, sin forma: la vida. La certeza de existir, brutal y en bruto, llena de una vacuidad total, que no conduce a nada. A nada más que a sí misma: la vida en toda su sencillez.

Saliendo de esta especie de abismo, de torbellino inmóvil, se encontró en la Rue d'Ulm.

Pero no se trataba en absoluto de un recuerdo, de una evocación de su memoria, del tiempo recobrado. Estaba en la Rue d'Ulm, ahora, como se está en el presente en la realidad de un sueño. Y estaba asistiendo a un seminario sobre Platón, con Élie Silberberg y Daniel Laurençon.

Daniel acababa de girarse hacia él, pero no tenía ojos, no tenía mirada. No tenía rostro. Sabía que era Daniel, no había ninguna duda. Pero donde debían estar los rasgos de Daniels sólo veía una superficie rugosa, como la piedra pómez o la lava enfriada. Entonces, a la luz cegadora de este presente perfecto—que velaba las imágenes de la realidad a su alrededor como si hubiesen abierto por descuido o por error la cámara oscura de una máquina de

²⁶⁷ *Netchaïev est de retour*, op. cit., pp. 9-11 y 252.

²⁶⁸ “¡Et in Arcadia ego!”, enuncia Marc, en alguno de esos viajes.

fotos—, a la luz cruda de ese recuerdo—había que resignarse a llamarlo así, a falta de otra palabra más adecuada—, una premonición angustiosa se le impuso con fuerza: la innominable certidumbre de la desgracia. Marc se sacudió, hizo un desesperado esfuerzo para recuperarse. Actuó sobre sí mismo como con un caballo díscolo: apretando las riendas, con dureza. Con un temblor en las manos devolvió el Platón de bolsillo a su estante. En el aeródromo de Bangor, antes de subir al pequeño avión de la Bar Harbor con destino a Boston, llamaría a Bea por teléfono. ¡Béatrice! Hoy no va al colegio; esta tarde debe quedarse en casa.²⁶⁹

Marc Liliental traversa la rue centrale d'Ellsworth. Il faisait un froid sec. La gazoline alley était bordée de stations-service, supermarchés, magasins de fringues, de meubles, d'électroménager, de vidéocassettes : l'Amérique profonde du ciné, en somme. Il voulait entrer une minute dans la librairie-papeterie qui portait le nom approprié de Mister Paperback, pour y acheter des cartes postales que Béatrice lui avait demandées. Le magasin faisait partie d'une chaîne. Une demi-heure plus tard, à l'aérogare de Bangor, il constaterait qu'il y avait la même. Une autre, plutôt, avec le même nom. En ressortant, son regard fut attiré par un rayon où s'exposaient des ouvrages de philosophie en format de poche. Il y fureta, en sortit certains pour les feuilleter et, oubliant qu'il était pressé, tomba sur un volume qui portait un titre délicieux : Portable Plato ! Il rit tout seul, constata que le choix des dialogues rassemblés dans ce Platon portatif était fort judicieux, lut la brève introduction au Gorgias.

Soudain, il eut une sorte d'éblouissement. Il ne sut plus où il était, ni avec qui, ni qui lui-même, ni à quel âge de la vie. Comme si tous les systèmes de référence s'étaient évanouis. Il n'y avait plus que cette chose molle, visqueuse, informe : la vie. La certitude d'exister, brutale mais brute, remplie d'une vacuité totale, ne menant à rien. À rien d'autre qu'elle-même : la vie toute bête.

Ensuite, sortant de cette espèce de gouffre, d'immobile tourbillon, il se retrouva rue d'Ulm. Mais ce n'était pas un souvenir, une évocation de la mémoire, le temps retrouvé. Pas du tout, il était rue d'Ulm, au présent, comme on est présent dans la réalité d'un rêve. Et il assistait à un séminaire sur Platon, avec Élie Silberberg et Daniel Laurençon. Daniel venait de se tourner vers lui, mais il n'avait pas de regard. Pas de visage, même. Il savait que c'était Daniel, aucun doute à ce sujet. Mais il ne voyait qu'une surface rugueuse, à la place des traits de Daniel. Comme de la pierre ponce, de la lave refroidie. Alors, dans la lumière aveuglante de ce présent parfait— qui voilait les images du réel, autour de lui, comme si on avait ouvert par mégarde ou maladresse la chambre noire d'un appareil photographique—, dans la lumière crue de ce souvenir— il fallait bien se résigner à l'appeler ainsi, faute de mot mieux ajusté—, alors, une prémonition angoissante battit la chamade : l'innommable certitude du malheur. Il s'ébroua, fit un effort acharné pour reprendre pied, ses esprits. Il agit sur lui-même comme lorsqu'on serre le mors d'un cheval fantasque, durement. Les mains tremblantes, il remit le Platon de poche sur l'étagère. À l'aérogare de Bangor, avant de prendre le petit avion de la Bar Harbor pour Boston, il téléphonerait à Béa. Béatrice ! Elle ne va pas au lycée, aujourd'hui, elle doit être à la maison, cet après-midi.²⁷⁰

3.3. Guatemala

Es Guatemala el lugar de América Central donde, en 1974, recaló Daniel Laurençon, con la inestimable ayuda de Luis Zapata. Guatemala, sí, porque en ese país —sumido, por entonces, en una de las guerras civiles más cruentas e interminables de la historia de América Latina²⁷¹—

²⁶⁹ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 97-98.

²⁷⁰ *Netchaïev est de retour*, pp. 61-62.

²⁷¹ La guerra civil en Guatemala—uno de los numerosos conflictos que la Guerra Fría produjo en América Latina—duró 36 años, de 1960 a 1996, y dejó doscientos mil muertos, cuarenta y cinco mil desaparecidos y cien mil desplazados (según las

Daniel iba a poder sumarse a las filas del EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres) —un ejército realmente (históricamente) existente que se había insurgido dos años antes, en 1972, contra el Estado guatemalteco, y más concretamente, contra el gobierno central, democrático²⁷² y afín, como todos los anteriores (y los posteriores), a las políticas ya no colonialistas sino neoliberales²⁷³ de Estados Unidos con respecto a ese país y al resto del subcontinente—. Sólo en un país como Guatemala, Daniel podía seguir siendo lo que, casi desde que era un niño (y sin saber muy bien por qué) se había propuesto ser: un revolucionario puro y duro; y casi podría decirse, un personaje de ficción (un héroe de Nizan), si no fuera porque que esa ficción es la expresión de un real que, desde el inconsciente, pugna por manifestarse; si no fuera porque esa ficción —la ficción revolucionaria— es para él un medio de goce, es decir, un modo de resarcirse del trauma de su historia hamletiana; un modo de vengarse del hombre que ha venido a ocupar el lugar de su padre, con el pleno consentimiento de su madre, y cuya figura —comisario de policía— no es otra, para él, que la de la ley y el orden.

Vayamos ahora a la historia misma. Dos meses después de su desaparición, Daniel echa una carta al correo “desde algún lugar de América Central”, no tanto para contarles, a su madre y a su padrastro, lo que ha ocurrido en ese último tiempo (la traición, la huida), sino, antes bien, para comunicarles su decisión de morir, “de desaparecer de una vida en lo sucesivo desprovista de interés (...) Al final, pedía disculpas a su madre y tenía incluso una palabra amable para con Marroux, lo que realmente se salía de lo ordinario”. Ambos, Roger y Juliette, esperan intensamente, desesperadamente, que Daniel no lleve a cabo su proyecto de suicidio. Pero, tres semanas después, reciben un comunicado oficial del cónsul de Francia en Guatemala:

Se había encontrado el cuerpo medio carbonizado de Daniel Laurençon en el fondo de un precipicio, donde su coche se había estrellado.

El cónsul también les remitía sus objetos y documentos personales: el reloj de pulsera que su madre le regaló cuando aprobó el examen de selectividad para ingresar en la Normal Superior, una cadenita de oro que había pertenecido a su padre... cosas así. En el pasaporte, parcialmente comido por las llamas, la página de la foto estaba intacta.

Juliette había llorado mucho ante esta imagen de su hijo, de mala calidad, pero donde sin embargo brillaba el rubio insolente de Daniel, bello como un diosillo nórdico.

estadísticas de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, nombrada por la ONU). En ella se cometieron crímenes inenarrables.

²⁷² El gobierno de Kjell Eugenio Laugerud García (1974-1978).

²⁷³ En este sentido, no es descabellado parafrasear, una vez más, a Clausewitz, y decir que el neoliberalismo es la continuación del colonialismo por otros medios.

Roger Marroux había empezado a dar los pasos necesarios para repatriar el cuerpo de su hijastro, pero en vano. Accidental o voluntaria, la caída del coche de Daniel se había producido en una región en estado de guerrilla. El cadáver había sido enterrado de prisa y corriendo en la fosa común del cementerio de un pueblito de montaña y resultaba imposible identificarlo.

En el transcurso de los meses siguientes, sin la presencia de su hijo, que había sido malhumorada, insolente y agresiva durante los últimos años, Juliette se fue hundiendo en una depresión melancólica. Empezó pasando semanas enteras encerrada en su habitación, estirada, o sentada en un sillón, sin moverse, con la mirada perdida. Su única ocupación, durante esas temporadas, consistía en ir seleccionando incansablemente las fotografías familiares donde salía Daniel desde su más tierna infancia e ir las pegando en álbumes siguiendo unos criterios misteriosos y cambiantes cuya razón era incomprensible. Estas depresiones periódicas se volvieron más frecuentes y duraderas, alternadas con ataques de furia que generalmente acababan con intentos de suicidio que hicieron necesario vigilarla con discreción pero con constancia. Habitualmente, los ataques los solía anunciar la propia Juliette: “de” repente pretendía que Daniel había vuelto, y que ella había hablado con él a escondidas de los demás.²⁷⁴

Le corps de Daniel Laurençon avait été retrouvé, à moitié carbonisé, dans un précipice où sa voiture s'était écrasée.

Le consul renvoyait également quelques objets et papiers personnels : la montre-bracelet que sa mère lui avait offerte pour célébrer son succès au concours d'entrée à Normale Sup, une chaînette en or que son père avait portée, des choses comme ça. Dans son passeport, en partie consumé par le feu, la page de la photo d'identité était demeurée intacte. Juliette avait longuement pleuré devant cette image de son fils, de qualité médiocre, mais qui laissait pourtant éclater l'insolente blondeur de Daniel, beau comme un jeune dieu nordique.

Juliette avait longuement pleuré devant cette image de son fils, de qualité médiocre, mais qui laissait pourtant éclater l'insolente blondeur de Daniel, beau comme un jeune dieu nordique.

Roger Marroux avait entrepris des démarches pour faire rapatrier le corps de son beau-fils, mais elles s'étaient avérées inutiles. Accidentelle ou délibérée, la chute de la voiture de Daniel s'était produite dans une région de guérilla. Le cadavre avait été enterré à la va-vite dans la fosse commune d'un cimetière montagnard et il était hors de question de l'y identifier.

Au fil des mois qui suivirent, privée de la présence de Daniel – même hargneuse, insolente et agressive, comme elle l'avait été les dernières années –, Juliette avait sombré dans une mélancolie dépressive. Elle commença à passer des semaines entières cloîtrée dans sa chambre, allongée ou assise dans un fauteuil, immobile, l'œil vague. Sa seule occupation, pendant ces périodes-là, consistait à trier inlassablement les photos de famille où Daniel apparaissait dès son plus jeune âge, pour les coller dans des albums selon des critères mystérieux et changeants, dont la raison – la déraison, plutôt – échappait à quiconque. Ces périodes dépressives furent de plus en plus longues et fréquentes, entrecoupées de crises de fureur se terminant généralement par des tentatives de suicide, d'où la nécessité d'une surveillance discrète mais constante. Habituellement, les crises étaient annoncées par Juliette elle-même : elle prétendait soudain que Daniel était revenu, qu'elle avait parlé avec lui, à l'insu de tous.²⁷⁵

Lleno de dolor por la noticia de la muerte de Daniel (que no termina de creer del todo), Marroux pide un mes de vacaciones en la comisaría y parte tras las huellas de su hijastro con la escasa información que le proporcionan los servicios diplomáticos franceses. He aquí el relato de su viaje a Guatemala. *El (muy inusual) viaje de un padrastro en busca de su hijastro*:²⁷⁶

²⁷⁴ *Netchaïev ha vuelto*, p. 27.

²⁷⁵ *Netchaïev est de retour*, pp. 17-18.

²⁷⁶ En la tradición mitológica y literaria es el hijo quien, por lo general, va en busca de su padre. Así lo hace, por ejemplo, Pedro Páramo.

¡Qué extraño viaje realizó Marroux por las regiones montañosas de aquel país, al oeste de la capital! Primero de Quetzaltenango hasta Huehuetenango, dos poblaciones con mercado importante, y después de una a otra aldea india, perdidas en la zona volcánica, había sido relativamente fácil reconstruir el itinerario de Daniel, a pesar de su caprichoso recorrido y de sus idas y venidas sin orden ni concierto ni motivo aparente. Con su estatura y su pelo rubio de vikingo, Daniel Laurençon no había pasado desapercibido.

Pero nadie tenía nada que decir, nadie parecía haber hablado con él realmente. Sí, había pasado por allí. Pero, ¿qué hacía? ¿Quién sabe!, respondían los dueños de los bares y de los hoteles, las camareras y las mujeres de los mercadillos indígenas. Sólo una cosa parecía segura. Durante una parte de su viaje, Daniel –el Rubio– iba acompañado por otro hombre. La descripción de este segundo hombre era de lo más variada e imprecisa. En cualquier caso quedaba claro que este compañero de viaje de Daniel se expresaba con fluidez en castellano, lo que apuntaba indistintamente tanto a Luis Zapata como a Julien Serguet. Una respuesta más precisa acerca de la edad de este segundo personaje habría dilucidado la cuestión, pero Roger Marroux no la consiguió jamás.

En San Juan Sacatepéquez, después de la procesión católica en la que Marroux vio desfilar a unos personajes de carnaval con zancos y vestidos con largas túnicas blancas, llevando las máscaras de sus ídolos ancestrales y tocados con unos curiosos sombreros de paja llenos de cintas, consiguió sonsacar información a una joven india que recordaba muy bien a Daniel. La mujer aceptó hablar en castellano, sin escudarse, como la mayoría de los testigos a los que Marroux había recurrido anteriormente, tras una ignorancia real o fingida de la lengua de los conquistadores. Sin embargo, fue preciso arrancarle las palabras una a una. Sí, es verdad, el Rubio había pasado por San Juan dos meses atrás. No, no iba solo, un hombre iba con él. ¿Qué edad tenía ese hombre? La edad que los hombres suelen tener. No, ella jamás habló con ese hombre. Estaban allí, los dos juntos, balanceándose horas y horas sobre las sillas, al fresco. Sí, se quedó unos días en San Juan. ¿Para qué? ¿Cómo quiere que lo sepa? Se quedó unos días y ya está. ¿Para qué iba de viaje? Vino y se fue. Ya está. Pero estaba esperando a alguien, o algo, se notaba. A lo mejor no en San Juan Sacatepéquez, quizás en otro sitio, pero tenía una cita, a la que acudía a su manera, tomándose su tiempo, siguiendo sus propios caminos, caminos ocultos.

¿Una cita? ¿Con quién?, había preguntado Marroux. La joven india asentía con la cabeza, pero se negaba a hablar. Acabó tapándose la cara con el chal bordado que le cubría los hombros. Sólo sus ojos de fuego negro permanecían visibles. “Con la muerte”, murmuró, emprendiendo la huida envuelta en un torbellino de tejidos ceñidos alrededor de su cuerpo ágil y sensual.

Dos semanas después, Roger Marroux llegó a la última etapa del recorrido de Daniel Laurençon, San Francisco el Alto, una pequeña población a casi tres mil metros de altitud, por encima del valle de Salamá. Allí pasó Daniel sus tres últimos días, en una posada cerca del barrio indio, antes de partir a la expedición fatal. Desde la ventana de la habitación que había ocupado, se veía la masa cónica, a menudo rodeada de nubes, del volcán de Santa María. Roger Marroux le dio una buena propina al patrón de la posada para que le dejara permanecer un rato en la habitación. Había acercado una pesada silla de madera a la ventana.

Poco rato antes, tras muchas palabras, oscuros circunloquios y alusiones a un objeto que podía ser de su interés, el posadero le había entregado una agenda que había pertenecido a Daniel y que éste había dejado en un cajón de su habitación el día que murió, cuando su coche se despeñó. La camarera del hostel la encontró al hacer una limpieza a fondo (había que limpiar con agua abundante y blanquear con cal la habitación de un muerto: ésa era la costumbre), cuando los efectos personales del desaparecido ya habían sido remitidos al consulado de Francia. Roger Marroux se sentó frente a la ventana que enmarcaba el volcán con su blanca corona de nubes. Abrió la agenda de Daniel. Se trataba de un bloc con tapas de cartón de color rojo [¡no por casualidad!], de formato rectangular 11x18, *made in China*, donde Daniel había anotado una serie de reflexiones y aforismos. Algunos fechados, otros no, pero que, salvo raras excepciones eran relativos a la figura de Serghéi Genadievich Netcháiev. O a través de él, en relación a él, tenían que ver con la cuestión de la relación entre la revolución y el terrorismo. Marroux leyó las notas de Daniel de un tirón, como se lee la última carta de un hombre que ha optado por suicidarse, tratando de descubrir las razones que han motivado tal decisión. Bajo este punto de vista, el texto de Daniel era absolutamente indescifrable, no arrojaba ninguna luz nueva. Más bien parecía borrar las pistas, ya que la muerte de la que a veces se hablaba en el cuadernito rojo era la muerte cuyo riesgo se aceptaba en el combate, la que alimenta con sus oropeles y presagios una aventura colectiva. Es decir, una muerte cargada de sentido, pletórica de significado y de gloriosa sangre sacrificada, una muerte que mira hacia la vida, hacia la epifanía revolucionaria, totalmente opuesta a la derrota y a la desesperación individuales a las que aludía Daniel

en la carta que había enviado unas semanas antes. *Roger Marroux cerró el cuadernito con la impresión de estar girando la página de una parte esencial de su vida sobre la que jamás conseguiría saber toda la verdad. Veintiséis años después de la muerte de Michel Laurençon, Daniel también desaparecía tragado por la nada. Marroux permaneció mucho tiempo inmóvil en la silla de duro respaldo, agobiado por un sentimiento de culpabilidad. No había sabido conservar vivo a Michel. No había sido capaz de preparar para la vida al hijo de Michel y de Juliette, a quien había querido como a su propio hijo, y quien, hasta la adolescencia, había correspondido a ese amor.*²⁷⁷

Étrange voyage, celui qu'il avait fait dans les régions montagneuses du pays, à l'ouest de la capitale ! De Quetzaltenango à Huehuetenango, gros bourgs commerçants, puis de village indien en village indien perdus dans la zone volcanique, le parcours de Daniel avait été relativement aisé à reconstituer, malgré ses itinéraires capricieux, ses va-et-vient sans rime ni raison apparentes. Avec sa stature et sa blondeur de Viking, Daniel Laurençon n'était pas passé inaperçu. Mais personne n'avait rien à dire de lui, personne ne semblait lui avoir parlé vraiment. Oui, il était passé par là. Que faisait-il ? Comment savoir ? Répondaient les propriétaires des bars et des hôtels, les serveuses et les femmes des marchés indiens. Quien sabe ? En effet. Une seule chose semblait à peu près certaine. Pendant toute une partie de son périple, Daniel – el Rubio – avait été accompagné par un autre homme. Les descriptions de ce deuxième homme étaient totalement diverses. Et floues. Il en ressortait en tout cas que ce compagnon de voyage de Daniel s'exprimait couramment en castillan. Ce qui pouvait correspondre aussi bien à Luis Zapata qu'à Julien Serguet. Une réponse plus précise sur l'âge du deuxième homme aurait permis de trancher cette question, mais Roger Marroux ne l'obtint jamais. À San Juan Sacatepéquez, après la procession catholique où Marroux avait vu défiler des personnages de carnaval montés sur échasses, revêtus de longues tuniques blanches, portant les masques des idoles ancestrales et coiffés de bizarres chapeaux de paille enrubannés, il avait réussi à questionner une jeune femme indienne qui se souvenait fort bien de Daniel. Elle acceptait de parler en castillan, ne se réfugiant pas, comme la plupart des témoins précédents, dans une ignorance feinte ou réelle de la langue des conquérants. Il avait fallu, cependant, que Marroux lui arrachât les mots un par un. Oui, c'est vrai, el Rubio était passé à San Juan, deux mois plus tôt. Non, il n'était pas seul, un homme l'accompagnait. L'âge de cet homme ? L'âge qu'ont les hommes, en général. Non, elle n'avait jamais parlé avec cet homme. Ils étaient là, ensemble, à se balancer pendant des heures sur des chaises, au frais. Oui, il était resté quelques jours à San Juan. Pourquoi ? Comment savoir ? Il était resté, c'est tout. Pourquoi était-il en route, d'ailleurs ? Il avait été là, il était parti, comme ça. Mais il attendait quelque chose. Ou quelqu'un, c'était visible. Peut-être pas à San Juan Sacatepéquez, peut-être ailleurs, mais il avait un rendez-vous. Il s'y rendait, à sa façon, en prenant son temps, par des chemins à lui, détournés. Rendez-vous ? Avec qui ? Avait demandé Marroux. La jeune Indienne hochait la tête, refusait de parler. Finalement, elle s'était recouvert le visage avec un pan du châle brodé qui lui entourait les épaules. Seul son regard de flamme noire demeurait visible. Con la muerte, murmura-t-elle, s'enfuyant aussitôt dans un tourbillon de tissus empesés autour de son corps souple et sensuel. Deux semaines plus tard, Roger Marroux atteignait l'ultime étape du parcours terrestre de Daniel Laurençon. C'était à San Francisco el Alto, petite ville à près de trois mille mètres d'altitude, sur la vallée de Samalá. C'était là que celui-ci avait passé ses trois derniers jours dans une posada proche du quartier indien, avant de partir pour l'expédition fatale. De la fenêtre de la chambre qu'il avait occupée on pouvait voir la masse conique, souvent entourée de nuages, du volcan de Santa Maria. Roger Marroux avait donné un gros pourboire au patron de la petite auberge pour qu'on le laissât se recueillir dans cette chambre. Il avait tiré une lourde chaise en bois auprès de la croisée. Un peu plus tôt, après de longues palabres, des circonlocutions obscures et des allusions répétitives à un objet qui pourrait l'intéresser, le tenancier lui avait apporté un agenda qui avait appartenu à Daniel et que celui-ci avait laissé dans un tiroir de sa chambre, le jour où il avait péri en tombant avec sa voiture dans un précipice. La servante de l'auberge ne l'avait trouvé qu'en faisant le ménage à fond (il fallait laver à grande eau, blanchir à la chaux la chambre d'un mort : c'était la coutume) après qu'on eut déjà envoyé les effets personnels du disparu au consulat de France. Roger Marroux s'était assis devant la fenêtre où s'encadrait le volcan couronné de flocons nuageux. Il avait ouvert l'agenda de Daniel. C'était un carnet rouge, cartonné, de format rectangulaire 11 X 18, made in China, où ce dernier avait noté une suite de réflexions et

²⁷⁷ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 59-62. Las cursivas son nuestras.

d'aphorismes, parfois datés, d'autres fois pas, mais qui concernaient, à de rares exceptions près, le personnage de Sergeï Gennadievitch Netchaïev. Ou bien, à travers lui, à son propos, la question des rapports entre terrorisme et révolution. Marroux avait lu d'une traite les notes de Daniel, comme on lit la dernière lettre d'un homme qui a choisi de se donner la mort, en essayant d'y décèler les raisons de cette décision. Mais de ce point de vue-là, le texte de Daniel était indéchiffrable, n'apportait aucune lumière nouvelle. Il brouillait plutôt les pistes, au contraire. La mort dont il était parfois question dans le carnet rouge était en effet celle dont on accepte le risque dans la lutte, celle qui nourrit de ses fastes et ses présages une aventure collective. Une mort chargée de signification, donc, bourrée de sens et de sang sacrificiel et glorieux, tournée vers la vie, vers l'épiphanie révolutionnaire. Pas du tout la mort de la défaite et du désespoir individuels à laquelle Daniel avait fait allusion dans la lettre qu'il avait envoyée à sa mère, quelques semaines plus tôt. Roger Marroux avait refermé le carnet, avec l'impression qu'il tournait la page d'une partie essentielle de sa vie, sur laquelle il ne saurait jamais toute la vérité. *Vingt-six ans après la mort de Michel Laurençon, Daniel s'évanouissait à son tour dans le néant. Marroux était resté longtemps immobile dans la chaise au dossier raide et dur, accablé par un sentiment de culpabilité. Il n'avait pas su garder Michel en vie. Il n'avait pas su préparer à la vie le fils de Michel et de Juliette, qu'il avait aimé comme son propre fils. Et qui lui avait, jusqu'à son adolescence, rendu cet amour.*²⁷⁸



El volcán de San Francisco el Alto, en Guatemala

²⁷⁸ *Netchaïev est de retour*, pp. 38-40.

3.4. Un policía aristotélico

Y es que, para Roger Marroux, un hombre que a los diecinueve años abandonó unos estudios de filosofía para sumergirse de lleno en la Resistencia²⁷⁹, y que después, “arrastrado por las circunstancias” —sujeto, a fin de cuentas—, acabó presentándose a unas oposiciones para formar parte de la policía judicial, no hay nada más importante que la cuestión de la verdad. Incluso —tan lógico como extravagante—, encontró que ambos oficios, el de filósofo y el de policía, tienen en común un deber —un deber que, por supuesto, encubre un goce—, que es el de (y son sus palabras): “hacer estallar la evidencia de la verdad”:

Antaño, en los comienzos de su carrera, cuando la gente se sorprendía de que se hubiese hecho policía, cuando le preguntaban por sus razones, el comisario jefe Roger Marroux respondía que era por afición a la filosofía. Afición contrariada, por lo menos en parte (...) Roger Marroux respondía —al principio de su carrera, puesto que hoy ya nadie le hacía preguntas al respecto—, que la cuestión central de la filosofía es, como todo el mundo sabe, la cuestión de la verdad. De hecho, esa es la auténtica cuestión que rige cualquier pregunta filosófica, aunque devenga inútil, o irrisoria, por lo menos bajo su forma metafísica, si se llega a la conclusión de que no hay criterio fundado, y mucho menos básico, de verdad. Como mucho, hay criterios formales de verificación.

“Por lo tanto, y es ahí donde yo quería llegar”, le decía Marroux a su interlocutor, o se decía a sí mismo cuando dejaron de preguntarle, “*si la verdad es realmente lo esencial, se puede entender el oficio de policía como uno de los pocos donde la gente aún se preocupa y se ocupa de investigar la verdad, y lo que la fundamenta. Uno de los pocos donde aún se trata de —¡conmovedora expresión!— hacer estallar la verdad*”.

“¿Conocen el dicho de Aristóteles?”, preguntaba. Por regla general no, sus interlocutores no conocían el dicho de Aristóteles según el cual nos encontramos ante la evidencia de los hechos como los murciélagos ante el resplandor del día, es decir, cegados.

“*Hacer estallar la evidencia de la verdad, aunque nos ciegue, si se da el caso: esa es mi profesión*”.

La consecuente aplicación de este principio hizo que la carrera de Roger Marroux se llenara de tormentas, de altibajos, desonido y de furia. En la actualidad, ya próximo el retiro, navegaba sin sobresaltos en las plácidas aguas de un puesto en la brigada criminal donde el espíritu de iniciativa no era necesario. Ni deseado. En pocas palabras, en tanto que personaje destacado, algo ajeno a las normas, sobre quien los inspectores jóvenes oían pareceres contradictorios, aunque todos admirativos, o por lo menos respetuosos, Marroux no se creaba problemas. Al margen de lo que se pensara de sus opiniones, se trataba de un personaje legendario.

*Pero hasta su afición por la verdad había quedado frustrada en el caso de su hijastro. O mejor dicho, en ese caso, el caso Netchaiev, la evidencia de los hechos nunca le había parecido verdadera: era demasiado cegadora.*²⁸⁰

Autrefois, au début de sa carrière, quand on s'étonnait qu'il fût devenu policier, quand on l'interrogeait sur ses raisons, le commissaire principal Roger Marroux répondait aussitôt que c'était par goût de la philosophie. Goût contrarié, du moins en partie (...) Roger Marroux répondait — au début de sa carrière, aujourd'hui plus personne ne l'interrogeait à ce propos — que la question centrale de la philosophie est, comme chacun sait, celle de la vérité. La seule vraie question, même, qui gouverne toute interrogation philosophique. Quitte à la rendre inutile, ou dérisoire, du moins sous sa forme métaphysique, si on parvient à la conclusion qu'il n'y a pas de critère fondé, et encore moins fondateur, de vérité. Tout au plus des critères formels de vérification.

²⁷⁹ Tal como lo hizo el propio Semprún.

²⁸⁰ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 57-59. Las cursivas son nuestras.

« Donc, et c'est là que je veux en venir, disait Marroux à son interlocuteur » – ou se disait-il à lui-même, soliloquant, lorsqu'on cessa de lui poser des questions – « *donc, si la vérité c'est bien l'essentiel, on peut comprendre le métier de flic : c'est l'un des rares où l'on s'occupe et s'inquiète encore de la recherche de la vérité, de son fondement. Où ils'agit encore – bouleversante expression ! – de faire éclater la vérité* ».

« Connaissez-vous le mot d'Aristote ? » Non, ils ne connaissaient pas, ses interlocuteurs, en règle générale, le mot d'Aristote disant que nous sommes devant l'évidence des faits comme les chauvessouris devant l'éclat du jour, aveuglés ?

« *Faire éclater l'évidence de la vérité, même si elle nous éblouit, le cas échéant : voilà mon métier.* »

L'application conséquente de ce précepte avait rendu orageuse, pleine de hauts et de bas, de bruit et de fureur, la carrière de Roger Marroux. À présent, à peu de temps de la retraite, il naviguait à vue dans les eaux calmes d'un poste de la Brigade criminelle où l'esprit d'initiative n'était pas nécessaire. Ni souhaité. Il se laissait vivre, en somme, grand personnage en dehors des normes, sur le compte de qui les jeunes inspecteurs entendaient des avis contradictoires. Mais tous admiratifs, respectueux du moins : quoi qu'on pensât de ses opinions, l'homme était légendaire.

*Mais jusqu'à présent, son goût de la vérité avait été frustré, dans l'affaire Netchaïev. Ou plutôt, l'évidence des faits ne lui avait jamais semblé vraie : trop aveuglante.*²⁸¹

Pero, ¿qué verdad es la que persigue Marroux, en este caso —el oscuro, el tortuoso caso de su hijastro, que lo concierne en lo más íntimo de su ser—, como para poder “hacer estallar su evidencia? ¿Qué evidencia cegadora le permitiría —o bien, le impediría— establecer esa verdad? ¿Es una verdad objetiva, susceptible de inducirse o deducirse a partir de los hechos puros mediante procedimientos filosóficos o policíacos —o filosófico-policíacos, muy a su estilo— ¿la que importa? Para un policía aristotélico como él (y también cartesiano, por supuesto), sí, sin duda. Y sería, de hecho, su verdad, *la verdad de Marroux* (y no la de Daniel). Esto significa, por lo tanto, que no sería una verdad objetiva, como a él le gustaría, sino, para su decepción, plenamente subjetiva. Pero, aun así, no dejaría de ser una verdad consciente, y no es ésta la verdad que importa. La verdad que importa es la verdad inconsciente, en este caso, esa verdad traumática, culpígena, que Marroux ha querido olvidar, o en el mejor de los casos, subsanar, y que es la de haber sobrevivido a Michel Laurençon, la de haber ocupado su lugar de esposo y de padre, la de haberlo traicionado, sin proponérselo (siempre “arrastrado por las circunstancias”). La verdad de haber ocupado el lugar de un muerto.

En cuanto a *la verdad de Daniel* (y no la de Marroux), su verdad subjetiva, inconsciente, cuyos elementos más salientes son la vergüenza y el odio, y por lo mismo, un irreprimible deseo de venganza contra su padrastro, es una verdad que se deja leer a medias —pues está encubierta por la verdad consciente, ideológica, que desplaza ese odio hacia otro objeto: la sociedad; esa

²⁸¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 37-38.

sociedad cruel, inequitativa e hipócrita de la que Marroux, en tanto que comisario de policía, resulta ser una especie de guardián— en una de las conversaciones que Daniel había tenido con Luis Zapata (y que éste había grabado sin el consentimiento de aquél, pues, intuyendo lo que se avecinaba, quería guardar el testimonio de Daniel para entregárselo a Marroux en el momento adecuado):

Aunque la cinta magnética chirriaba, se oían unos ruidos identificables: el de una cucharilla contra una taza de porcelana, el de un vaso que se está llenando y que luego se deja encima de una mesa.

Después, la voz de Luis Zapata: “¿Y por qué no recurres a Marroux, sencillamente?”

Roger Marroux cerró los ojos.

Sabía lo que venía a continuación. Ya había oído la respuesta de Daniel a esa pregunta de Zapata. Ya había escuchado toda la grabación de esa conversación que se había desarrollado entre ellos. Pero quería volver a escuchar la respuesta de Daniel: su voz, su entonación.

Cerró los ojos.

“Sí”, decía la voz de Daniel. “Sí, por supuesto... ¿Tú crees que es fácil? *Al final, sí... Acabaré sin duda esta historia con él...*”. *Se oía la risita breve, casi brutal, de Daniel.* “Le dejé un mensaje, hace mucho tiempo... No sé si lo encontré... En San Francisco el Alto, ¿te acuerdas? Dejé en mi habitación un cuadernito rojo que siempre llevaba conmigo, en el cual iba apuntando ocurrencias y reflexiones... Estaba totalmente fascinado por Netcháiev en aquella época; quería escribir un libro sobre él, acerca de él... Una especie de novela y ensayo al mismo tiempo... Situado hacia los años setenta del siglo pasado [el siglo XIX]... Bueno, supongo que también se trataba de una especie de diario íntimo... No recuerdo muy bien, hace mucho de eso... Pero lo dejé en aquella habitación para él... Estaba seguro de que haría el viaje a Guatemala, que seguiría las huellas que dejamos, hasta San Francisco el Alto... Tenía la esperanza de que encontraría el cuadernito rojo... *También era como un desafío: ¡entérate de lo que pienso de tu podrida sociedad!, y un último mensaje... ¡Las sandalias de Empédocles al borde del volcán! Me pregunto si lo encontré... qué se ha hecho de mi cuadernillo...*”²⁸²

La bande magnétique grésillait, on entendit des bruits identifiables : celui d'une cuiller tintant contre une tasse de porcelaine, d'un verre qui se remplissait de liquide, qu'on posait ensuite sur une table. Puis la voix de Luis Zapata: « Pourquoi ne pas t'adresser à Marroux, tout simplement ? Au commissaire ? » Roger Marroux ferma les yeux. Il connaissait la suite. Il avait déjà entendu la réponse de Daniel Laurençon à cette question de Zapata. Il avait déjà écouté tout l'enregistrement de la conversation entre eux, que Luis avait dû faire à l'insu de Daniel, certainement. Mais il voulait entendre de nouveau la réponse de celui-ci : sa voix, ses intonations. Il ferma les yeux. « Oui, disait la voix de Daniel. Oui, bien sûr... Tu crois que c'est facile ? *Pour finir, oui... Je finirai sans doute cette histoire avec lui...* » *On entendait le rire bref, presque brutal, de Daniel.* « Je lui avais laissé un message, autrefois... Je ne sais s'il l'a trouvé... À San Francisco el Alto, tu te rappelles ? J'ai laissé dans la chambre un carnet rouge que je traînais toujours avec moi, où je notais des impressions, des réflexions... À l'époque j'étais complètement fasciné par Netchaïev, je voulais écrire un livre sur lui, à propos de lui... Une espèce de roman et d'essai à la fois... Sur les années soixante-dix du siècle dernier... Bon, c'était aussi une sorte de journal intime, j'imagine... J'ai un peu oublié, c'est vieux... Mais je l'ai laissé dans cette chambre, pour lui... J'étais sûr qu'il ferait le voyage du Guatemala, qu'il suivrait les traces que nous avions laissées, jusqu'à San Francisco... J'espérais qu'il trouverait le carnet rouge... *C'était à la fois un défi : vois ce que je pense de votre société pourrie ! Et un dernier message... Les sandales d'Empédocle sur le bord du volcan ! Je me demande s'il l'a trouvé... ce qu'est devenu mon carnet...* ».²⁸³

²⁸² *Netchaïev ha vuelto*, pp. 257-258. Las cursivas son nuestras.

²⁸³ *Netchaïev est de retour*, p. 166. Las cursivas son nuestras.

Es así como el cuadernillo rojo de Daniel —donde, entre otras cosas, consta su fascinación por el personaje de Serghéi Genádievitch Netcháiev— deviene, más que el símbolo, el objeto por excelencia; un objeto en el que se materializa la triste, la amarga disputa entre dos sujetos que, más por las vicisitudes del deseo del Otro —de esos otros que son Michel Laurençon, en su deseo de morir (que llevó a cabo), y Juliette Blainville, en su deseo de vivir (que implicó la sustitución, en su lecho, de Michel por Roger)—, que por las de su propio deseo, se encontraron ligados por ese extraño (y en este caso, conflictivo) parentesco: padrastro e hijastro. Pero Marroux, policía aristotélico —detective, podríamos decir, para darle su verdadera figura²⁸⁴—, insiste en encontrar, en la articulación significativa de Daniel (sus apuntes en el cuadernillo), un mensaje para descifrar, un sentido oculto que le está velado; y no por impericia detectivesca, no por falta de sagacidad, sino porque la verdad del asunto, la verdad del caso Netchaiev, al estar atravesada por la sexualidad (el triángulo entre Michel, Juliette y Roger), por la muerte (de Michel) y por el lenguaje (todas las palabras con las que se intentó subsanar el trauma de la muerte y de la sustitución, y que incluyen, por supuesto, las palabras que Michel dejó para Daniel en una carta póstuma), es una verdad que “hace agujero” en tanto que remite a lo real inaccesible e imposible de simbolizar, es decir, de ser convertido en un mensaje (al Otro) o de ser enchalecado en un sentido (que permitiera clarificar y despachar el asunto); una verdad que, para su desgracia, no puede hacerse estallar por la evidencia de los hechos. Y es esto lo que él, Roger Marroux, ve (neuróticamente, narcisísticamente) como *su* fracaso, pues “no había sido capaz de preparar para la vida al hijo de Michel y Juliette, a quien había querido como a su propio hijo”, y lo que, en último caso, constituye *su* tragedia, pues, él también —y quizá no menos que Daniel Laurençon— es un personaje trágico.

Al final, es Luis Zapata quien, antes de morir —es asesinado por los mismos mercenarios que buscan a Daniel (y es así como Zapata viene a ser el mártir de la historia)—, reconstruye para Marroux esa verdad fáctica que el comisario andaba buscando. La nota, que Zapata ha escondido junto con las cintas magnéticas y otros documentos en una caja fuerte oculta detrás de un cuadro que adorna la sala de su casa en Fromont, una *Vista de Constantinopla*, dice lo siguiente:

²⁸⁴ Una figura que no abordaremos pues merecería un trabajo aparte.

“Comisario: *he aquí los hechos*; en los documentos adjuntos encontrará usted lo necesario para completar estas informaciones.

1) Daniel no se suicidó en Guatemala, en 1974. Usted ya lo había adivinado, en parte; se trataba de un montaje que organicé yo con él. Su organización le había condenado a muerte, y yo acepté convertirme en el brazo ejecutor de las tareas sucias. Por amistad, por admiración hacia Marc Lilliental. *Pero en el último minuto cambié de parecer ¿Por qué? Porque me enteré, justo al final, que el principal cargo que pesaba contra él, además de las divergencias políticas de base, consistía en que Daniel no había revelado a sus camaradas que su padrastro era un poli. Ello lo hacía sospechoso de ser un delator, un chivato, un provocador a sueldo de la Seguridad General.* Pero yo a usted le conocía (aunque ellos, los de Vanguardia Proletaria, lo ignoraban; lo ignoran todavía). Yo sabía que eso no era posible. Pero tampoco era posible convencerles a ellos. O convencer a Daniel de que olvidara sus proyectos demenciales de guerrilla y de atentados. Por lo tanto, salvé a Daniel (Los detalles referentes a este asunto se encuentran en la cinta de vídeo).

2) Netchaiev ha vuelto, pero ahora quiere dejar la lucha. Hace meses que busca una salida, que intenta desertar con alguna posibilidad de sobrevivir a este abandono. Intentará aprovechar una serie de operaciones terroristas programadas en Francia para la próxima semana con el fin de escaparse (Los detalles correspondientes están en los documentos y en la cinta magnetofónica). Hoy me ha dado el plan de estas operaciones, el nombre de las personas contra quienes va dirigido, el calendario previsto, etc. Dará más datos si se le garantiza un juicio justo y posibilidades de reinserción. Me ha encargado negociarlo a través de sus antiguos camaradas (algunos de los cuales, por cierto, figuran en la lista de atentados: Serguet, Lilliental). *Por supuesto, es con usted con quien debería discutir el tema. Y con quien, en lo más profundo de su ser, él también debe de estar queriendo hacerlo, estoy convencido de ello. Su regreso hacia la vida, hacia la sociedad, también es un regreso hacia usted. Pero para él no es fácil, por supuesto, reconocerlo.*

3) Daniel tiene la seguridad de que los miembros de su organización terrorista desconocen nuestra entrevista de esta tarde. Ellos no están al corriente, según dice, de la relación que tiene conmigo ¡Esperémoslo! Yo soy más desconfiado. Pienso que le deben de tener vigilado, ya que no se fían de él desde hace algún tiempo. No estoy seguro de que a estas horas no sepan ya que nos vimos hace un rato. En cambio, estoy seguro (¡fíese de mi vieja mano izquierda!) de que no saben dónde tengo ocultos estos documentos. Asumo el riesgo de darle las llaves de esta caja fuerte a Sonsoles, a ella, que es lo que más quiero en el mundo, porque vive en el Boulevard Edgar-Quinet con otro nombre y porque en su entorno nadie sabe que es la hija de Luis Zapata, antiguo gángster ¡Ella misma no sabe cuánto se me parece! Por lo tanto, aun en el supuesto de que me vayan siguiendo el rastro desde mi casamañana por la mañana—a Fromontiré en helicóptero, ¡allí les resultará imposible seguirme!—, si ven que me detengo en el Boulevard Edgar-Quinet—la puerta de al lado del domicilio de Georges Besse, ¿qué le parece esto?— les costará mucho averiguar a qué inquilino dentro del edificio he ido a visitar, ya que hay muchos...

Lo demás, comisario, está en los documentos adjuntos. Y, sobre todo, en sus manos. Ya que si esta nota llega hasta usted, esto querrá decir que han dado conmigo. Como decía Nieves (¿se acuerda usted de Nieves?) [la hermana de Luis Zapata]. Nos prestó una gran ayuda aquella vez en Girona, cuando asaltamos el banco), “Siempre habrá un Zapata para abrir brecha o para cubrir la retirada...”. ¡Le deseo buena suerte, comisario! Luis”.²⁸⁵

« Commissaire : *voici les faits* ; vous trouverez dans les documents ci-joints de quoi compléter ces informations. 1°) Daniel ne s'est pas suicidé, au Guatemala, en 1974. Vous l'aviez deviné en partie, c'était une mise en scène que j'ai organisée, avec lui. Il avait été condamné à mort par son organisation et moi j'avais accepté d'être l'exécuteur des basses œuvres. Par amitié, admiration, pour Marc Lilliental. *J'ai changé d'avis à la dernière minute. Pourquoi ? Parce que j'ai appris, tout à la fin, que le chef d'accusation principal contre lui, outre les divergences politiques, fondamentales, était que Daniel avait caché à ses camarades qu'il était le beau-fils d'un flic. On le soupçonnait d'être un mouchard, un provocateur travaillant pour les Renseignements généraux.* Or je vous connaissais (ils l'ignoraient, les gens de l'Avant-Garde ; ils l'ignorent toujours). Je savais que c'était

²⁸⁵ Netchaiev ha vuelto, pp. 262-263. Las cursivas son nuestras.

impossible. Mais il était tout aussi impossible de les convaincre, eux. Ou de convaincre Daniel d'abandonner ses projets démentiels de guérilla et d'attentats. Donc, j'ai sauvé Daniel. Mais les détails à ce sujet se trouvent dans la vidéocassette.

2°) Netchaïev est de retour, mais il veut abandonner la lutte, désormais. Ça fait plusieurs mois qu'il tente de trouver une issue, de désertir en ayant une chance de survivre à cet abandon. Il va essayer de profiter d'une série d'opérations terroristes prévues en France dans les prochaines semaines pour prendre le large (détails dans les documents et la cassettemagnétophone). Il m'a donné aujourd'hui le plan de ces opérations, les noms des personnes visées, le calendrier prévu, etc. Il donnera encore plus s'il obtient une garantie de jugement équitable et de réinsertion possible. Il m'a chargé de négocier cela par l'entremise de ces anciens camarades (dont certains sont sur la liste des attentats, d'ailleurs : Serguet, Liliental). *Bien sûr, c'est avec vous qu'il devrait discuter de tout cela. Qu'il voudrait aussi, au plus profond de lui-même, j'en suis convaincu. Son retour vers la vie, vers la société, est aussi un retour vers vous.* Mais ce n'est pas simple pour lui, bien sûr, d'arriver à formuler cela.

3°) Daniel est persuadé que notre entrevue de cet après-midi n'est pas connue des gens de l'organisation terroriste. Ils ne sont pas au courant, dit-il, du rapport qu'il a avec moi. Admettons ! Je suis moins confiant que lui. Je pense qu'il doit être surveillé, car on se méfie de lui depuis quelque temps. Je ne suis pas sûr qu'ils ne sachent pas déjà que nous nous sommes vus tout à l'heure. En revanche, je suis sûr (faites confiance à mon vieux savoir-faire !) qu'ils ne savent pas où je planque ces documents. Je prends le risque de donner à Sonsoles les clefs de ce coffre, à elle qui est ce que j'ai de plus cher au monde, parce qu'elle habite boulevard Edgar-Quinet sous un autre nom, parce que personne ne sait dans son entourage qu'elle est la fille de Luis Zapata, ancien truand. Elle ne le sait pas elle-même, à quel point elle me ressemble ! Donc, si je suis pris en chasse demain matin à partir de chez moi – j'irai à Fromont en hélico, impossible qu'ils m'y suivent ! –, s'ils me voient m'arrêter boulevard Edgar-Quinet – la porte à côté du domicile de Georges Besse, que dites-vous de ça ? –, ils vont avoir du mal à découvrir à quel locataire de l'immeuble, ils sont fort nombreux, j'aurai rendu visite. « Le reste, commissaire, est dans les documents joints. Et entre vos mains, surtout.

Car si ce mot vous parvient, ça voudra dire qu'ils m'ont eu. Comme disait Nieves (vous vous souvenez de Nieves ? Elle nous a bien aidés à Gerona, quand on a braqué cette banque !), Siempre habrá un Zapata para abrir brecha o cubrir la retirada... Bonne chance à vous, commissaire ! Luis. »²⁸⁶

La referencia a la *Vista de Constantinopla*,

Se trataba de un lienzo de buena factura, sin firma, que provenía quizás de algún taller de pintura veneciano del siglo XVIII. La basílica de Santa Sofía levantaba sus cúpulas y sus campanarios en un fondo de paisaje portuario. Se veían barcos amarrados. En primer plano, una barca con mucha carga se acercaba, jalada por los remeros. Sonsoles empezó a marcar la combinación que permitía abrir la caja fuerte oculta detrás del cuadro. Roger Marroux se acordó de *Las Meninas*. O mejor dicho, de la mirada de Luis Zapata sobre el lienzo de Velázquez.

Jamás olvidaría aquella visita al Prado con un Zapata forzado e incómodo, primero, maravillado después por tanta belleza desconocida, y rebosante de curiosidad. En la sala de *Las Meninas*, con una de las paredes revestidas por un espejo inmenso que permitía al visitante repetir por su cuenta el juego óptico del propio cuadro, Marroux estuvo hablando largo y tendido a Zapata del propósito pictórico de Velázquez. En un momento determinado, tuvo la impresión de que había un hombre escuchando. Un tipo que estaba ahí, solo, inmóvil, de espaldas, pero cuya imagen podía distinguir en el gran espejo lateral, y que parecía estar prestando una discreta atención a lo que Marroux decía. A lo mejor comprendía el francés. De repente, ese hombre se volvió hacia Zapata y hacia él, antes de alejarse de la sala de *Las Meninas*. Se trataba de un individuo que debía rondar los cuarenta años, alto y delgado, con el pelo muy tieso y negro. Al pasar el desconocido, le echó una ojeada.

²⁸⁶ *Netchaïev est de retour*, pp. 168-169. Las cursivas son nuestras.

A Marroux se le heló la sangre en las venas. Reconoció la mirada de aquel hombre. En cualquier parte, hasta el último minuto de su vida, habría reconocido la mirada de aquel desconocido que estaba contemplando *Las Meninas*, en el Prado, un día del año 1961. Era la mirada de aquel joven deportado español de Buchenwald. “Pero el horno crematorio se paró ayer... Nunca más volverá a haber humo...”

El desconocido, al ver la expresión del rostro de Marroux, había comprendido que éste le reconocía, o que creía haberle reconocido, por lo menos. Desvió la mirada, aceleró el paso y desapareció.

—¿Y qué más?—dijo Luis, extrañado por no seguir oyendo las explicaciones de Marroux. Luego, tras observarle atentamente, añadió—: ¡Ni que hubieras visto un fantasma, tío!²⁸⁷

C’était une toile de bonne facture, non signée. Provenant sans doute d’un atelier de peintre vénitien du XVIIIe. La basilique de Sainte-Sophie dressait ses coupoles et ses flèches au fond du paysage portuaire. Des navires étaient à l’ancre. Au premier plan, une barque lourdement chargée s’avavançait, halée par ses rameurs.

Sonsoles commença à composer la combinaison qui permettait d’ouvrir le coffre caché par le tableau.

Roger Marroux se souvint des Ménines. Ou, plutôt, du regard de Luis sur la toile de Vélasquez.

Il n’oublierait jamais cette visite du Prado avec Zapata, d’abord contraint et mal à l’aise, ensuite émerveillé par tant de beautés ignorées, curieux de tout. Dans la salle des Ménines, ornée sur l’une de ses parois par une immense glace, qui permettait au visiteur de renouveler pour son compte le jeu optique du tableau lui-même, Marroux avait longuement parlé à Zapata du propos pictural de Vélasquez. À un moment donné, il avait eu l’impression qu’un homme l’écoutait. Un type qui était là, seul, immobile, leur tournant le dos, mais pouvant distinguer leur image dans la grande glace latérale, et qui avait l’air de prêter attention, discrète, à ses paroles. Peut-être comprenait-il le français. Soudain, cet homme s’était tourné vers Zapata et lui, avant de quitter la salle des Ménines. C’était quelqu’un qui approchait de la quarantaine, sans doute, grand et maigre, aux cheveux drus et noirs. L’inconnu lui avait jeté un coup d’œil, en passant. Le sang de Roger Marroux s’était figé, il en avait eu le souffle coupé. Il reconnaissait le regard de cet homme. N’importe où, jusqu’à la dernière minute de sa vie, il aurait reconnu le regard de cet inconnu qui contemplait les Ménines, au Prado, un jour de l’année 1961. C’était le regard du jeune déporté espagnol de Buchenwald. « Mais le crématoire s’est arrêté hier... Il n’y aura plus jamais de fumée... » L’inconnu, à voir l’expression du visage de Marroux, avait compris que celui-ci le reconnaissait, croyait le reconnaître du moins. Il détournait le regard, pressait le pas, disparaissait. — Alors ? Disait Luis, étonné de ne plus entendre les explications de Marroux. Et puis, l’ayant observé : — On dirait que t’as vu un fantôme, vieux ! S’exclamait-il.²⁸⁸

²⁸⁷ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 259-260.

²⁸⁸ *Netchaïev est de retour*, pp. 167-168.



Ivan Aivazovski, *Vista de Constantinopla*



Velázquez, *Las Meninas*

CAPÍTULO 4. LA TRANSFIGURACIÓN

4.1. LOS EMPRESARIOS

4.1.1. Marc Liliental

a) Laloy

Comencemos por la descripción de Marc Liliental, misma que nos permite hacernos una *imagen* de él y seguirlo —así coagulado en lo imaginario— en sus vicisitudes a lo largo del relato. Es el narrador, por supuesto, quien lo describe. Primero a los veinte años:

Marc Liliental, que se hacía llamar *Laloy*, era probablemente [de los cinco] el más agudo, el más brillante: su discurso era metódico y riguroso, de una precisión implacable, como un escalpelo. También era el más seductor —o el más seducido por las mujeres—, con sus ojos verdes y su aspecto tenebroso de arcángel negro.²⁸⁹

Marc Liliental, qui se faisait appeler Laloy, était probablement le plus aigu, le plus brillant : sa pensée était méthodique et rigoureuse, d'une précision implacable, comme un scalpel chirurgical. Il était aussi le plus séduisant—ou le plus séduit par les femmes—avec ses yeux verts, son allure ténébreuse d'archange noir.²⁹⁰

Y después a los cuarenta:

Él, Marc Liliental, llamado *Laloy*, de cuarenta años recién cumplidos, alto, esbelto, de borrascosa mirada y boca cínica y sensual, ex-revolucionario en vías de levantar un imperio en el mundo de la informática y de los medios de comunicación...²⁹¹

Lui, Marc Liliental, dit Laloy, quarante ans aujourd'hui, grand, mince, l'œil orageux, la lèvre cynique et sensuelle, ancien révolutionnaire en train de se tailler un empire dans l'univers de l'informatique et des média...²⁹²

De entre los rasgos físicos, se destaca su altura y su esbeltez, “su aspecto tenebroso de arcángel negro” —una imagen magnífica—; pero se pone énfasis en los ojos (“verdes”), e incluso en la (“borrascosa”) mirada —sabemos que, para Lacan, la mirada es un *objeto a*, es decir, un “objeto” del cuerpo que presentifica algo de lo real del sujeto—, y en la boca (“cínica y sensual”) —aunque no en la voz, que sería el otro *objeto a* por excelencia— de este extraño personaje, fascinante, sin duda, que es Marc Liliental.

²⁸⁹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 40.

²⁹⁰ *Netchaïev est de retour*, p. 47.

²⁹¹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 106.

²⁹² *Netchaïev est de retour*, p. 67.

De entre los rasgos psicológicos, se destaca su agudeza, su brillantez intelectual, de la que emana “un discurso metódico y riguroso, implacable como un escalpelo” —otra imagen magnífica—; se deja ver, entre una descripción y otra, la mutación psicológica —también ideológica— que ha tenido, su escandalosa transfiguración de revolucionario a empresario. Y también se describe un rasgo que lo define en un plano más íntimo, el que concierne a su sexualidad, o mejor dicho, a su modo de gozar, y es el hecho de ser “el más seductor —o el más seducido— por las mujeres”; descripción que se queda corta, pues, como veremos, Liliental es mucho más que eso. ¿Qué es? Julien Serguet lo define así: “Marc es un genio con las mujeres... pero *un genio diabólico*”; lo define así ante Fabienne Dubreuil, la más reciente conquista de Marc, para tratar de advertirla sobre el peligro que corre al haber caído en sus redes:

[Fabienne Dubreuil es una de las articulistas de *Action*, el periódico que dirige Julien Serguet. Un jueves por la noche, ella se presenta en el despacho de su jefe para pedirle un asueto de dos días, hasta el lunes [pues Marc Liliental la ha invitado a pasar el fin de semana con él en Maine, Estados Unidos].

En la mirada de Julien brilló un destello de preocupación.

—Es Marc, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros

—¿Quémásda, él u otro?

Julien se echó a reír.

—¡Porque resulta que siempre es él, y no otro! —exclamó Serguet—. Hace veinte años que veo a las chicas caer en sus brazos, desvanecerse, sufrir, gozar de su sufrimiento... ¡Este tipo es un genio con las mujeres!

¿Un genio?, se preguntaba Fabienne para sus adentros. Entonces, el genio consiste en una disponibilidad total, un altruismo implacable, que no busca sino el goce del otro para someterlo mejor, un dominio del tiempo y del verbo.

Julien la miró con ternura.

—*Pero un genio diabólico. Nada le satisface más que hundir a una mujer en la bajeza de sus propios deseos, deseos que él ayuda a descubrir dentro de sí misma.*

Ella aguantó la mirada.

—¿Qué es lo que te permite suponer que tengo dotes para este tipo de bajeza?

Julien se inclinó hacia ella y le acarició ligeramente la mejilla.

—¡Pero si todos estamos dotados para estas cosas, querida mía! No te dejes destruir por ese vértigo.

—¿Destruir?

Un recuerdo le abrasó el corazón. El día anterior, en el Orillas del Estigio [una lujosa casa de citas en las afueras de París], la mirada de aquella camarera, Iris, a la que Marc hizo acudir al apartamento azul: su mirada, la desnudez de ellos dos, el turbio goce.

—Ve si quieres —dijo Serguet—. Pero estáte aquí el martes, te necesitaré...²⁹³

²⁹³ *Netchaiev ha vuelto*, p. 119.

Il y avait eu une lueur d'inquiétude dans le regard de Julien.
 — C'est Marc, n'est-ce pas ? Elle avait haussé les épaules. — Pourquoi lui plutôt qu'un autre ? Il éclata de rire.
 — Parce que c'est toujours lui plutôt qu'un autre ! S'écria Serguet. Ça fait vingt ans que je vois les filles tomber dans les bras de Marc, se pâmer, souffrir, se réjouir de leur souffrance... Cetype a du génie avec les femmes ! Du génie ? Se demandait Fabienne. Alors le génie est une disponibilité totale, un altruisme implacable, ne cherchant que la jouissance de l'autre pour mieux se le soumettre, une maîtrise du temps et du verbe. Il la regardait avec tendresse. — *Mais un génie diabolique. Rien ne le comble autant que de noyer une femme dans la bassesse des passions qu'il l'aide à découvrir en elle-même.* Elle avait soutenu son regard. — Qu'est-ce qui te permet de croire que je sois douée pour cette bassesse-là ? Il s'était penché vers elle, lui caressant légèrement la joue. — Mais nous le sommes tous, ma jolie, doués de cette façon ! Ne te laisse pas détruire par ce vertige, si vertige il y a ! — Détruire ? Un souvenir lui avait brûlé l'âme. La veille, aux Rives du Styx, le regard de cette femme de chambre, Iris, que Marc avait convoquée dans l'appartement bleu : son regard, leur nudité, la joie trouble. — Va, disait Serguet. Mais sois là mardi, j'aurai besoin de toi...²⁹⁴

Y es que, desde que Marc vio a Fabienne en las oficinas de *Action* — Julien había insistido mucho para que fuera, pues se estaba preparando un reportaje sobre el éxito social de los antiguos sesentayochistas —, supo al instante que sería su presa:

Marc también había aceptado la entrevista porque ya se había fijado en muchos artículos de *Action* que llevaban esa firma: Fabienne Dubreuil. Una tía con muy buena pluma. Justo ahora la veía acercarse hacia él cruzando la inmensa extensión de moqueta gris de su despacho. Se le cortó la respiración ¡Qué garbo, madre mía! ¡Un pura sangre! ¡Qué manera de moverse, de ofrecer el cuerpo al universo entero, de retenerlo y recuperarlo enseguida! ¡Un centauro femenino, con riendas en la mirada y en el porte altivo! A través de ese cuerpo se mostraba un alma transparente, profunda. *Un alma que llamaba a ser dominada, devastada. Un alma en la que se abría la posibilidad de una felicidad infernal.*²⁹⁵

Il avait accepté ce rendez-vous parce que Serguet avait insisté, le rappelant au téléphone plusieurs fois. Aussi parce qu'il avait déjà remarqué des papiers d'Action portant cette signature : Fabienne Dubreuil. Beau brin de plume, certainement. Beau brin de fille avec brin de plume idem, pensait-il maintenant, en la voyant s'avancer vers lui sur la vaste étendue de moquette grise. Il en avait eu la gorge serrée. Quelle allure, bon sang, pur sang, quelle façon de bouger, d'offrir son corps à l'univers, de le retenir et de le reprendre aussitôt, centaure féminin, par les rênes du regard, le port altier du buste ! Une âme s'y montrait, transparente, insondable. Une âme à conquérir, à investir, à dévaster : un bonheur d'enfer s'annonçait possible.²⁹⁶

Pero Fabienne no era ni la primera ni la última mujer (sólo era “una más dentro de una serie”) con la que Marc experimentaría esa “felicidad infernal”; lo que para nosotros se traduce, por supuesto, como su “modo de gozar”; un modo de gozar extremadamente refinado, y sí, algo “perverso” (en un sentido clínico) por cuanto apunta al sometimiento y a la abyección de la

²⁹⁴ *Netchaïev est de retour*, p. 109.

²⁹⁵ *Netchaïev ha vuelto*, p. 105.

²⁹⁶ *Netchaïev est de retour*, pp. 66-67.

mujer en turno (aunque no a su destrucción propiamente dicha²⁹⁷), bajo su propio consentimiento, que es el que Marc, con su inmensas dotes seductoras, ayuda a promover. Ya con Adriana Sponti, por ejemplo, las cosas habían sido parecidas, pues cuando tenían veinte años, en los tiempos en que eran revolucionarios, “él la había hecho conocer la brutalidad inefable de la pasión (que ella oscuramente deseaba)”²⁹⁸ [se la había hecho conocer él, Marc Liliental, y no Elie Silberberg, “quien era demasiado respetuoso para tener la más mínima posibilidad de conquistarla”²⁹⁹; razón por la cual existe entre ellos, en el seno de su gran amistad, una sorda rivalidad nunca formulada]; y más tarde, cuando tenían treinta años, en los tiempos en que ya eran empresarios, Adriana y Marc “habían cruzado, uno tras otro, todos los círculos del infierno”³⁰⁰. Y es por eso que, pese a la hija que procrearon juntos (Béatrice), Adriana había tenido que “huir para salvarse —y nunca mejor dicho—, y para salvarlo a él también”³⁰¹. Y sin embargo —como veremos más adelante, en el párrafo dedicado a Adriana Sponti— esa huida no había sido suficiente para que los lazos que había entre ellos se rompieran: “lazos directos, cadenas invisibles, dependencias y preferencias: lazos de sangre, casi incestuosos”.³⁰²

Pero Fabienne es más joven que Adriana, y también más bella [al punto de que su aparición hace comprender a Adriana que ha perdido a Marc para siempre], y quizá también más lúcida —antes de devenir periodista ha estudiado filosofía—, pero todo esto no la hace menos indefensa ante el encanto hipnótico, ante el poderío fálico, ante el cinismo relajado y risueño de Marc Laloy, fundador de *Média-Monde*, un imperio mediático en expansión.

Veámoslo, a continuación, en algunas de sus faenas:

En “Orillas del Estigio”³⁰³ (“*Les rives du Styx*”), la lujosa casa de citas situada en las afueras de París donde Marc suele llevar a las mujeres que ha conquistado o está en vías de conquistar. En esta ocasión, Fabienne Dubreuil ha sido la elegida:

²⁹⁷ El goce perverso apunta, finalmente, a la destrucción del otro, del *partenaire*.

²⁹⁸ *Netchaiev ha vuelto*, p. 41.

²⁹⁹ *Ibid.*, p. 41.

³⁰⁰ *Ibid.*, p. 224.

³⁰¹ *Ibid.*, p. 224.

³⁰² *Ibid.*, p. 224.

³⁰³ La elección de este nombre no es arbitraria, pues, en la mitología griega, es uno de los cinco “ríos infernales” —el Estigio (río del odio), el Flegetonte (río del fuego), el Lete (río del olvido), el Aqueron (río de la aflicción) y el Cocito (río de las lamentaciones)—, los cuales convergen en su centro formando una gran ciénaga. Popularmente se creía que las almas de los difuntos podían cruzar el Estigio en una barca guiada por Caronte, en dirección al inframundo. En el cristianismo, y

En el ascensor, Marc le acarició levemente la ceja, la sien, el óvalo del rostro, el hoyuelo junto a sus labios. Ella se giró hacia él.

—¿De cuánto tiempo dispones? —le preguntó Marc.

—¿Tiempo?

Rió brevemente, con una risa más bien alegre

—De una hora, algo así como una hora... sí, antes de ir al periódico... hoy es día de cierre —le respondió Fabienne. Una camarera a la que Marc daba la impresión de conocer bien les esperaba en el rellano. Marc la llamó Iris. En un sitio así, ese nombre le sentaba bien. “Mensajera de las pequeñas alegrías” [tal es el significado griego de ese nombre femenino]: ¡las frías aguas del Estigio en sus manos! Iris les abrió la puerta y se quedó mirando a Fabienne: “con cara de estar valorando la nueva conquista de Marc”, pensó aquella.

De repente, la familiaridad de Marc con el lugar la irritó. Pues parecía, en efecto, desenvolverse con toda familiaridad. Por supuesto que no pensaba ser ella la primera; que él inaugurase un sitio de encuentro nuevo para ella. Pero se prometió a sí misma no reincidir. Marc era apasionado, es verdad. Ella iba a entregarse a él, a dejarse tomar ¿Por qué no? Era libre, estaba disponible y se sentía bien. El resultado ya se vería. En cualquier caso, no había mañana. La mirada de Iris —¡y además era guapa, la muy zorra— la devolvía a su sitio. O mejor dicho: *a un sitio dentro de una serie, que prefería no ocupar*. Ella no iba a ser la última conquista de Marc Liliental. La camarera mantenía abierta la puerta y se hacía a un lado para dejarles pasar.

*En la recepción, Marc había pedido “el apartamento azul”. Puro lujo, con un toque de extravagancia. Fabienne miró a su alrededor, impresionada. En la puerta, Marc estaba dando una propina importante a Iris mientras con una mano le rozaba la cadera, el vientre, la curva de los pechos. Se trataba sin duda de un gesto tan habitual como la propina. En la mirada de la joven camarera destellaron todo tipo de promesas, de desafíos, de pérfidas derrotas, “como en un paisaje brillante después de la lluvia”, pensó Fabienne.*³⁰⁴

Dans l'ascenseur, Marc lui avait caressé d'un doigt léger l'arcade sourcilière, la tempe, le profil du visage, de la pommette au coin de la bouche. Elles s'étaient tournée vers lui. — Combien de temps as-tu ? Demandait-il. — Du temps ? Elle avait eu un rire bref, plutôt gai. — Une heure, une sorte d'heure... Oui, avant d'aller au journal... C'est aujourd'hui qu'on boucle. Une chambrière les attendait sur le palier, jeune femme que Marc avait l'air de bien connaître. Il l'avait appelée Iris. Ça lui allait bien, ce prénom, dans un tel lieu. Messagère des petits bonheurs ; l'eau froide du Styx dans ses mains ! Iris tenait la porte, l'observant : l'air de jauger cette nouvelle conquête de Marc, avait pensé Fabienne. Ça l'avait irritée, soudain, l'idée des habitudes de Marc, ici. Car il donnait l'impression d'y avoir des habitudes. Bien sûr, elle ne pouvait pas supposer être la première. Qu'il inaugurât un nouvel endroit de rendez-vous pour elle. Mais elle se promet de ne pas récidiver. Il était passionnant, Marc, c'était vrai. Elle allait se donner à lui, se laisser prendre. Pourquoi pas ? Elle était libre, disponible, bien dans sa peau. Petit mort, petit bonheur : on verrait bien. Sans lendemain, en tout cas. Le regard d'Iris — elle était belle, la garce, de surcroît ! — la remettait à sa place. Ou plutôt : *à une place qu'elle ne tenait pas à occuper, dans une série*. Elle ne serait pas la dernière conquête de Marc Liliental. La chambrière ouvrait une porte, maintenant, s'effaçait pour les laisser entrer. *À la réception, Marc avait demandé l'appartement bleu. C'était luxueux, quelque peu extravagant. Fabienne se retourna, ébahie. Marc donnait un gros billet à Iris, à la porte de l'appartement. Puis, il lui frôlait d'une main la hanche, le ventre plat, l'arrondi d'un sein. Sans doute était-ce un geste aussi habituel que le pourboire. Toutes sortes de promesses, de défis, de défaites sournoises brillèrent dans le regard de la jeune chambrière, comme un paysage luisant après la pluie, avait pensé Fabienne.*³⁰⁵

de manera notable en *La divina comedia*, Dante hace del Estigio “el quinto círculo del infierno”, donde los coléricos y hoscos reciben el castigo de ser ahogados a perpetuidad.

³⁰⁴ *Netchaiev ha vuelto*, p. 68. Las cursivas son nuestras.

³⁰⁵ *Netchaiev est de retour*, pp. 43-44. Las cursivas son nuestras.



“El paso de la laguna Estigia”, Joaquin Patinir, 1520-1524.

Y un poco más tarde, en el mismo “apartamento azul”, el preferido de Marc:

Estaban desnudos, devueltos por la oleada a la blancura de la gran cama deshecha, temblando aún.
 —Antes te he odiado —murmuró Fabienne.
 Marc, con una suave caricia, seguía la línea de su cuerpo, desde la punta de los dedos del pie hasta el lóbulo de la oreja, hasta las suaves venas de las sienes.
 —Ya me he dado cuenta —dijo Marc—, era bastante estimulante.
 Ella lo miró perpleja, con un arrebato de difusa inquietud.
 —Antes de dejarte ir, de flotar en tu placer, me ha parecido que te rebelabas un instante, sí—prosiguió Marc.
 —¿También has notado eso? —preguntó Fabienne.
 ¿No sólo has ido a buscar mi cuerpo?, pensó. ¿No sólo sus alegrías, su avidez, el ritmo de su placer, el estallido que has buscado hasta en lo más hondo, hasta su misma fuente? ¿Has comprendido también mi rebeldía, el momento en que he sentido ganas de negar ese placer que, justamente, se anunciaba?
 Él hizo un gesto de disculpa.
 —*¡No hay nada que me apasione más que los misterios del alma femenina!* —dijo, riendo—. *Fíjate que he dicho el alma... El cuerpo no tiene misterios... Sólo secretos, reflejos, honduras... El cuerpo no es más que una cuestión de paciencia... El alma, de intuición...*
 —¿Y la ternura qué, eh? —preguntó Fabienne, riendo también ella en son de guasa.
 Marc la hizo girar para acariciarle la espalda, las nalgas.
 —*¡La ternura está en la base de todo! Incluso de su contrario, la crueldad... ¿Qué placer se puede obtener dominando o humillando a alguien por quien no se siente ni un aliento de ternura?*
 Ella se estremeció, tanto por sus palabras como por sus caricias.
 Él le había pedido que no se quitara las medias negras. El perfil de sus caderas resaltaba más.
 —¿Es la mujer el futuro del hombre? —dijo él con aire divertido—, ¿o el futuro de una ilusión? ¿De una *black illusion*? [*Black Illusion* es la marca de las medias negras que lleva Fabienne].

Una caricia más insistente la hizo gemir.
—¿O la ilusión de un futuro? —murmuró ella.
Cuando él se abalanzó sobre sus nalgas, ella mordió la sábana.³⁰⁶

Ils étaient nus, rejetés par la vague sur la blancheur du grand lit défait, tremblants encore. — Jet'ai détesté tout à l'heure, murmurait Fabienne. Marc avait suivi le contour de son corps, d'une main légère, de la pointe de l'orteil au lobe de l'oreille, à la douceur veinée de la tempe. — J'ai senti ça, disait Marc. C'était assez tonique. Elle l'avait regardé, perplexe. Avec une bouffée d'inquiétude confuse, soudain. — Avant de te laisser aller, de flotter dans ton plaisir, tu m'as eu l'air d'avoir un instant de révolte, en effet, poursuivait-il. — Tu as compris ça aussi ? Disait Fabienne. Non seulement mon corps, avait-elle pensé : ses joies, son avidité, le rythme de sa jouissance, son éclat, que tu es allé chercher au plus loin, à sa source, tu as compris aussi ma révolte ? L'instant où j'ai eu envie de refuser ce plaisir justement qui s'annonçait ? Il s'était excusé d'un geste. — *Rien ne me passionne autant que les mystères de l'âme féminine ! Disait Marc en riant. Je dis bien l'âme... Le corps n'a aucun mystère... Seulement des secrets, des réflexes, des turpitudes... Le corps est une question de patience... L'âme d'intuition..* — « *Et la tendresse, bordel ?* » avait demandé Fabienne. *En riant aussi, gouailleuse. Il l'avait retournée sur le ventre, pour caresser son dos, ses reins.*
— *La tendresse est à l'origine de tout ! Même de son envers, la cruauté... Quelle joie aurait-on à dominer ou à humilier un être pour lequel on n'aurait pas eu un élan de tendresse ?* Elle avait frémi, autant à ses paroles qu'à son attouchement. Il lui avait fait garder ses bas noirs. Le galbe de ses hanches en était souligné. — La femme est-elle l'avenir de l'homme, avait-il dit, enjoué, ou l'avenir d'une illusion ? D'une black illusion ? Elle gémissait sous une caresse plus pressante. — Ou l'illusion d'un avenir ? Murmurait-elle. Elle avait mordu le drap, lorsqu'il roula sur ses reins.³⁰⁷

En una tienda de ropa en Deer Isle, la misma tarde en que Fabienne ha arribado (procedente de París) al aeropuerto de Bangor, en Maine, Estados Unidos:

Desde el aeropuerto [donde Marc ha pasado a recoger a Fabienne] hacia Deer Isle, Marc condujo a gran velocidad a pesar de los discos de limitación que se veían por todas partes, cruzando un paisaje de bosques de escarcha y de brazos de mar de un color azul acerado, bañado por la cortante y dura luz invernal. En Ellsworth se detuvieron para repostar gasolina. En Blue Hill para un rápido tentempié. Cruzaron el Eggemoggin por el puente colgante que une el continente y la Isla de los Ciervos.

Una vez hubieron dejado el equipaje de Fabienne en el Pilgrim's Inn, Marc la llevó a dar la vuelta a la isla. En Stonington, a las cuatro de la tarde—para ella ya eran las once de la noche [hora de París]—, tomaron un café y fueron a Epstein, para que Fabienne se comprara ropa.

En la tienda, Fabienne se fijó en que la joven vendedora rubia se había sonrojado ligeramente al saludar a Marc, a quien estaba claro que ya conocía. En cuanto se hubieron alejado, fisqueando por los mostradores, de la joven americana, Fabienne se lo dijo insidiosamente.

Marc estalló en carcajadas.

—Es cierto que me habría parecido una jovencita apetitosa —le dijo a Fabienne— si no se empeñara en llevar bambas [tennis]. Las bambas con pantalones vaqueros son demasiado para mí, incluso con un bonito trasero. Los vaqueros sólo merecen despertar interés si se llevan con medias debajo, bien visibles en los tobillos, y a ser posible con zapatos de tacón alto. ¡Sólo abren el apetito si sugieren algo más que la rústica rudeza del tejido de los pioneros!

—De todos modos —le decía Fabienne con acritud—, no veo por qué tendrías que darme explicaciones sobre si te follas o no a esta tontita.

³⁰⁶ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 71-72. Las cursivas son nuestras.

³⁰⁷ *Netchaiev est de retour*, pp. 45-46. Las cursivas son nuestras.

Marc pensó en Béatrice, por el verbo “follar”, por supuesto [ver la nota correspondiente]. Se puso a reír, relajado.

—Notengo por qué explicarteneda, perotelo explico. ¡Y es a ti a quien me voy a follar, no lo olvides! ¿Para eso has venido, no?

Fabienne no respondió a esta grosería; le estaba bien empleado, por hurgar en una cuestión tan fútil. ¿Iba a hacerse ilusiones, acaso, de ser la única en la vida de Marc, ella, que apenas hacía tres días que lo conocía? ¿O era quizá la tentación, la esperanza de serlo?

De tanto rebuscar entre los artículos expuestos en la tienda, Marc acabó haciendo la constatación de que las ropas de tela más típicamente americanas por el corte y por los colores lucían muy a menudo etiquetas que mostraban que habían sido confeccionadas en China, en Corea del Sur o en Singapur.

Entre risas, le señaló este detalle a Fabienne.

—¿Te acuerdas de Stalin? —preguntó—. ¿De su último texto teórico de 1952, en el que se refiere al mercado mundial?

Fabienne se le quedó mirando, atónita.

—¡Stalin jamás escribió ningún texto teórico de verdad, que yo sepa! —declaró perentoriamente—. ¡Además, tampoco he leído nunca ni una línea de Stalin!

—¡No puede ser!

Marc parecía realmente no creerle en absoluto.

—Pero, ¿cuántos años te crees que tengo? —le preguntó Fabienne, muy enfadada—. ¡Stalin! ¡Eso es la prehistoria!

Marc la estrechó entre sus brazos, dándole besos detrás de la oreja, en el cuello, riendo como un loco.

—¡Por fin! ¡He aquí a la nueva Eva, la mujer prometida a los feroces mutilados de vuelta de los países cálidos, de los fríos dogmas! ¡Cuánta suerte he tenido de toparme contigo!

—Pero, ¿qué mosca de ha picado?

—¿No has leído nunca ni una línea de Stalin, Fabienne? ¿De verdad? ¡Júramelo!

Se separó de él. Cruzando los dedos, juró.

—Ni de Mao, ni de Thorez, ni de Trotski, ni de Togliatti... ¡Te lo juro! ¡Yo he estudiado filosofía!

—¿Y de Marx? —preguntó Marc.

—No se pueden comparar, ¿no te parece? Para empezar, Marx es un escritor. Y además es genial. ¡Estaba completamente loco, pero era genial! ¿Te acuerdas de las cartas que le escribió a Engels en 1857?

Marc la miró a los ojos, acariciándole la nuca bajo el corto cabello.

—¡Sigue hablando! ¡Noto que me vas a excitar!

Ella ni se rió, prosiguiendo, impertérrita:

—Marx, con su *alter ego*, se queja porque, según dice, la inminente crisis del capitalismo, su inevitable desmoronamiento (estamos en 1857, ¿has tomado nota?) va a volver inútil su trabajo de desvelar las leyes del sistema capitalista. mercantil. Se queja de que va a llegar demasiado tarde... Y el libro que estaba escribiendo, y que se quedó en estado de borrador, es un libro genial, los *Grundrisse*. En cuanto hacía previsiones concretas, en cuanto se ponía a trabajar sobre la materia más inmediatamente política, el pobre Marx siempre se quedaba plantado. Pero en cuanto se metía con las generalidades abstractas de lo universalmente histórico, daba de lleno en el blanco.

Marc dejó escapar un silbido entre dientes y la estrechó de nuevo entre sus brazos, hablándole al oído.

*—Voy a joder con una mujer deliciosamente bella y perversa, que no sólo ha leído *La conspiración* [Marc se la ha hecho leer], sino también los *Grundrisse*. ¡¿Qué más se puede pedir?!*

Fabienne hundió el rostro en el hombro de Marc, después le miró.

—Joder, joder. Se habla mucho de joder, aquí. ¿Cuándo vamos a pasar a la acción?

—¡Tomó buena nota del empleo del plural! —dijo Marc—. ¡Es una buena señal!

La volvió a besar, acariciándole la cabeza, el pecho.

Unos paquetes cayeron de una estantería, debido a un gesto torpe de Fabienne. Ella se agachó para recogerlos: eran unos sobres de papel de celofán que contenían medias.

—¡Black Illusion! —exclamó entusiasmada al ver la marca.³⁰⁸

Il l'avait ramenée vers Deer Isle, à très grande vitesse malgré les panneaux de limitation visibles partout, dans la lumière craquante et rêche de l'hiver, à travers un paysage de forêts de givre et de bras de mer d'un bleu à couper au couteau. À vous couper le souffle. Ils s'étaient arrêtés à Ellsworth pour faire le plein, à Blue Hill pour manger un morceau sur le pouce. Ils traversèrent l'Eggemoggin sur le pont suspendu qui reliait le continent à l'île aux Cerfs. Une fois qu'ils eurent déposé les bagages de Fabienne au Pilgrim's Inn, Marc l'emmena faire le tour de l'île. À Stonington, à quatre heures de l'après-midi – pour elle, il était déjà onze heures du soir –, ils burent un café et entrèrent chez Epstein, pour qu'elle s'achète des fringues.

Dans le magasin, Fabienne remarqua que la petite vendeuse blonde avait rougi légèrement en disant bonjour à Marc qu'elle connaissait déjà, c'était visible. Elle lui en fit la remarque insidieuse, dès qu'ils se furent éloignés de la jeune Américaine en furetant parmi les étalages. Marc éclatait de rire. C'est vrai que j'aurais trouvé cette petite appétissante, disait-il à Fabienne, si elle ne s'obstinait pas à porter des tennis. Des jeans sur des tennis, c'est trop pour moi, même quand on a un joli cul. Les jeans ne sont dignes d'intérêt que portés sur des bas, visibles autour d'une cheville découverte et si possible avec des escarpins de cuir. Ils ne sont apéritifs que lorsqu'ils suggèrent autre chose que la rudesse rustique de la toile pionnière ! De toute façon, disait Fabienne, caustique, je ne vois pas pourquoi tu aurais à m'expliquer si tu sautes ou ne sautes pas cette petite gourde ! Marc s'était souvenu de Béatrice, à cause du verbe « sauter », bien sûr. Il riait, détendu. Je n'ai rien à t'expliquer, mais je t'explique. Et c'est toi que je vais sauter, pense-y ! C'est pour ça que tu es venue, non ? Fabienne ne réagit pas à cette grossièreté ; elle l'avait bien cherché, à le titiller sur une question aussi futile. Aurait-elle l'illusion d'être unique dans la vie de Marc, elle qui le connaissait depuis trois jours tout juste ? Peut-être la tentation, ou l'espérance, de le devenir ? À fouiller parmi les affaires exposées dans le magasin, Marc avait constaté que les vêtements de toile, typiquement américains par leur coupe et leur coloris, portaient très souvent des étiquettes montrant qu'ils avaient été fabriqués en Chine, en Corée du Sud ou à Singapour. Il signalait le fait à Fabienne, en riant. — Tu te souviens de Staline ? S'écriait-il. Son dernier texte théorique de 1952 ? À propos du marché mondial ? Fabienne le regardait, abasourdie. — Je ne sais pas que Staline ait jamais écrit un texte réellement théorique ! Déclarait-elle, péremptoire. D'ailleurs, je n'ai jamais lu une ligne de Staline !

— Ce n'est pas possible ! Il avait vraiment l'air de n'en pas croire un mot. — Mais quel âge crois-tu que j'ai ? Disait Fabienne, ulcérée. Staline, c'est la préhistoire ! Il la prenait dans ses bras, l'embrassait derrière l'oreille, dans le cou, riant comme un fou. — Enfin ! *Voici la nouvelle Ève, la femme promise aux téroces infirmes retour des pays chauds, des dogmes froids ! Quelle chance ai-je eue de tomber sur toi !* — Mais qu'est-ce qui te prend ? — Tu me jures que tu n'as vraiment jamais lu une ligne de Staline, Fabienne ? Elle s'écartait de lui, croisait les doigts, jurait. — Ni de Mao, ni de Thorez, ni de Trotski, ni de Togliatti... Je te le jure ! J'ai fait de la philo, moi ! — Et Marx ? Demandait-il. — Mais tu ne vas pas comparer, non ? D'abord, Marx est un écrivain. Et puis il était génial. Complètement fou, mais génial ! Tu te souviens des lettres qu'il écrivait à Engels, en 1857 ? *Il la regardait dans les yeux, lui caressait la nuque sous la courte chevelure. — Parle, parle ! Je sens que tu vas me faire bander !* Elle neriait même pas, poursuivait, imperturbable : — Marx se plaint auprès de son alter ego, parce que, dit-il, la crise imminente du capitalisme, son effondrement inévitable – nous sommes en 1857, t'as bien noté ? – vont rendre inutile son travail de dévoilement des lois du système capitaliste-marchand. Il va arriver trop tard, se plaint-il... Et le livre qu'il écrivait, qui est resté à l'état de brouillon, est un livre génial, les Grundrisse. Dès qu'il faisait des prévisions concrètes, dès qu'il travaillait sur la matière immédiatement politique, le pauvre Marx s'est toujours planté. Dès qu'il abordait les généralités abstraites de l'universel-historique, il a tapé dans le mille. Marc Liliental sifflait doucement, la reprenait dans ses bras, lui parlait à l'oreille. — *Je vais baiser une jeune femme délicieusement belle et perversie qui n'a pas seulement lu La Conspiration mais aussi les Grundrisse ! Ça risque d'être sublime !* Elle enfouissait son visage dans l'épaule de Marc, puis le regardait. — Baiser, baiser, on en parle beaucoup ! Quand est-ce qu'on passe aux actes ? — Je note le pluriel, disait-il. C'est de bon augure ! Il l'embrassait encore, lui caressait la hanche, le sein. Quelques paquets tombaient d'une étagère, renversés par

³⁰⁸ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 237-239. Las cursivas son nuestras.

un geste maladroit de Fabienne. Elle se penchait pour les ramasser. C'étaient des enveloppes de cellophane qui contenaient des bas. — Black illusion, s'écriait-elle, ravie, en regardant la marque.³⁰⁹



Deer Isle, en Maine.

Y por último, en su lujoso departamento de la Place du Panthéon, cuando Bea, su hija de catorce años, lo interpela acerca de sus relaciones con las mujeres:

—Y ya que hablamos del tema —dijo Béatrice—, ¿en qué piensas cuando piensas en una mujer? ¿Cómo te las arreglas, generalmente, con las mujeres? Nunca vienen mujeres a tu casa. Aparte de mamá, de vez en cuándo [la madre de Bea es Adriana Sponti]. Pero cuando ella viene, tú nunca estás, y además tampoco te acuestas con mamá. ¿Dónde te follas a las mujeres con las que follas?

Marc casi se atragantó.

Se secó la barbilla, el cuello de la camisa, mojados por el agua mineral que acababa de escupir en su azoramiento.

—¡Bea! —exclamó— ¿Quieres hablar con corrección?

Ella lo miró con asombro.

—¿Qué hay de incorrecto en la palabra “follar”? ¡Me parece un verbo más bien discreto para nombrar la cosa en cuestión!

Marc hacía esfuerzos por parecer severo.

—¡Bea! ¡No sabes de qué estás hablando!

Ella palideció de ira.

—Para empezar, ¡deja de llamarme Bea! ¡Lo odio! ¡Suenan a condescendencia y a falsa amabilidad! ¡Y además sé muy bien de qué estoy hablando!

Preso de una especie de timidez, Marc trató de desviar la conversación: no tenía ningunas ganas de averiguar cuál era el nivel de instrucción en materia de comportamiento sexual de Béatrice.

—Si no vienen nunca mujeres a casa es por ti, Béatrice —le dijo—. Para no molestarte... Por respeto a ti, ¿entiendes?

Ella asentía con la cabeza, muy seria.

—Ya me había dado cuenta de eso, aunque gracias de todos modos. Pero no es esa la única razón...

³⁰⁹ *Netchaïev est de retour*, pp. 153-154. Las cursivas son nuestras.

—Ah, ¿no?

Ella le miró con compasión.

—¿Qué te pasa esta noche, viejo? Mira que es sencillo...

—¡No seas impertinente!

Béatrice se levantó de un brinco, corrió hacia la biblioteca, al fondo de la habitación, y regresó con un diccionario.

—“Impertinente. Adjetivo, siglo XIV, bajo latín, *impertinens*, que no conviene. Primer sentido: XV...”, supongo que quiere decir antiguo: “Que no es conveniente, contrario a la razón, al sentido común”. ¿Ese es mi caso? ¡Ajá! “Cuarto, sentido moderno (1670)”, ¡vaya! ¡El significado moderno es más bien antiguo!: “Que revela irreverencia, una familiaridad fuera de lugar, chocante...” —Dejó el libro en la alfombra y se quedó mirando a su padre—: ¿Cómo puede haber entre nosotros una familiaridad fuera de lugar, me lo quieres decir?

Marc se echó a reír. Bebió un trago de Apollinaris.

—Pues sí, es verdad —dijo.

—Encuentro que, al contrario, soy muy pertinente —prosiguió Béatrice—. Si no traes a tus mujeres a casa, no es sólo para salvaguardarme, sino también porque tienes miedo.

Marc miró a su hija, atónito.

—¡Explícame eso, me interesa!

—Siempre estás cambiando de mujer, ¿no? Tienes miedo de parecer ridículo, de que yo piense que no estás a la altura... ¿Quién es el tío ése? Tiene mucha pasta, inventa cuentos chinos sin parar, es guapo, joven... Y no es capaz de conservar a una mujer... Te da miedo que me pregunte por qué, ¿no?

Marc no dijo nada. Las palabras de Béatrice penetraban lentamente en su cabeza, en su carne.

No, yo no quiero conservarlas, Béatrice. Tu madre, a ella quizá sí quise conservarlas, y sin embargo hice todo para perderla. O para que ella me perdiera a mí. Nos hemos perdido juntos, literalmente y en todos los sentidos. No quiero conservarlas, no quiero. Sólo quiero perderlas. Sólo quiero mujeres perdidas, Béatrice. Sólo me interesan las mujeres que se pueden perder, pervertir. Sólo las que se pueden revelar en el vértigo de su propia aberración, de su personal abyección. Una mujer como debe ser, recta, fiel, sincera, no me ha interesado nunca. Tu madre lo era, habría podido serlo, sin duda. Pero sólo la amé de verdad a partir del momento en que por fin se volvió ambigua, mentirosa y cruel: mujer, al fin. Por mí, para mí, para gustarme y perderme. Como Fabienne, mi última conquista (ella todavía no lo sabe, pero la he conquistado; por lo demás, la conquista verdadera no existe, Béatrice, sólo se toman las plazas que ya se han rendido, que ya están perdidas, las mujeres que ya son presa del vértigo delicioso, abominable de la caída, del sometimiento). Me ha bastado con verla una vez, unas horas, hoy mismo. Podría ser toda rectitud; sus andares de diosa danzante, alada, podrían ser la expresión de su alma; pero hay en ella una falta que he sentido desde el primer momento y que ella también debe de sentir: un abismo donde abismar el deseo de perversión, el deseo del abismo, precisamente: el sabor del infierno. Yo lo sé ya, ahora. Fabienne lo presiente.

Las palabras de Béatrice se hundieron en su carne, en su espíritu, para desgarrarle por dentro.

Béatrice temió haberle herido, vista la duración de su silencio.

—¿Te he molestado? —preguntó, solícita.

Él negó con la cabeza. Le sonrió.

Ella se fundió al sol de esa sonrisa, como siempre. Como siempre que su padre le sonreía así. Añoraba esa sonrisa-sol que le calentaba el corazón. Se fue acercando sobre el sofá con movimientos gatunos y se acurrucó contra él. Entre sus brazos, se sentía protegida, sensualmente segura, reconfortada ¡Qué gozada!, pensó.

—¿Y cómo quieres que te llame, si no te gusta Bea?

—¡Llárame Bea, si te apetece! —exclamó—. No me he enfadado por eso.

—¿Entonces?

—Es porque me dices que no sé de qué estoy hablando... Precisamente cuando escogí el verbo “follar” por sentido de la decencia y del decoro.

Marc trató de disimular cuánto se divertía.

—¿Y qué verbos podrías haber utilizado?

Ella se deshizo del abrazo de su padre y levantó los ojos hacia él.

—Podría haber dicho...

Estiró los dedos de la mano derecha, para contar los verbos posibles.

Pero, viendo la expresión preocupada de su padre, cambió enseguida de tono.

Él la cogió entre sus brazos, joven y frágil promesa de futuro que a cada instante de su vida lo empujaba hacia la nada confusa de la muerte.

Ella estaba feliz de acaparar tanto tiempo la atención de su padre.³¹⁰

— Puisque nous en parlons, disait Béatrice, à quoi penses-tu quand tu penses à une femme ? En général, comment fais-tu avec les femmes ? Il n'en vient jamais aucune à la maison. Sauf maman, parfois. Mais tu n'es jamais là quand elle vient et d'ailleurs ce n'est pas maman que tu sautes. Où sautes-tu les femmes que tu sautes ? Il avala de travers, manqua de s'étrangler. Il s'essuyait le menton, le col de sa chemise, mouillés par l'eau minérale qu'il avait recrachée dans son émoi. — Béa ! S'exclamait-il. Veux-tu parler correctement ? Elle ouvrait de grands yeux. — Qu'est-ce que ça a d'incorrect, « sauter » ? C'est un verbe plutôt discret, pour nommer la chose en question ! Il s'efforçait de prendre un air sévère. — Béa, tu ne sais pas de quoi tu parles ! Elle blâmait d'indignation. — D'abord, ne m'appelle plus Béa, je déteste ! C'est faussement gentil, c'est condescendant ! Et puis, je sais très bien de quoi je parle ! Il essaya de détourner la conversation, saisi par une sorte de timidité : il n'avait pas envie de vérifier le savoir de Béatrice en matière de comportement sexuel. — S'il ne vient jamais de femme à la maison, disait-il, c'est à cause de toi, Béatrice. Pour ne pas te déranger... Par respect pour toi, vois-tu ? Elle hochait la tête gravement. — Ça, j'avais compris, merci quand même ! Mais ce n'est pas la seule raison... — Quelle autre ? Elle le regardait avec un brin de commisération. — Qu'as-tu ce soir, mon vieux ? C'est pourtant simple ! — Ne sois pas impertinente, dis donc ! Béatrice se dressait d'un bond, courait vers une bibliothèque au fond de la pièce, revenait avec un dictionnaire. — « impertinent, tinente. Adjectif, XIVe siècle, bas latin, impertinens : qui ne convient pas. Primo : vx... — Ça veut dire vieux, sans doute... — Qui n'est pas pertinent, qui est contre la raison, le bon sens. — Est-ce mon cas ? Ah voilà ! — Quatrièmement, moderne (1670). — Eh bien ! Le moderne ne date pas d'hier ! — Qui montre de l'irrévérence, une familiarité déplacée, choquante... » Elle posait le volume sur le tapis, regardait son père. — Comment pourrait-il y avoir entre nous une familiarité déplacée, avoue ? Il riait, buvait une gorgée d'Apollinaris. — En effet, disait-il. — Je me trouve plutôt pertinente, au contraire, poursuivait-elle. Car ce n'est pas seulement pour me préserver que tu n'amènes pas tes bonnes femmes à la maison, c'est aussi que tu as peur ! Il regardait sa fille, éberlué. — Explique-moi ça, tu m'intéresses ! — Elles changent tout le temps, n'est-ce pas ? Alors, tu as peur d'être ridicule, que je pense que tu n'es pas à la hauteur... Qu'est-ce que c'est que ce mec ? Il a plein de fric, il invente des trucs sans arrêt, il est beau, il est jeune... Et il est incapable de garder une femme... Tu as peur que je me demande pourquoi, c'est ça ? Il ne dit rien. Les mots de Béatrice s'enfonçaient lentement dans sa tête, dans sa chair.

Mais je n'ai pas envie de les garder, Béatrice. Ta mère, peut-être ai-je eu envie de la garder et j'ai pourtant tout fait pour la perdre. Ou pour qu'elle me perde. Nous nous sommes perdus ensemble, littéralement et dans tous les sens. Je ne veux pas les garder les bonnes femmes, justement. Je ne veux que les perdre. Je n'aime que les filles perdues, Béatrice. Jamais une femme qui n'était pas à perdre, à dévoyer, à révéler au vertige de sa propre aberration, de sa personnelle abjection ne m'a vraiment intéressé. Jamais une femme comme il faut, droite, fidèle, sincère, ne m'a vraiment intéressé. Ta mère l'était, aurait pu l'être, sans doute. Mais je ne l'ai vraiment aimée, à la folie, qu'à partir du moment où elle est enfin devenue double, mensongère et cruelle : femme, enfin. À cause de moi, pour moi, pour me plaire et me perdre. Fabienne aussi, ma toute dernière conquête—elle ne le sait pas elle-même, pas encore, mais elle est conquise ; d'ailleurs, il n'y a pas de véritable conquête, Béatrice, on ne prend que les places déjà rendues, déjà perdues, les femmes déjà saisies par le vertige délicieux, abominable, de la chute, de la soumission—, Fabienne aussi, il m'a suffi de la voir une fois, quelques heures, aujourd'hui même, elle pourrait être toute droite, sa démarche de déesse, dansante, ailée, pourrait être l'expression de son âme, mais il y a chez elle une faille que j'ai pressentie dès le premier instant, qu'elle doit pressentir elle-même : un

³¹⁰ Netchaiev ha vuelto, pp. 109-112. Las cursivas son nuestras.

gouffre où engouffrer le désir de la perversion, le désir du gouffre, justement : le goût de l'enfer. Je le sais, dès à présent. Et Fabienne le pressent.

Les mots de Béatrice s'étaient enfoncés dans sa chair, dans son esprit, pour y faire leur travail de taupe. Elle craignit de l'avoir blessé, à mesurer la longueur de son silence. — Je t'ai fait de la peine ? Demandait-elle, inquiète. Il hochait la tête négativement, lui souriait. Elle fondait dans le soleil de ce sourire, comme toujours. Comme chaque fois que son père lui souriait ainsi. Elle se languissait de ce sourire-soleil qui lui réchauffait le cœur. Elle se déplaça sur le canapé, avec des mouvements de chat, vint se blottir contre lui. Dans ses bras, protégée, sensuellement sécurisée, au chaud : quel pied, pensait-elle. — Comment t'appeler, alors, si tu n'aimes pas Béa ? — Mais appelle-moi Béa si ça t'arrange ! S'exclamait-elle. Ce n'est pas ce petit nom qui m'avait fâchée ! — C'est quoi ? — Que tu me dises que je ne sais pas de quoi je parle... J'avais justement choisi le verbe « sauter » par décence et discrétion ! Il essayait de ne pas montrer à quel point elle l'amusait. — Et quels sont les verbes que tu aurais pu dire à la place ? Elle se dégageait, levait le regard vers son père. — J'aurais pu dire... Elle dressait les doigts de sa main droite pour énumérer les verbes possibles. — Baiser, tringler, fourrer, farcir, limer, zober, enfiler, troncher, foquer... — Comment ? Demandait-il. Le dernier... — C'est un anglicisme, disait Béatrice, tout à fait sérieuse. To fuck... Certains l'écrivent avec un pé et un hache. À cause des phoques, bien sûr : pédé comme un phoque. Mais alors ça a un sens limitatif, ça veut dire enculer... Elle voyait l'expression outrée de son père, changeait de ton aussitôt. — En somme, nous transcrivons littéralement des mots ou des expressions anglais... Nous, je veux dire, ma petite bande de Henri-IV ! Il la serrait dans ses bras, fragile et jeune déesse, promesse d'avenir dont chaque instant de vie le repoussait dans le néant confus de la mort. — Par exemple ? Demandait-il. Elle était heureuse de retenir aussi longtemps l'attention de son père.³¹¹



Alrededores de la Place du Panthéon, en París.

³¹¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 69-71.

En consonancia con lo que destilan estas escenas —el machismo (pues, en efecto, Marc representa una masculinidad de otro tiempo, inaceptable para el feminismo contemporáneo); el cinismo (pues, desde un punto de vista ideológico, es evidente que él ha optado por una “solución cínica”), y la perversión (respecto a las mujeres, a las que no destruye pero, precisamente, pervierte)—, se puede decir que *Marc Liliental es un hombre que impone su propia ley, o mejor aún, que es su propia ley*. Por eso, no es casual que haya cambiado su nombre judío —cuyo (inocuo) significado es “valle de lirios”—, por *Laloy*, un significante (muy lacaniano, por cierto) que, en sí mismo, no significa nada, pero que —como ya hemos señalado— en francés es homófono de *la loi* [la ley]; un significante con el que —como si se tratara de un hijo sin padre (ya hemos dicho que él es el menos edípico de los cinco) o mejor aún, de un hijo que ha resuelto ser su propio padre— se ha nombrado a sí mismo: Marc Laloy, o, simplemente, Laloy.

b) El judío renegado

¿Pero qué es lo que ha motivado este cambio, esta sustitución de un nombre por otro? Su propia historia, desde luego; o mejor dicho: la relación que tiene con su propia historia, sobre la que se nos hace saber apenas lo esencial:

Hijo de pequeños comerciantes de la Rue du Roi-de-Sicile, Marc había tratado de romper, por vía de la utopía planetaria de la revolución, con un pasado judío que se le antojaba estrecho y agobiante en la medida en que —según creía él, un desarraigado que rechazaba, que aborrecía, incluso, sus únicas raíces posibles— dilapidaba en un rosario de pequeños dramas familiares, de sombrías lamentaciones, la herencia del gran desastre histórico de la *Shoah*. Acabó, entonces, por desprenderse de ese recuerdo para no tener que encontrar en él un sentido. Ni una ética personal.³¹²

Fils de petits commerçants de la rue du Roi-de-Sicile, celui-ci avait essayé de rompre par les voies de l'utopie planétaire de la révolution avec une mémoire juive qui lui semblait étriquée, étouffante, parce qu'elle dilapidait —pensait-il, déraciné, mais refusant, abhorrant même, ses seules racines possibles— en piécettes de petits malheurs familiaux, de moroses lamentations, l'héritage du grand désastre historique de la *Shoah*. Il finit par en chasser le souvenir, pour ne pas avoir à en dégager du sens. Ni une éthique personnelle.³¹³

Así pues, el joven Laloy encuentra en la revolución —es decir, en el discurso revolucionario que (re)surge en Francia, en los años sesenta, y cuyo venero es la universidad [la Universidad de Nanterre, donde estudiaba Cohn-Bendit, y la École Normale Supérieure, donde enseñaba

³¹² *Netchaïev ha vuelto*, p. 94.

³¹³ *Netchaïev est de retour*, p. 59.

Althusser]—no el refugio, sino el subterfugio (ideológico) que le permitirá desmarcarse de una herencia (traumática) de persecución y exterminio; y más aún: segregarse de una tribu (acaso también de una raza) que aborrece. Se antoja como algo imposible (quizá también indeseable) de realizar para un judío cualquiera (pues correría el riesgo de ser considerado un traidor), pero no lo es para Marc Liliental, un judío atípico, *un judío renegado* que encuentra, precisamente en la traición a los suyos, el único medio posible de liberarse de sus pesados atavismos, de sus amarras inconscientes, o para decirlo en (nuestra) clave metodológica: de todo lo que lo *sujeta*. Así se lo hace saber a la misma Fabienne Dubreuil en aquella entrevista para el reportaje de *Action*. Veamos.

¿Y por qué el cambio de apellido?, preguntó Fabienne, ¿le da miedo llevar un apellido judío?. Marc la miró con una sonrisa helada. No he tenido nunca miedo de nada, le dijo. Y probablemente era cierto. Pero enseguida completó su frase: mejor dicho, sólo he tenido miedo de mí mismo, alguna vez. Pasó un ángel. O un demonio. Se produjo, en fin, un silencio. No, prosiguió Marc, sinceramente, nada tuvo que ver con el miedo. *Pero no quería estar marcado desde el principio, para bien o para mal, ni por la compasión ni por el odio. No quería estar marcado por una historia que no era la mía, que se me caía encima como un sino. Sólo quería sentirme responsable de mí mismo. Dejé de ser leninista, dicho sea de paso, por la misma razón: por escapar de cualquier teoría de salvación colectiva. Quería desmarcarme de quienes utilizan la Shoa para sus fines tanto como de quienes se esconden tras ella; de quienes van por el mundo lamentándose o vanagloriándose, de quienes se sienten realizados o frustrados por esa referencia. Quería ser mi propia referencia: hijo de mis obras [o lo que es lo mismo: padre de sí mismo].*

—¿Sigues pensando igual en la actualidad? —preguntó Fabienne.

Él hizo una mueca de indiferencia, o de hastío.

—Ya no pienso nada de la historia universal —dijo—. Pero constato que hemos vuelto a caer en el lodo de los particularismos... Cada uno por su lado, para sí mismo, sentado sobre la letrina de su identidad intransferible, de su fe inefable, sumido hasta el cogote en la mierda de la historia de su propia horda, de su pueblo o de su imperio... *Los únicos que tienen una visión global del mundo son, por un lado, los directores de las grandes multinacionales*³¹⁴, y, por el otro, los jefes de la KGB. La economía-mundo y la policía-mundo... ¡Vaya porvenir!

—Marc rió—. *Resumiendo: soy más apátrida que nunca... Esa debe ser mi manera de ser judío, si hacemos caso de lo que pregonan los antisemitas.*³¹⁵

À propos, demandait Fabienne, pourquoi avoir changé de nom ? Avez-vous peur de porter un nom juif ? Marc l'avait regardée, avec un sourire glacial. Je n'ai jamais eu peur de rien, disait-il. Et c'était sans doute vrai. Mais il avait aussitôt complété sa formule : ou plutôt, je n'ai jamais eu peur que de moi-même, à l'occasion. Un ange passa. Ou un démon. Enfin, il y eut une brève de silence. Non, sincèrement, avait poursuivi Marc, ce n'est pas une question de peur. *Mais je ne voulais pas être marqué au départ, pour le bien ou pour le mal, la pitié ou la haine. Marqué par une histoire que je n'avais pas faite, qui me tombait dessus comme un destin. Je ne voulais être responsable que de moi-même. Pour la même raison, soit dit en passant, j'ai cessé d'être leniniste : pour échapper à toute théorie de salut collectif. Donc, je voulais me démarquer de ceux qui s'appuient sur la Shoah ou qui se cachent derrière elle, qui s'en lamentent et à l'occasion s'en vantent, qui sont faits ou défaits par cette référence. Je voulais être ma seule référence : le fils de mes œuvres.*

³¹⁴ Y aquí está, en efecto, la visión neoliberal en ciernes de Marc Liliental.

³¹⁵ *Netchaiev ha vuelto*, p. 115. Las cursivas son nuestras.

— Vous pensez toujours la même chose aujourd'hui ? Avait demandé Fabienne. Il avait fait un geste d'indifférence ou d'ennui.

— Je ne pense plus rien de l'histoire universelle, avait-il dit. Mais je constate que nous sommes retombés dans la boue des particularismes... Chacun chez soi, pour soi, assis sur les chiottes de son identité intransférable, de sa croyance ineffable, enfoncé jusqu'au cou dans la merde de l'histoire de sa horde, son peuple ou son empire... *Les seuls qui ont encore une vision du monde, ce sont d'un côté les capitaines des multinationales, de l'autre les chefs du K.G.B. L'économie-monde et la police-monde... Charmant avenir ! Il avait ri. — En somme, je suis plus apatride que jamais... C'est peut-être ma façon d'être juif, si j'en crois les antisémites.*³¹⁶

Y hay que decir que esta actitud, o mejor dicho, esta posición de sujeto ante el Otro de la familia, de la tribu, de la raza, se debe, en buena medida, a su irresistible, a su gozosa identificación (imaginaria) con uno de los personajes de *La conspiración*: Bernard Rosenthal, el líder del grupo de jóvenes conspiradores (contra la burguesía a la que ellos mismos pertenecen), el fundador de aquella escandalosa revista cuyo nombre es “La guerre civile”³¹⁷. Pero si Marc encuentra en Bernard a su perfecto *alter ego*, es porque ambos son judíos y están en la “edad difícil”; porque el nombre del personaje de Nizan (“valle de rosas”) es apenas diferente del suyo (“valle de lirios”); y lo más importante: porque ambos, siendo judíos, aborrecen a los judíos. De hecho, Bernard Rosenthal “no creía que los judíos tuviesen derecho a una liberación colectiva, a una nueva alianza con Dios, por lo que su hipotética liberación como pueblo secularmente perseguido y exterminado le importaba un pepino; la única liberación que realmente le importaba —dice el narrador nizaniano— era la suya”.³¹⁸ Y es este egoísmo, o mejor, este individualismo (como renegación de la división subjetiva) lo que fascina al joven Marc Liliental ya desde entonces, desde que, paradójicamente (incongruentemente), ha decidido convertirse en un revolucionario, es decir, en un sujeto que no combate, contra los patronos, por su propia liberación, sino por la liberación de otros sujetos, los obreros de Francia, y de ser posible, del mundo. Pero cabe preguntarse, entonces, lo siguiente: ¿qué es lo que anima realmente al joven Laloy, fervoroso individualista, a tomar los fusiles en nombre de una causa ajena? Ya lo hemos dicho: la fuerza de sus identificaciones subjetivas; por un lado, su *identificación imaginaria* con el personaje literario de Nizan; por otro, su *identificación simbólica* con el discurso revolucionario de Althusser, o para decirlo de otro modo, con el marxismo en tanto que *saber*.

³¹⁶ *Netchaïev est de retour*, p. 74. Las cursivas son nuestras.

³¹⁷ Sobre la cual hablaban Elie Silberberg y Daniel Laurençon el día en que se conocieron en el patio benedictino del Lycée Henri IV.

³¹⁸ Citado en *Netchaïev ha vuelto*, p. 121.

c) El judío de saber y el judío de revolución

Así, como saber (y no como ciencia ni como discurso), es como conceptualiza al marxismo Jean-Claude Milner: *como un saber absoluto sobre la historia* que, ya desde antes de 1917 y hasta después de 1974, sedujo a innumerables sujetos de todas las latitudes, pero muy particularmente —y esto parece obsesionarlo— a los “portadores del nombre judío”; estos devienen, así, en “judíos de saber”, y por consecuencia, en “judíos de revolución”. Tales son los sintagmas —y más que sintagmas, *figuras*— que él propone para pensar, para escribir sobre esta cuestión crucial de su juventud (y por supuesto, de la de otros como Daniel Cohn-Bendit, Benny Lévy, Alain Geismar, Gérard Miller o André Glucksmann³¹⁹), la cuestión ideológica, o para decirlo en nuestros términos, la cuestión de la sujeción ideológica y sus posibles *causas*; las causas por las que ese saber absoluto sobre la historia que fue —que habría sido— el marxismo, así como su materialización ideológica en el discurso revolucionario (maoísta, leninista o trotskista), importó de tal modo a no pocos jóvenes judíos de Europa, y en especial de Francia, “a jóvenes —dice Milner— que no habían chocado directamente con el insulto antisemita, pero a quienes sus padres les habían dicho que eran judíos”³²⁰. Y sobre esas causas, él mismo escribe lo siguiente:

Antes que nada, el hecho de la persecución. Está fuera de duda; los datos sobreabundan, pero, a decir verdad, cabe dudar de que atañan a la pregunta. Se los puede acumular hasta el hartazgo; no sacaremos de ellos conclusiones que se impongan. *La relación de causa efecto entre persecución y elección revolucionaria no está establecida* (...) Sin embargo, es necesario hablar sin rodeos: en Francia, durante los años sesenta, se consideraba que la persecución no existía. Con razón o sin ella, los portadores del nombre judío, si tenían veinte años, creían no haberla conocido nunca. Pensaban también que no volvería. Se equivocaban seguramente en cuanto al futuro, pero no podían saberlo; se equivocaban también en cuanto al presente, pero no querían saberlo. Si tomo mi propio ejemplo, necesité más de cuarenta años para comprender que, cuando estudiaba en uno de los establecimientos públicos más reputados de París [se refiere a la École Normale Supérieure], en la atmósfera enrarecida de la *khâgne*, ciertas pequeñas vejaciones contra mí se debían simplemente a una vieja tradición antisemita que no decía su nombre. En ese momento, yo ni siquiera pensaba en eso. Buscaba todas las razones del mundo y las encontraba todas, menos la verdadera. A lo mejor estaba especialmente atontado por la lengua francesa, pero no creo. Si hay que hablar de atontamiento, era general. No era, pues, la persecución lo que motivaba a los portadores del nombre judío. En cuanto a enjuiciar la opresión familiar y la prisión de la vida judía, es un mal chiste. Los jóvenes que conocí habían sido educados generalmente en un respeto bastante distante de los ritos; sus familias podían parecerles cargosas, pero no más y a menudo en realidad menos que las otras familias francesas de la época. Se denunció muchas veces la “prisión judía”; pero existe también una “prisión familiar francesa”; Gide la describió, Sartre también. Duraba todavía antes del 68; no conducía de manera especial a la Revolución. La única opresión directa que se podía aducir concernía a los jóvenes varones

³¹⁹ Ya hemos dicho que todos ellos, excepto Cohn-Bendit y Glucksmann, fueron, en su momento, integrantes de Izquierda Proletaria.

³²⁰ Jean-Claude Milner, *L'arrogance du présent. Regard sur un décennie: 1965-1975*, Paris, Grasset (Figures), 2009 [trad. esp. *La arrogancia del presente. Miradas sobre una década: 1965-1975*, Buenos Aires, Manantial, 2010].

en su conjunto y no sólo a los portadores del nombre judío; lo que es más, no se la vivía como una persecución sino como una obligación. Cada vez más peligrosa, desigualitaria e injustificable, es cierto, pero no persecutoria. Me refiero al servicio militar en Argelia. Fijense: ahí tampoco estalló la Revolución. Por lo demás, el cerrojo saltó en 1962. Cortemos otra vez por lo sano: los jóvenes franceses portadores del nombre judío no tenían ninguna razón objetiva para sentirse más atraídos por la Revolución que los demás jóvenes franceses de su misma edad y condición. De nuevo, se necesitan otras razones...

En verdad, un solo discurso revolucionario importó en forma masiva a los judíos de Europa: el marxismo. Hay excepciones, evidentemente. Siempre las hay: Bernard Lazare, Erich Mühsam, Gustav Landauer, Emma Goldman eran anarquistas; ciertos especialistas definen incluso una tradición judeo-anarquista. Pero, en términos globales, la relación está probada. La fascinación de muchos judíos por el marxismo no debe nada al nacimiento de la Unión Soviética; la precede ampliamente; se la observa ya a fines del siglo XIX. ¿Necesito declinar todos los nombres? Los de Rosa Luxemburgo y Trotski bastarán. La pregunta debe ser, entonces, reformulada: ¿a qué se debe que el marxismo haya importado especialmente a los judíos de Europa, antes de 1945 e incluso antes de 1914? ¿A qué se debe que el marxismo haya seguido importando, en Francia, a jóvenes judíos, quince, veinte años después de 1945? Me niego a pensar que la particular seducción ejercida sobre ellos por el marxismo se deba al hecho de que Marx nació en una familia judía. Las únicas razones valederas tienen que ser extraídas de la propia doctrina. Más aún, tienen que ser extraídas de la doctrina en su forma elemental. No se trata de los textos de Marx en lo que tienen de más secreto, de mejor escrito, de más sutil, aun si esos textos añaden su seducción propia. Se trata del núcleo duro, que subsiste a través de las diversas versiones: la vulgata, el marxismo-leninismo, el maoísmo grosero, el maoísmo refinado. Si sólo se atiende a lo mínimo, el marxismo entero consiste en la relación de implicación recíproca que él establece entre el saber y la Revolución. Cuantas más cosas se saben sobre el funcionamiento de la sociedad, más oportuna y a la vez inevitable se muestra la Revolución. Recíprocamente: si se sitúa la Revolución en el punto de fuga del cuadro, la perspectiva se ordena y la sociedad se abre enteramente al influjo del saber. La causa de la Revolución y la causa del saber están unidas tan íntimamente que no se puede traicionar a una sin traicionar a la otra.

Entonces todo se aclara: *en la seducción que el marxismo ejerce sobre los portadores del nombre judío se reconoce una forma particular de la seducción del saber absoluto. Analicé en otro lugar la posición del judío de saber [Le juif du savoir, Paris, Grasset, 2006]; establecí su importancia histórica e intelectual. En esa oportunidad di muchos ejemplos, entre ellos el de Marx. Hoy propondré de manera más clara una conclusión que en aquel momento dejé entrever: a través del marxismo, el judío de revolución es uno de los avatares del judío de saber. A los portadores del nombre judío, Marx les importa por El capital antes que por el Manifiesto. En la expresión "materialismo científico", la palabra decisiva es científico: wissenschaftlich. La relación con la Wissenschaft salta a la vista. El marxismo extendió el influjo del saber absoluto sobre un objeto ante el cual, hasta entonces, el saber había retrocedido muchas veces, presa del terror —la palabra no es elegida al azar—; el marxismo había anunciado a cada ser hablante: tú puedes saber, casi geoméricamente, lo que es la Revolución. Cuando se recuerda lo que es un judío de saber, cuando se recuerda que el saber ocupó para él el lugar del estudio judío, se comprende la amplitud de la renovación. Si verdaderamente la Revolución es consecuencia del saber absoluto, consecuencia a la vez feliz y necesaria, entonces es posible cortar camino. De entrada, elegir la Revolución con una intensidad y una concentración similares a la intensidad y la concentración del judío devoto cuando, en otro tiempo, abrazaba el estudio; sólo después, recorrer la doctrina marxista en su detalle, con una minucia similar a la que reclaman los textos talmúdicos.*

Así pues, el judío de saber sustituyó el estudio por el saber, exactamente en el mismo lugar, pero esa sustitución es una ruptura: le volvió la espalda al estudio. *En opinión de los que definen el ser judío por el estudio, decidió dejar de ser judío. Que lo consiga es otra cosa. Entre los que definieron el ser judío por el estudio hay que incluir, en primera fila, al propio judío de saber. Se insultaría al judío de saber si no se extremara su gesto hasta la consecuencia última; los eslabones se encadenan implacablemente: el saber viene a ocupar el lugar del estudio*

*para destruirlo; como el estudio es lo que sostiene afirmativamente el nombre judío, el saber viene a ocupar el lugar del nombre judío para borrarlo...*³²¹

De acuerdo con estas hipótesis, diremos que si Marc Liliental deviene un judío de saber, es decir, un judío de revolución, es nada más que para borrar su nombre judío, o bien —diremos nosotros— nada más que para reescribirlo en sus propios términos, bajo su propia ley: Marc Laloy. Y este nombre persistirá, por supuesto, cuando Marc deje de ser un judío de saber y de revolución para convertirse, al cabo de una década, en lo que —siguiendo la lógica de los términos de Milner— llamaríamos un “judío de poder” y “un judío de empresa”; cuando su exacerbado individualismo encuentre en el discurso (neo)liberal no ya una justificación ideológica, sino un estatuto de virtud, siendo el individuo y su irrestricta libertad (incluida, por supuesto, la libertad de explotar y manipular a otros), el origen y el epílogo de esa ideología.

³²¹ Jean-Claude Milner, *op. cit.*, pp. 145-150.

4.1.2. Adriana Sponti

a) Mirada de fuego y espíritu sutil

Comencemos, pues, con la descripción de Adriana Sponti, a quien el narrador sempruniano —y esto hay que decirlo— dedica pocas páginas; muchas menos, en todo caso, de las que dedica a los personajes masculinos. Veamos:

Adriana era nieta de un comunista italiano refugiado en Francia a finales de los años veinte, un camarada de Giorgio Amendola.

Desde que hizo su aparición entre ellos, con su raro esplendor de andrógina belleza, adolescente con mirada de fuego y espíritu sutil, todos se enamoraron de ella.³²²

Adriana était la petite-fille d'un communiste italien réfugié en France à la fin des années vingt, un camarade de Giorgio Amendola.

Dès qu'elle apparut parmi eux, avec la splendeur troublante d'une beauté androgyne, adolescente au regard de flamme, à l'esprit subtil, ils en tombèrent amoureux.³²³

Todos, sí, pero sobre todo Elie Silberberg, quien, en efecto, “era demasiado respetuoso para tener la más mínima posibilidad de conquistarla”:

Elie le recitaba poemas, páginas enteras de *La conspiración*: “Catherine, que se había vuelto a poner un vestido para salir a almorzar a Martin-Eglise, recogió su bolso y sus guantes. Un movimiento que hizo dejó al descubierto su pierna hasta la cruel hinchazón del muslo por encima del reborde de las medias. Bernard [Rosenthal] se sonrojó, notó cómo le latía el corazón ante la visión de tanta desnudez entre nubes confusas de seda y de lana...”³²⁴

Élie lui récitait des poèmes, des pages entières de *La Conspiration* : « Catherine, qui avait remis, pour aller déjeuner à Martin-Église, un costume des villes, rassembla son sac, ses gants : un mouvement qu'elle fit découvrit sa jambe jusqu'au gonflement cruel de la cuisse au-dessus de l'ourlet de son bas. Bernard rougit, sentit battre son cœur, devant cette découverte de tant de dure nudité dans les nuages confus de la soie et de la laine... »³²⁵

Y en aquel viaje que hicieran los cinco a Fouesnant, en Bretaña, en el verano de 1969, para entrenarse en actividades revolucionarias, cuando Elie encontraba que Adriana era “bella como la luz de aquel verano”,

³²² *Netchaïev ha vuelto*, p. 41.

³²³ *Netchaïev est de retour*, pp. 26-27.

³²⁴ *Netchaïev ha vuelto*, p. 41.

³²⁵ *Netchaïev est de retour*, pp. 26-27.

bella como la noche, como la niebla y como el sol, como la lluvia y el buen tiempo, como la esmeralda líquida y densa del océano frente a las costas de Glénan, radiante como el radiante porvenir que les estaba prometido, al que se habían consagrado...³²⁶

[belle comme le jour, cet été là] ; belle comme la nuit, comme la brume et le soleil, comme la pluie et le beau temps, comme l'émeraude liquide et dense de l'océan au large des Glénan, radieuse comme l'avenir radieux qui leur était promis, auquel ils étaient promis...³²⁷

Elie se empleaba a fondo “para seducirla, para conmovérla, para ablandarla, echando mano de todos los recursos de su imaginación y de su cultura”:

Una frase de Musil para expresar la turbación que uno de los ademanes de ella le provocó, para conferir a esa turbación la posteridad del recuerdo. Un fragmento de un lírico griego arcaico para decir el deseo, inscribirlo en la eternidad del verbo. Una estrofa elegíaca de Virgilio para decir la dicha de un paseo con ella por la amarillenta landa de juncos. Un verso de Baudelaire para anunciar el final del verano, la suavidad terrible del otoño y del amor frustrado.

Todo en vano, sin embargo. Adriana le escuchaba sin desagrado, pero sin responder a su susurro de demanda. Sonreía con sus hallazgos, dándole la mano para caminar junto a la orilla de espuma de las mareas, por dos veces ofreciéndole sus labios ligeramente, como una ofrenda de sal, pero conservando la cabeza fría. En cambio, fue probablemente allí, en Fouesnant, aquel verano, cuando Marc Liliental la hizo suya (...) Finalmente se dejó conquistar por él. Adivinó, seguramente, que, de todos ellos, era Marc quien mejor podía hacerle conocer la brutalidad inefable de la pasión; aquello que oscuramente deseaba.³²⁸

Une phrase de Musil pour exprimer le trouble provoqué chez lui par l'un des ses gestes à elle, pour donner à ce trouble la postérité du souvenir. Un fragment de lyrique grec archaïque pour dire le désir, l'inscrire dans l'éternité du verbe. Une strophe élégiaque de Virgile pour dire le bonheur d'une promenade avec elle dans la lande jaunie d'ajoncs. Un vers de Baudelaire pour annoncer la fin de l'été, la terrible douceur de l'automne et de l'amour frustré.

Peine perdue, pourtant. Adriana l'écoutait sans déplaisir, mais ne voulait rien entendre à son appel chuchoté. Elle souriait à ses trouvailles, lui donnait la main pour marcher le long de la lisière d'écume des marées, deux fois ses lèvres, légèrement, comme une offrande de sel, mais gardait la tête froide. En revanche, c'est sûrement à Fouesnant, cet été là, que Marc Liliental l'avait faite sienne (...) C'est finalement par lui qu'Adriana se laissa conquérir. Sans doute avai telle deviné que, d'eux tous, c'est Marc qui pouvait lui faire connaître l'ineffable brutalité de la passion. Elle en avait le goût, le désir obscur.³²⁹

³²⁶ *Netchaïev ha vuelto*, p. 233.

³²⁷ *Netchaïev est de retour*, p. 150.

³²⁸ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 233-234 y 41.

³²⁹ *Netchaïev est de retour*, p. 150 y 26.



« Les revoltés de Fouesnant », Jules Girardet, 1792.

b) La vida con Marc; la vida sin Marc

Ahora bien, esa “brutalidad inefable de la pasión”, eso que Adriana “oscuramente desea”, y que sólo Marc (y no Elie, con su tímido romanticismo) puede darle, no es otra cosa que el goce, o mejor dicho, *un modo de goce*, extenuante y mortífero, y éste los llevará primero al enlace y después a la ruptura matrimonial, y subsistirá aun después de esa ruptura. Veamos:

Ciertamente, era de Adriana de quien, ocho años atrás, había partido la iniciativa de romper. Era ella la que había huido, la que se había puesto a salvo, nunca mejor dicho. Huido para salvarse, para salvarle a él también, sin duda. *Juntos ya no podían sino seguir cruzando, uno tras otro, todos los círculos del infierno.*

Pero los lazos entre ellos no se habían roto. Y no sólo por Béatrice, no. Había lazos directos, cadenas invisibles, dependencias y preferencias: lazos de sangre, casi incestuosos. De la misma sangre, tú y yo. A medida que los años iban pasando, se encontraban, de tarde en tarde, en inauguraciones, conciertos, recepciones. Intercambiaban unas palabras o sólo se saludaban de lejos con un ademán de complicidad. Y de golpe, por deseo de uno o de otro, dos o tres veces al año volvían a hacer el amor. Adriana no iba a casa de Marc, ni éste a la de ella. Ambos vivían, sin embargo, en apartamentos espléndidos, llenos de objetos artísticos, de flores, de libros, con el lecho perfumado. Pero nada en sus encuentros debía recordarles el matrimonio, la vida en común, el orden de las cosas, la dulzura de vivir. Iban a hoteles de paso, o a casas de citas, a veces de un gran lujo y refinamiento, otras veces más sencillas, según su estado de ánimo, el lugar donde se habían encontrado, su humor del momento, triste o risueño.

Y cada vez era perfecto. Porque ni uno ni otro esperaban más de esos momentos que la dicha del placer, que la mutua, recíproca sumisión: ofrenda a un dios sombrío; ofrenda exenta de cualquier aportación sentimental. Alcanzaban entonces el estado de beatitud que podría experimentar un toxicómano que, una vez superados los nefastos efectos del hábito, dominase el empleo de la cocaína, por ejemplo, hasta el punto de utilizarla de tarde en tarde para tener acceso a un paraíso provisional, sin por ello recaer nunca de nuevo en la esclavitud de la droga. Lo que, en un momento dado, impulsaba a Adriana y a Marc el uno hacia el otro, no era el ansia producida por la carencia, sino todo lo contrario, la felicidad de la plenitud, la certeza de un placer intacto, inagotable, jamás devaluado por la trivialidad de su uso, ni por las recriminaciones o la grandilocuencia que suele acarrear, las más de las veces, el vivir en pareja. (...)

Desde que se separó de Marc, ocho años antes, la edad de los acompañantes de Adriana permanecía inalterable. Los años iban pasando, ella tenía ya treinta y ocho, pero sus amantes seguían teniendo alrededor de treinta. Ellos iban cambiando, pero su edad no. Debido a una especie de instinto de conservación, escogía siempre chicos que tenían la edad de ella cuando se separó de Marc. Como si hubiese querido perpetuar ese momento de la ruptura, eternizar el resplandor del duro sufrimiento de su vida con Marc. La experiencia abominable, inolvidable, única, de esa vida. Como si la única función de todos los jovencitos que pasaban por su cama de vez en cuando fuese la de hacerle recordar el momento de la ruptura: su dolor, su alegría, cuando consiguió romper la dependencia a la que Marc la tenía sometida. Que los tenía sometidos a ambos, mejor dicho. La dependencia de uno respecto al otro: de ambos respecto a *su búsqueda desesperada de un más allá del amor*.

Ciertamente, el darse cuenta de que empezaba a estar un poco harta de tanto jovencito no databa de hoy. Se trataba de un sentimiento que, últimamente, iba abriéndose camino en su interior, empapándole poco a poco. Un sentimiento que Adriana intentaba reprimir para no echar a perder definitivamente sus canitas al aire, esos fines de semana en Jersey, o en las islas Seychelles, que formaban parte del equilibrio de su vida.

Nada de todo esto podía compararse a la vida con Marc, la agonía de la felicidad con Marc. Todo lo contrario: era esto lo que ella había querido extirpar de su vida, esta devastación. *Este infierno de dichas, este paraíso de traiciones, de abyecciones deseadas*.

Hacía poco que Adriana había comprendido —perspectiva que la llenaba de angustia, ya que no veía cómo ponerle remedio— que dentro de poco le faltarían las ganas, y las fuerzas, para seguir engañándose, contándose cuentos. Todos esos jovencitos no eran más que becerros. Y ella no tenía por qué andar perdiendo el tiempo con becerros, aunque fueran de oro.³³⁰

Certes, c'était elle qui avait pris l'initiative de la rupture, huit ans auparavant, elle qui s'était enfuie. Qui s'était sauvée, c'est le cas de le dire. Enfuie pour se sauver, pour le sauver lui aussi, sans doute. *Ensemble, ils ne pouvaient plus que traverser l'un après l'autre tous les cercles de l'enfer. Mais le lien entre eux n'avait pas été rompu. Pas seulement à cause de Béatrice, pas du tout. Lien direct, chaîne invisible, dépendance et préférence : lien de sang, quasiment incestueux. Du même sang, toi et moi*. Les années passaient, ils se rencontraient à des vernissages, des concerts, des réceptions, à l'occasion. Échangeaient quelques mots, ou ne se disaient bonjour que de loin, d'un geste de complicité. Et puis, soudain, au gré de l'un ou de l'autre, deux ou trois fois par an, ils faisaient de nouveau l'amour ensemble. Adriana ne retrouvait pas Marc chez lui, ni chez elle. Ils avaient pourtant des appartements de toute beauté, avec des objets d'art, des livres, des fleurs, des lits pleins d'odeurs légères. Mais rien dans ces rencontres ne devait leur rappeler la conjugalité, la vie en commun, l'ordre des choses, la douceur de vivre. Ils allaient dans des hôtels de passe, des maisons de rendez-vous, parfois d'un luxe et d'un raffinement extrêmes, parfois modestes, selon l'humeur, le lieu où ils s'étaient retrouvés, le goût du jour, sombre ou allègre. C'était parfait, chaque fois. Parce qu'ils ne demandaient ni l'un ni l'autre à ces instants que le bonheur de la jouissance, de la soumission échangée, réciproque : sacrifice à un dieu de l'ombre, ombrageux, exempt de tout apport sentimental. Ils parvenaient alors à l'état de béatitude que pourrait connaître un toxicomane ayant surmonté les effets néfastes de l'accoutumance, qui maîtriserait l'usage de la cocaïne, par exemple, au point de s'en servir à l'occasion, pour accéder à un paradis provisoire, sans retomber jamais pour autant dans les chaînes de la drogue. Ce n'était pas l'angoisse du manque qui poussait Adriana et Marc l'un vers l'autre, parfois, mais la joie de la plénitude, bien au contraire. La certitude d'un plaisir intact, inusable, jamais

³³⁰ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 224-227. Las cursivas son nuestras.

démonétisé ni par la banalité de l'usage, ni par les récriminations ou la grandiloquence qui accompagnent la plupart du temps la vie des couples (...)

Depuis qu'elle avait quitté Marc, huit ans auparavant, l'âge des partenaires d'Adriana ne changeait pas. Les années passaient, elle en avait trente-huit, désormais, mais ses amants avaient toujours la trentaine. Ils changeaient, pas leur âge. Par une sorte d'instinct de conservation, elle choisissait des garçons qui avaient son âge à elle quand elle avait quitté Marc. Comme si elle avait voulu perpétuer ce moment de la rupture, rendre éternelle la dure souffrance rayonnante de sa vie avec Marc. L'abominable expérience, inoubliable, unique, de cette vie. Comme si tous ces jeunes gens qui passaient à l'occasion dans son lit n'avaient d'autre rôle que de lui rappeler l'instant de la rupture : sa douleur, sa joie, à l'instant où elle avait réussi à briser la dépendance où Marc la tenait. Qui les tenait tous les deux, plutôt. La dépendance de l'un envers l'autre : *des deux envers la quête désespérée d'un au-delà de l'amour*. Ce n'était certes pas aujourd'hui qu'Adriana avait compris que tous ces jeunes gens commençaient à la lasser. C'était un sentiment qui faisait son chemin, ces derniers temps, qui l'imbibait peu à peu. Qu'elle essayait de refouler pour ne pas gâcher définitivement les cinq à sept, les weekends à Jersey ou aux Seychelles qui faisaient partie de l'équilibre d'une vie. Rien de tout cela ne pouvait se comparer à la vie avec Marc, l'agonie du bonheur avec Marc. Mais Adriana n'avait jamais eu l'intention de comparer. Ni de retrouver ce qu'elle avait connu avec Marc. Bien au contraire : c'est ça qu'elle avait voulu extirper de sa vie, cette dévastation. *Cet enfer de joies, ce paradis de trahisons, d'abjections désirées*. Adriana avait compris depuis peu, et cette perspective l'angoissait, n'y voyant aucun remède, qu'elle n'aurait bientôt plus la force ni l'envie de continuer à tricher. À se raconter des histoires. Tous ces jeunes gens étaient des veaux, elle n'allait pas perdre son temps avec des veaux, même dorés !.³³¹

c) La Otra mujer

Pero el mantenimiento de este lazo sintomático, de este lazo de goce entre Adriana y Marc, no resistirá la aparición, entre ellos, de Fabienne Dubreuil, pues

En el instante en que Adriana vio a Fabienne, o mejor dicho, el paso de Fabienne cruzando la gran sala de la planta baja acondicionada como invernadero, comprendió que había perdido a Marc para siempre. Que a partir de entonces estaría entre ellos el cuerpo y la mirada, el gesto, el aspecto, la llama, la insolencia carnal, el sabor áspero del futuro que Fabienne desprendía.

Adriana siempre había pensado que, tarde o temprano, ese momento llegaría.

Cuando Fabienne Dubreuil la llamó por teléfono, a las doce y cuarto, Adriana aceptó en el acto recibirla en su casa. Por dos razones, como mínimo. Porque la aparición a primera hora de la mañana, de un inspector de la policía judicial, que venía a hacerle preguntas sobre el asesinato de Luis Zapata, la había perturbado, qué menos. Adriana había anulado sus compromisos y se había quedado en casa. Béatrice, su hija, le confirmó que Marc regresaba de Estados Unidos al día siguiente. Julien se encontraba en Ginebra, le dijeron en *Action*. Elie Silberberg se había marchado de su casa muy temprano; nadie tenía conocimiento de sus intenciones, según le explicó la enfermera o la señorita de compañía de Carola. En lo que a Elie se refiere, el caso no era tan grave: estaban citados, de todas maneras, para la noche. Iban a ir juntos [Adriana y Elie] al teatro.

De este modo, cuando Fabienne la llamó por teléfono, dejando entender que tenía algo importante que decirle acerca del caso Zapata, Adriana Sponti le propuso de inmediato que viniese a su casa, en la Rue de Lille. "Si le sobra tiempo", había añadido, "podemos comer algo las dos juntas, aquí en mi casa" ¡De acuerdo, ok!, ¡hasta pronto!

³³¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 145-147. Las cursivas son nuestras.

Dos pájaros de un tiro. Invitando a Fabienne a venir a su casa, Adriana podía poner de patitas en la calle al joven amante que en esos instantes estaba pavoneándose en su salón-invernadero. Al joven futuro amante, mejor dicho. Al amante que, de golpe, se había vuelto improbable, tanto peor, tanto mejor (...) Este era, además, más joven que los otros, más pretencioso aún, por consiguiente. Estaba pavoneándose como un mozo sombrío y guapo, como un arcángel de alcoba, seguro de que iba a conseguir a esta mujer encantadora. Y además, rica, factor, éste, que, desde luego, le importaba sobremanera. Si ella le había invitado a su casa para tomar el aperitivo, no debía ser, por supuesto, sólo para hablar de ese estúpido proyecto de guión cinematográfico; la conversación sólo sería un pretexto. Así que el galán, copa en mano, iba soltando su perorata sobre una película porno, *Julie la dulce*, que había visto en el Canal Plus, en la televisión, desmenuzándola detalladamente, con picardía, tanto para lucirse ante Adriana como para describir de forma precisa, y esperaba que también estimulante, las situaciones escabrosas que desbordaban el filme.

Adriana lo escuchaba con fastidio, preguntándose si iba a ponerlo en la calle o si valía más meterle mano para clarificar la situación, para precipitarla, al menos, cuando sonó el teléfono.

Era Fabienne Dubreuil, que venía a liberarla.

Pero ahora acababa de comprender que había perdido a Marc, sin duda. Fabienne había atravesado la amplia habitación llena de plantas, de flores exóticas, para encender la televisión. Le había propuesto a Adriana mirar el telediario de la una para ver si hablaban del asesinato de Luis Zapata.

*Adriana se fijó, entonces, en sus andares, en la gracia inaudita de su cuerpo, en el resplandor que emanaba de ella. El corazón le dio un vuelco. ¡Marc!*³³²

Mais à l'instant, en contemplant la démarche de Fabienne, qui traversait la grande pièce du rez-de-chaussée aménagée en jardin d'hiver, Adriana Sponti vient de comprendre qu'elle a perdu Marc pour toujours. Qu'il y aurait désormais entre eux – ou, plutôt, au centre de leur mémoire lorsqu'ils se reverraient – le corps et le regard, les gestes, l'allure, la flamme, l'insolence charnelle, le goût acide de l'avenir que Fabienne portait en elle. Adriana avait toujours pensé que cet instant arriverait. Le voici, le voilà.

À midi quinze, lorsque Fabienne Dubreuil l'avait appelée au téléphone, Adriana avait aussitôt accepté de la recevoir. Pour deux raisons au moins. Parce que l'apparition d'un inspecteur de la P.J., en tout début de matinée, venu lui poser des questions au sujet de l'assassinat de Luis Zapata, l'avait troublée, forcément. Elle avait annulé ses rendez-vous, était restée chez elle. Béatrice, sa fille, lui avait confirmé que Marc rentrait le lendemain des États-Unis. Julien était à Genève, lui avait-on dit à Action. Élie Silberberg était sorti très tôt de chez lui, on ne savait rien de ses intentions, lui avait expliqué la garde-malade ou demoiselle de compagnie de Carola. Dans le cas d'Élie, c'était moins grave : ils avaient de toute façon rendez-vous pour la fin de la journée. Ils devaient aller ensemble au théâtre. Ainsi, lorsque Fabienne avait téléphoné, lui faisant entendre qu'elle avait quelque chose d'important à lui dire au sujet de l'affaire Zapata, Adriana Sponti lui avait immédiatement proposé de venir chez elle, rue de Lille. « Si vous avez le temps, avait-elle ajouté, nous pouvons manger un morceau ensemble, chez moi ! » D'accord, O.K. ! À tout de suite !

D'une pierre deux coups. En invitant Fabienne à la rejoindre chez elle, Adriana pouvait mettre à la porte le jeune amante qui paradait pour l'heure dans son salon-jardin d'hiver. Le jeune futur amante, plutôt. Amante subitement devenu improbable, tant pis, tant mieux (...) Celui d'aujourd'hui était encore plus jeune que d'habitude. Plus prétentieux encore, par conséquent. Il paradait, beau ténébreux, archange de boudoir, sûr qu'il était d'avoir bientôt cette femme ravissante. Et riche, ça ne gâchait rien. Ça ne le ferait pas débander, en tout cas. Si elle l'avait invité chez elle, pour un brunch, ce n'était sûrement pas seulement pour parler d'un foutu projet de scénario, la parlote ne pouvait être qu'un hors-d'œuvre. Il pérerait donc, verre à la main, à propos d'un film porno, *Julie la douce*, qu'il avait vu sur Canal Plus, qu'il décortiquait en détail, astucieusement, autant pour briller aux yeux d'Adriana que pour décrire de façon précise, et qu'il espérait émoustillante, les situations scabreuses dont le film était farci, c'était le cas de le dire.

Adriana Sponti l'écoutait avec ennui, se demandant si elle n'allait pas le mettre à la porte, ou lui mettre la main quelque part, pour clarifier la situation, la précipiter du moins, lorsque le téléphone avait sonné. C'était Fabienne Dubreuil, une vraie chance.

³³² *Netchaieva vuelto*, pp. 224-227. Las cursivas son nuestras.

Mais elle venait de comprendre qu'elle avait perdu Marc, sans doute. Fabienne avait traversé la vaste pièce remplie de plantes vertes, de fleurs exotiques, pour allumer un appareil de télévision. Elle avait proposé à Adriana de regarder le journal télévisé de treize heures, pour voir s'il y était question du meurtre de Luis Zapata. *Adriana avait remarqué sa démarche, la grâce de son corps, le rayonnement qui l'auréolait. Son cœur se serra. Marc.*³³³

Es evidente que, a los ojos de Adriana Sponti, Fabienne Dubreuil aparece como “la otra mujer” por excelencia. ¿Qué significa esto? Significa que Fabienne es la portadora de un *ágalma* que Adriana habría perdido con los años; significa que Adriana, en tanto que mujer, ha dejado de encarnar el *objeto a*, objeto causa del deseo, de ese hombre que es Marc Liliental, y que quien va a encarnarlo, quien ya lo encarna —y sin que ella, Adriana, pueda hacer nada por evitarlo— es esa jovencita llamada Fabienne, a quien Marc ha invitado a pasar un fin de semana con él en Maine, Estados Unidos, y a quien ahora ella misma ha invitado a su casa de la Rue de Lille. Y si la ha invitado no es para escucharla hablar sobre el asesinato de Luis Zapata —un asunto que, por lo visto, está oscuramente vinculado al supuesto regreso de Daniel Laurençon, de quien Adriana también tendría algo que decir—, sino únicamente para mirarla de cerca (“la gracia inaudita de su cuerpo, el resplandor que emanaba de ella”) y saborear dulcemente su derrota. ¿Dulcemente? Sí, porque la aparición de Fabienne (prevista ya de algún modo, por Adriana), significa, asimismo, su emancipación de ese hombre extraordinario, de ese hombre estragante del que a duras penas había conseguido separarse, ocho años antes, para vivir su propia vida, o como dice el narrador (tan creyente, como es, de la libertad y de la autonomía), “para construirse un mundo autónomo”. Veamos lo que él relata a propósito de esto:

Luego de la autodisolución de Vanguardia Proletaria y de su ruptura con Marc, Adriana empezó trabajando en una fábrica [como ya antes lo había hecho Julien Serguet]. Eran los años en que los izquierdosos franceses reinventaron las actitudes de los populistas rusos de la época de Netchaiev. Posturas arcaicas y arcádicas: ¡como si fuera suficiente con compartir eucarísticamente la vida del proletario durante un período variable aunque siempre provisional, con la particularidad fundamental de poder abandonarla, de volver al regazo materno de la pequeña burguesía de la cual procedían, para asumir de verdad la esencia de clase! Esta se define, de un lado, por la fatalidad de los orígenes, de la cuna —de su peso social, como se decía antes—; y de otro, por el firme propósito de salirse de ella, por la necesidad dinámica de desembarazarse del ser obrero como de una piel muerta, para tener acceso a la vida verdadera —que sólo es, las más de las veces, una imitación o incluso una caricatura de la vida burguesa—, sea individualmente, sea colectivamente, por la vía utópica, engañosa, de la revolución, cuyas desastrosas consecuencias a lo largo del siglo XX ya conocemos.

Entre esta fatalidad de la cuna y este propósito de emancipación se desarrolla el drama de la condición proletaria, que sólo puede ser superada por la transformación interna del sistema y de los medios de producción —en el supuesto de que esto se consiga, lo que aún está por verse—, y que ningún intelectual, por muy lúcido que sea, llegará jamás a asumir realmente con todas sus consecuencias destructoras, por muy nobles que sean sus aspiraciones o elevados y brillantes los escritos que traiga de esas estancias *in partibus infidelium*.

³³³ *Netchaïev est de retour*, pp. 145-147. Las cursivas son nuestras.

Adriana Sponti, pues, se metió a obrera como una se mete a monja. Al cabo de nueve meses, de vuelta al mundo, comenzó a trabajar en el cine, haciendo trabajitos de secretaria de producción. Al cabo de seis años había superado alegremente, aunque con cierta ferocidad, todos los obstáculos y etapas para llegar a convertirse en la productora mascota y faro de una profesión permanentemente en crisis, en el seno de la cual, por consiguiente, se produce un relevo constante de mascarones de proa.

Es así como los pocos revolucionarios que no son imbéciles llegan a poseer un conocimiento de las leyes de la sociedad de una riqueza y precisión tales que les sirve para alcanzar el éxito cuando cambian de bando—incluso si ello se produce por razones perfectamente respetables— en el enfrentamiento social intrínseco e indispensable de una sociedad democrática de masas y de mercado.³³⁴

Après l'autodissolution de l'Avant-Garde prolétarienne et sa rupture avec Marc, Adriana était d'abord partie travailler en usine. C'étaient les années où les gauchistes français réinventaient les attitudes des populistes russes de l'époque de Netchaïev. Attitudes archaïques et arcadiques : comme s'il suffisait de partager eucharistiquement la vie prolétarienne, pendant une période variable mais toujours provisoire, fondamentalement marquée par la possibilité d'en sortir, de retrouver le giron maternel de la petite-bourgeoisie dont ils étaient issus, pour en assumer réellement la nature de classe ! Laquelle se définit d'un côté par la fatalité des origines, de la naissance – sa pesanteur sociologique, disait-on naguère – et de l'autre côté par la volonté farouche d'en sortir, la nécessité dynamique de se dépouiller de l'être ouvrier comme d'une peau morte pour accéder à la vraie vie – qui n'est qu'une imitation, la plupart du temps, ou même une caricature, de la vie bourgeoise –, soit individuellement, soit collectivement par la voie utopique, illusoire, de la révolution, dont on connaît les désastreuses conséquences au cours du XXe siècle. Entre cette fatalité de naissance et cette volonté d'en sortir se joue le drame de la condition prolétarienne, que seule la transformation interne du système et des moyens de production peut dépasser – si tant est qu'elle y parvienne : ce n'est pas dit –, et qu'aucun intellectuel, même lucide, ne parviendra jamais à assumer vraiment, dans toutes ses conséquences destructrices, pour nobles que soient ses aspirations ou élevés et brillants les écrits qu'il rapporte à l'occasion de ces stages littéraires et religieux in partibus infidelium.

Adriana Sponti, donc, était entrée en usine comme on entre au couvent. Au bout de neuf mois, revenue dans le monde, elle avait commencé à travailler dans le cinéma, à de petits boulots de secrétariat de production. En six ans, elle avait franchi allégrement, et non sans quelque férocité, toutes les étapes et les obstacles, pour devenir la productrice fétiche et phare d'une profession en crise permanente, où il se fait par conséquent un renouvellement ininterrompu de figures de proue.

C'est donc que les plus intelligents des révolutionnaires – les cons sont une majorité – parviennent à une connaissance des lois de la société tellement riche et précise qu'elle les aide à réussir lorsqu'ils changent de côté – même si c'est pour des raisons parfaitement respectables – dans l'affrontement social intrinsèque et indispensable à une société démocratique de masse et de marché.³³⁵

d) Una burguesa del distrito dieciséis

Es así que, una vez separada —aunque todavía no emancipada— de Marc, Adriana llegará a convertirse, en pocos años, en una poderosa empresaria; si bien no en el dominio de los medios de comunicación (y nunca mejor empleada la palabra “dominio”), como Marc, sí en el de la industria cinematográfica, tan fructífero como aquél. Y sólo Béatrice, la hija de ambos, hará una

³³⁴ *Netchaïev ha vuelto*, p. 251.

³³⁵ *Netchaïev est de retour*, pp. 162-163.

irónica (y algo malévolamente) referencia a la transfiguración de su madre (y no a la de su padre, a quien adora edípicamente, por sobre todas las cosas). Veamos:

El 10 de diciembre [de 1986] no era sólo el día del cumpleaños de Marc Laloy. También era el día en que se había convocado una manifestación de colegiales en señal de protesta por la brutalidad de la policía, que había causado la muerte de un joven en el Barrio Latino durante la noche del 5 al 6 de ese mismo mes.

Marc sabía que su hija iba a ir. Le aconsejó ser prudente.

—¿Qué quiere decir ser prudente cuando se está en la calle con miles de compañeros y con toda la razón de estar allí? —preguntó Béatrice

Marc la observó de reojo, tomándose una taza de café.

—¿Lo has hablado con tu madre? ¿Qué te ha dicho?

Béatrice borró las palabras de su madre con un gesto contundente.

—¡Chorradas!

—¿Y qué más? —insistió Marc.

—¡Me ha dicho que haría mejor estudiándome las lecciones!

—Y tú le has contestado con una impertinencia...

—¡Con una verdad! —exclamó Béatrice—. *¡Le he dicho que no valía la pena haber hecho la revolución en el sesenta y ocho para estar ahora hablando como una burguesa del distrito dieciséis!*³³⁶

—Tu madre odia el distrito dieciséis —dijo Marc plácidamente.

Béatrice soltó una carcajada.

—Esomismo me ha dicho ella... Odio el distrito dieciséis: no voy ahí ni por error, me ha dicho. ¡Y además los tiempos cambian!, ha añadido, para terminar.

—¡Qué va! Tú siempre tienes la última palabra. Seguro que has dicho algo más. ¿Qué nueva impertinencia?

Béatrice miró a su padre con ternura. Él siempre lo comprendía todo.

—¡Le he preguntado si lo que habían cambiado eran los tiempos o los revolucionarios!³³⁷

Le 10 décembre [de 1986] n'était pas seulement le jour de l'anniversaire de Marc Laloy. C'était aussi celui où une manifestation de lycéens était convoquée pour protester contre les brutalités policières qui avaient provoqué la mort d'un jeune homme, au Quartier latin, dans la nuit du 5 au 6 décembre. Marc savait que sa fille allait y participer. Il lui recommanda la prudence. —Ça veut dire quoi, d'être prudente, demanda-t-elle, quand on est dans la rue, avec des milliers de copains, et qu'on a raison d'y être? Il l'observa à la dérobée, en buvant une tasse de café. —Tu en as parlé avec ta mère? Que t'a-t-elle dit? Elle balaya les paroles de sa mère d'un geste contondant. —Des conneries! —Mais encore? Insista-t-il. —Elle m'a dit que je ferais mieux d'étudier mes leçons! —Et tu lui as répondu par une insolence... —Par une vérité! S'écria Béatrice. Je lui ai dit que ce n'était pas la peine de vouloir la révolution en 68 pour me parler maintenant comme une bourgeoise du seizième! —Ta mère déteste le seizième, dit-il, placide. Béatrice éclata de rire. —C'est ce qu'elle m'a dit... Je déteste le seizième et n'y mets jamais les pieds, m'a-t-elle dit. Et puis les temps ont changé, a-t-elle conclu. —Oh non! S'écria-t-il. C'est toujours toi qui as le dernier mot. C'est toi qui as dû conclure! Par quelle nouvelle insolence? Béatrice regarda son père avec tendresse. Il comprenait tout, lui. —Je lui ai demandé si c'étaient les temps qui avaient changé ou les révolutionnaires!³³⁸

³³⁶ El distrito 16 (XVI^e arrondissement) es el barrio más acomodado de París.

³³⁷ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 100-101.

³³⁸ *Netchaïev est de retour*, pp. 63-64.



Vista aérea del XVII^e arrondissement

4.1.3. Julien Serguet

a) El vínculo con España

Vayamos ahora con Julien Serguet, de quien el narrador destaca lo siguiente:

En cuanto a Julien Serguet, menos brillante y dotado que sus compañeros, sobresalía en los proyectos a largo plazo, su tenacidad y su capacidad de trabajo eran inagotables; su memoria y su ternura, también. En el plano sentimental, a pesar de los esporádicos esfuerzos por parecer tan libertino como Marc o Daniel, se asemejaba más a Silberberg: creía en el gran amor exclusivo, imposible por definición.³³⁹

Entre ellos, el hispanista era Julien.

Era él quien mantenía con España, con su literatura, con su locura, con su sobriedad, con su grandilocuencia, con sus fealdades mezquinas, con su imponente belleza, una relación apasionada que se remontaba a su infancia.³⁴⁰

³³⁹ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 40-41.

³⁴⁰ *Ibíd.* p. 39.

Quant à Julien Serguet, moins éclatant, moins doué que ses copains, il était fait pour le long cours et le long terme : sa ténacité, sa capacité de travail étaient inépuisables ; sa mémoire et sa tendresse aussi. Sur le plan sentimental, malgré des efforts sporadiques pour paraître aussi libertin que Marc ou Daniel, il ressemblait plutôt à Silberberg : il croyait au grand amour exclusif. Impossible, par définition.³⁴¹

C'était Julien, parmi eux, l'hispanisant.

*C'est lui qui avait avec l'Espagne, sa littérature, sa folie, sa sobriété, sa grandiloquence, ses mesquines laideurs, sa beauté quasi surnaturelle, un rapport passionné qui remontait à l'enfance.*³⁴²

Este vínculo con España se lo debe a su padre, Robert Serguet:

Éste había concluido en la Universidad de Aix-en-Provence una larga carrera de profesor de literatura española. Autor de considerables ensayos en torno a la obra de Gracián y de Góngora, así como de una tesis monumental sobre la novela picaresca, había sido militante del partido comunista, al que se había adherido durante la ocupación nazi. Y ahí siguió, por cierto, incluso después de que sus convicciones, o sus creencias, se hubiesen desvanecido tras las revelaciones de Kruschew y los sucesos de Polonia y Hungría en 1956. De hecho, no abandonó el Partido hasta 1968, cuando la invasión de Checoslovaquia.³⁴³

Son père, Robert Serguet avait fini à l'université d'Aix-en-Provence une longue carrière de professeur de littérature espagnole. Auteur d'essais faisant autorité sur l'oeuvre de Góngora et de Baltasar Gracián, d'une thèse monumentale sur le roman picaresque, le père de Julien avait été militant du parti communiste, auquel il avait adhéré pendant l'occupation nazie. Il y était resté, d'ailleurs, bien après que ses convictions, ou ses croyances, se fussent évanouies, à la suite des révélations de Khrouchtchev et des événements de Pologne et de Hongrie, en 1956. De fait, il n'avait abandonné le parti qu'en 1968, lors de l'invasion de la Tchécoslovaquie.³⁴⁴

Así pues, el padre de Julien había adherido al comunismo —al igual que el padre de Elie y el abuelo de Adriana— por la fuerza de su convicción ideológica, desde luego, pero también para tomar una posición en el mundo, para fabricarse un ser. Pero Robert Serguet no era un simple militante, como aquéllos: era un hombre culto y refinado, “amante de las sutilezas gracianescas”; y más allá del ideario comunista, lo que había seducido al “distinguido profesor” era la fraternidad, la genuina fraternidad de algunos camaradas:

El sentimiento primario, primitivo si se quiere, de pertenecer a una comunidad de justos, portadora de un futuro milenarista; a una fraternidad fundamentada sobre los valores de entrega y de altruismo. En Robert Serguet, este sentimiento sobrevivió durante mucho tiempo a la certidumbre racional de la mentira histórica, de la abyección colectiva, global, en la que habían desembocado, en la historicidad concreta de este siglo, tantas abnegaciones individuales.³⁴⁵

³⁴¹ Netchaïev est de retour, pp. 47-48.

³⁴² Netchaïev est de retour, p. 45.

³⁴³ Netchaïev ha vuelto, p. 39.

³⁴⁴ Netchaïev est de retour, p. 45.

³⁴⁵ Netchaïev ha vuelto, p. 275. Cabe decir que Semprún elogió siempre esa genuina fraternidad de los camaradas comunistas.

Le sentiment primaire, primitif si l'on veut, d'appartenir à une communauté de justes, porteuse d'avenir millénariste à une fratrie fondée sur les valeurs de dévouement et d'altruisme, ce sentiment avait longtemps survécu à la certitude rationnelle du mensonge historique, de l'abjection collective, globale, auxquels avaient abouti dans l'historicité concrète du siècle tant d'abnégations communistes individuelles.³⁴⁶

b) El Museo del Prado

Esta era una de las razones que explicaban lo tardío de la ruptura de Robert Serguet con el Partido Comunista Francés. Y otra, no menos importante, era su fascinación por el Museo del Prado, de Madrid. “Fue, en efecto, por culpa de ese museo que Robert Serguet, “el profe”, había tardado tanto en romper con el PCF, con el que tristemente, desde hacía ya muchos años, había dejado de compartir tanto la ética como la estrategia”.³⁴⁷ Y es que, por su gran conocimiento del español y de España, Robert Serguet había sido elegido por el comité para organizar clandestinamente a los comunistas españoles en su lucha contra la dictadura de Franco. Así, había cruzado innumerables veces la frontera entre Francia y España, en su propio coche, para hacer pasar a decenas de ellos, de comunistas españoles con pasaporte falso. “Esta actividad le consolaba de las iras y sinsabores que le provocaba la testarudez de los dirigentes de su partido, que siempre optaban por las decisiones políticas más siniestras”³⁴⁸. Con frecuencia —y a veces sin necesidad— continuaba el viaje solo, hasta Madrid, para ir al Museo del Prado, donde se pasaba horas contemplando *Las Meninas*, en estado de trance. “Con el tiempo, el Prado había llegado a desempeñar un papel fundamental en la vida de Robert Serguet”³⁴⁹. Y también en la vida de su hijo Julien, quien, muchas veces, cuando era niño, durante el período de vacaciones escolares, acompañó a su padre en estos viajes.³⁵⁰

[Poreso], Julien Serguet se las arreglaba para pasar unos días en Madrid, se le presentara o no la ocasión de hacerlo. Él opinaba que Madrid era una de las ciudades más tonificantes de Europa. Nada más llegar, con el último vuelo procedente de París, se instalaba en el Palace. Solía salir a cenar con amigos periodistas, escritores, a La Ancha, al Pescador, o a cualquier otra tasca, según su humor, la estación del año, el último descubrimiento

³⁴⁶ *Netchaïev est de retour*, p. 354.

³⁴⁷ *Netchaïev ha vuelto*, p. 274.

³⁴⁸ *Ibid.*, p. 275.

³⁴⁹ *Ibid.*, p. 275.

³⁵⁰ Y aquí Semprún hace un interesante juego autobiográfico desdoblándose en ambos personajes: el padre y el hijo. Al igual que Julien Serguet, el niño Semprún acompañaba a su padre al Museo del Prado, sobre todo para ver *Las Meninas*; y al igual que Robert Serguet, Semprún viajaba clandestinamente a España (desde Francia) para organizar la oposición comunista contra la dictadura de Franco.

o el capricho de unos y de otros. Pero a la mañana siguiente, aunque hubiese trasnochado, se iba al Prado a primera hora. Allí pasaba una parte del día.³⁵¹

Dès qu'il en avait la possibilité, et même s'il ne l'avait pas vraiment, Julien Serguet allait passer deux ou trois jours à Madrid. C'était l'une des villes les plus toniques d'Europe, à son avis. Il s'installait au Palace, arrivé par le dernier avion de Paris. Il dînait avec des amis journalistes, écrivains, à *La Ancha*, au *Pescador*, ou tout autre bistrot, selon l'humeur, la saison, la dernière découverte ou l'entichement de l'un ou de l'autre. Mais le lendemain, même s'il avait veillé tard, il était au Prado dès l'ouverture des portes. Il y passait une partie de la journée.³⁵²



El Museo del Prado, Madrid.

³⁵¹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 274.

³⁵² *Netchaïev est de retour*, p. 353.



El Palace Hotel, Madrid.

c) La Mujer

De regreso en París, Julien Serguet retoma sus labores en *Action*, el semanario que dirige³⁵³; allí publica unos artículos de opinión “que conseguían seguir siendo de izquierda sin resultar obtusos, todo un mérito”³⁵⁴. Pero al igual que Marc y Adriana, Julien se ha convertido en un próspero empresario. Y se ha casado por segunda vez (no hay que olvidar que Julien sufrió mucho al divorciarse de su primera esposa, Suzanne Engels, aquella joven proletaria por la que sentía una ternura infinita, y se diría, mortífera, pues para él “el divorcio era lo mismo que un asesinato”) con “una mujer real, demasiado real, trivialmente real”, que, por consiguiente, está

³⁵³ Y que es una versión ficticia de *Libération*. De hecho, el nombre de Julien Serguet parece ser una versión en clave del de Serge July, fundador y director de ese semanario de 1974 a 2006.

³⁵⁴ *Netchaiev ha vuelto*, p. 51.

muy lejos de ser la mujer ideal —la Mujer, para usar el término lacaniano³⁵⁵— que él anhela encontrar para consagrarse por entero a ella, pues Julien Serguet sigue siendo, a pesar de todo, un romántico empedernido “que creía en el amor exclusivo, imposible por definición”³⁵⁶. Y la encuentra precisamente en el Museo del Prado, frente a *Las Meninas* de toda su vida:

Julien se hallaba —por enésima vez— más ante el cuadro de Velázquez, cuando Bettina se volvió hacia él para pedirle una información. No le extrañó, estaba acostumbrado: en todas partes solían preguntarle a él señas, itinerarios. En París, en cuanto hacía buen tiempo, en donde se atrevía a deambular por las calles, los turistas japoneses le perseguían, siempre implacablemente bien educados, para preguntarle cómo se iba al Sacré-Coeur o a la Torre Eiffel, o la Brasserie Lipp. Con la mirada indiferente, dejaban pasar a decenas de paseantes, antes de caer sobre Julien con resplandecientes sonrisas de carnívoros. Y quien dice japoneses igual podría decir escoceses, bávaros o peruanos. Amén de los autóctonos, por supuesto. Julien Serguet había acabado por creer que tenía aspecto de persona a la vez sabia y servicial, que da respuestas pertinentes sin refunfuñar a los paseantes perdidos o incapaces de arreglárselas con un plano de la ciudad por todo viático.

Pero si no le sorprendió que Bettina —bueno, esa desconocida de unos treinta años— se dirigiera a él, sí quedó en cambio estupefacto por su belleza.

Completamente absorto en el cuadro de Velázquez, al cual una reciente limpieza le había devuelto la luminosidad de su original colorido, Julien todavía no se había fijado en ella, una más entre los visitantes que aquel día contemplaban, inmóviles, fervorosos, el lienzo.

Cuando se le acercó, desde el extremo opuesto de la sala —que ya no era la misma que Julien solía visitar durante su infancia— para preguntarle acerca de algún detalle de la operación de limpieza de *Las Meninas*, él quedó prendado de la gracia de su andar. El espacio, alrededor de ella, se transformaba, dejaba de ser simple vacío, hueco inmaterial: se animaba, ondulante, vibrando al ritmo de sus pasos, como si los pliegues de la falda que la ceñía vaporosamente se multiplicaran en torno suyo, semejando alas de libélula.

Julien le facilitó la información que ella requería y ya no se separó de ella, acompañándola en su visita al Prado como quien enseña su casa. *La amó desde el primer instante. O mejor dicho, amó la idea de mujer que ella encarnaba a sus ojos. La idea de la mujer ideal. Julien tenía tendencia a amar a mujeres ideales, debido quizás a su vecindad conyugal con una mujer real, demasiado real, trivialmente real. Aquella vez, sin embargo, en primavera, en Madrid, la idea de la mujer ideal le fue propicia, o benéfica, o amable.*³⁵⁷

Julien était une nouvelle fois devant *Les Ménines* de Vélasquez, quelques mois plus tôt, à la fin du printemps, lorsque Bettina se tourna vers lui pour lui demander un renseignement. Il ne fut pas étonné, il avait l'habitude: on lui demandait toujours des renseignements, des itinéraires, partout. À Paris, dès qu'il faisait beau, dès qu'il s'aventurait à marcher dans les rues, des touristes japonais le harcelaient, implacablement polis, pour lui demander le chemin du Sacré-Coeur, ou de la tour Eiffel, ou de la *Brasserie Lipp*. Ils avaient laissé filer des dizaines de passants, l'oeil indifférent, avant de se précipiter vers Julien avec des sourires chatoyants et carnassiers. Qui dit Japonais pourrait tout aussi bien dire Écossais, Bavarois ou Péruviens. Sans compter les autochtones, bien entendu. Julien Serguet avait fini par croire qu'il avait la tête de quelqu'un de savant et de serviable tout à la fois, qui ne rechignait pas à donner des réponses pertinentes aux promeneurs égarés ou incapables de se débrouiller avec un plan de la ville pour tout viatique. Mais s'il ne fut pas étonné que Bettina — enfin, cette inconnue d'une trentaine d'années — s'adressât à lui, il fut en revanche sidéré par sa beauté. Obnubilé par la toile de Vélasquez, qu'un récent nettoyage avait rendue à la luminosité de son coloris originaire, Julien n'avait pas encore remarqué la jeune femme, parmi les contemplateurs immobiles et fervents de ce jour-

³⁵⁵ “La Mujer no existe”, dice una de las célebres aserciones de Lacan. Y agrega: “existen las mujeres, *una por una*”. Esto significa que las mujeres no hacen conjunto; que no forman un todo homogéneo, como los hombres; que no hay un universal femenino; que falta el significante de La Mujer que podría hacer existir la relación sexual.

³⁵⁶ *Netchaiev ha vuelto*, p. 275.

³⁵⁷ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 275-276.

là. Lorsqu'elle vint à lui, de l'autre bout de la salle — qui n'était plus celle où Julien avait fréquenté ce tableau pendant son adolescence —, pour lui demander quelque précision au sujet du nettoyage des *Ménines*, il fut saisi par la grâce de sa démarche. L'espace cessait d'être, autour d'elle, simple vide, creux immatériel : il s'animait d'ondulations et de frémissements au rythme de sa marche, comme si les plis de la robe qui la moulait vaporeusement s'étaient multipliés dans son sillage, semblables à des ailes de libellule. Julien lui donna les renseignements qu'elle souhaitait et ne la quitta plus, lui faisant faire la visite du Prado comme on fait faire le tour du propriétaire. Il l'aima, dès le premier instant. Ou plutôt, il aimait l'idée de la femme qu'elle incarnait à ses yeux. L'idée de la femme idéale. Julien avait une tendance à aimer les femmes idéales, peut-être à cause du voisinage conjugal d'une femme réelle, trop réelle. Trivialement réelle. Pourtant, cette fois-là, au printemps, à Madrid, l'idée de la femme lui fut propice, ou bienveillante, ou aimante.³⁵⁸

Y una vez que Julien haya llevado a Bettina a su habitación del Palace, una vez que la haya estrechado entre sus brazos en varias ocasiones, querrá recitarle algún pasaje de *La conspiración* con el propósito de enamorarla —tal como, antaño, lo hacía Elie con Adriana—, o más precisamente, con el propósito de obtener de ella una correspondencia absoluta, ese Amor con mayúscula que Julien —situado, como hombre, en una posición femenina, del todo opuesta, por ejemplo, a la de Marc, quien no persigue el amor sino el goce— había buscado desde siempre. Pero si Julien va a fracasar en el empeño, no será por la ignorancia de Bettina respecto a Paul Nizan (un escritor del que jamás ha oído hablar), y tampoco por su incapacidad de entender a qué cosa se refiere Julien al leerle esas palabras, sino porque Bettina von P. es lo que (psicoanalíticamente) podríamos llamar una “bella durmiente”³⁵⁹, y lo es porque no termina de despertar del todo ante el deseo masculino (que en el fondo rechaza); un deseo que, en el caso particular de Julien, está aparejado con el amor idealizado:

Sea como fuere, después del Prado, Bettina se encontró en su habitación en el Palace. Incluso en su cama, aunque sería exagerado pretender que se perdió allí. O que se entregó de verdad. Pues Bettina no era una mujer fácil, en absoluto. Casada con un sabio ilustre mucho mayor que ella, y que prácticamente era el único hombre de su vida —un padre bonachón, apenas incestuoso, antes que fogoso amante; o sencillamente, atento esposo—, Bettina tenía una ignorancia casi sobrenatural en cuestiones referentes al sexo. Pero una muy buena disposición para aprender, sin embargo. Aunque aquí intervenía un segundo obstáculo en lo tocante a su plenitud erótica, a la que en principio no se oponía: carecía por completo de memoria en este campo.

Unas semanas después de haberse conocido en Madrid, cuando Julien ya la había estrechado entre sus brazos en varias ocasiones, le dijo a Bettina unas frases de Nizan que, según él, la definían perfectamente en lo más íntimo. Pero Bettina no había oído siquiera hablar de Nizan.

Hay que decir, en su descargo, que Bettina von P. descendía de una ilustre familia alemana. Uno de sus tataratíos había desempeñado un papel importante con el canciller de hierro, Bismarck. Otro de sus antepasados, una sobrina del anterior, estuvo a punto de tener una aventura con Karl Marx, en el vapor que en 1867 hacía la travesía de Hamburgo a Londres. Pero este era un detalle que Bettina desconocía, y Julien se guardó de

³⁵⁸ *Netchaïev est de retour*, pp. 355-356.

³⁵⁹ La “bella durmiente”, como se sabe, es una modalidad de la histeria, o más exactamente, una de las “figuras” que puede adoptar una mujer histérica.

revelárselo. En cambio, lo que Bettina sí sabía, aunque fingía haberlo olvidado, era que otro miembro de su familia había sido agregado naval del estado mayor personal de Hitler. Siendo alemana, por lo tanto, aunque nacida en Austria, donde se había instalado su madre después de la segunda guerra mundial, Bettina von P. no tenía ninguna razón particular para conocer a Paul Nizan, del cual tampoco se puede decir que los propios franceses hagan mucho caso, desgraciadamente.

Entonces, Julien le leyó el trozo en cuestión:

“Pero Bettina (en realidad, en La conspiración, el personaje se llama Catherine, cuñada de Bernard Rosenthal, la cual se convierte en su amante), Bettina carecía de imaginación y su cuerpo de memoria. A Bernard (que vendría a ser Julien) no se le ocurría que para ella las contracciones y relajamientos del placer sólo significaban casualidades, deliciosos accidentes; no se decía a sí misma que no podía vivir sin ello. Era una mujer para quien el amor era como la música para aquellas personas a quienes ésta trastorna cuando la oyen pero que son incapaces de recordar las melodías”.

Bettina, nada rencorosa, aplaudió con ambas manos. Encontró que la cita de Nizan describía bastante bien su propia situación. Encontró, sobre todo, que era una cita espléndida.

—¿Por qué no se escribe más así? —preguntó.

—Porque los novelistas huyen despavoridos de cualquier consideración psicológica. Están aterrorizados por la crítica, tienen miedo de que les tachen de pasados de moda. La psicología está reservada para las novelitas de quiosco. ¡Y son éstas las que mejor describen los misterios del alma femenina! —dijo Julien.

—¡Pues leamos novelitas de quiosco! —exclamó entonces Bettina. Y se echó a reír—. Tendrías que hacerme escuchar tu música más a menudo —prosiguió—. Acabaría conociendo la melodía...

—¡A que no te atreves! —exclamó Julien.

Ella hizo un gesto con la mano, rechazando tal posibilidad.

—¡No es posible, tú bien lo sabes!

Él lo sabía, por supuesto. Los compromisos sociales, su anciano esposo, los viajes, las recepciones, los conciertos: ella sólo disponía de algunas horas sueltas de vez en cuando, para concedérselas a Julien. Este sabía que probablemente no pasaría nunca una noche con “la mujer amada” (así la llamaba para sí). Jamás la tendría entre sus brazos después del amor de la noche, antes del amor del alba. Jamás. No era posible. Y ella no lo haría nunca posible, como tampoco haría lo que hacía falta para que lo fuera. Su marido, su ilustre y anciano marido no lo soportaría.

¿Y si le abandonaras sólo por una noche? Ella negaba con la cabeza: se moriría. ¿Tampoco sobreviviría si se enterara de que tienes un amante?, había preguntado una vez Julien, fuera de sí. Bettina estaba segura de sí, tranquila. Sobreviviría a todo, creo, dijo, siempre y cuando me quede con él. Y lo decía con un deje de satisfacción. Incluso de orgullo. Orgullo de ser una mujer por la que podría uno morir ante la sola idea de que lo abandonara. Julien tenía a veces la sospecha de que a ella le gustaba esta situación, de que se complacía en ella. El amor verdadero tiene que estar protegido por el secreto, dijo un día Bettina. Por los sobreentendidos, por la clandestinidad. No es un sentimiento que soporte estar expuesto a la luz del mediodía, ni a los clarines de la fama, ni siquiera al soplo del rumor. A ella le gustaban las citas secretas, las mentiras que las protegían, las contraseñas, los hoteles para parejas. La doble vida, en una palabra.³⁶⁰

En tout cas, Bettina se retrouva dans sa chambre du Palace, après le Prado. Se retrouva même dans son lit, même s’il serait exagéré de prétendre qu’elle s’y perdit. Ou s’y abandonna, vraiment. Car Bettina n’était pas une femmefacile, loin delà. Mariée à un illustre savant, bien plus âgé qu’elle, qui était quasiment le seul homme de sa vie, père bienveillant, à peine incestueux, plutôt qu’amant fougueux, ou simplement mari attentif, Bettina était d’une ignorance quasi surnaturelle dans les questions du sexe. Toute disposée à apprendre, cependant. Mais ici intervenait un deuxième obstacle à son épanouissement érotique, dont elle ne refusait pas le principe : elle n’avait aucune mémoire dans ce domaine-là. Quelques semaines après cette rencontre de Madrid, quand Julien l’avait déjà eue plusieurs fois dans ses bras, il avait dit à Bettina quelques phrases de Nizan qui la définissaient parfaitement, croyait-il, dans son intimité. Mais Bettina n’avait même pas entendu parler de Nizan. Il faut dire à sa décharge que Bettina von P. descendait d’une illustre famille allemande. Un de ses arrière-grands-

³⁶⁰ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 276-279.

oncles avait joué un rôle près du chancelier de fer, Bismarck. Une autre de ses ancêtres, nièce du précédent, avait failli avoir une aventure avec Karl Marx, sur le bateau à vapeur qui reliait en 1867 Hambourg à Londres. Mais ce détail n'était pas connu de Bettina, et Julien se garda bien de le lui révéler. En revanche, ce que Bettina savait, tout en feignant de l'avoir oublié, c'est qu'un autre des membres de sa famille avait été l'attaché naval de l'état-major personnel de Hitler. Allemande, donc, bien que née en Autriche où sa mère s'était installée après la Seconde Guerre mondiale, Bettina von P. n'avait aucune raison particulière de connaître Paul Nizan, dont on ne peut pas dire que les Français eux-mêmes fassent grand cas, hélas ! Alors, Julien lui avait lu le passage en question :

« Mais Bettina (en réalité, dans *La Conspiration*, le personnage s'appelle Catherine, belle-soeur de Bernard Rosenthal, devenue sa maîtresse), Bettina manquait d'imagination et son corps de mémoire. Bernard ne se doutait pas qu'elle n'avait accueilli les contractions et les détentes du plaisir que comme des chances, des accidents délicieux ; elle ne se disait pas qu'elle ne pourrait plus vivre sans elles. C'était une femme qui était dans l'amour comme ces gens que la musique bouleverse à la minute qu'ils l'entendent, mais qui ne retiennent pas les airs. » Pas rancunière pour un sou, Bettina avait applaudi des deux mains. Elle trouvait que la phrase de Nizan dépeignait assez bien sa propre situation. Elle trouvait surtout que c'était superbe.

— Pourquoi n'écrit-on plus comme ça ? Avait demandé Bettina.

— Parce que les romanciers fuient comme la peste de toute considération psychologique. Ils sont terrorisés par la critique, craignent de paraître démodés. La psychologie est réservée aux romans de gare. C'est eux qui parlent le mieux des mystères de l'âme féminine ! Disait-il.

— Lisons des romans de gare, alors ! S'était exclamée Bettina. Elle avait ri.

— Il faudrait que tu me fasses entendre plus souvent ta musique, ajoutait-elle. Je finirais par en connaître la mélodie...

— Chiche ! S'était-il écrié.

Elle avait fait un geste de la main, repoussant cette perspective.

— C'est impossible, tu le sais bien !

Il le savait, bien sûr. Ses obligations sociales, son vieux mari, les voyages, les réceptions, les concerts : il ne lui restait qu'une sorte d'heure, par-ci, par-là, à accorder à Julien. Celui-ci savait qu'il ne passerait probablement jamais une nuit avec la femme aimée. Il ne l'aurait jamais dans ses bras, après l'amour du soir, avant l'amour de l'aube. Jamais, ce n'était pas possible. Elle ne ferait jamais que ça devienne possible, non plus, ce qu'il fallait pour que ce fût possible. Il en mourrait, disait-elle, son mari. Son illustre vieux mari. Si tu le quittais pour une nuit ? Elle hochait la tête : il en mourrait. Il ne survivrait pas non plus s'il savait que tu as un amant ? Avait demandé Julien une fois, furieux. Bettina était sûre d'elle, calme. Il survivrait à tout, je crois, avait-elle dit, s'il restais avec lui. Elle le disait avec une pointe de satisfaction. De fierté, même. D'être une femme dont l'idée qu'elle vous quittât pourrait vous faire mourir. Il la soupçonnait parfois d'aimer cette situation, de s'y complaire. Le véritable amour doit être protégé par le secret, avait dit un jour Bettina. Par le non-dit, la clandestinité. Ce n'est pas un sentiment qui supporte le plein jour, ni les trompettes de la renommée, ni même le souffle de la rumeur. Elle aimait les rendez-vous secrets, le mensonge qui les protégeait, les mots de passe, les hôtels itou. La double vie, en somme.³⁶¹

Y he aquí la astucia de Julien para conseguir que Bettina von P. abandone a su marido por una noche y poder, entonces, “estrecharla entre sus brazos después del amor de la noche y antes del amor del alba”: confrontarla con otra mujer —la Otra mujer de la histérica— que sea capaz de eclipsarla, o mejor dicho, de desbancarla del lugar fálico que ocupa, el lugar (subjetivado fálicamente) del objeto causa del deseo masculino. Veamos:

³⁶¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 356-358.

Julien optó una noche por seguirla hasta el gran restaurante donde ella iba a cenar con su marido y otros ilustres científicos acompañados por sus esposas. Incluso desde lejos, incluso sin oír una palabra de la conversación, tuvo la certidumbre de que, en aquella mesa, los sentimientos y las ideas sonaban como copas de cristal. *También quedaba patente que Bettina centralizaba toda la atención, que todo giraba a su alrededor: las palabras, los gestos, las sonrisas. La vio relucir con luz interior, resplandecer con todo el fulgor de su feminidad triunfante.*

Se las compuso para pasar junto a su mesa, hacia el final de la cena, con Fabienne Dubreuil. La había elegido a propósito, por su deslumbrante belleza. Aunque Fabienne nada sabía de este enredo. Cruzó el comedor del restaurante junto a Julien, con sus andares de prima donna, ignorando cuál era su papel en el sainete. Pero atrajo todas las miradas masculinas, como de costumbre.

Julien fue recompensado por partida doble. Uno de los ilustres profesores lo reconoció y susurró su nombre al oído de los demás comensales. Pero, sobre todo, pudo tomar buena nota de la repentina fijeza de la mirada de Bettina, de la descomposición de los rasgos de su cara, antes de que ésta recuperara la compostura. Julien conservó en el recuerdo, como oro en paño, el negro y feroz destello de la mirada que Bettina le echó a Fabienne. Jamás podría estrechar a esta mujer entre sus brazos, había pensado hasta ese día, durante la noche, en la fervorosa soledad de la noche, en el sueño ligero de una noche entrecortada con risas y gemidos de placer. Hoy, sin embargo, iba a realizarse lo imposible.

Bettina von P. había conseguido convencer a su marido para que la dejara marchar con una amiga de juventud a la Suiza italiana, a Lugano, para ver las colecciones de la Villa Favorita. El ilustre profesor acompañaba a Bettina casi a todas partes: a los conciertos, a las pruebas en casa del modisto; la dejaba en el peluquero para ir luego a recogerle, y así siempre. Pero existían lugares a los cuales él no la seguía, ya que no le interesaba en absoluto la pintura: exposiciones, museos, inauguraciones. Así pues, se había echado atrás ante la idea de desplazarse cuarenta y ocho horas sólo para ver las colecciones Thyssen-Bornemisza, en Lugano. Renuncia y negativa que le abría a Julien la perspectiva sublime de dos noches completas con Bettina.³⁶²

Julien s'était décidé à la suivre, un soir, dans un grand restaurant où elle dînait avec son mari, d'autres illustres hommes de science et leurs épouses. Même de loin, même sans entendre un mot de la conversation, il avait eu la certitude que les sentiments et les idées tintaient comme du cristal, à leur table. Il était clair aussi que Bettina était au centre de l'attention, que tout tournait autour d'elle : les mots, les gestes, les sourires. Il la vit rayonner d'un éclat intérieur, resplendir de tous les feux de sa féminité triomphante. Il s'arrangea pour passer près de sa table, à la fin, avec Fabienne. Car il avait invité Fabienne, délibérément, à cause de sa beauté. Mais Fabienne ne savait rien de cette intrigue. Elle traversait la salle du restaurant, aux côtés de Julien, de sa démarche de prima donna, sans savoir quel rôle elle jouait dans cette saynète. Mais les regards masculins se levaient sur elle, comme d'habitude. À la fin du repas, Julien passa près de la table où Bettina dînait avec son mari, si distingué, si vieux. Il fut doublement récompensé. L'un des illustres professeurs le reconnut, chuchota son nom aux autres convives. Mais surtout, il put remarquer la soudaine fixité du regard de Bettina, la décomposition de tous les traits de son visage, avant qu'elle ne se reprenne. Julien garda comme un diamant dans sa mémoire l'éclat noir, féroce du regard de Bettina sur Fabienne. Mais il n'aurait jamais cette femme dans ses bras, avait-il cru jusqu'à ce jour, au milieu de la nuit, dans la solitude fervente de la nuit, dans le sommeil léger d'une nuit entrecoupée des rires et des râles de la jouissance. Aujourd'hui, cependant, l'impossible allait se réaliser. Bettina von P. avait réussi à convaincre son mari de la laisser partir avec une amie de jeunesse en Suisse italienne, à Lugano, pour visiter les collections de la villa Favorita. L'illustre professeur accompagnait Bettina quasiment partout : au concert, aux essayages chez son couturier, il venait la déposer et la reprendre chez son coiffeur ; et ainsi de suite. Mais il y avait des endroits où il ne la suivait pas, parce qu'il ne s'intéressait absolument pas à la peinture : c'étaient les expositions, les musées, les vernissages.

Il avait donc reculé devant l'idée de se déplacer quarante-huit heures rien que pour les collections Thyssen-Bornemisza de Lugano. Recul et refus qui ouvraient à Julien la perspective sublime de deux nuits entières avec Bettina.³⁶³

³⁶² *Netchaïev ha vuelto*, pp. 279-280.

³⁶³ *Netchaïev est de retour*, pp. 359-361.



Lugano, Suiza.

d) El coloquio sobre terrorismo

Así pues, Bettina y Julien quedan de verse unos días más tarde en Cointrin, el aeropuerto de Ginebra, luego de que él asista, en esa misma ciudad, a un coloquio sobre terrorismo. Para el evento, Julien ha redactado una ponencia sobre la descomposición del lenguaje político de las organizaciones revolucionarias de Europa Occidental (que derraparon en el terrorismo), tales como Acción Directa (Francia), las Brigadas Rojas (Italia), ETA militar (España) o las Células Comunistas de Lucha (Alemania), “todas ellas igual de dementes”. Como ejemplo, expone un documento reciente de los terroristas franceses que, curiosamente, remata con una imagen shakespeareana: “el bosque en marcha”³⁶⁴.

“Organizar el frente revolucionario en Europa Occidental implica llevar la lucha en la metrópoli a un nivel político-militar y a través de una orientación estratégica que ponga en cuestión al sistema capitalista en su conjunto y que comience el proceso de reconstrucción de la clase en Europa Occidental como proceso internacionalista. El hecho de que algunos todavía estén buscando su rumbo en el interior del laberinto ideológico que les conduce siempre hacia un dogmatismo y hacia un sectarismo estéril cada vez mayores, y el que los servicios policiales europeos vayan salmodiando que hemos sido aislados y vencidos, no pueden esconder *“el bosque en marcha”*.”

A través de un sencillo análisis lingüístico interno de textos como éste, Julien había intentado mostrar en su ponencia la descomposición del lenguaje político marxista-leninista, síntoma evidente del alejamiento definitivo

³⁶⁴ Se refiere al bosque de Birnam, en *Macbeth*.

de la perspectiva revolucionaria. Y lo había hecho con tanta mayor convicción cuanto que, en cierto modo, estaba hablando de sí mismo: él también había escrito, por su parte, textos de esta índole. Y había tenido que romper por sí mismo esta nefasta y mortífera cantinela.

Pero esa decrepitud del lenguaje político —con sus clichés, sus tópicos, sus barbarismos (en el documento de referencia de Acción Directa, Serguet se había fijado en algunos hispanismos notorios y se había planteado si el hecho de que uno de los jefes históricos, todavía operante, de Acción Directa, hubiera iniciado su actividad militante en el seno de los GARI, cuyos lazos con grupos españoles son bien conocidos, bastaba para explicar semejante contaminación del lenguaje político, o si, por el contrario, este hecho no aportaba más bien la prueba de una colaboración con los hombres de ETA o del GRAPO en la actualidad)—, esta decrepitud no era más que el reflejo de la creciente marginación, por parte de la sociedad moderna, del proyecto revolucionario.

La teoría de Marx concebía la emancipación de la clase obrera como el resultado de la actividad de clase en sí misma, en su conjunto, sin la necesidad de crear un partido comunista específico para conseguirlo. La teoría de Lenin sustituía la actividad de clase —a la que él consideraba incapaz de superar el ilimitado horizonte de sus intereses económicos— por la de un partido separado profesionalmente de la sociedad que se imponía a ella. Y la teoría de los marxistas-leninistas preconizadores de la lucha armada sustituía la actividad del partido proletario, acusado de degeneración burocrática, por la de un núcleo militar o un foco de guerrilla, o de un partido combatiente encargado de “reconstruir la clase”, ni más ni menos.

¿El bosque en marcha? ¡ Sangriento escarnio!³⁶⁵

«Organiser le front révolutionnaire en Europe de l'Ouest signifie mener la lutte dans la métropole à un niveau politico-militaire et à travers une orientation stratégique qui mettent en question le système impérialiste dans son ensemble et initient le processus de reconstruction de la classe en Europe de l'Ouest comme processus internationaliste. Que certains louvoient encore dans le labyrinthe idéologique qui les conduit à toujours plus de dogmatisme et de sectarisme stérile, que les services de police européens psalmodient que nous avons été isolés et battus, ne peut cacher "la forêt en marche!". » Par une simple analyse linguistique interne de textes comme celui-là (mais il avait également mis à contribution des documents des Brigades rouges, d'E. T. A. militaire et des Cellules communistes combattantes, tout aussi déments), Julien Serguet avait essayé de montrer dans son exposé la décomposition du langage marxiste-léniniste, symptôme évident de l'éloignement définitif de la perspective révolutionnaire. Et il l'avait fait avec d'autant plus de conviction qu'il parlait, en quelque sorte, de lui-même : il avait, lui aussi, écrit des textes comparables. Il avait eu, lui-même, à briser cette ritournelle néfaste, mortifère. Mais cette décrépitude du langage politique avec ses clichés, ses topiques, ses barbarismes (dans le document en question d'Action directe, Serguet avait noté des hispanismes flagrants : « *initient* le processus de reconstruction » pour « commencent », en était un ; un autre, *conscientisation* pour « prise de conscience », employé à diverses reprises ; et Serguet s'était demandé si le fait que l'un des chefs historiques toujours en cavale d'Action directe eût commencé sa vie militante dans les G.A.R.I., dont les liens avec des groupes espagnols sont connus, était suffisant pour expliquer semblable contamination du langage politique, ou s'il ne fallait pas y voir la preuve d'une collaboration actuelle avec les hommes d'E. T. A. ou du G.R.A.P.O.), cette décrépitude n'était que le reflet de la marginalisation croissante du projet révolutionnaire par la société moderne. La théorie de Marx concevait l'émancipation de la classe ouvrière comme le résultat de l'activité de la classe elle-même, dans son ensemble : nul besoin pour cela de la création d'un parti spécifique des communistes ! La théorie de Lénine substituait à l'activité de la classe considérée par lui incapable de dépasser l'horizon borné de ses intérêts économiques – celle d'un parti séparé professionnellement de la société, s'imposant à elle. Et la théorie des marxistes-léninistes prônant la lutte armée substituait à l'activité du parti prolétarien, accusé de dégénérescence bureaucratique, celle d'un noyau militaire ou d'un foyer de guérilla ou d'un parti combattant chargé de « reconstruire la classe », ni plus ni moins ! La forêt en marche ? Quelle dérision sanglante !³⁶⁶

³⁶⁵ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 272-274.

³⁶⁶ *Netchaïev est de retour*, pp. 350-352.



Cartel del grupo prototerrorista Action Directe

Pero el coloquio sobre terrorismo, que tanto prometía, o más bien, del que Julien esperaba no se sabía bien qué, transcurre *sin pena ni gloria* (“a veces, Julien subrayaba sus pensamientos con expresiones en español, lengua que dominaba a la perfección”). Inmediatamente después de la réplica que sigue a su intervención, Julien se escurre del foro lo más discretamente que puede y sale a la calle, donde un coche lo espera para llevarlo a Cointrin, el aeropuerto de Ginebra. Allí se reúne con “la mujer amada”, y juntos toman otro avión con destino a Lugano, en la Suiza italiana, donde, además de ver la colección Thyssen-Bornemisza, pasan juntos dos noches completas.

e) Encuentro en el New Morning

Todo habría ido bien, *sobre ruedas* (piensa Julien, en español), de no haberse encontrado la noche anterior en el New Morning (en París) con Daniel Laurençon. Sí, con el mismísimo *Netchaiev*, surgido de la nada, o mejor dicho, regresando de la muerte.

Serguet había estado trabajando hasta tarde en *Action*, ultimando la maqueta del periódico con el equipo de redacción. De hecho, habían cerrado con veinticuatro horas de antelación, debido a su partida a Ginebra, el día siguiente, miércoles. Después, fue a la Brasserie Flo a cenar, con Fabienne. Hacia la una de la madrugada, tuvo ganas de ir al New Morning a escuchar jazz. Fabienne estuvo a punto de ir con él, pero desistió en el último momento. Al día siguiente tenía que madrugar. ¿Madrugar? ¿Para qué?, preguntó Julien, ¡Si ya hemos cerrado, está todo bien! Fabienne se sonrojó ligeramente. Tenía que estar despierta, más o menos vestida, a las ocho de la mañana: esperaba un telegrama. No tenía ningún sentido, por supuesto. ¡No se esperan telegramas a hora fija! Nunca se sabe por adelantado la hora de los telegramas, imprevisible por definición. Pues ella sí, sí la conocía: todas las mañanas, a las ocho, llegaba un telegrama de Marc Liliental. Julien miró a Fabienne, que ya se iba. Bueno, *ciao*, hasta pronto, ¡buena Bornemisza! Pero él todavía la retuvo un segundo. ¡Marc se está empleando a fondo! Por cierto, no me has contado nada de tu fin de semana en el Maine... ¡Fue tope, Julien! Este por poco se enfada. ¡Deja de hablar como una subnormal, no es tu estilo! ¡O hablas como una adulta o

mejor te callas! Ella le miró muy seria. Tienes razón, Julien... Te voy a decir la verdad... Nunca he sido tan feliz... ¡Nunca he tenido tanto miedo de la felicidad!

La apretó contra él, un segundo. Se dieron un beso.

En el New Morning, en la Rue des Petites-Ecuries, cuando Julien llegó, un trompetista que no conocía —aunque bien es cierto que se había desentendido de la evolución del jazz en los últimos años— estaba tocando *On the sunny side of the street*, con una formación excelente. Tomó asiento y la música le llegó de inmediato hasta las entrañas, hasta el corazón, hasta la nostalgia de sus jóvenes años. *Tontamente, el fantasma de Laurençon le rondó la memoria. A quien le gustaba de verdad el jazz, tanto como a él, era a Laurençon. A Marcle importaba un pepino, en aquella época sólo escuchaba a Schönberg. Y a Elie, que lo sabía todo del jazz, como de cualquier otro tema imaginable, no le gustaba de verdad. No le gustaba en las entrañas, en el corazón, en la tristeza, en la infelicidad de vivir, en el sexo, en la imaginación.*

On the sunny side of the street. A Julien se le saltaban las lágrimas.

Entonces, entre la penumbra, el humo de tabaco, las risas estridentes de las chicas, en el aura de ese folklore, universal y nostálgico de Occidente, Julien Serguet vio cómo se volvía hacia él el rostro de Daniel Laurençon. "Hola, Netchaiev", le dijo a media voz, con total naturalidad, antes de tomar conciencia, un segundo después, de que acababa de saludar a un muerto. A un aparecido, por lo menos.³⁶⁷

Serguet avait travaillé tard à *Action*, mettant au point la maquette du journal avec l'équipe de la rédaction. En fait, ils avaient bouclé avec vingt-quatre heures d'avance, en raison de son départ pour Genève, le lendemain mercredi. Après, il avait été dîner à la brasserie *Flo*, avec Fabienne. Vers une heure du matin, il eut envie d'aller écouter du jazz au *New Morning*. Fabienne avait failli l'accompagner. Et puis elle s'était ravisée. Elle devait se lever de bonne heure, le lendemain. De bonne heure, pourquoi ? Demandait Julien. Nous avons bouclé, c'est okay ! Fabienne avait rougi légèrement. Il fallait qu'elle soit réveillée, vaguement habillée, à huit heures du matin : elle attendait un télégramme. Ça n'avait pas desens, bien entendu. On n'attend pas un télégramme à heure fixe ! On ne sait pas d'avance l'heure des télégrammes, par définition imprévue. Elle, si, c'était comme ça : tous les matins à huit heures, un télégramme de Marc Lillental. Julien avait regardé Fabienne, qui s'esquiva. Bon, ciao, à bientôt, bonne Bornemisza ! Mais il l'avait retenue une seconde. Dis donc, il met le paquet, Marc ! Tu ne m'as d'ailleurs rien dit de ton weekend dans le Maine... C'était Super, Julien ! Il avait failli se fâcher. T'as fini de parler comme une débile, c'est pastongre ! Allez, ciao, c'était super ! Ça n'ajamaís été ton style. Alors, parle comme une adulte ou tais-toi ! Elle l'avait regardé gravement. Tu as raison, Julien... Je vais te dire la vérité... Je n'ai jamais été aussi heureuse... Je n'ai jamais eu aussi peur du bonheur ! Il l'avait serrée contre lui, une seconde. Ils s'étaient embrassés. Au *New Morning*, rue des Petites-Écuries, quand Julien y était entré, un trompettiste qu'il ne connaissait pas – il est vrai qu'il avait décroché de l'évolution du jazz, ces dernières années – jouait avec une très bonne petite formation *On the sunny side of the street*. Il s'assit, immédiatement saisi aux tripes, au coeur, à la nostalgie de leurs jeunes années. Bêtement, le fantôme de Laurençon vint hanter sa mémoire. C'est Laurençon qui aimait vraiment le jazz, autant que lui. Marc n'en avait rien à foutre, n'écoutait que Schönberg, à cette époque. Et elle savait tout sur le jazz, comme sur tout autre sujet imaginable, mais n'aimait pas vraiment. N'aimait pas avec ses tripes, son coeur, sa tristesse, son malheur de vivre, son sexe, son imagination. *On the sunnyside of the street*, il en avait les larmes aux yeux, Julien. Alors, dans la pénombre, la fumée du tabac, les rires aigus des filles, dans l'aura de ce folklore universel et nostalgique de l'Occident, Julien Serguet vit se tourner vers lui le visage de Daniel Laurençon. Il lui dit à mi-voix, « Salut, "Netchaïev" », tout naturellement, avant de prendre conscience, une seconde plus tard, qu'il venait de saluer un mort. Un revenant, du moins.³⁶⁸

Y hay que ver cómo, en un momento dado de la intensa conversación que mantienen, salpicada de recuerdos felices y dolorosos —y siempre con música de fondo de Louis Armstrong—,

³⁶⁷ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 280-282.

³⁶⁸ *Netchaiev est de retour*, pp. 361-363.

Daniel, que ya ha decidido desertar del mundo del terror, recurre todavía, contradictoriamente, a su figura tutelar, la del ruso Serghéi Netcháiev, como para explicarse, una vez más, a sí mismo, y de paso, a Julien, el porqué de su circunstancia actual: *cómo fue que llegó adonde está*; y cómo Julien, enternecido (y por supuesto, culposo), se ofrece a ayudarlo a preparar lo que el mismo Daniel Laurençon se descubre enunciando, sorprendentemente, como su “regreso al redil”:

—“Las barricadas cierran las calles, pero abren las perspectivas” —dijo Daniel Laurençon.

Había dado un largo trago de whisky, echando la cabeza hacia atrás. El bigote le daba un aspecto muy británico, pensó Serguet.

El conjunto estaba ahora tocando *In the shade of the old apple tree*. Estaba visto que era la noche de los recuerdos. De la memoria, incluso. Pero esta pieza interpretada por Louis Armstrong, que Julien había aprendido a amar, no les recordaba a ambos forzosamente las mismas cosas. A Daniel le recordaba a alguien que no había conocido, a su padre. Michel Laurençon hablaba de Armstrong, de jazz, de guateques durante la Ocupación, en el relato que escribió para su hijo: aquel testamento.

Enseguida se pusieron mutuamente al corriente. La vida de Daniel, desde que había muerto, era fácil de resumir. Monótona, incluso. El futuro, en cambio, prometía ser más movido. ¿Por qué se había puesto en contacto con Zapata, en vez de dirigirse directamente a ellos?, preguntó Julien. Porque a Zapata ellos no le conocen, contestó Daniel. Porque a vosotros os vigilan. Porque Liliental y tú figuráis en la lista de los próximos atentados. La operación empezará dentro de una semana. Zapata era mi intermediario. Bueno, de acuerdo, dijo Julien. Ahora estás hablando conmigo... ¿Qué hacemos, qué propones?, preguntó Laurençon. Julien Serguet ya había estado reflexionando sobre ello mientras escuchaba el relato de Daniel. Mira, le dijo, yo salgo para Ginebra mañana por la mañana... dentro de un rato... un coloquio sobre terrorismo.

Daniel se echó a reír. Una mujer se volvió hacia ellos, exigiendo que se callaran.

—¡El terrorismo! ¡Llévame contigo como asesor, viejo amigo!

—¡Por favor, Netchaiev, seamos serios, no es el momento!

—¡Contigo nunca es el momento, *Juju!* Tu seriedad te ha jugado malas pasadas. ¿Sigues casado con Engels?

—¡Precisamente! —mintió Serguet—. Después de Ginebra, me escapo un par de días con una mujer a Locarno³⁶⁹...

Daniel todavía se carcajeó más.

—¿Locarno? Te das cuenta... Es donde Bakunin pasaba el invierno, huyendo de los fríos de Ginebra... Es allí donde Netchaiev fue averle...

Vació su copa, y la llenó de nuevo con la botella que había encima de la mesa; agregó muchos cubitos de hielo.

—“Tengo aquí conmigo, ahora, un ejemplar de esos jóvenes fanáticos que no dudan de nada ni tienen temor ante nada... Son dignos de admiración, creyentes sin Dios, héroes sin frases...” ¿Recuerdas, Julien? Así le anuncia Bakunin a James Guillaume la aparición de Netchaiev, en abril de 1869...

Pero Serguet le interrumpió.

—¡Deja un rato tranquilo a tu Netchaiev! ¡Tienes que desaparecer, Daniel! Yo no estoy tan seguro como tú de que no conozcan a Zapata, de que no te hayan estado siguiendo hoy... Tú desapareces, y nos encontramos en Locarno... En Ascona, mejor dicho...

—¡Ascona! —exclamó Daniel—, la conozco... Es un lugar encantador... Hubo allí una reunión, una vez... Con alemanes e italianos... El tipo que la organizó también se decía que era alemán... Pero era seguramente un tipo de los servicios soviéticos...

Serguet se le quedó mirando; su instinto de periodista reaccionó enseguida

—¡Tú sí que tienes cosas que contar, Daniel!

—¡Y muchas más que callar! —dijo Daniel—. Estoy obligado a ser reservado, como los diplomáticos. O como los veteranos del Komintern... ¿O acaso crees tú que esos lo han contado todo, esos de los servicios especiales, que

³⁶⁹ Locarno está muy cerca de Lugano; ambas localidades están situadas en el cantón del Tesino, en la Suiza italiana.

han venido a calentarse al sol de la democracia? David Silberberg, sin ir más lejos, el padre de Elie, ¿crees que acaso no tiene mucho que contar aun hoy?

Pero Serguet volvió a la carga.

—También tú te vienes a instalar a Ascona, al sol de la democracia más antigua de Europa...

—*¡Y una mierda!* —le interrumpió Daniel—. *Pregúntale a Netchaiev... Los suizos no tuvieron ningún reparo en extraditarlo, en entregarlo a la policía zarista... Acabó pudriéndose en las mazmorras de la fortaleza de Pedro y Pablo...*

—*¡Pero a ti no te van a extraditar, ya que no hay razón alguna para que te busquen!*

—*De acuerdo... Estoy en Ascona... ¿Y después qué pasa?*

—*Después, yo, en París (no olvides que tengo un periódico), me ocupo, con la ayuda que me quieras prestar, de dismantelar la operación terrorista y de preparar tu regreso al redil... Será absolutamente necesario que vea a tu padrastro.*

Daniel vació la copa.

—*¡Bonita palabra, redil!* —murmuró con rabia—. *¿Supongo que es para recordarme que soy un borrego?*
*Julien no le contestó. Puso su mano encima del brazo de Daniel, nada más.*³⁷⁰

Las barricadas cierran las calles pero abren las perspectivas. —Les barricades ferment les rues mais elles ouvrent les perspectives, c'est ça? Disait Daniel Laurençon. La nuit précédente, au *New Morning*. Daniel avait bu une gorgée de whisky, longue, renversant la tête en arrière. La moustache lui donnait un air très britannique, pensa Serguet. Le groupe jouait maintenant *In the shade of the old apple tree*. Décidément, c'était une nuit du souvenir. À l'encan, même, la mémoire. Mais ça ne leur rappelait pas forcément les mêmes choses, ce morceau qu'ils avaient appris à aimer joué par Louis Armstrong. Daniel, ça lui rappelait quelqu'un qu'il n'avait pas connu, son père. Michel Laurençon parlait d'Armstrong, du jazz, des surprises-parties sous l'Occupation, dans ce récit qu'il avait écrit pour son fils : ce testament. Très vite, ils avaient fait le point de la situation. La vie de Daniel, depuis qu'il était mort, était facile à résumer. Plutôt monotone, même. L'avenir s'annonçait plus mouvementé, en revanche. Pourquoi avait-il contacté Zapata, au lieu de s'adresser directement à eux ? Avait demandé Julien. Parce que Zapata, ils connaissent pas, répondit Daniel. Parce que vous êtes surveillés. Parce que Liliental et toi, vous êtes sur la liste des prochains attentats. L'opération commence dans une semaine. Zapata était mon intermédiaire. Bon, d'accord, avait dit Julien. Maintenant, tu parles avec moi... Qu'est-ce qu'on fait ? Que proposes-tu ? Avait demandé Laurençon. Julien Serguet y avait déjà réfléchi, pendant qu'il écoutait le récit de Daniel. Voilà, disait-il. Je pars pour Genève demain matin... Tout à l'heure... Un colloque sur le terrorisme... Daniel éclatait de rire. Une femme se retourna sur eux, leur demandant du silence.

— Le terrorisme ! Emmène-moi comme assesseur, vieux !

— Bon, sois sérieux, « Netchaïev », ce n'est pas le moment !

— Avec toi ce n'est jamais le moment, Juju ! Mais ton sérieux t'a joué des tours. T'es toujours marié avec Engels?

— Justement ! S'écria Serguet. Après Genève, je fais une fugue avec une femme aimée, à Locarno...

Daniel en riait de plus belle.

— Locarno ? Tu te rends compte... c'est là que Bakounine passait l'hiver, fuyant la bise genevoise... C'est là que Netchaïev lui a rendu visite... Il finit son verre, le remplit de nouveau à la bouteille qui était sur la table, y mit plein de glaçons.

— « J'ai maintenant un spécimen de ces jeunes fanatiques qui ne doutent de rien et qui ne craignent rien... Ils sont admirables, des croyants sans Dieu et des héros sans phrases... » Tu te rappelles, Julien ? C'est ainsi que Bakounine annonce à James Guillaume l'apparition de Netchaïev, en avril 1869... Mais Serguet l'interrompait.

— Fous-nous la paix une seconde avec ton Netchaïev ! Il faut que tu prennes le large, Daniel ! Je ne suis pas aussi sûr que toi qu'ils ne connaissent pas Zapata, qu'ils ne t'aient pas eu à l'oeil aujourd'hui... Tu disparais, tu viens me retrouver à Locarno... À Ascona, plutôt...

— Ascona ! S'exclama Daniel, je connais... Un endroit charmant... Il y a eu une réunion, une fois... Avec des Allemands et des Italiens... Le type qui organisait passait pour allemand, lui aussi... Mais c'était sûrement un guéebiste, un mec des services soviétiques... Serguet l'avait regardé. Son instinct de journaliste réagissait aussitôt.

³⁷⁰ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 280-286.

— T'en as des choses à raconter, Daniel !

— Et des choses à ne pas raconter, encore plus ! Disait Daniel. L'obligation de réserve, comme pour les diplomates. Ou les vieux kominterniens... Tu crois qu'ils ont tout raconté, les vieux kominterniens des services spéciaux venus au chaud de la démocratie ? Trepper, les autres... Tiens, sans aller plus loin... David Silberberg, le père d'Élie, tu crois qu'il n'aurait pas des trucs à dire, encore ? Mais Serguet revint à son propos.

— Tu t'installes à Ascona, au chaud toi aussi de la plus vieille démocratie d'Europe...

— Mon cul, interrompit Daniel. Demande à Netchaïev... Les Suisses l'ont bel et bien extradé, livré à la police tsariste... Il a fini par pourrir dans les cachots de la forteresse Pierre-et-Paul...

— Ils ne vont pas t'extrader, toi, puisqu'il n'y a aucune raison qu'ils te cherchent, voyons !

— Bien... Je suis à Ascona... Et qu'est-ce qui se passe ensuite ?

— Ensuite, moi, à Paris – n'oublie pas que j'ai un journal ! –, je m'occupe avec l'aide que tu voudras bien me donner de démanteler l'opération terroriste et de préparer ton retour au bercail... Il faudra que je voie ton beau-père, absolument ! Daniel éclusa son verre.

— Gentil mot, bercail ! Murmura-t-il, rageur. C'est pour me rappeler que je suis un mouton ? Julien ne répondit pas. Il posa la main sur le bras de Daniel, simplement.³⁷¹



El New Morning, en París

Luego, Daniel se pone a hablar de Hans-Joachim Klein —un colega suyo, judío, ex-militante de las Células Comunistas de Lucha alemanas, que se encuentra en una situación parecida a la suya, es decir, Hans-Joachim también es un terrorista retractado, un “hombre perdido” que, como Daniel, está tratando de sobrevivir a la clandestinidad, de evitar ser asesinado por sus ex-compañeros (algo que no pudo evitar, por ejemplo, la ex-militante de ETA llamada María

³⁷¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 365-368.

Dolores González Cataráin, alias *Yoyes*)—. Daniel refiere al testimonio de Hans-Joachim Klein; tanto el que aparece en el libro que él mismo ha escrito, y cuyo título es *La muerte mercenaria*, como el que aparecen en el libro de Daniel Cohn-Bendit, cuyo título es *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, en el cual, por cierto, aparece también el testimonio del propio Julien Serguet³⁷², (dolorosamente distinto al de Hans-Joachim y al de Daniel). Y entonces, al recordarlo, el comentario de Daniel es inevitable:

“—En el libro de Dany, tu texto está muy bien, Julien... Apasionante... Tu historia de Barcelona...”...

Un día de septiembre de 1977, en Barcelona, en efecto.

Temprano por la mañana, Julien Serguet había ido a pasear al parque Güell, por la parte alta que domina la ciudad. Le gustaba ese bosque de piedra, con sus exhuberantes mosaicos multicolores como musgos tropicales, esa vegetación de ensueño petrificada en los mármoles y granitos, producto de la imaginación de Gaudí. Le gustaba ese paisaje amaestrado de Arcadia urbana —es decir: pulida por el uso civil y el intercambio de urbanidades— que domina una ciudad que había perdido toda medida tras haber roto todas las reglas racionales del urbanismo fin de siglo, que invadía su entorno como una selva virgen, que avanzaba implacablemente, como un caldero amazónico, como una jungla de asfalto.

Hacia buen tiempo aquel día: el cielo de septiembre destacaba el horizonte marítimo de la ciudad con nitidez.

Cuando descendía hacia la salida del parque, Julien se cruzó en la explanada central con un grupo de chicas y chicos jóvenes. Las chicas estaban en flor, o mejor dicho: en vaqueros y camiseta. Eran delgadas, gráciles, desvergonzadas. Hacían zalamerías a los chicos que las acompañaban, dándoles empujones de una a otra para así abrazarlos, o fingir que los golpeaban. Hablaban, unos y otras, un catalán bastante elemental, con el acento cantarín del sur. Eran, sin duda, hijos e hijas de trabajadores inmigrantes procedentes de Andalucía, de Extremadura o de Murcia, expulsados de sus provincias por el formidable empuje de la expansión del mercado interno del capital: una expansión brutal, salvaje, pero portadora de cambios históricos. La generación de esos chicos había crecido en las profundidades de la sociedad civil que este desarrollo —para gran escándalo de los cerriles doctrinarios del marxismo epigonal— había revitalizado bajo la capa envarada, vitrificada, infame, de las instituciones franquistas.

Ahora ellos iban al asalto del cielo de su propia verdad, de su terrestre y cotidiana libertad.

Cuando se cruzaron, una de las chicas le soltó a Julien una frase de bienvenida. El contestó con un ademán festivo.

Más tarde, en una de las estrechas calles de abrupta pendiente que bajan por la colina del Putxet, Julien se quedó parado ante una inscripción en letra mayúscula pintada con spray en un trozo de muro blanco. “Las barricadas cierran las calles, pero abren las perspectivas”. Iba firmada por una A mayúscula dentro de un círculo, signo distintivo del movimiento libertario.

“Las barricadas cierran las calles, pero abren las perspectivas”: una tradición más que centenaria quedaba evocada, con pocas palabras, con la concisión de un epitafio, con la belleza de un canto de cisne (...). Aquel día de septiembre de 1977, prosiguió Julien, era el de la *Diada*, la fiesta de Cataluña, la de la celebración de su libertad, de su recobrada autonomía nacional. Centenares de miles de personas desfilaron por las calles de Barcelona. Julien estuvo mucho rato caminando entre la multitud, viviendo la emoción de esa victoria sin barricadas, de esa certidumbre sin exclusiones. Escuchó los cantos, las consignas, los gritos, las risas. Contempló los rostros de la gente, dejándose llevar por ese río, esa marea humana (...).

Fue aquel día, entre la multitud de catalanes, cuando Julien redescubrió, a la vez de manera conceptual y de manera sensible, casi carnal, la universalidad de los valores democráticos. No fue una revelación, por supuesto,

³⁷² El narrador hace figurar el testimonio de Julien Serguet (por supuesto, ficticio), en el libro de Dany Cohn-Bendit.

sino el resultado de un proceso: un momento de toma de conciencia, de fusión instantánea de ideas dispersas y dispares en un conjunto coherente. En cualquier caso, lo que comprendí aquel día en Barcelona —le decía Julien a Daniel— es que la afirmación nacionalista catalana, necesariamente reductora y particularista en sí, como cualquier afirmación de este tipo, contribuía al enriquecimiento de una España apaciguada en sus diferencias, porque se nutría de esta universalidad que se abría ante ella. Por el contrario, es porque no está conectada con la onda de democratización, sino más bien con una concepción totalitaria del contrato social, por lo que la afirmación nacionalista-totalitaria vasca no prospera y se empobrece, hasta el punto de volverse demencial en la arrogancia terrorista de su identidad mística. Y mistificada.

—Yo, por mi parte —dijo entonces Daniel—, este descubrimiento, producto de una toma de conciencia análoga, no lo viví en Barcelona... ¡sino en Jerusalén!... y con la ayuda de un texto de Orwell, *The Lion and the Unicorn*...

—¿Orwell? ¡Ahora comprendo por qué llevas un bigote tan británico, de oficial del ejército de Indias! En ese momento, el anónimo trompetista acababa de iniciar el solo de *Cornet Chop Suey*. Lo escucharon, marcando el ritmo con las manos unidas encima de la mesa.³⁷³

Un jour de septembre 1977, à Barcelone, en effet. Tôt le matin, Julien Serguet était allé se promener au Parque Güell, sur les hauteurs dominant la ville. Il aimait cette forêt pétrifiée, luxuriante de mosaïques multicolores comme des mousses tropicales, cette végétation de rêve figée dans le marbre ou le granit, que Gaudi avait imaginée. Il aimait bien ce paysage maîtrisé d'Arcadie urbaine – c'est-à-dire : polie par l'usage civil et l'échange de convivialités – dominant une ville qui était, elle, devenue démesurée, ayant brisé tous les carcans rationnels de l'urbanisme fin-de-siècle, proliférant sur l'alentour comme une forêt vierge, implacablement en marche, sorte de chaudron amazonien, de jungle d'asphalte. Il faisait beau, ce jour-là : septembre était limpide sur l'horizon maritime de la ville. Au moment où il descendait vers la sortie du parc, Julien croisa sur l'esplanade centrale un groupe de jeunes filles et de garçons. Les filles étaient en fleur, ou plutôt : en jeans et débardeur. Elles étaient minces, graciles, délurées. Elles cajolaient les garçons qui les accompagnaient, se les renvoyant de l'une à l'autre pour des embrassades ou des simulacres d'empoignade. Ils parlaient, les unes et les autres, un catalan assez sommaire, avec les intonations chantantes du Sud. Sans doute étaient-ils fils et filles de travailleurs immigrés d'Andalousie, d'Estrémadure ou de Murcie, chassés de leurs provinces par le prodigieux brassage de l'expansion du marché intérieur du Capital : brutale, sauvage expansion, mais porteuse de changements historiques. Leur génération avait grandi dans les profondeurs de la société civile que ce développement – au grand scandale obtus des doctrinaires du marxisme épigonal – avait revitalisée sous la croûte compassée, vitrifiée, infâme, des institutions du franquisme. Maintenant, ils partaient à l'assaut du ciel de leur propre vérité, de leur terrestre et quotidienne liberté. Au passage, l'une des adolescentes cria à Julien une phrase de bienvenue. Il répondit par un geste enjoué. Plus tard, dans l'une des rues étroites, en pente abrupte, qui dévalaient la colline du Punxet, Julien s'était arrêté devant une inscription en lettres capitales, bombée sur un pan de mur blanc. *Las barricadas cierran las calles pero abren las perspectivas*. C'était signé d'un A majuscule entouré d'un cercle, signe distinctif du mouvement libertaire. « Les barricades ferment les rues mais elles ouvrent les perspectives » : en quelques mots, une tradition plus que centenaire était évoquée, avec la concision d'une épithète, la beauté d'un chant de cygne (...)

Ce jour de septembre 1977, poursuivait Julien à la demande de Laurençon, était celui de la *Diada*, fête de la Catalogne, de la célébration de sa liberté, de son autonomie nationale retrouvée. Des centaines de milliers de personnes avaient défilé en cortège dans les rues de Barcelone. Julien avait marché longtemps au milieu de la foule, dans l'émotion de cette victoire sans barricades, de cette certitude sans exclusives. Il avait écouté les chants, les mots d'ordre, les cris, les rires. Il avait regardé les visages, s'était laissé porter par ce fleuve, cette marée humaine (...)

C'est ce jour-là, parmi la foule catalane, que Julien avait redécouvert, de façon à la fois conceptuelle et sensible, quasi charnelle, l'universalité des valeurs démocratiques. Ce ne fut pas une révélation, bien entendu. Plutôt l'aboutissement d'un processus : un moment de prise de conscience, de fusion instantanée d'idées disperses et disparates en un ensemble cohérent. En tout cas, ce que j'ai compris ce jour-là, à Barcelone, disait Serguet, c'est que l'affirmation nationale catalane – en soi forcément réductrice et particulariste, comme toute autre de ce

³⁷³ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 286-292.

genre – contribuait à l'enrichissement d'une Espagne pacifiée dans ses différences, parce qu'elle se nourrissait de cette universalité démocratique, qu'elle s'ouvrait sur elle. Par contre, c'est parce qu'elle n'est pas branchée sur la démocratisation, mais bien plutôt sur une conception totalitaire du contrat social, que l'affirmation nationalitaire basque s'ensable et s'appauvrit, jusqu'à devenir démente, dans l'arrogance terroriste de son identité mystique. Et mystifiée.

— Moi, disait alors Laurençon, cette découverte-là, aboutissement d'une prise de conscience analogue, ce n'est pas à Barcelone que je l'ai vécue... C'est à Jérusalem ! Aidé par la lecture d'un essai d'Orwell, *The Lion and the Unicorn*...

— Orwell ? Je comprends maintenant pourquoi tu portes une moustache tellement britannique d'officier de l'armée des Indes ! Raconte, Daniel... Raconte-moi Orwell et Jérusalem ! Daniel Laurençon refusait d'un geste.

— À Ascona, disait-il, gardons quelque chose pour Ascona... Il ne savait pas que Zapata allait mourir quelques heures plus tard. Qu'il n'irait pas à Ascona, qu'il ne pourrait donc pas raconter à Julien les soirées de discussion avec Ehoud Avirel, dans la bibliothèque de ce dernier, à Jérusalem. Daniel levait la tête.

— Tu entends ça, vieux ? Demandait-il.

Le musicien anonyme venait d'entamer le solo de *Cornet Chop Suey*. Ils écoutèrent, marquant la cadence de leurs mains jointes sur la table.³⁷⁴



El Parque Güell, Barcelona.

Y es así como Julien Serguet, antiguo revolucionario convertido en empresario (una transfiguración que no mermó, por cierto, su romanticismo), termina por convencer al terrorista Daniel Laurençon de la necesidad de avenirse a los valores universales de la democracia, los cuales —cree Julien— no riñen con los principios económicos del libre mercado (pues, a sus ojos, el hecho de que los obreros de las provincias del sur tengan que emigrar a las del norte,

³⁷⁴ *Netchaïev est de retour*, pp. 368-376.

como Cataluña, se debe al “formidable empuje de la expansión del mercado interno del capital; una expansión brutal, salvaje, pero portadora de cambios históricos”, y es, por lo tanto, un signo inequívoco del “desarrollo de la sociedad civil”, de manera que los hijos de esos inmigrantes murcianos y andaluces que él, Julien Serguet, encuentra chacoteando a la entrada del parque Güell no hacen ya sino “ir al asalto del cielo de su propia verdad, de su terrestre y cotidiana libertad”). Y esta parece ser una muestra más del incurable romanticismo de Julien, que, en 1986, no puede sospechar que la exacerbación de esos mismos principios económicos del libre mercado, es decir, la mutación del capitalismo al neoliberalismo sin ley y con su obscena concentración de la riqueza, terminará barriendo esa “terrestre y cotidiana libertad” de los jóvenes (y muy particularmente de los jóvenes españoles) por la sencilla razón de que ya no tendrán empleo. Para decirlo con una sola proposición (que retomaremos en las conclusiones de este trabajo): el neoliberalismo terminará por debilitar, si no por secuestrar, la democracia misma.

4.2. EL NOVELISTA

4.2.1. Elie Silberberg

a) El más tímido, el menos cínico

Empecemos con los rasgos subjetivos —subjetivos y no psicológicos— del personaje de Elie Silberberg, sin los cuales sería difícil entender tanto su figuración en revolucionario como su transfiguración en escritor:

Elie era, de muy lejos, el más culto de todos: lo había leído todo, en todos los géneros, en todas las lenguas literarias. Era frágil y delgado, de rubios y lacios cabellos cuyos largos mechones le caían sobre la frente, y tenía una mirada conmovedora tras sus lentes de miope. Con las chicas, *él era el más tímido; o en todo caso: el menos cínico*.³⁷⁵

Élie était sans contestation possible le plus cultivé d'eux tous: il avait tout lu, dans tous les genres et toutes les langues littéraires. Frêle, mince, avec de souples cheveux blonds retombant en longues mèches sur le front, il avait un regard bouleversant derrière ses lunettes de myope. Avec les filles, *c'était lui le plus timide: le moins cynique, en tout cas*.³⁷⁶

Silberberg tenía el don de recordar, en cualquier circunstancia, fragmentos de poemas, frases de escritores pertinentes y oportunas. Daba la impresión de no ser capaz de vivir el presente, su fugacidad, sin insertarlo en un sistema de referencias literarias. Como si sólo fuera posible vivir la realidad así, confirmada, enriquecida, iluminada, por las bellezas de la literatura.³⁷⁷

Silberberg avait le chic, en effet, de se rappeler en toute circonstance des fragments de poème, des phrases d'écrivain qui tombaient bien, à pic et à point. On avait l'impression qu'il ne pouvait pas vivre les moments qui passent, fugitifs, sans les insérer dans un système de références littéraires. Comme si le vécu n'était vivable qu'ainsi, confirmé, enrichi, illuminé par les beautés de la littérature.³⁷⁸

Antaño, Elie Silberberg pretendía que sólo se podía reflexionar tumbado. Reflexionar de verdad, quería decir. Lo que nada tiene que ver con estar pensando vagamente, divagando, con oleadas de pensamientos que te asaltan y atraviesan tu espíritu sin ton ni son. No, reflexionar: crear ideas nuevas para hacerte con una realidad cambiante. Indudablemente, esta tendencia o esta necesidad de estar tumbado limitaba las posibilidades, las ocasiones de reflexionar clara y distintamente. No se tiene siempre a mano un viejo Chesterfield para acostarse. Con el avión funcionaba, también; incluso mejor que tumbado. Si me lo pudiese permitir, decía Silberberg, cogería el avión cada vez que tuviera que resolver un problema, de cualquier orden. Incluso de orden existencial, que son los que tienen peor solución. De hora a hora y media de vuelo. Esa es la duración ideal. París-Niza, por ejemplo, es perfecto. Al aterrizar, todo está solucionado, ya sólo queda actuar. O al contrario, no hacer nada. La

³⁷⁵ *Netchaïev ha vuelto*, p. 40

³⁷⁶ *Netchaïev est de retour*, p. 26

³⁷⁷ *Netchaïev ha vuelto*, p. 47

³⁷⁸ *Netchaïev est de retour*, p. 30

decisión más sabia, a menudo, reside en no hacer nada, en dejar que las cosas se hagan por sí solas. O que se deshagan.³⁷⁹

Autrefois, Élie Silberberg prétendait qu'il ne pouvait réfléchir qu'allongé. Réfléchir vraiment, du moins. Qui n'a rien à voir avec les vagues pensées, les pensées par vagues qui vous assaillent ou vous traversent l'esprit à tout moment. Non, réfléchir : créer des idées nouvelles pour saisir une réalité qui change. Ça limitait les possibilités, sans doute, les occasions de réflexion claire et distincte, ce besoin d'être allongé. Ou ce goût. On n'avait pas toujours sous la main un vieux Chesterfield où s'étendre. Ou alors, l'avion. En avion, ça marchait aussi, mieux même qu'allongé. Si j'en avais les moyens, disait Silberberg, je prendrais l'avion chaque fois que j'aurais un problème à résoudre, de n'importe quel ordre. Même d'ordre existentiel, le moins soluble de tous. D'une heure à une heure trente de vol, durée idéale. Paris-Nice, par exemple, c'était parfait. À l'atterrissage, tout était élucidé, il n'y avait plus qu'à agir. Ou tout au contraire, qu'à ne rien faire, la décision la plus sage, souvent, consistant à ne rien faire, à laisser les choses se faire toutes seules. Ou se défaire.³⁸⁰

b) Un hijo del *campo* y de la Resistencia

Sin olvidar, también en primerísimo lugar, los hitos de su prehistoria, o sea, los hechos traumáticos que precedieron a su nacimiento (agujeros de lo real en torno a los cuales se tejió un discurso que lo constituye como sujeto del inconsciente) y que ya conocemos: la deportación de su madre a un campo de exterminio...

*La madre de Elie, Carola Blumstein, regresó a los veinte años de Auschwitz, en 1945, única sobreviviente de una familia exterminada (...)*³⁸¹

*La mère d'Élie, Carola Blumstein, était revenue d'Auschwitz en 1945, à vingt ans, seule survivante d'une famille exterminée. (...)*³⁸²P. 10

A consecuencia de eso, y tras su separación matrimonial con David Silberberg, Carola Blumstein se había sumido en una suave locura, inofensiva pero irremediable. Elie [el único hijo de ambos] se había ido a vivir con ella, para hacerle compañía.³⁸³

Comme une conséquence de cela, et après la séparation de son mari, David Silberberg, Carola Blumstein avait sombré dans une douce folie, inoffensive mais irrémédiable. Elie était revenu vivre pour tenir compagnie à sa mère.³⁸⁴

³⁷⁹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 104

³⁸⁰ *Netchaïev est de retour*, p. 66

³⁸¹ *Netchaïev ha vuelto*, p. 104

³⁸² *Netchaïev est de retour*, p. 106.

³⁸³ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 17 y 129.

³⁸⁴ *Netchaïev est de retour*, p. 83.

y la vida clandestina de su padre en la Resistencia...

Dos años después [en 1947], Carola Blumstein se había casado con otro joven sobreviviente, David Silberberg. *David, sin embargo, era un sobreviviente de la Resistencia, uno de los escasos sobrevivientes de los grupos de combate del MOI-FTP³⁸⁵ en París.*³⁸⁶

Deux ans plus tard [en 1947], Carola Blumstein avait épousé David Silberberg, jeune survivant lui aussi. *Mais c'est à la Résistance que David avait survécu, l'un des rares rescapés des groupes de combat de la M.O.I.-F.T.P.*³⁸⁷

Pero también el hecho ulterior, no ya de su prehistoria sino de su historia, de ser *el hijo de esos padres*, de ese par de sobrevivientes que terminarían rompiendo su matrimonio por razones identitarias e ideológicas; o más concretamente, por la renegación, por parte de David Silberberg, de su propia judeidad (otro judío renegado), en nombre de su fe comunista, a la que no renunció jamás, ni siquiera después de que los crímenes de Stalin fueron revelados:

David Silberberg era comunista y —como se diría más adelante, transformando un adjetivo antaño enorgullecedor como un título de gloria, en signo de oprobio— un estalinista convencido. No se desdijo jamás, ni cuando la oleada de antisemitismo que recorrió el movimiento comunista en los años cincuenta, a partir del cambio estratégico de la URSS en relación al problema de Israel, ni cuando las revelaciones del XX Congreso, ni cuando estallaron las revoluciones populares de Hungría y de Polonia.

*David Silberberg permaneció tercamente bloqueado, anclado en la fe de su juventud, sin admitir ni la más mínima revisión, siquiera parcial, cada vez más aislado, solo, monolítico en un mundo de incertidumbres, hasta el punto de romper su matrimonio por intransigencia doctrinaria.*³⁸⁸

David Silberberg était communiste et – comme on dirait plus tard, transformant en signe d'opprobre un qualificatif qui avait fièrement sonné naguère comme un titre de gloire – stalinien convaincu. Rien ne l'en fit déborder, ni l'antisémitisme déferlant dans les années cinquante sur le mouvement communiste, à partir du virage stratégique de l'U.R.S.S. dans la question d'Israël ; ni les révélations du XXe Congrès et les révolutions populaires de Hongrie et de Pologne.

*David Silberberg resta buté, bloqué, figé dans la foi de sa jeunesse, n'admettant aucune remise en cause, même partielle, de plus en plus seul de son espèce, monolithique dans un monde d'incertitudes. Au point de briser son ménage par son intransigeance doctrinale.*³⁸⁹

(...) Carola y David habían sido felices hasta principios de los años cincuenta. Durante el transcurso de su vida matrimonial, habían pasado por momentos insoportables, ciertamente, debido a los recuerdos que a veces afloraban. Pero no era por culpa de su amor, sino de su vida, insoportable a veces en el horror de la memoria.

³⁸⁵ Los FTP-MOI (Francs-tireurs et partisans-main-d'œuvre immigrée) eran una célula de la resistencia comunista contra la ocupación nazi. Estaba compuesta por inmigrantes de Europa del Este (judíos, principalmente), la mayoría de los cuales eran obreros sindicalizados. En 1943 fueron oficialmente integrados a la AFL (Armée Française de la Libération), bajo la dirección de Joseph Epstein, Louis Minkowski y Simon Cukier.

³⁸⁶ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 17-18.

³⁸⁷ *Netchaïev est de retour*, p. 10.

³⁸⁸ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 17-18.

³⁸⁹ *Netchaïev est de retour*, p. 17.

El hecho, sin embargo, de haber rondado durante tanto tiempo los dominios de la muerte —él, en los grupos de combate de la MOI; ella, en los barracones de Birkenau—, siendo ambos tan jóvenes, confería a su felicidad, a sus deseos de vivir, una densidad casi insostenible³⁹⁰. Cada minuto de vida en común rebosaba de dicha. El porvenir también parecía inscribirse en un radiante arcoiris de progreso.

Después, de golpe, todo se enturbió, se hizo difícil de descifrar. Primero fueron los procesos de Praga, con su explosión de antisemitismo apenas disimulado. Después fue el caso de “los asesinos de bata blanca”, de los médicos del Kremlin, judíos todos, a los que Stalin acusó de los crímenes más viles.

Carola y David tuvieron reacciones diametralmente opuestas.

David se plantó en su fe comunista, aplicando a su pertenencia al judaísmo el hierro ardiente de una negación radical, revolucionaria, según pretendía. Le recordó a Carola las batallas de Lenin contra el Bund, estudió de nuevo La cuestión judía, de Marx. El judío, dentro de mí, representa al hombre viejo del que me tengo que despojar—despiojar, incluso—, proclamaba David. Pero Carola no quería sabernada. No había sobrevivido a las cámaras de gas de Birkenau para renegar ahora de su condición de judía, para aceptar la locura antisemita de los suyos. Su relación de pareja se fue desgastando por discusiones interminables, y acabó rompiéndose en 1956, cuando los crímenes de Stalin salieron a la luz pública y David se negó a sacar las consecuencias de esta realidad nueva.

“Toda mi infancia echada a perder por culpa de estas peleas”, diría después Elie Silberberg.³⁹¹

Jusqu’au début des années cinquante, Carola et David avaient été heureux. Il y avait eu dans leur vie des moments insupportables, certes, à cause des souvenirs qui émergeaient parfois. Mais ce n’était pas du fait de leur amour, c’était leur vie qui était ainsi, insupportable parfois dans l’horreur de la mémoire. Pourtant, d’avoir si longtemps fréquenté les parages de la mort — lui, dans les groupes de combat de la M.O.I. ; elle, dans les baraquements de Birkenau —, et si jeunes tous les deux, donnait aussi à leur bonheur, à leur goût de vivre une densité presque insoutenable. Chaque minute de vie en commun débordait de joies de toute sorte. L’avenir aussi semblait s’inscrire dans un arc-en-ciel de progrès radieux.

Et puis, soudain, tout devint trouble, difficile à déchiffrer. Il y eut d’abord les procès de Prague, avec leur explosion d’antisémitisme à peine déguisé. Il y eut ensuite l’affaire des « assassins en blouse blanche », les médecins du Kremlin, tous juifs, accusés des pires crimes par Staline.

Carola et David réagirent de façon diamétralement opposée.

David Silberberg se figea dans sa foi communiste, portant sur sa judéité le fer rouge d’une dénégation radicale, révolutionnaire, croyait-il. Il rappela à Carola les batailles de Lénine contre le Bund, il étudia de nouveau La Question juive de Marx. Le juif, en moi, proclamait David, c’est le vieil homme dont il faut me dépouiller. M’épouiller, même. Mais Carola ne voulut rien entendre. Elle n’avait pas survécu aux chambres à gaz de Birkenau pour nier maintenant sa condition de juive, pour accepter la folie antisémite des siens. Leur couple fut usé par d’interminables discussions et se brisa en 1956, lorsque les crimes de Staline furent dénoncés et que David refusa de tirer les conséquences de cette nouvelle réalité.

« Toute mon enfance aura été gâchée par ces disputes », pensait Élie.³⁹²

³⁹⁰ Esos “deseos de vivir”, esa “densidad casi insoportable”, fueron experimentados, por cierto, por el propio Semprún tras haber salido del campo de concentración de Buchenwald. De ahí que, entre la escritura (del *campo*) y la vida —disyuntiva que, en su caso, fue tajante: era la una o la otra—, haya elegido, durante mucho tiempo, la vida... la vida militante y clandestina de Federico Sánchez.

³⁹¹ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 17, 18, 215 y 216.

³⁹² *Netchaïev est de retour*, pp. 139-140.

c) La ruptura con el padre

Muchos años después, un día de diciembre de 1986, cuando Elie Silberberg, “siguiendo un impulso de la mente, o del corazón”, va a visitar a su padre con la intención de reconciliarse con él, terminan discutiendo y rompiendo definitivamente por las mismas razones: la vanidad agresiva de David Silberberg, su intransigencia doctrinaria:

De repente, atravesando el vientre de París, en ese barrio cuya topografía había sido cambiada de arriba abajo por la destrucción de Les Halles, se topó con la esquina de la Rue des Prouvaires. Su padre, David Silberberg, ocupaba allí, justo debajo del desván, un apartamento minúsculo de dos piezas —“un bikini”, mejor dicho, decía con humor— desde que se separó de Carola Blumstein, la madre de Elie.

Elie se detuvo en seco; consultó el reloj: casi era la hora de comer. Su padre seguramente debía de estar solo en casa, comiendo y mirando el telediario. *Aquella mañana, Elie había pensado en su padre con frecuencia, con motivo del entierro de Max Reutmann, otro judío sobreviviente de los MOI-FTP. Con motivo del Smith & Wesson de largo cañón pintado de minio [un precioso revólver que había sido obsequio de su padre y que esa misma mañana, cuando habían intentado matarlo, había echado de menos llevar consigo, para defenderse].* Con paso decidido, entró en la Rue des Prouvaires, subió los seis pisos y llamó al timbre.

—¿Le ha pasado algo a Carola?

David Silberberg había abierto la puerta, palideciendo al ver a su hijo. Le tembló ligeramente la voz al plantear la pregunta.

Elie negó con la cabeza.

—Nada en absoluto —contestó—. Está como siempre: ni mejor ni peor.

—Entonces, ¿para qué vienes? —preguntó su padre con extrañeza.

Buena pregunta, en efecto. ¿Para qué había venido? En cualquier caso, había sido sin premeditación, como siguiendo una especie de impulso.

—Por nada —dijo Elie—. Pasaba por aquí, sin pensar en nada; al mirar maquinalmente el nombre de la calle, he visto que era la tuya y...

Su padre seguía en el umbral de la puerta, sin intención de dejarle entrar.

—Y has pensado: ¡vamos a ver qué hace el viejo loco!

—No exactamente —dijo Elie.

Elie empezaba a sentir unas violentas ganas de dar media vuelta y largarse.

—Ese fósil, ese viejo estalinista, esa ruina kominteriana, ¡el viejo chorra, vamos! —David Silberberg estalló en sonora carcajada—. ¡Vamos, pasa, entra! —dijo—. ¡Estoy en plena forma, no temas! ¡Y tenemos el viento en popa! Elie tardó un segundo en comprender de qué estaba hablando, de quién.

Pero se trataba del “nosotros” de siempre, por supuesto. “Nosotros”, las masas, el pueblo, los bolcheviques, la Revolución, la Historia en marcha, la URSS, ¡el radiante porvenir!

¿Tenían “ellos” el viento en popa, de verdad?

Ya de entrada, tuvo ganas de llevarle la contraria a su padre.

—¿En popa o por el trasero? —preguntó Elie—. Si juzgo por lo que está pasando en el PCF...

Estaban en una de las dos habitaciones del pequeño apartamento: cocina y sala de estar, todo a la vez. La televisión estaba en marcha, sin sonido, esperando las noticias de la una. En cambio, la radio funcionaba a todo volumen, sintonizando una emisora periférica. En un rincón de la mesa había puesto algo a modo de cubierto. Para ello había hecho falta apartar montones de periódicos, de revistas, de platos sucios, y de ceniceros igualmente sucios.

—¿Qué es lo que está pasando en el PCF? —preguntó David Silberberg con sorna.

Manipuló el aparato de radio para bajar el volumen; se volvió hacia su hijo.

—¡Ponemos en la calle a un par de liquidadores, a unos desgraciados que le habían cogido el gusto al confort burgués de los gabinetes de ministros! ¿Y qué?

Elie no había venido para discutir sobre la política del PCF. Había venido en un momento de desconcierto, siguiendo un impulso de la mente, o del corazón, para volver a ver a su padre. Una señal de vida, nada más. Pero era evidente que David Silberberg seguía siendo igual de testarudo, de cerril. Elie no se pudo contener.

—¡No te estoy hablando de eso! —gritó—. Eso son vuestros tejemanejes, siempre tan repugnantes. ¡Hablo de vuestros porcentajes electorales! ¿Pretendéis hacer la revolución con el nueve por ciento de los ciudadanos? Pero David Silberberg estaba radiante. A él le gustaba la discusión, la argumentación: la dialéctica, como decía. Estaba en la gloria.

—¿Acaso hemos hecho la revolución cuando contábamos con un veinticinco por ciento? ¡*Mi pobre Elie, siempre serás un intelectualpequeñoburgués!*

Por mucho que Elie hubiese decidido no dejarse provocar, se lanzó en cuerpo y alma.

—¡*Intelectual!* ¡Y a mucha honra! Eso es mi orgullo o mi vergüenza. Pero míos, y sólo míos. En lo que a pequeñoburgués se refiere, eso es culpa tuya. ¡Eres tú el pequeño artesano judío que siempre ha dudado entre el sueño de ser un proletario y el de ser un empresario!

Era un golpe duro, pues algo de verdad contenía. David Silberberg no tuvo más remedio que encajarlo. Respiró hondo, se recobró y volvió a la carga, al asalto del Palacio de Invierno.

—¡No intentes desviarme de mi línea de razonamiento! La revolución consiste, precisamente, en destruir la democracia parlamentaria. Para conseguir ese objetivo, lo que cuenta de manera decisiva no es el porcentaje del electorado, sino la implantación social, es decir estratégica, de los militantes. ¡Ya verás las huelgas de ferroviarios y de la EDF [Eléctricité de France] ¡Incluso sólo con el nueve por ciento, aún somos capaces de paralizar el país!

Era inútil seguir discutiendo. Pero Elie disparó el último dardo con la esperanza de herir a su padre con sus palabras.

—¡Con tu permiso, camarada, en estas huelgas los que están siempre en primera línea son sobre todo los trotskistas!

David Silberberg volvió a estallar en estruendosas carcajadas.

—¡A los trotskistas me los paso por el culo! O mejor dicho, si prefieres una metáfora más bucólica: ¡cuando llegue el momento, esos trotskistas nos comerán en la mano!

—¡A ver! ¡Explícame eso!

David Silberberg estaba satisfecho de la atención de su hijo. Orgulloso, adoptó el tono didáctico que siempre le había caracterizado.

—¡Tendrás que volver a estudiarlo todo desde el principio, mi pobre amigo! Ignoras hasta los rudimentos de la dialéctica. Había que neutralizar a los trotskistas... ¡Venga, no pongas esa cara! ¿Quieres un término más preciso? ¿Prefieres liquidarlos? Pues bien, a principios de los años treinta era necesario liquidarlos, sin miramientos. Hoy en día, podemos utilizarlos, ya que en lo esencial no han cambiado. A grandes rasgos, se han mantenido fieles a las tesis leninistas, siempre han considerado que la URSS de Stalin y de sus sucesores era un Estado obrero con algunos elementos de degeneración burocrática. ¡Y ahora el camarada Gorbachov está precisamente remediando esos gérmenes de degeneración!

Elie se quedó estupefacto.

—¡Me sorprendes! —dijo—. ¡Estaba convencido de que tratarías a Gorbachov de peligroso renovador!

David Silberberg miró a su hijo con una compasión sincera.

—¡Elie, me decepcionas, de verdad! Gorbachov es un leninista. El más leninista de los dirigentes soviéticos desde hace mucho. La URSS necesita una tregua, un momento de respiro, es evidente. La agresividad incesante del imperialismo le obligaba a ello. Entre otras razones, lo necesita también para liquidar los gérmenes de degeneración que se han ido acumulando en el sistema desde las chifladuras de Krushev y el pasotismo de los burócratas que implantó Breznev. ¿Pero has visto cómo organiza esta tregua Gorbachov? ¡Como una ofensiva en toda línea, y no como un repliegue o una marcha atrás! ¡Les da gato por liebre a los occidentales! ¡Todos están que se matan por conseguir una entrevista con él que dure diez minutos más que la del vecino, para ganar puntos entre su propio electorado! Así que tu nueve por ciento me la trae floja, ya que en las próximas elecciones presidenciales, somos nosotros los que inclinaremos el fiel de la balanza, por mediación de Gorbachov. ¡Te enteras, desgraciado? Dentro de unos años, se estudiará este período en las academias de ciencias políticas

como modelo de maniobra estratégica. ¡Mucho más hábil que la NEP, que el Frente Popular, que el pacto del 39, incluso que Yalta!

David Silberberg estaba lanzado. Era inútil tratar de hacerle entrar en razón, de contener la corriente de sus palabras. Mientras pontificaba, y con el fin de no perderse a un oyente atento, especie que se había vuelto escasa en su existencia más bien solitaria, David Silberberg invitó a Elie a compartir su frugal comida. Comieron arenques, pan moreno y una ensalada de col: iban a tener una digestión pesada.

El telediario de la una interrumpió el monólogo.

Las imágenes del entierro de Max Reutmann aparecieron en la pantalla del televisor. La voz del locutor hacía un resumen de lo que había sido su agitada vida. David Silberberg refunfuñaba, lleno de ira, haciendo comentarios desagradables dirigidos tanto contra el periodista como contra Reutmann, su antiguo camarada. Le trataba de crápula, de *traidor*, farfullando acusaciones veladas en su contenido pero muy perentorias en su forma.

Entonces surgió de golpe la silueta de Elie. Su chaqueta de aquel color verde tan vistoso llenaba todo un ángulo de la pantalla.

—¿Estabas allí? —decía a voz en grito David Silberberg—. *¿Has ido al entierro de ese traidor? ¿Te dejas ver con esos renegados? ¿Pero a ti quién te ha dado vela en ese entierro? ¡Las historias de la Resistencia y del Partido no son cosa tuya!*

David Silberberg estaba fuera de sí, fulminando a su hijo con la mirada.

Elie se picó. Él también se puso a gritar.

—¿Renegados? ¿Y qué más? ¿De qué han renegado Max y Maurice? ¡Sólo han renegado de vuestras chorradas, y de vuestros crímenes! ¡Tu Stalin no fue más que el dios de la muerte! ¡Sólo han renegado de la muerte!

Luego el silencio recayó sobre ellos como una losa.

Poco más tarde, volvían a encontrarse en el umbral.

—*¿Así que tu madre está bien? —decía David Silberberg a modo de despedida.*

Elie clavó la mirada en los ojos de su padre.

—*¡Vamos, sabes perfectamente cómo está!*

Su padre esquivó la mirada.

—*¡Pues no! —dijo con la boca pequeña—. ¿Qué es lo que debería saber?*

—*Sabes perfectamente que está loca —dijo Elie con un hilo de voz.*

Sus miradas se encontraron de nuevo.

—*Pero su locura es una locura suave, inofensiva, mientras que la tuya es sangrienta... —añadió Elie.*

David Silberberg se sobresaltó.

Miró fijamente a su hijo, poniéndose pálido. Después habló con una voz sin timbre, helada, llena de desesperación.

—*¡No vuelvas nunca, Elie! ¡Nunca jamás!*

La puerta estaba abierta, Elie la cruzó. Para siempre, en efecto.

*Elie escuchó la respiración entrecortada de su padre, detrás suyo. Como el estertor de un moribundo.*³⁹³

Soudain, en traversant le ventre de Paris, dans ce quartier dont la topographie avait été bouleversée par la destruction des Halles, il se trouva au coin de la rue des Prouvaires. Son père, David Silberberg, y occupait un minuscule deux-pièces – « un bikini, plutôt ! » disait-il en riant – sous les combles, depuis qu’il avait quitté la mère d’Élie, Carola Blumstein. Élie s’arrêta tout net, regarda l’heure, qui était bientôt celle du déjeuner. Son père était sûrement chez lui, à manger tout seul son rata, en écoutant les infos. *Il avait souvent pensé à son père, ce matin. À cause de Reutmann, qu’on enterrait. À cause du Smith et Wesson au long canon peint au minium.* Il s’engouffra d’un pas vif dans la rue des Prouvaires, monta les six étages, sonna. — Il est arrivé quelque chose à Carola ? David Silberberg avait ouvert la porte, avait pâli en voyant son fils. Sa voix tremblait légèrement en posant cette question. Élie secoua la tête négativement. — Pas du tout, répondit-il. Elle va comme d’habitude : ni mieux ni plus mal ! — *Pourquoi tu viens, alors ? S’étonnait son père. Bonne question, en effet. Pourquoi était-il venu ? Il n’avait rien prémédité, en tout cas, ça avait été une sorte d’impulsion.* — Pour rien, dit Élie. Je passais par là, sans penser à mal, j’ai regardé machinalement le nom de la rue, c’était la tienne... Son père se tenait

³⁹³ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 210-217

toujours sur le seuil de la porte, ne pensant pas à le faire entrer. — Et tu t'es dis : allons voir ce que devient le vieux schnock ! — Pas exactement ! Dit Élie. Qui commençait à avoir furieusement envie de tourner les talons. — Ce fossile, ce vieux stal, ce vestige kominternien, ce vieux con, quoi ! David Silberberg éclata d'un rire tonitruant. — Entre, dit-il, entre ! Je suis en pleine forme, sois tranquille. Et nous avons le vent en poupe ! Élie mit une seconde à comprendre de quoi il parlait, de qui. Mais c'était le « nous » de toujours, bien entendu. « Nous » : les masses, le peuple, les bolcheviks, la Révolution, l'Histoire en marche, l'U.R.S.S. , l'Avenir radieux ! Avaient-ils le vent en poupe, vraiment, « eux » ? Il eut envie de contredire son père, d'entrée de jeu. — En poupe ou au cul ? Demanda-t-il. Si j'en juge par ce qui se passe au P.C.F. ! Ils étaient dans l'une des deux pièces du petit appartement : cuisine, salle de séjour, tout à la fois. Un télé était allumée, le son coupé, en attendant le journal de treize heures. En revanche, la radio était branchée, à tue-tête, sur une station périphérique. Sur un coin de table, un semblant de couvert était mis. Pour ce faire, on avait dû écarter des piles de journaux, de revues, de livres, d'assiettes sales, de cendriers tout autant. — Qu'est-ce qui se passe au P.C.F. ? Demanda David Silberberg, goguenard. Il tripota l'appareil de radio pour diminuer le son, se retourna vers son fils. — On met au pas quelques liquidateurs, quelques pauvres types qui avaient pris goût au confort bourgeois des cabinets ministériels ! Et alors ? *Élie n'était pas venu pour discuter de la politique du P.C.F. Il était venu, dans un moment de désarroi, sur un coup de tête, ou de cœur, pour revoir son père. Rien d'autre, un signe de vie.* Mais David Silberberg était toujours aussi buté, borné, décidé. Élie ne put se contenir. — Je ne parle pas de ça ! S'écria-t-il. Ça c'est votre cuisine interne, toujours aussi peu ragoûtante. Je parle de vos pourcentages électoraux ! Vous voulez faire la révolution avec neuf pour cent des citoyens ? Mais David Silberberg jubilait. Il aimait ça, la discussion, l'argumentation : la dialectique, disait-il. Il était aux anges. — L'avons-nous faite, la révolution, quand on en avait vingt-cinq pour cent ? *Mon pauvre Élie, tu ne seras jamais qu'un intellectuel petit-bourgeois ! Élie avait beau avoir décidé de ne pas se laisser provoquer, il fonça tête baissée.* — *Intellectuel, je veux bien ! C'est ma gloire ou ma honte. Mais c'est moi, moi tout seul. Quant à petit-bourgeois, c'est de ta faute. C'est toi le petit juif artisan fourreur qui as toujours valsé entre le rêve d'être prolo et celui d'être patron ! Le coup était rude parce qu'il y avait du vrai. David Silberberg dut encaisser. Il respira à fond, reprit ses esprits et repartit à l'assaut du Palais d'Hiver.* — N'essaye pas de me faire dévier de mon raisonnement ! La révolution, ça consiste précisément à détruire la démocratie parlementaire. Pour cet objectif, ce n'est pas le pourcentage des électeurs qui est décisif, mais l'implantation sociale, donc stratégique, des militants. Tu vas voir les grèves des cheminots et de l'E.D.F. ! Même avec neuf pour cent, nous sommes encore capables de paralyser le pays ! Toute discussion était inutile, mais Élie lança un dernier trait, espérant ulcérer son père par son propos. — Si tu permets, camarade, dans ces grèves, ce sont surtout les trotskards qu'on voit en première ligne ! David Silberberg eut un nouvel accès de rire homérique. — Des trotskards comme ça, j'en chie tous les matins ! Ou plutôt, si tu préfères une métaphore plus bucolique : ils vont nous chanter dans la main, le moment venu, ces trotskards-là ! — Explique-moi ça, dis donc ! Il était content que son fils l'écoute. Il se rengorgea, pointa le doigt didactique qui lui avait toujours été coutumier. — Tu devrais reprendre tes études à zéro, mon pauvre vieux ! Tu ignores l'ABC même de la dialectique. Les trotskards, il fallait les neutraliser — Oh ! Ne fais pas cette tête-là ! Tu veux un mot plus précis ? Liquider, ça te va ? —, il fallait les liquider au début des années trente, sans pitié. Aujourd'hui, on peut s'en servir. Car ils n'ont jamais varié sur l'essentiel. Ils sont restés fidèles aux thèses léninistes, en gros, ils ont toujours considéré l'U.R.S.S. de Staline et de ses successeurs comme un État ouvrier avec des éléments de dégénérescence bureaucratique ! Eh bien, c'est justement à ces germes de dégénérescence que s'attaque le camarade Gorbatchev ! Élie en resta bouche bée.

— Tu me surprends, dit-il. J'étais persuadé que tu qualifierais Gorbatchev de dangereux rénovateur ! David Silberberg regarda son fils avec une commisération qui n'était pas feinte. — Élie, vraiment, tu me déçois ! Gorbatchev est un léniniste. Le plus léniniste des dirigeants soviétiques depuis fort longtemps. L'U.R.S.S. a besoin d'un répit, d'une respiration, c'est évident. L'agressivité continuelle de l'impérialisme l'y contraint. Entre autres, elle en a besoin pour liquider les germes de dégénérescence qui s'accumulent depuis les foudres de Khrouchtchev et le je-m'en-foutisme des bureaucrates nantis sous Brejnev. Mais t'as vu comment il organise ce répit, Gorbatchev ? Comme une offensive sur toute la ligne, au lieu d'en faire un repli ou une recule ! Il les roule dans la farine, les Occidentaux ! C'est à qui d'entre eux obtiendra avec lui dix minutes d'entretien de plus que le copain, pour se faire mousser auprès de ses propres électeurs ! Alors, ton neuf pour cent, je m'en branle, car c'est nous qui allons faire pencher la balance, ici, aux prochaines présidentielles, par Gorbatchev interposé.

T'as saisi, mon pauvre vieux ? Plus tard, on étudiera cette période dans les académies de science politique : un modèle demanœuvre stratégique. C'est plus fort que la N.E.P., plus fort que le Front populaire, plus fort que le pacte de 39, plus fort même que Yalta ! Il était parti, David Silberberg. Inutile d'essayer de le raisonner, d'endiguer le flot de ses paroles. Tout en discourant, et pour ne pas perdre un auditeur attentif, espèce devenue rare dans son existence plutôt solitaire, son père l'invita à partager son frugal repas. Ils mangèrent du hareng, du pain noir, une salade de chou : l'après-midi allait être rempli d'aigreurs et de renvois. Le monologue fut interrompu par le journal télévisé de treize heures. (Celui d'Antenne 2, est-il besoin de le préciser ? Jamais David Silberberg ne regardait les infos présentées sur la première chaîne par Yves Mourousi, depuis que celui-ci avait répétitivement interviewé le président de la République, François Mitterrand. À la suite de ça, David Silberberg s'était juré de ne plus jamais regarder ses émissions, l'alliance de la désinvolture parisianiste et de la bouillie social-démocrate n'étant pas supportable. Trop c'est trop, avait-il déclaré !) Des images de l'enterrement de Max Reutmann apparurent sur l'écran. La voix du commentateur résumait la vie mouvementée de celui-ci. David Silberberg grommelait rageusement, faisant des remarques désobligeantes, aussi bien pour le journaliste que pour Reutmann, son ancien camarade. Il le traitait de fripouille, de *traître*, portant sur lui des accusations voilées dans leur contenu, mais péremptoires dans leur forme. Et puis on vit surgir la silhouette d'Élie. Sa veste d'un si joli vert vif remplit tout un angle de l'écran.

— Tu étais là ? Hurlait David Silberberg, le père d'Élie. Tu es allé à l'enterrement de ce traître ? Tu t'affiches avec ces renégats ? Mais de quoi tu te mêles ? Les histoires de la Résistance et du Parti ne te concernent pas ! David Silberberg était hors de lui, il foudroyait son fils du regard. Elle prit la mouche. Il poussa un coup de gueule, lui aussi. — Renégats ? Tu parles ! Qu'ont-ils renié, Max et Maurice ? Ils n'ont renié que vos conneries, vos crimes ! C'était le dieu de la mort, rien d'autre, ton Staline ! Ils n'ont renié que la mort !

Le silence retomba sur eux, comme une dalle. Plus tard, ils furent de nouveau sur le pas de la porte. — Ta mère va bien, alors ? Disait en guise d'adieu David Silberberg. Élie fixa le regard de son père. — Tu sais très bien comment elle va, voyons ! Son père avait détourné la tête. — Mais non, dit-il, du bout des lèvres. Que devrais-je savoir ? — Tu sais bien qu'elle est folle, dit Élie dans un murmure. Leurs regards se croisèrent à nouveau. — Mais c'est une folie douce, inoffensive, alors que la tienne est meurtrière... David Silberberg sursauta. Il regarda son fils fixement, devint livide. Il parla ensuite d'une voix blanche, glaciale, désespérée. — Ne reviens plus, Élie ! Ne reviens plus jamais ! La porte était ouverte, il la franchit. Pour toujours, en effet. Élie entendait le souffle court de son père, derrière lui. Presque un rôle d'agonisant.³⁹⁴

d) El Smith & Wesson

Y es que, muchos años antes, en efecto, a finales de 1968, cuando Elie y sus amigos daban sus primeros pasos en la lucha revolucionaria, David Silberberg le había regalado a su hijo un revólver inglés, un Smith & Wesson de largo cañón pintado de minio³⁹⁵, junto con un lote de armas de la Resistencia:

“No quiero saber exactamente lo que haces”, le dijo, “además, tampoco me lo dirías. Pero es evidente que militas en grupos de extrema izquierda. No hay más que oírte hablar. Hay un punto en el que estoy

³⁹⁴ *Netchaïev est de retour*, pp. 136-140.

³⁹⁵ Como el que tuvo Semprún. El minio es una pintura antioxidante que se usaba para preservar las armas que los ingleses tiraban por paracaídas sobre zonas estratégicas del territorio francés, a fin de pertrechar a los resistentes, y que les daba una coloración rojiza.

completamente de acuerdo con vosotros”, prosiguió David Silberberg, “no hay cuartel en la lucha de clases, no hay tregua para la burguesía imperialista”. Finalmente, acabó proponiendo a su hijo darle, a él y a sus amigos, un lote de armas de la Resistencia que aún conservaba. Se trataba de una docena de armas de mano, entre las cuales había tres Smith & Wesson con el largo cañón pintado de minio: unas armas espléndidas, lanzadas en paracaídas por los ingleses durante la Resistencia. También había unas cuantas ametralladoras algo anticuadas pero en perfecto estado; cuidadas con esmero, engrasadas y limpias. Con este arsenal habían llevado a cabo sus primeras operaciones. Después, claro, por mediación de los palestinos, tuvieron acceso a armas de los países del Este, checas en particular, del último modelo.

*Sin saber muy bien por qué, Elie había conservado uno de los pesados revólveres Smith & Wesson. Lo guardaba en el fondo de un armario, de donde lo sacaba una vez al año para limpiarlo.*³⁹⁶

À la fin des années soixante, David Silberberg avait convoqué son fils. « Je ne veux pas savoir ce que tu fais exactement, avait-il dit, d'ailleurs tu ne me dirais rien. Mais tu milites dans les groupes d'extrême gauche, c'est évident ! Il suffit de t'entendre. Il y a un point sur lequel je suis d'accord avec vous, avait poursuivi David Silberberg. Pas de quartier dans la lutte de classe, pas de trêve pour la bourgeoisie impérialiste ! » À la fin, il avait proposé à son fils de leur donner, à lui et à ses copains, un stock de la Résistance qu'il détenait encore. Il y avait une dizaine d'armes de poing, dont trois Smith et Wesson au long canon peint au minium : des machins superbes, parachutés par les Anglais pendant la Résistance. Quelques mitraillettes un peu anciennes aussi, mais en parfait état. Amoureusement entretenues, graissées, nettoyées. C'est avec ça qu'ils avaient fait leurs premières opérations. Plus tard, bien sûr, par l'entremise des Palestiniens, ils avaient eu accès à des armes de l'Est, tchèques en particulier, du dernier modèle.

*Élie avait conservé, il ne savait plus très bien pourquoi, l'un des lourds revolvers Smith et Wesson. Il l'avait caché dans le fond d'un placard d'où il le sortait une fois par an pour le nettoyer.*³⁹⁷

¡Y cómo lamentó, en efecto, no haberlo sacado y llevado consigo aquella mañana [del 17 de diciembre de 1986] en la que, tras haber presenciado el asesinato de Luis Zapata, en la calle Froidevaux, estuvo él mismo a punto de ser asesinado entre las tumbas vecinas del cementerio de Montparnasse!:

Hoy, sin embargo, bajo el cielo límpido de diciembre, sería exagerado pretender que Elie Silberberg se acordó de los poemas de César Vallejo que Julien antaño declamaba.

Caminó muy deprisa entre las hileras de tumbas.

Sin proponérselo, sus pasos lo llevaron a la tumba del peruano. Al llegar ahí, a ese sitio familiar, se detuvo, tomó asiento sobre una losa funeraria y trató de reflexionar sobre lo que acababa de suceder.

Luis Zapata estaba intranquilo, se le notaba en la voz ansiosa. Cosa tanto más sorprendente cuanto que no era hombre que se dejara impresionar fácilmente. Su intranquilidad tenía algo que ver con aquella vieja historia, con la ejecución de Daniel Laurençon. Luis no lo había negado cuando se lo preguntó sin ambages.

Estos dos hechos eran dignos de reflexión.

Pero de repente, algo se mueve, interrumpe sus pensamientos.

Se oye un ruido: el ronroneo de un motor. Silberberg alza la mirada. Allá, a una distancia de veinte o treinta metros, en la hilera perpendicular a la que ha tomado para llegar hasta la tumba de Vallejo, un motorista avanza. No: no es esto lo que él ve.

Sólo ve el busto de un hombre vestido de cuero negro, con casco, que parece deslizarse en el aire, flotando por encima de la panorámica de las tumbas alineadas. No ve la moto, la imagina. Sólo un motorista, en efecto, puede

³⁹⁶ *Netchaiev ha vuelto*, p. 44.

³⁹⁷ *Netchaiev est de retour*, pp. 28-29.

desplazarse así. Un ruido sordo y regular de motor confirma esta deducción. El motorista, pues, aparece como una hipótesis verificable. Como una realidad empírica. Peligrosa, incluso.

Vagamente intranquilo, Elie Silberberg se pone en pie con el fin de poder ver mejor cómo se acerca el motorista. Hasta entonces ha permanecido apoyado contra un monumento funerario cerca de la tumba de Vallejo, estirado casi sobre el mármol pulido, al pie de una imponente cruz. Se incorpora para ver mejor.

El ruido del motor acaba de cesar, el motociclista detiene su máquina. Como en una pesadilla, o como en una película de cine negro, que a veces constituye la realidad visible más próxima a una pesadilla, Elie ve al motorista abrir la cremallera de su chaqueta de cuero y sacar de la axila izquierda una pesada pistola automática. Lo ve empuñar el arma con las dos manos y apuntar hacia él.

Como en la mili, en los ejercicios de tiro.

Todavía le sobra tiempo para pensar, en una especie de destello de ira, que ya está bien. No hace ni diez minutos que ha sido testigo del asesinato de Luis Zapata, y ahora va a serlo del suyo. Le cabrea, no hay otra expresión para calificar lo que siente. No hay otra expresión ni más conveniente ni más exacta: ser testigo de su propio asesinato le produce un inmenso cabreo. Hubiera preferido sobrevivir a su propia muerte para poder contarla, para poder explicar esa experiencia. Pero ser testigo de su propio asesinato, ni hablar. ¡Ni por ésas! ¡Y Zapata decía que él, Elie Silberberg, no figuraba en la lista de los atentados!

Todo se desarrolla muy deprisa, todo transcurre simultáneamente.

El motorista aprieta el dos veces el gatillo. Se oye el silbido breve, casi obsceno, de las detonaciones apagadas por el silenciador. Casi al mismo tiempo, el mármol de la cruz que servía de respaldo a Silberberg se astilla en dos sitios bajo el impacto de los proyectiles.

Justo antes, sin embargo, una fracción de segundo antes de que las balas le reventaran el cráneo, Silberberg se ha tirado al suelo. Más bien se ha hundido como un peso muerto, como alguien alcanzado mortalmente: como un cadáver. Esta manera de caer es precisamente lo que lo salva. El motorista cree que ha dado en el blanco y su atención se relaja durante unos instantes.

Elie Silberberg se ha desplomado en una especie de reflejo de defensa, de supervivencia. La idea de morir así ha debido parecerle insoportable. Pero también ha sido por miedo que se ha hundido como una piedra. El canalla que le disparaba debía de estar ahí cubriendo la operación del asesinato de Zapata; debió de verlo alejarse de los jardincillos, y suponiendo que lo había visto todo, decidió inmediatamente quitarle de en medio. Silberberg comprende ahora por qué Luis Zapata parecía tan alarmado. ¡Esos tíos eran unos asesinos!

[Y pensar que] aquella mañana, al salir para encontrarse con Zapata, casi estuvo a punto de coger el Smith & Wesson que le había regalado su padre.³⁹⁸

Aujourd'hui, cependant, sous un ciel limpide de décembre, il serait exagéré de prétendre qu'Élie Silberberg s'est souvenu des poèmes de César Vallejo que Julien déclamait autrefois. Il avait marché très vite dans les allées du cimetière. Ses pas, sans qu'il l'eût prémédité, l'avaient porté jusqu'à la tombe du Péruvien. Arrivé là, à cette place familière, il s'arrêta, s'assit sur une dalle mortuaire, essayant de réfléchir à ce qui venait de se passer. Luis Zapata était inquiet, ça s'entendait à sa voix fébrile. D'autant plus frappant que ce n'était pas un homme à se laisser impressionner. Et cette inquiétude avait un rapport avec la vieille histoire, l'exécution de Daniel Laurençon. Luis ne l'avait pas nié, lorsqu'il lui avait directement posé la question. Voilà deux faits sur lesquels il fallait réfléchir. Mais ça bouge, soudain, ça l'interrompt dans ses pensées. Ça fait du bruit, d'abord. Silberberg entend le ronronnement d'un moteur. Il lève la tête. Là-bas, à vingt ou trente mètres, dans l'allée du cimetière perpendiculaire à la travée qu'il a suivie pour venir jusqu'à la tombe de Vallejo, roule un motocycliste. Mais non : ce n'est pas ce qu'il voit. Il ne voit qu'un torse d'homme vêtu de cuir noir, casqué, qui semble glisser dans l'air, flottant au-dessus de la perspective des tombes alignées. Il ne voit pas la moto, il la suppose. Seul un motocycliste, en effet, logiquement, peut se déplacer ainsi. Un bruit sourd et régulier de moteur confirme d'ailleurs cette déduction. Il semble bien que ce motocycliste soit une hypothèse vérifiable. Une réalité empirique. Dangereuse, même. Élie Silberberg s'est redressé, pour mieux observer l'approche du motard, inquiet, vaguement. Jusqu'alors, il était adossé à un monument funéraire proche de la tombe de Vallejo. Affalé quasiment sur du marbre poli, au pied d'une croix imposante. Il se redresse, pour mieux voir. Le bruit de moteur

³⁹⁸ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 42-44.

vient de cesser, le motocycliste immobilise sa machine. Comme dans un cauchemar – ou dans un film policier, qui est souvent la réalité visible la plus proche du cauchemar – Élie voit le motard tirer sur une fermeture Éclair de sa veste de cuir et extraire de sous son aisselle gauche un lourd pistolet automatique. Il le voit empoigner l'arme à deux mains et la pointer sur lui. Comme à la parade, à l'exercice de tir. Il a le temps de penser, dans une sorte d'éclair coléreux, que ça va comme ça ! Il n'y a même pas dix minutes, il a été témoin du meurtre de Zapata : il va être témoin du sien, maintenant. Ça le fait chier, il n'y a pas d'expression plus polie, ni plus exacte, pour qualifier ses sentiments. Ça le fait prodigieusement chier d'être le témoin de son propre meurtre. Il aurait bien aimé, en revanche, survivre une fois à sa propre mort, pour pouvoir en parler, en rapporter l'expérience vécue. Mais être témoin de son meurtre, non : rien à foutre. Et dire que Zapata prétendait qu'il n'était pas sur la liste des attentats ! Tout va très vite, tout se passe en même temps. Le motard a appuyé deux fois sur la détente de son arme. On entend le chuintement bref, presque obscène, des détonations assourdies par un silencieux. Presque simultanément, le marbre de la croix à laquelle s'adossait Silberberg s'étoile en deux endroits sous l'impact des projectiles. Mais une fraction de seconde avant l'instant où les deux balles auraient dû lui fracasser le crâne, Silberberg a plongé. Il s'est effondré, plutôt, comme une masse. Comme quelqu'un de mortellement touché : comme un cadavre. C'est ce qui va le sauver, d'ailleurs, cette façon de s'effondrer. Le motard croira qu'il a fait mouche et son attention va s'évaporer pendant quelques minutes. Élie Silberberg a plongé par une sorte de réflexe de défense, de survie. L'idée de mourir ainsi a dû lui sembler insupportable. Mais c'est aussi de saisissement qu'il s'effondre tout d'une pièce. Ce salaud qui lui tire dessus devait être placé en couverture de l'opération Zapata. Il l'aura vu quitter le square, aura supposé qu'il avait assisté au meurtre et décidé sur-le-champ de l'éliminer. Silberberg comprend maintenant pourquoi Luis Zapata avait l'air inquiet : c'étaient des tueurs fous, ces mecs ! Les gonzesses, d'ailleurs, n'étaient pas mal non plus ! Élie commence à ramper entre les pierres tombales, s'éloignant de l'allée où le motard est apparu.

*Ce matin, au moment de partir au rendez-vous de Zapata, il avait failli l'emporter.*³⁹⁹



Un revólver Smith & Wesson, como el de Elie Siberberg

³⁹⁹ *Netchaïev est de retour*, pp. 26-28.

Apenas es necesario decir que ese Smith & Wesson de largo cañón pintado de minio tiene un significado especial para Elie, y esto explica el hecho de que lo haya conservado en el fondo de un armario “sin saber muy bien por qué”. Se trata no sólo del arma gracias a la cual su padre sobrevivió a la Resistencia, esa dura batalla clandestina que David Silberberg libró por un país que no era el suyo, pero que terminó siéndolo (como lo fue para tantos otros inmigrantes judíos que llegaron de Europa del Este y de Rusia). Se trata, sobre todo, de un objeto —tan simbólico como real— a través del cual su padre le había concedido un cierto reconocimiento; y aquí hay que apresurarse a decir: *pero menos de su persona que de su personaje*, es decir, de la figura que Elie —entonces un muchacho en la “edad difícil”, un hijo que (como todos los hijos, excepto Marc), demandaba el reconocimiento de su padre⁴⁰⁰—, eligió para darse un ser en el mundo, o lo que es lo mismo, para hacerse un lugar en el Otro: la figura del revolucionario. Y si el hermético, el intratable David Silberberg pudo concedérselo, fue porque, aun desde esa figura marginal (en el sentido de no estar afiliada a un órgano político como el PCF), Elie, su único hijo, tomaba parte en la lucha histórica contra la “burguesía imperialista” (la misma que David “odiaba con toda su alma”); y al mismo tiempo, ocupaba su lugar de sujeto en el Otro de un linaje de combatientes: los Silberberg. Esto, por supuesto, había calmado y enorgullecido al viejo comunista, al punto de que pudo instaurarse entre ellos, entre padre e hijo, un delicado equilibrio que, si bien dependía de lo ideológico, en el sentido de la lucha que ambos libraban, desde frentes distintos, contra un enemigo común, era, sobre todo, un pacto inconsciente, una lealtad que —como ocurre siempre en el universo sempruniano— iba a ser inexorablemente traicionada.

e) Un escritor de novelas racinianas

Ahora bien, si Elie traicionó esa lealtad (¿podía no traicionarla, ¿podía ser eternamente leal a su padre?), es decir, si dejó de ser un revolucionario consciente y comprometido con la causa proletaria —o para decirlo más propiamente: con el imposible cese de la explotación capitalista—, no fue, en efecto, para convertirse en lo contrario: en un despreocupado y próspero empresario, como Marc, como Adriana o como Julien —y tampoco en un fanático terrorista como Daniel—, sino para convertirse en algo que él ya era desde siempre: un intelectual (y esto,

⁴⁰⁰ Es verdad que, a veces, en la relación padre-hijo se juega la lucha a muerte por el reconocimiento de la dialéctica hegeliana.

pese al desprecio que le había manifestado su padre al respecto: “¡Mi pobre Elie, siempre serás un intelectual pequeñoburgués!”); y más aún: en un escritor. Esta era, sin duda, la figura que convenía a aquel joven menudo y tímido que “daba la impresión de no ser capaz de vivir el presente, su fugacidad, sin insertarlo en un sistema de referencias literarias, como si sólo fuera posible vivir la realidad así, confirmada, enriquecida, iluminada, por las bellezas de la literatura”⁴⁰¹; al único ex-integrante de Vanguardia Proletaria (exceptuando también a Daniel Laurençon) que no se sentía atraído por el poder y el dinero —y por el consecuente éxito social—, pues su naturaleza era otra, mucho más discreta y “femenina”, por así decirlo, por cuanto era o parecía ser indiferente a esos goces eminentemente fálicos.

Y, una vez convertido en escritor, Elie Silberberg, o mejor dicho, Elias Berg, había publicado unas cuantas novelas que el narrador califica —con acierto— de “racinianas”. Veamos:

En el plano formal, las novelas de Silberberg se salían de lo común. Eran novelas de acción, efectivamente, novelas negras, llenas de sonido y de furia, rebosantes de cadáveres, de sorpresas, de suspense, en las que, sin embargo, no sucedía nada. Aparentemente, por lo menos, en directo, a primera vista, ante nuestros ojos, en nuestra presencia. El narrador no se encontraba nunca en el sitio adecuado; siempre llegaba tarde, o acababa de alejarse del lugar del crimen en el momento de la acción. *Es decir que la parte esencial del relato la constituían la premonición, la meditación o el recuerdo. En cierto modo, eran novelas racinianas. Nunca se estaba junto a Teramene presenciando la muerte de Teseo. Se estaba en el relato de Teramene.*⁴⁰²

Sur le plan formel, ils sortaient du commun. C'étaient des romans d'action, en effet, noirs, pleins de bruit et de fureur, remplis de cadavres, de surprises et de suspense, où il ne se passait rien. Du moins en apparence, en direct, à première vue, sous nos yeux, comme si nous y étions. Le narrateur n'était jamais là où il fallait, il arrivait toujours trop tard ou bien il venait juste de quitter les lieux du crime, du passage à l'acte. L'essentiel du récit était donc prémonition, méditation ou souvenir. C'étaient des romans raciniens, en quelque sorte. On n'était jamais aux côtés de Théramène, assistant à la mort de Thésée. On était dans le récit de Théramène.⁴⁰³

Unas novelas que el comisario Roger Marroux había leído con el propósito de investigar a Elie Silberberg —quien había sido el mejor amigo de Daniel cuando ambos eran adolescentes (Marroux recuerda que “su hijastro le había hablado de Elie, cuando aún le hablaba de su vida, de sus lecturas, de sus amigos”)—, y a partir de las cuales había pensado, en su mejor vena filosófica, lo siguiente:

⁴⁰¹ *Netchaiev ha vuelto*, p. 123.

⁴⁰² *Netchaiev ha vuelto*, p. 135.

⁴⁰³ *Netchaiev est de retour*, p. 171.

Y es que la vida, habitualmente, la vida de verdad —a Marroux le pagaban por saberlo— se componía por regla general de un relato, de un nudo de relatos, del recuerdo del paso a los hechos, o del deseo de pasar a los hechos, mucho más que del hecho en sí, ocurrido en nuestra presencia. Nunca estamos allí. O muy pocas veces, brevemente. Exceptuando, sin duda, el momento del amor carnal, cuando el acto se sustenta en el tiempo, queda en suspenso en él: memoria y proyecto de placer a la vez. De sus alegrías, de sus juegos, de sus goces. Pero uno no puede pasarse la vida haciendo el amor. *En lo que al resto se refiere, nos movemos más bien dentro de una serie de inmovilidades, de esperas, de imágenes fijas, en el antes y después de la acción.*⁴⁰⁴

Or la vie, habituellement, la vraie vie, Marroux était payé pour le savoir, c'était le plus souvent un récit, un enchevêtrement de récits, le souvenir du passage à l'acte, ou le désir d'y passer, plutôt que l'acte lui-même, comme si nous n'y sommes jamais. Ou si peu, si brièvement. Sauf sans doute au moment de l'amour physique, où l'acte est sous-tendu par le temps, suspendu en lui : mémoire et projet du plaisir. Des ses joies, ses jeux, ses jouissances. Mais on ne peut passer sa vie à faire l'amour. Pour le reste, nous sommes plutôt dans une suite d'immobilités, d'attentes, d'images fixes, dans l'avant et dans l'après action.⁴⁰⁵

f) ¡Escriba una novela sobre terrorismo!

Y es que, en efecto, Marroux se había presentado en la casa de Elie Silberberg —un chalet situado en el Boulevard de Port-Royal, donde aún vivía con su madre— para investigarlo, pues sospechaba de su reciente comunicación con Luis Zapata, asesinado esa misma mañana [del 17 de diciembre de 1986] en el marco del supuesto regreso de Daniel Laurençon, alias Netchaiev. Elie Silberberg tendría mucho que decir al respecto, y no sólo porque, efectivamente, Zapata se había comunicado con él para advertirle del retorno de (lo real de) aquella vieja historia (la traición) y de sus posibles consecuencias, sino también porque Marroux sabía perfectamente que Silberberg era uno de los que, doce años atrás, habían traicionado a su adorado Daniel.

—¿Está usted trabajando en un libro sobre terrorismo? —preguntó Roger Marroux de sopetón. Miró hacia la pared del fondo de la habitación, con el tablero de corcho donde estaban fijados los documentos y las citas.

—¿De qué se trata, de una novela?

—¡Precisamente! —contestó Elie—. No consigo determinar si se trata de una novela o de un ensayo... Llevo meses escribiendo y dándole vueltas a la forma narrativa... sin acabar de decidirme... sin conseguir que cristalice por sí misma, tampoco... —De pronto se interrumpió con cara de extrañado—. ¿Pero cómo sabe usted que escribo novelas?

Marroux le miró y se encogió de hombros.

—¡Elias Berg! Su pseudónimo de novelista es bastante transparente, ¿no le parece? Y además, no lo olvide, desde que Daniel Laurençon desapareció, le voy siguiendo la pista.

—¿A mí? ¿A mí en especial?

—A todos ustedes —puntualizó Marroux—. Los demás, por cierto, son mucho más fáciles de mantener bajo vigilancia que usted... Su propio éxito le pone en evidencia. *Pero amí, señor Silberberg, sus novelas me interesan más que el éxito de ellos.* —Acto seguido, prosiguió—: *Lo que me apasiona de sus libros es que todos presentan*

⁴⁰⁴ *Netchaiev ha vuelto*, p. 135.

⁴⁰⁵ *Netchaiev est de retour*, p. 171.

la misma trama narrativa... Obsesivamente. Siempre tratan, al margen de las peripecias y de las circunstancias, que pueden ser variables, de la historia de un grupo y de un traidor. De un supuesto traidor, al menos. En resumen, siempre se repite el esquema de *La conspiración*, aquella novela de Nizan. Pero su *Pluvinage* tiene menos determinación, es más ambiguo. Nunca se sabe si se trata de un traidor de verdad.

Miró a Silberberg a los ojos, con una mirada donde se mezclaban la tristeza y la severidad.

—¿Fue Daniel un traidor? No parece usted muy convencido.

Elie se sobresaltó. Se le secó la garganta.

—En cualquier caso, comprendo su interés por Netchaiev, al margen de sus razones personales —prosiguió Marroux, impertérrito—. “Todo lo que hace posible el triunfo de la revolución es moral...” Se podrían citar más frases del *Catecismo*, todas tan de actualidad como ésa... Quiero decir: igual de falsas, pero aún vigentes para algunos espíritus. Lo que se representa allí es un poco la escena primitiva del terrorismo revolucionario. La cosa procede de más lejos, desde luego, de más arriba: la Historia siempre tiene un antes. Y Netchaiev tuvo un interés apasionado por Babeuf y Robespierre, usted lo sabe mejor que yo. También hacia Blanqui. Pero sus acciones, su tipo de discurso, su cinismo pragmático, su firmeza inquebrantable son pilares, en cierto modo, fundacionales. Codifican por lo menos algunos de los signos revolucionarios modernos que encarnará más adelante el leninismo. También conducen a su apogeo la dramaturgia de la revolución: el proceso del traidor, o por lo menos del supuesto traidor, como suprema ceremonia de identificación sangrienta de las masas embelesadas con el jefe clarividente...

Se interrumpió repentinamente, frotándose los ojos con la mano derecha.

—No lo dude, Silberberg, escriba una novela. El terrorismo marxista-leninista es un pobre tema para un ensayo. Se agota enseguida. Recuerde que François Furet consiguió decir lo esencial en un prefacio de treinta páginas. Se puede ampliar el desarrollo, qué duda cabe, encontrar nuevos ejemplos históricos, explorar la experiencia habida desde otro punto de vista, la bibliografía que se va enriqueciendo sin cesar... Pero lo esencial se dice rápido. Para una novela, en cambio, constituye un tema amplísimo que permite las mayores variaciones de la imaginación, de los juegos de la ficción que iluminan la realidad. Posibilita, además, las proyecciones personales. Sobre todo en lo que a su caso particular se refiere, ¿no le parece? Y además, no olvide la observación de Hannah Arendt: ¡jamás una reflexión teórica poseerá la riqueza de significados que presenta una historia bien contada!⁴⁰⁶

— Vous travaillez à un livre sur le terrorisme ? Demanda Roger Marroux, soudain. Il regardait la paroi du fond de la pièce, avec son panneau de liège où s'affichaient documents et citations.

— C'est quoi, un roman ?

— Justement ! S'exclama Élie. Je n'arrive pas à déterminer si c'est un roman ou un essai... Ça fait des mois que j'écris et que je tourne autour d'une forme narrative... sans me décider... sans qu'elle cristallise d'elle-même, non plus... Mais il s'interrupt, eut l'air étonné.

— Comment savez-vous que j'ai écrit des romans ?

Marroux le regarda, haussa les épaules.

— Élias Berg ! Votre pseudonyme de romancier est transparent, non ? Et je vous ai suivi de près, depuis la disparition de Daniel Laurençon, ne l'oubliez pas !

— Moi ? Moi particulièrement ?

— Vous tous, précisa Marroux. Les autres étaient d'ailleurs plus faciles à tenir à l'oeil que vous... Leur réussite les rendait voyants. Mais vos romans m'ont davantage intéressé que leur succès, monsieur Silberberg !

Il enchaînait aussitôt :

— Ce qui me passionne dans vos livres, c'est qu'ils ont tous la même trame narrative... Obsessionnellement. C'est toujours, quelles qu'en soient les péripéties, les circonstances, qui peuvent varier, l'histoire d'un groupe et d'un traître. D'un traître supposé, du moins. Toujours le schéma de *La Conspiration*, en somme. Mais votre *Pluvinage* est moins déterminé, plus ambigu que chez Nizan. On ne sait jamais s'il est vraiment traître. Il fixa le regard de Silberberg, avec un mélange de tristesse et de sévérité.

— Daniel était-il un traître ? Vous n'en semblez pas convaincu. Élie sursauta. Il en eut la bouche sèche.

⁴⁰⁶ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 174-176.

— En tout cas, je comprends que vous vous intéressiez tant à Netchaïev, outre les raisons personnelles, poursuivit Marroux, imperturbable. « Tout ce qui permet le triomphe de la révolution est moral... »

On pourrait citer d'autres phrases du *Catéchisme*, tout aussi actuelles... Je veux dire : tout aussi fausses, mais encore agissantes, dans l'esprit de certains. C'est un peu la scène primitive du terrorisme révolutionnaire qui se jouelà. Ça vient de plus loin, certes, de plus haut : l'Histoire a toujours un amont. Et Netchaïev s'est passionné pour Babeuf et pour Robespierre, vous le savez mieux que moi. Pour Blanqui aussi. Mais son action, son type de discours, son cynisme pragmatique, sa fermeté indomptable sont fondateurs, en quelque sorte. Ils codifient du moins certains des signes de la modernité révolutionnaire qu'incarnera ensuite le léninisme. Ils portent aussi à son apogée la dramaturgie de la révolution : le procès du traître – du supposé tel, en tout cas – comme cérémonie suprême de l'identification sanglante des masses ébahies au chef clairvoyant... Il s'interrompt brusquement, se frotta les yeux de la main droite.

— N'hésitez pas, Silberberg ! Écrivez un roman. Pour un essai, le terrorisme marxiste-léniniste est un sujet pauvre. On en a vite fait le tour. En une préface de trente pages, souvenez-vous, François Furet est parvenu à en dire l'essentiel. On peut développer, sans doute, trouver de nouveaux exemples historiques, explorer d'un autre point de vue l'expérience existante, la bibliographie qui s'enrichit sans cesse... Mais l'essentiel est vite dit. Pour un roman, en revanche, c'est un sujet immense, qui autorise les variations de l'imaginaire, les jeux de la fiction éclairant la réalité. Qui autorise aussi les investissements personnels. Surtout dans votre cas, n'est-il pas vrai ? Et puis n'oubliez pas la remarque de Hannah Arendt : aucune réflexion théorique n'aura jamais la richesse de sens d'une histoire bien racontée !⁴⁰⁷

⁴⁰⁷ *Netchaïev est de retour*, pp. 224-226.

4.3. EL TERRORISTA

4.3.1. Daniel Laurençon

a) El más sistemático, el más doctrinario

Terminemos, pues, este capítulo con el análisis de la transfiguración del personaje central de la novela: Daniel Laurençon, alias *Netchaiev*. Se trata de un proceso *subjetivo* (remarcar la palabra es fundamental, pues estamos hablando del sujeto y no del individuo) que, por supuesto, es consciente, y más aún, ideológico (por cuanto implica una relación de sujeción al Otro de un discurso, en este caso, el discurso terrorista, que podemos definir como una exacerbación, o mejor dicho, una perversión del discurso revolucionario), pero cuyo sustrato es inconsciente (por cuanto implica una relación con lo traumático de su historia: su padre muerto y el padrastro que vino a sustituir a ese padre; un doble entramado, una doble filiación que lo distingue de los demás —Marc, Elie y Julien—, y que le confiere mayor complejidad como sujeto y como personaje). Pero del inconsciente de Daniel Laurençon —del inconsciente como *determinismo* (lo tenemos que decir así aunque la palabra cause repelencia)— ya hemos dicho bastante. Ahora toca revisar lo que hay de específicamente ideológico de su transfiguración en terrorista, misma que desemboca en un remordimiento tardío y en un vano deseo de redención.

Veamos, pues, los rasgos subjetivos de Daniel que destaca el narrador:

Daniel Laurençon había heredado de su padre la complexión de vikingo, un cuerpo hecho para el sol y la desnudez: anchas espaldas, caderas estrechas, musculatura flexible. A pesar de su aspecto de deportista (“En los años treinta”, decía Claudine Dupuy, una joven desvergonzada cuyos favores compartían entre ellos cuando estaban en la Normal Superior, “Daniel podría haber representado el papel de Pierre Richard Willm en el cine”), era el más sistemático en el plano de las ideas, el más doctrinario.⁴⁰⁸

Daniel Laurençon avait hérité de son père une silhouette de Viking, un corps fait pour la nudité et le soleil : large d'épaules, étroit de hanches, aux muscles déliés. D'eux tous, en dépit de son allure sportive (« Dans les années trente, disait Claudine Dupuy, une jeune déleurée dont ils se partageaient à Normale Sup les faveurs, Daniel aurait pu jouer au cinéma les rôles de Pierre-Richard Willm ! »), il était le plus systématique, sur le plan des idées : le plus doctrinaire.⁴⁰⁹

⁴⁰⁸ *Netchaiev ha vuelto*, p. 40.

⁴⁰⁹ *Netchaiev est de retour*, p. 47.



El actor francés Pierre Richard Wilm

Este último rasgo, constitutivo de su subjetividad, habría facilitado su sujeción al Otro del discurso revolucionario de sus veinte años, y también al Otro del discurso terrorista de sus treinta; dos Otros que no son, por cierto, uno y el mismo, como pretende hacernos creer, un poco tramposamente, el narrador sempruniano (una cuestión a la que volveremos en las conclusiones de este trabajo).

b) El acto terrorista

Ahora bien, este Otro del discurso terrorista no es, por supuesto, un discurso en abstracto; es una congregación de sujetos que lo encarnan (sujetos de la ideología semprunianos, como todos los demás), es decir, que lo ponen en acto; y el acto terrorista por excelencia es el asesinato; bien el asesinato selectivo, como el que perpetran —tanto en la novela como en la realidad— los sicarios de Acción Directa contra Georges Besse, el director de la Renault, el 17 de noviembre de 1969:

El 17 de noviembre [de 1986] George Besse fue asesinado al anochecer, al regresar a su casa. Casi debajo mismo de las ventanas de Sonsoles, que vivía en el edificio contiguo al del empresario. Aquella tarde, poco antes de las ocho, Sonsoles salió de la estación del metro Raspail. Cruzó el Boulevard Edgar-Quinet hacia la acera de los números pares. Sumida como andaba en sus pensamientos, de entrada no prestó atención a la aglomeración, a la algarabía que había un poco más lejos. De repente, se encontró metida de lleno en ella.

Tres cuartos de hora después, cuando subió a su casa, Sonsoles no encendió la luz eléctrica. Permaneció en la claridad difusa del cielo nocturno, que entraba por los grandes ventanales del estudio. Se tumbó sobre la alfombra. Unas imágenes atroces todavía le revoloteaban en la cabeza. Poco a poco, sin embargo, fue imperando la ira; una rabia fría, una especie de odio razonado. ¡Esos desgraciados de Acción Directa! ¡Menuda soberbia, menuda arcaica imbecilidad! ¡Vaya cobardía tan lamentable! O esas desgraciadas, quizá. Pues en la calle, Sonsoles oyó varios testimonios clamados a los cuatro vientos ante los micrófonos de los periodistas radiofónicos que acudieron en seguida: al parecer, efectivamente, habían sido dos mujeres, dos mujeres jóvenes las que habían sido vistas disparando sobre el empresario. Fríamente, con una precisa profesionalidad.⁴¹⁰

Un mois plus tôt, jour pour jour, le 17 novembre, Georges Besse avait été assassiné en rentrant chez lui le soir. Presque sous les fenêtres de Sonsoles, qui habitait dans l'immeuble voisin de celui du P.-D.G. de Renault. Ce soir-là, peu avant vingt heures, la jeune fille sortait du métro Raspail. Elle traversa le boulevard Edgar-Quinet, pour gagner le trottoir des numéros pairs. Absorbée par ses pensées, elle ne fit pas immédiatement attention à un attroupement, un brouhaha, plus loin. Soudain, elle s'y trouva plongée. Trois quarts d'heure plus tard, quand elle remonta chez elle, Sonsoles n'alluma pas l'électricité. Elle resta dans la clarté diffuse du ciel nocturne, qui tombait de la grande baie vitrée du studio. Elle s'allongea à même le tapis de la pièce. Des images atroces flottaient encore dans sa mémoire. Peu à peu, cependant, ce fut la colère qui prit le dessus : une rage froide, une sorte de haine raisonnée. Tant d'arrogance, tant de sottise archaïque, tant de minable lâcheté chez ces pauvres types d'Action directe ! Ces pauvres typesses, peut-être. Car Sonsoles avait entendu, dans la rue, des témoignages criés à la cantonade devant les micros des journalistes de radio sitôt accourus : il semblait bien que c'étaient des femmes, deux jeunes femmes, qu'on avait vues en train de tirer sur Georges Besse. Froidement, avec une précision professionnelle.⁴¹¹



L'Express y Liberation informan en sus portadas del asesinato de Georges Besse, el presidente de la Renault.

⁴¹⁰ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 168-169. Se dice que Georges Besse —quien fuera designado por el presidente François Mitterand como presidente director general de la empresa estatal Regie Renault— fue asesinado por haber despedido a 21, 000 trabajadores en sus primeros 18 meses en el puesto. Poco tiempo después, los principales miembros de Action Directe: Jean-Marc Rouillan, Nathalie Ménigon, Joëlle Aubron y Georges Cipriani, fueron condenados a cadena perpetua.

⁴¹¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 215-216.

, o como el que consuman los sicarios de ETA —tanto en la novela como en la realidad— contra María Dolores González Cataráin, alias *Yoyes*; un asesinato que el narrador refiere de manera muy conmovedora:

En esta historia de niños, una mujer joven se paseaba con su hijo. Hacía sol, era a finales de verano.

El niño contaba su jornada, la madre le escuchaba.

Hacía buen tiempo, a través de las ligeras neblinas oceánicas de septiembre. Quizá se llegaban a oír las sirenas de los barcos, los ruidos de una fábrica. En ese país siempre hay barcos, sirenas, ruidos de fábricas.

La joven madre se llamaba María Dolores.

Dolores, un nombre muy adecuado, nombre sufriente que invoca a la Virgen de las angustias maternas. La joven madre se llamaba María Dolores, pero la llamaban “Yoyes”. Pertenece a un país, a una lengua, en los que siempre se ha sentido predilección por los diminutivos cariñosos. Y Yoyes es muy cariñoso.

¿La llamaron, acaso, para que se volviera, para que los viese? ¿Dijeron, acaso, “Yoyes”, con voz queda pero imperativa, para que se diera la vuelta, para que supiera que iban a asesinarla? ¿Volvió ella la cabeza, tuvo tiempo de ver quién la asesinaba? ¿Conocía a sus asesinos, los reconoció? ¿Se cruzó su mirada con la de los asesinos?

En cualquier caso, allí estaba Yoyes, llevando de la mano a su hijo, escuchando el relato de su jornada, de paseo por su pueblo en fiestas: tenía dos balazos en la cabeza. El niño miraba el cadáver de su madre. Era en septiembre, a finales del verano. Hacía sol, se oían, quizá, las sirenas de los barcos, y sin duda ruidos de fábricas. Aquella es tierra de marineros, de metalúrgicos. Tierra adentro hay manzanos, maíz, ganado.

Euskadi: así se llama el país de Yoyes.

Pocos días más tarde, un grupo de presos de ETA militar, sus antiguos camaradas, hicieron público un comunicado para justificar este asesinato. “Su presencia en la calle”, decían, “puede inducir a creer que la lucha armada ya no es necesaria”. Dicho de otro modo: el hecho de que Yoyes estuviera viva podía hacer creer que el asesinato ya no era necesario. Así de sencillo. Pero en su diario íntimo, Yoyes ya les había aplicado un calificativo. “Fascistas”, había escrito refiriéndose a ellos.

Yoyes había desempeñado un papel importante en las filas de ETA. Había tomado parte en la lucha. Después, tras la consolidación de la democracia en España, pensó que la organización tenía que cambiar de estrategia, reintegrarse en la vida política, en la sociedad civil. Y nunca mejor dicho: se trataba de abandonar el militarismo por la vida civil. Por la civilidad de la democracia, por el civismo de la gestión política de los conflictos. Al no conseguir hacer prosperar su punto de vista, Yoyes se separó de ETA. Se fue lejos, a México. Puso tiempo de por medio, espacio, la distancia de la meditación y de la soledad entre ella y sus antiguos camaradas. Había rehecho su vida, se había casado, había tenido un hijo. Unos años después, solicitando acogerse a las medidas de una ley de reinserción social aplicable a todos los antiguos terroristas que no fueran culpables de delitos de sangre, Yoyes regresó a su hogar, el País Vasco, a Euskadi.

Nadie le exigió que volviese sobre su pasado, que facilitase información, que dijera los nombres de los militantes clandestinos que ella podía conocer aún. Que ella conocía, seguramente.

Vivía, nada más. En su país, con su familia. Pero su presencia en la calle, en la sociedad; su viva presencia: sus ideas, sus palabras, sus gestos, sus risas, sus entusiasmos, sus ascos, sus iras, su vida, en suma, resultaba insoportable para sus antiguos camaradas, para los cabecillas de su antigua organización. Yoyes era totalmente intolerable, pues ponía de manifiesto que la guerra ya no era necesaria como afirmación de la dignidad, de la libertad, de la autodeterminación del pueblo vasco. Por lo tanto, la asesinaron, para demostrar que ellos no aceptan la vida, sus riesgos, sus debilidades y su grandeza. Para mostrar que, para ellos, la masacre y el terror no tienen fin. Ellos están aquí, en esta tierra, para demostrar por el ejercicio de la muerte la imposibilidad de la vida. Que su única razón de vivir es matar. Hacer de la muerte el instrumento exclusivo de una pedagogía política que se limita a repetir el estribillo, el monstruoso ritual de la muerte mercenaria.

María Dolores González Cataráin: Yoyes.

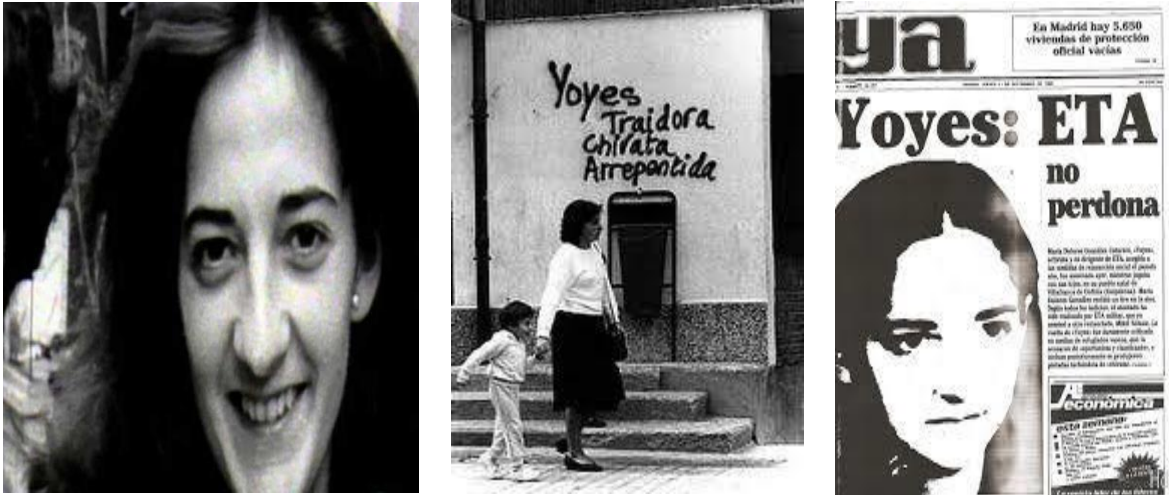
Su cadáver en la calle. Los ojos del niño mirando el cadáver. El sol de septiembre cayendo sobre el cadáver de Yoyes y sobre el niño desamparado.⁴¹²

Dans celle-ci, une jeune femme ramenait son enfant de l'école. Il faisait soleil, c'était la fin de l'été. L'enfant racontait sa journée, la jeune mère l'écoutait. Et il faisait beau, parmi les brumes légères de septembre, océaniques. Peut-être entendait-on des sirènes de bateau, des bruits d'usine. Il y a des bateaux, des sirènes, des bruits d'usine, toujours, dans ce pays. La jeune mère s'appelait Maria Dolores. « Douleurs », comme ça tombe bien. Combien juste, ce prénom douloureux, invoquant la Vierge des angoisses maternelles. La jeune mère s'appelait Maria Dolores, mais on l'appelait « Yoyes ». Elle était d'un pays, d'une langue, où l'on a toujours aimé les petits noms affectueux. « Yoyes », c'est affectueux.

L'ont-ils appelée, pour qu'elle tourne la tête, pour qu'elle les voie ? Ont-ils dit « Yoyes », d'une voix sourde mais impérieuse, pour qu'elle se retourne, pour qu'elle sache qui allait l'assassiner ? A-t-elle tourné la tête, a-t-elle eu le temps de voir qui l'assassinait ? Connaissait-elle ses assassins, les a-t-elle reconnus ? Son regard a-t-il croisé celui des tueurs ? « Yoyes », en tout cas, tenant la main de son enfant, écoutant les récits de sa journée, au retour de l'école : deux balles dans la tête. L'enfant regardait le cadavre de sa mère. C'était septembre, la fin de l'été. Il y avait du soleil, des sirènes de navire, peut-être ; des bruits d'usine, sans doute. C'est une terre de marins, de métallos. Dans l'arrière-pays, il y a des pommiers, du maïs, du bétail. Euskadi : tel est le nom du pays de « Yoyes ». Quelques jours plus tard, un groupe d'emprisonnés de l'E.T.A. militaire, ses ex-camarades, publiaient un communiqué pour justifier cet assassinat. « Sa présence dans la rue, y disaient-ils de "Yoyes", pouvait faire croire que la lutte armée n'est plus nécessaire. » Autrement dit : le fait qu'elle fût vivante pouvait faire croire que le meurtre n'était plus nécessaire. Aussi simple que ça. Mais « Yoyes » les avait qualifiés par avance, dans ses carnets intimes. « Fascistes », avait-elle écrit pour parler d'eux. « Yoyes » avait joué un rôle dirigeant dans les rangs de l'E.T.A. Elle avait participé à la lutte. Puis, après la consolidation de la démocratie en Espagne, elle avait pensé que l'Organisation devait changer de stratégie, qu'elle devait se réinsérer dans la vie politique. Dans la société civile, jamais le terme n'aura été plus approprié : abandonner le militarisme pour la vie civile. Pour la civilité de la démocratie, pour le civisme de la gestion politique des conflits. Ne parvenant pas à faire triompher son point de vue, « Yoyes » s'était dissociée de l'E.T.A. Elle était partie au loin, au Mexique. Elle avait mis du temps, de l'espace, la distance de la méditation et de la solitude entre elle et ses anciens camarades. Elle avait recommencé à vivre, s'était mariée, avait eu un enfant. Des années plus tard, demandant à bénéficier des dispositions d'une loi de réinsertion sociale applicable à tous les anciens partisans qui ne seraient pas coupables de crimes de sang, « Yoyes » était rentrée chez elle au Pays basque, en Euskadi. Personne ne lui avait demandé de revenir sur le passé, de donner des informations, de dire les noms des militants clandestins qu'elle pouvait encore connaître. Qu'elle connaissait, assurément. Elle vivait, c'est tout. Dans son pays, dans sa famille. Mais sa présence dans la rue, dans la société ; sa présence vivante : sa pensée, ses paroles, ses gestes, ses rires, ses enthousiasmes, ses dégoûts, ses colères, sa vie, en somme, était insupportable à ses anciens camarades, aux petits chefs de son ancienne organisation. Elle était proprement intolérable, puisqu'elle démontrait que la guerre n'était plus nécessaire pour affirmer la dignité, la liberté, l'autodétermination du peuple basque. Ils l'ont donc assassinée pour prouver qu'ils n'acceptent pas la vie, ses risques, ses faiblesses et sa grandeur. Pour montrer qu'il n'y a pas pour eux de fin au massacre, à la terreur. Qu'ils sont là, sur cette terre, pour démontrer par l'exercice de la mort l'impossibilité de la vie. Qu'ils n'ont plus d'autre raison de vivre que de donner la mort. De faire de la mort l'exclusif instrument d'une pédagogie politique se résumant à répéter la ritournelle, le monstrueux rituel de la mort mercenaire. Maria Dolores González Cataráin : « Yoyes ». Son cadavre dans la rue.

⁴¹² *Netchaiev ha vuelto*, pp. 192-194. María Dolores González Cataráin, "Yoyes", quien en 1978 fue dirigente de ETA militar, había pactado su regreso al País Vasco con el entonces dirigente etarra Txomin Iturbe, con la condición de que se hiciera discretamente para que no pudiera ser utilizado con fines propagandísticos. Pero "el caso Yoyes" no pudo dejar de tener una enorme repercusión mediática. El gobierno español presentó su regreso como un ejemplo de las medidas de reinserción que entonces existían, y el semanario *Cambio 16* publicó un amplio reportaje con el título "El regreso de la etarra", con la fotografía de Yoyes en la portada. Eso fue su sentencia de muerte.

Les yeux de l'enfant sur le cadavre. Le soleil de septembre sur le cadavre de « Yoyes » et sur l'enfant désemparé.⁴¹³



María Dolores González Cataráin, alias Yoyes.

; o bien el asesinato aleatorio, “ciego”, que practican los jihadistas con los que se codea Daniel:

Pocos días antes, una nueva oleada de atentados se había abatido sobre Francia. Terrorismo ciego, había dicho tontamente la prensa de gran difusión. Como si, precisamente, el hecho de escoger las víctimas al azar no constituyera la prueba de una visión clarísima de la situación. Lo que era ciego no era la determinación de los terroristas, sino su objetivo: la víctima. El señor que pasea con el perro, la señora que sale de los grandes almacenes, el niño que regresa de la escuela: no ven nada, no pueden ver nada, prever nada, ya que nada les concierne. Esta ceguera es la que escogen los terroristas, deliberadamente. Con toda lucidez, deciden golpear a los que están ciegos ante la realidad, para que se cierren los ojos de las víctimas y se abran los de los sobrevivientes, llenos de terror.

Estos atentados eran obra de la Jihad, es decir, de los movimientos islámicos surgidos en Oriente Medio en la rémora de la causa palestina, unidos en su diversidad —y a veces sangrienta rivalidad— por el mismo objetivo: la destrucción del Estado de Israel.⁴¹⁴

Quelques jours auparavant, une nouvelle vague d'attentats avait déferlé sur la France. Terrorisme aveugle, avait dit la grande presse, sottement. Comme si le fait de choisir les victimes au hasard n'était pas, bien au contraire, la preuve d'une vision très claire de la situation. Ce n'était pas la détermination des terroristes qui était aveugle, mais leur cible: la victime. Le monsieur qui promenait son chien, la dame qui sortait de Prisunic, l'enfant qui revenait de l'école: ils n'avaient rien vu venir, ils ne pouvaient rien voir, rien prévoir, n'étant pas concernés. C'est cet aveuglement qui était choisi par les terroristes, à bon escient. Ils avaient lucidement choisi de frapper les aveugles aux réalités, pour que les yeux des victimes se ferment et que ceux des survivants s'ouvrent, terrorisés. Les attentats de septembre, à Paris, après tous ceux de l'année 1986, étaient l'oeuvre du Djihad. Sous cette appellation globale, métaphorique, Daniel Laurençon entendait l'ensemble des mouvements islamiques

⁴¹³ *Netchaïev est de retour*, pp. 246-249.

⁴¹⁴ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 158-159.

surgis au Moyen-Orient dans le sillage de la cause palestinienne, unis dans leur diversité – parfois leur sanglante rivalité – par le même objectif : la destruction de l'État d'Israël.⁴¹⁵

جهاد

La palabra “Yihad”, en árabe.

c) “la Organización”

El narrador se refiere a este Otro del discurso terrorista, a esta congregación de sujetos (franceses, vascos, palestinos) que lo encarnan, con un nombre ambiguo y tenebroso: “la Organización”. De Ella recibe Daniel las órdenes, o más bien, las encomiendas, tales como “comprobar o preparar refugios, restablecer redes de acción, trasladar armas o explosivos, acondicionar zulos⁴¹⁶ o crear nuevas bases de apoyo; encargarse, en resumidas cuentas, de la logística de las operaciones”; y a veces, en el cumplimiento de esas órdenes, durante la realización de esas encomiendas, Daniel ha tenido que matar, “o por lo menos disparar contra blancos humanos, como en Nicaragua, con la guerrilla antisomocista; como en el Líbano, con los palestinos, al principio de la guerra civil; o como en Europa, en un par de ocasiones en que se vio metido en enfrentamientos armados”⁴¹⁷. Y esto, enfatiza el narrador, hace de Daniel un asesino circunstancial, pero no un sicario.

⁴¹⁵ *Netchaïev est de retour*, p. 202.

⁴¹⁶ “Zulo” es una palabra vasca que designa un agujero que se cava en el suelo, un espacio reducido que se utiliza para esconder armas, o personas.

⁴¹⁷ *Netchaïev ha vuelto*, p. 234.

d) La epifanía israelí

Pero, una vez que tenga la experiencia epifánica, o para decirlo más en nuestros términos, *acontecimental* de la democracia israelí (pues tal experiencia implicará, en efecto, la ruptura del marco de su realidad psíquica; la crisis del fantasma ideológico en el que se ha sostenido como sujeto; la caída de un Otro en el que ha creído ciegamente), Daniel sentirá la necesidad, convertida después en deseo, de desertar de la Organización; “sin perder el pellejo”, claro está. Y lo sentirá “en lo más profundo de su ser”. Dicho de otro modo, deseará des-sujetarse de ese Otro tan consistente como delirante, de cuyo goce mortífero —el asesinato selectivo o aleatorio— él ha devenido un fiel servidor por motivos que son tan conscientes, tan ideológicos como la reivindicación de la lucha de clases, con la consecuente necesidad de destruir la democracia (entendida como una mera formalidad burguesa, como el instrumento político por excelencia de los que detentan el poder económico); como inconscientes en la medida en que ese singular posicionamiento subjetivo respecto al Otro, es decir, su “elección” de la figura del terrorista, responde *sobre todo* a otras causas: a su historia hamletiana y a la terrible venganza que, llena de inhibiciones y de contradicciones, deberá urdir contra el hombre que vino a ocupar el lugar de su padre muerto y que, convertido en su padrastro, vino por lo tanto a ocupar el lugar de la Ley. Veamos, pues, el relato de la experiencia israelí de Daniel Laurençon, cuyo colofón es un congreso de guerrilleros celebrado unas semanas después, en Atenas:

Los que se reunieron en septiembre en Atenas no fueron los movimientos islámicos, sino los grupos marxistas-leninistas, las diversas organizaciones comunistas combatientes. El objetivo de la reunión consistía en preparar una nueva ofensiva en Europa Occidental, en Francia en particular. Sin tomar abiertamente posición acerca de los atentados que habían tenido lugar en septiembre, en París, y que eran obra de la Jihad islámica —bajo este nombre global, metafórico, Daniel Laurençon agrupaba el conjunto de los movimientos islámicos surgidos en Oriente Medio en la rémora de la causa palestina, unidos en su diversidad, y a veces sangrienta rivalidad, por el mismo objetivo: la destrucción del Estado de Israel—, se trataba, más bien, de desmarcarse de ellos llevando a cabo acciones de guerrilla sobre objetivos concretos, como las que ya se habían efectuado en Francia contra el general Audran, o contra Brana, del CNPF, y en Alemania Federal contra Beckurts, director de investigación de Siemens.

Un militante de Acción Directa abrió la discusión. Daniel supo a qué atenerse desde el principio. Se dispuso a dormir internamente durante la previsiblemente larga intervención del francés.

—La unidad de los revolucionarios de Europa Occidental y la necesidad de organizar la guerrilla comunista, tanto en Francia como en el conjunto de los países de Europa Occidental, son las necesidades que aglutinan cada vez más a los combatientes revolucionarios conscientes de su deber frente a las tareas esenciales que les impone el cambio general de la situación objetiva y de su necesaria superación...

A Daniel esta logomaquia le pareció más insoportable que nunca porque acababa de regresar de una misión en Israel donde se vio confrontado a la dura prueba de los hechos, en la cual la realidad de su discurso ideológico de estos últimos años saltó hecha pedazos, disuelta por el discurso de la realidad israelí.

Cuando le propusieron esa misión, Daniel aceptó sin vacilar. No ignoraba, sin embargo, que era una misión peligrosa, que la vigilancia del Mossad no era fácil de burlar. Sabía, además, que podía ser una trampa. Hacía tiempo que se había hecho hecho sospechoso, que los suyos le vigilaban. Quizá le mandaban a Israel para librarse de él. Pero, a pesar de los riesgos de variada procedencia, aceptó sin dudar: una curiosidad inmensa le agujijoneaba. Quería hacerse de una opinión personal de Israel, de ese país aborrecido, convertido en el Maligno por la mayoría de la gente con la que se relacionaba desde hacía años.

Se trataba de una misión de información y de toma de contacto con personalidades y grupos palestinos, tanto dentro de las fronteras israelíes de 1948, como en los territorios ocupados. Daniel se dedicó a ello en cuerpo y alma por espacio de tres semanas.

A la vuelta, al llegar de Atenas [a París] había cambiado.

No sólo con respecto a Israel, lo cual era relativamente fácil: bastaba con abrir los ojos, escuchar las voces de este país —donde cualquiera tiene una historia que contar, un pasado que defender o que poner en la picota, un futuro que imaginar o perpetuar—, para comprender que Israel no era el demonio que pintaban.

Daniel Laurençon había vivido primero en la ilusión revolucionaria, y después en la incertidumbre, para acabar horrorizado por la experiencia atroz de la destrucción de las libertades democráticas en el Líbano, como consecuencia de la labor de zapa de la OLP y de sus aliados. Debido a ello, estaba en situación de comprender lo que tenía de específica y milagrosamente diferente la existencia del Estado de Israel con respecto a los demás Estados de su entorno.

En realidad, para Laurençon, a pesar de lo que pensaban algunos, incluso personajes importantes, lo esencial no estribaba tanto en la relación casicarnal del pueblo judío con una tradición milenaria de respeto hacia la vida, de meditación sobre la ley, de enfrentamiento con la trascendencia, por muy importante que fuera el peso de dicha tradición o la fuerza moral de tal arraigo; lo esencial radicaba más bien en la relación de Israel —relación mantenida a través de casi cuarenta años de estado de guerra sin que esto entrañara la militarización de la sociedad— con los valores universales de la revolución democrática.

De este modo, en el transcurso de su viaje, comprendió Daniel que Israel no sólo no era testigo privilegiado de la historia de la humanidad, sino también portador de futuro. El establecimiento y el progreso de la sociedad civil y de la democracia en el área —Estados árabes incluidos, evidentemente— sólo sería posible si se dejaba actuar la levadura que llevaba en sí Israel. Paradójicamente, por lo menos a primera vista y a corto plazo, hasta la constitución de un ente estatal palestino dependía del mantenimiento de la democracia israelí, de la salvaguarda del Estado de Israel.

A mediados de septiembre, en Atenas, Daniel Laurençon había cambiado. O más bien estaba cambiando. Ya no era el mismo, en las profundidades de su ser. No sólo en lo que respecta a sus opiniones, sino también a su ser íntimo, a sus ideas acerca de la vida, del porvenir.

De repente, mientras el tipo de Acción Directa llevaba ya casi una hora soltando el rollo con su vocabulario indigesto, Daniel prestó atención.

—En Francia —decía el tipo—, el desarrollo de la organización de la violencia revolucionaria, tras haberse encarrilado correctamente en la vía trazada por el análisis objetivo, se disolvió una buena mañana en la veleidad de sus iniciadores, tránsfugas tempranos que buscaban en el campo de la nueva filosofía y del periodismo liberado un medio mejor para acceder fácilmente a la Historia y a sus albañales...

Aludía a nombres como July, Geismar, Serguet, Rolin, como sus antiguos compañeros. Una idea, como un relámpago, cruzó la mente de Laurençon. Cuando llegara el turno de la discusión práctica, propondría extender las acciones de guerrilla previstas contra representantes del medio industrial-militar, a personalidades como las que el ponente acababa de citar. Se prestaría voluntario para preparar una acción de este tipo basándose en su conocimiento tanto del terreno como de los personajes. Y durante esta preparación podría retomar, gracias a la mediación de Zapata, contacto con Elie Silberberg y los demás, a fin de intentar desertar del mundo del terror. La suerte quiso que se aceptase su propuesta. Hasta se le dio un nombre en clave: Muerte Media. Y a Daniel le encomendaron una primera misión en el mes de octubre, en París.⁴¹⁸

⁴¹⁸ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 159-162.

En septembre, à Athènes, ce n'étaient pas les mouvements islamiques qui s'étaient réunis, mais les groupes marxistes-léninistes, les diverses organisations communistes combattantes. L'objectif de la réunion était de préparer une nouvelle offensive en Europe de l'Ouest, en France particulièrement. Sans prendre ouvertement position sur les attentats réalisés par le Djihad islamique, il s'agissait des'en différencier, en poursuivant des actions de guérilla ciblée, analogues à celles déjà menées en France contre le général Audran, ou contre Brana, du C.N.P.F. Et en Allemagne fédérale contre Beckurts, directeur de la branche recherche chez Siemens. C'est un militant d'Action directe qui avait ouvert la discussion.

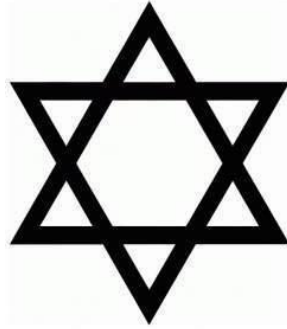
Dès les premiers mots, Daniel avait su à quoi s'en tenir. Il s'apprêta à somnoler intérieurement pendant toute la durée, prévisiblement longue, de l'intervention du Français.

— L'unité des révolutionnaires en Europe de l'Ouest et la nécessité de l'organisation de la guérilla des communistes, en France comme dans l'ensemble de l'Europe de l'Ouest, sont les nécessités simultanées qui regroupent de plus en plus de combattants révolutionnaires conscients de leur devoir face aux tâches essentielles que leur impose le changement général de la situation objective et son nécessaire dépassement...

Daniel Laurençon trouvait cette logomachie plus insupportable que jamais parce qu'il revenait d'une mission en Israël, où il avait été soumis à la rude épreuve des faits. Où la réalité de son discours idéologique de ces dernières années avait volé en morceaux, dissoute par le discours de la réalité d'Israël. Quand on lui avait proposé cette mission, Daniel avait accepté sans hésiter. Il savait pourtant que c'était dangereux, que la vigilance du Mossad n'était pas facile à déjouer. Il savait aussi que ça pouvait être un traquenard. Il était surveillé par les siens depuis quelque temps, suspect. L'envoyer en Israël était peut-être un moyen de se débarrasser de lui. Mais il avait accepté, malgré les risques d'origine diverse, sans hésitation : une immense curiosité le poussait. Il voulait avoir une idée personnelle d'Israël, ce pays abhorré, satanisé par la plupart de ceux qu'il fréquentait depuis des années. Il s'agissait d'une mission d'information et de prise de contact avec des personnalités et des groupes palestiniens, aussi bien à l'intérieur des frontières israéliennes de 1948 que dans les Territoires. Daniel s'y consacra, avec passion, pendant trois semaines. Au retour, en arrivant à Athènes, il avait changé. Non seulement sur Israël, ce qui était relativement facile : il suffisait d'ouvrir les yeux, d'écouter les voix de ce pays où tout un chacun a une histoire à raconter, un passé à défendre ou à mettre en cause, un avenir à imaginer ou à perpétuer, pour comprendre qu'Israël n'était pas le Satan annoncé. Daniel Laurençon avait vécu d'abord dans l'illusion révolutionnaire, ensuite dans l'incertitude, dans l'horreur finalement, l'expérience atroce de la destruction des libertés démocratiques au Liban, à la suite du travail de sape de l'O.L.P. et de ses alliés. Par là, il était en mesure de saisir ce qu'il y avait de spécifique, de miraculeusement différent des autres États de la région, dans l'existence d'Israël. L'essentiel n'était pas, en vérité, pour Laurençon, quoi qu'en eussent pensé certains, et non des moindres, dans le rapport quasiment charnel du peuple juif avec une tradition millénaire de respect de la vie, de méditation sur la loi, d'affrontement avec la transcendance. Quel que fût le poids de cette tradition, la force morale de cet enracinement, l'essentiel était ailleurs : dans le rapport d'Israël – maintenu à travers près de quarante ans d'état de guerre qui n'avait jamais entraîné la militarisation de la société – avec les valeurs universelles de la révolution démocratique. C'est par là, comprit Daniel au cours de son voyage, qu'Israël n'était pas seulement témoin privilégié de l'histoire des hommes, mais également porteur d'avenir. Il n'y aurait pas d'établissement, ni de progrès de la société civile et de la démocratie dans la région, États arabes y compris, bien évidemment, si on ne laissait pas agir le levain que constituait Israël. Paradoxalement, du moins à première et courte vue, même la constitution d'une entité étatique palestinienne dépendait du maintien de la démocratie israélienne. De la sauvegarde de l'État d'Israël. À la mi-septembre, à Athènes, Daniel Laurençon avait changé. Ou plutôt il était changé. Lui-même était autre, dans la profondeur de son être. Pas seulement ses opinions : son intimité, ses idées sur la vie, sur l'avenir. Soudain, alors que le type d'Action directe tenait le crachoir depuis près d'une heure dans son langage indigeste, Daniel dressa l'oreille.

— En France, disait le type, le développement de l'organisation de la violence révolutionnaire, après s'être correctement engagé dans la voie que traçait l'analyse objective, s'est, par un beau matin, dissous dans le velléitarisme de ses initiateurs, dissociés de la première heure, partis voir s'il n'y avait pas dans la nouvelle philosophie et le journalisme libéré un meilleur moyen d'accéder sans frais et sans casse à l'Histoire et à ses caniveaux... C'étaient des hommes comme July, Geismar, Serguet, Rolin, comme tous ses anciens copains qui étaient visés. Une idée traversa l'esprit de Laurençon, fulgurante. Il allait proposer, quand le tour de discussion pratique arriverait, de prolonger l'action de guérilla prévue contre des représentants du milieu militaro-

industriel vers des personnalités comme celles auxquelles le rapporteur venait de faire allusion. Il allait se porter candidat à la préparation d'une telle action, arguant de sa connaissance du terrain et des hommes. Et c'est lors de cette préparation qu'il pourrait reprendre, par Zapata interposé, contact avec Élie Silberberg et les autres, afin d'essayer de désertir l'univers de la terreur. La chance voulut que sa proposition fût acceptée. On lui donna même un nom de code : Mort Media. Et on chargea Daniel d'une première mission en octobre, à Paris.⁴¹⁹



La estrella israeí

d) El regreso de Netchaiev

Y helo aquí, en ese vuelo a París, saboreando la dicha del regreso:

Viajaba en primera clase. En cuanto el avión cobró altura, le ofrecieron un desayuno suculento. Huevos revueltos, café muy cargado. *Se sintió presa de una felicidad repentina, de un bienestar, de una especie de alegría del cuerpo que no se debía únicamente a las virtudes del desayuno. Contaba también sin duda la alegría de volar a París. Hacía mucho tiempo que no ponía los pies en París.*⁴²⁰

Il voyageait en première classe. On lui proposa un petit déjeuner succulent, dès que l'appareil eut pris de la hauteur. Il dégustait des oeufs brouillés, du café très fort. Un bonheur soudain l'envahit. Du bien-être, une sorte de joie physique. Ce n'était pas l'excellence du petit déjeuner, pas seulement. C'était aussi l'idée qu'il s'envolait vers Paris, bien sûr. Il n'y avait pas mis les pieds depuis longtemps.⁴²¹

Una dicha que sólo puede ser momentánea, pues Daniel sabe muy bien que es un “hombre perdido”, y más aún, que su destino ineluctable es morir a manos de alguno de sus correligionarios por traicionar a la Organización, un hecho del cual ellos se darán cuenta tarde o

⁴¹⁹ *Netchaïev est de retour*, pp. 203-207.

⁴²⁰ *Netchaïev ha vuelto*, p. 156.

⁴²¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 198-199.

temprano; quizás incluso en cuanto ponga los pies en París. Por eso, al ponerse a hojear los periódicos franceses que había pedido para ponerse al día, no puede evitar sumergirse en un mar de asociaciones y recuerdos; ni alimentar, con ellos, la certidumbre de “no hallarse totalmente exiliado del mundo de los vivos; de pertenecer a una comunidad más amplia, más abierta que la de la terrible fraternidad de la muerte a la que pertenecía”:

La azafata era encantadora y él la piropeó un poco. Le pidió periódicos de París. Ella le dio *Le Monde*, *France-Soir*, *Libération*, todos con fecha del día anterior.

Empezó con *France-Soir*, con la página de deportes. De hecho, los deportes le dejaban frío. La competición, la plusmarca, el culto al cuerpo, la superación de uno mismo, *corpore sano*, *mens eadem*: tonterías. Sólo le interesaba el fútbol, y por razones muy poco deportivas.

Según cuenta Jean Giraudoux, Suzanne, en 1914, en su isla desierta del Pacífico, después del naufragio, reconstruía sus recuerdos de Francia con un diario que llegó hasta ella milagrosamente y en el que se hablaba continuamente del Marne. Era un mensaje misterioso, difícil de descifrar, pues ella lo ignoraba todo sobre el Marne. O mejor dicho, conocía perfectamente los encantos del Marne como río y balneario, pero nada sabía de la batalla del mismo nombre, a la que los periodistas aludían constantemente, e incluso sin ton ni son. El Marne se convirtió de este modo en el símbolo de los encantos y virtudes de Francia, tanto de su potencial guerrero como de su pujante espiritualidad. Como si la batalla del Marne, la más célebre de todas, aunque desconocida para Suzanne, no sólo hubiera hecho posible detener los ejércitos del invasor, sino también darle un nuevo temple al alma de Francia, reservarle un lugar en la historia universal.

*Pues bien, él procedió idénticamente durante todos esos años. En los campos palestinos o en los hoteles del mundo entero; en los zulos europeos o en las bases guerrilleras de América Central, durante largos períodos de espera inquieta, siniestra, reconstruía las imágenes de su pasado, de su país, con los nombres de algunos futbolistas. Seguía irregularmente los destinos de Dominique Rochereau, Marius Trésor, Alain Giresse; leía la descripción de sus gestas o de sus bajones, y a resultas de ello le quedaba la impresión, dulce y amarga a la vez, de no hallarse totalmente exiliado del mundo de los vivos, de pertenecer a una comunidad más amplia, más abierta que la de la terrible fraternidad de la muerte a la que pertenecía.*⁴²²

L'hôtesse était charmante, il lui fit un peu de gringue, lui demanda des journaux parisiens. Elle en avait, lui donna *Le Monde*, *France-Soir*, *Libération*, datés de la veille. Il commença par *France-Soir*, par la page des sports. En fait, il se fichait du sport. Compétition, performance, culte du corps, dépassement de soi, *corpore sano*, *mens eadem* : c'était du baratin. Il ne s'intéressait qu'au foot, et ce pour des raisons très peu sportives. Si l'on en croit Jean Giraudoux, Suzanne, dans son île déserte du Pacifique en 1914, après son naufrage, reconstruisait ses souvenirs de la France à l'aide d'un journal miraculeusement arrivé jusqu'à elle et où il était sans cesse question de la Marne. Message mystérieux, difficile à déchiffrer, car elle ne savait rien de la Marne. Ou, plutôt, elle savait tout des charmes fluviaux et balnéaires de la Marne, mais ignorait la bataille du même nom à laquelle les journalistes faisaient allusion à tout propos. Et même hors de propos. La Marne devenait ainsi le symbole des charmes et des vertus de la France, de sa gravité guerrière autant que de sa pétillante spiritualité. Comme si la bataille de la Marne, célèbre entre toutes quoique inconnue de Suzanne, n'avait pas seulement permis d'arrêter les armées de l'invasor, mais aussi de retremper l'âme de la France, d'assurer son ancrage dans l'histoire universelle. De même, lui, pendant toutes ces années, dans les camps palestiniens ou les hôtels de luxe du monde entier ; dans les planques à travers l'Europe ou les bases de la guérilla en Amérique centrale ; dans les longues périodes d'attente énervée, sinistre, il reconstruisait les images de son passé, de son pays, à l'aide de quelques noms de footballeurs. Il suivait à intervalles irréguliers le destin de Dominique Rocheteau, de Marius Trésor, d'Alain Giresse ; il lisait les descriptions de leurs exploits ou de leur méforme, et il en retirait l'impression douce-amère

⁴²² *Netchaiev ha vuelto*, pp. 156-157.

de ne pas être totalement exilé du monde des vivants. D'appartenir encore à une communauté plus large, plus ouverte que la terrible fraternité de la mort qui avait été la sienne.⁴²³

Y helo, también, recordando a su viejo amigo Elie Silberberg; las palabras que él decía; su conmovedora expresión al decirlas:

Leyó las páginas de la sección de deportes de la primera hasta la última línea. Estaba de suerte. El diario reseñaba la última jornada del campeonato de Francia de la primera división. De este modo, pudo ponerse al día.

Encendió un cigarrillo, cerrando los ojos.

*Se acordó de Elie Silberberg. Probablemente porque Elie solía decir que donde mejor reflexionaba era en avión: "si queréis que encuentre la solución de nuestros problemas estratégicos", decía Elie, "o de los fundamentos de la ontología, lo que queráis, páguenme entre todos un viaje en avión —en primera clase, por supuesto. ¿Dónde se ha visto reflexionar a la clase turista?— y volveré con las respuestas correctas a todas nuestras preocupaciones". Pero quizá se acordaba de Elie Silberberg simplemente porque siempre había sido su preferido, desde el día en que Elie dijo en voz alta las primeras frases de La conspiración. De todo el grupo, era él el que le resultaba más próximo, más entrañable.*⁴²⁴

Il luttes pages sportives de la première à la dernière ligne. Il avait eu de la chance. Le journal rendait compte de la dernière journée du Championnat de France de Première Division. Il put ainsi se mettre à jour. Il alluma une cigarette, ferma les yeux, savourant la joie de ce retour. *Il se souvint d'Élie Silberberg. Sans doute parce que Élie avait l'habitude de dire, douze ans plus tôt, que c'est en avion qu'il réfléchissait le mieux. « Si vous voulez que je trouve la solution de nos problèmes stratégiques, disait Élie, ou celle des fondements de l'ontologie, au choix, faites-moi payer par l'Organisation un voyage en avion – en première classe, certes ! Vous avez déjà vu réfléchir la classe touriste ? – et je reviendrai avec les réponses adéquates à toutes nos inquiétudes. » Mais peut-être se souvenait-il d'Élie Silberberg tout simplement parce que c'était celui qu'il avait toujours préféré, depuis le jour où il lui avait dit à haute voix les premières phrases de La Conspiration. De tout le groupe, c'était celui dont il avait été le plus proche.*⁴²⁵

Un recuerdo momentáneo, pues enseguida se pone a reflexionar, a hacer lo que los marxistas-leninistas —como él— llaman “balance y perspectivas”; y lo que encuentra, sin buscar demasiado, es el sacrificio: el consabido (y multicriticado) sacrificio de los revolucionarios por una causa superior, por el ideal *quasi* sagrado de la Revolución:

Abrió los ojos, apagó el cigarrillo, y los volvió a cerrar; echó el respaldo del asiento de atrás. Tenía tiempo de sobra para reflexionar, para hacer balance, para prever el futuro antes de la llegada a París. Sonrió con beatitud. *Balance y perspectivas*: ¡en todos los idiomas del mundo, durante años y años, se titularán de este modo decenas y decenas de artículos y de informes de las organizaciones marxistas-leninistas! Los balances siempre eran globalmente positivos, las perspectivas siempre óptimas. Exaltantes, por lo menos. *Al igual que es exaltante el sacrificio, pensó con amargura. E inútil, sin lugar a dudas.*⁴²⁶

⁴²³ *Netchaïev est de retour*, pp. 199-200.

⁴²⁴ *Netchaïev ha vuelto*, p. 157.

⁴²⁵ *Netchaïev est de retour*, pp. 200-201.

⁴²⁶ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 157-158.

Il ouvrit les yeux, éteignit sa cigarette, referma les yeux, fit basculer en arrière le dossier de son siège. Il avait le temps de réfléchir à tout, de faire le bilan, de prévoir l'avenir, avant l'arrivée à Paris. Il sourit béatement. *Bilan et perspectives* : dans toutes les langues de la planète, on aura pendant des décennies donné ce titre à des dizaines d'articles et de rapports des organisations marxistes-léninistes ! Le bilan était toujours globalement positif, les perspectives toujours radieuses. Exaltantes, du moins. Comme est exaltant le sacrifice, pensa-t-il amèrement. Et inutile, sans aucun doute.⁴²⁷

Un sacrificio que es solidario del odio que Daniel siente por su padrastro, con el deseo de vengarse de él, destruyéndolo y destruyéndose, persistiendo en ser un revolucionario, y más aún, un terrorista, cuando el ideal revolucionario y el ideal comunista ya han caído —es 1986 y está muy próxima la caída del Muro de Berlín— y el triunfo del Capital parece incontestable e incontenible; o más precisamente, cuando ya Ronald Reagan y Margaret Thatcher preparan la mutación del capitalismo al neoliberalismo, nueva doctrina única que, a partir de entonces, ya no tendrá contrapeso ideológico alguno.

Y así, continuando con la lectura de los periódicos franceses, ahora *Libération*, Daniel se acuerda de Serge July, fundador y director de ese rotativo (“y pensar que ese desgraciado había sido revolucionario!”), y se descubre imaginando castigos ejemplares para él.

Por ejemplo, se le podría secuestrar y mantener encerrado en algún sitio. Sólo tendría derecho a dormir, a comer, a beber, a ir al water, a masturbarse, cuando fuese capaz de recitar correctamente, sin olvidar ni una sola palabra, cualquier capítulo de su propio libro de 1969, *Hacia la guerra civil*. ¡Menuda cara pondría! Imaginó la escena. July, con los rasgos abotargados y de color verdoso, leyendo torpemente el texto de su libro. Por ejemplo, la línea que dice lo siguiente: “Sin querer jugar a los profetas: ¡el horizonte de Francia hacia el año 70 o 72 es la Revolución!”. Se le haría trabajar la dicción, la impostación de la voz: “la calle es el campo cerrado de la lucha de clases. Las contradicciones se muestran en ella con toda su crudeza y sólo se pueden resolver con sangre. La guerra civil, ésa es la perspectiva, el horizonte de la burguesía francesa. La toma proletaria del poder pasa por la conquista de la calle, por la conquista militar”. Habría que hacerle subir encima de una mesa, en paños menores, para que declamara uno de los párrafos fundamentales de su ensayo, ahora tan olvidado: “Digámoslo con claridad, abiertamente: el odio es la expresión más clara de la conciencia revolucionaria. Es el deseo de dar muerte a la sociedad explotadora. Al revés del mercenario, el militante revolucionario, cuando combate, nunca es un “salvaje”. Su forma de combatir, de matar, está siempre razonada; tiene siempre un sentido. La muerte es el paisaje, o el peligro, del combate revolucionario. Sólo se conquista el poder a este precio. Y el poder revolucionario es la única garantía del odio de clase...”

Diríase que estas palabras pertenecen a Serghéi Netcháiev, y no a Serge July.⁴²⁸

⁴²⁷ *Netchaïev est de retour*, p. 201.

⁴²⁸ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 162-163.

Serge July, par exemple. On pourrait l'enlever et le séquestrer quelque part. Il n'aurait le droit de dormir, de boire, de bouffer, d'aller aux chiottes, de se branler que s'il parvenait à réciter correctement, sans oublier un seul mot, quelque chapitre de son propre livre de 1969, *Vers la guerre civile*. Pâle gueule qu'il ferait, July ! Aurait l'air aussi con que dans les programmes de télé clownesques avec Tapie ! Il imagina la scène. July, empâté, un peu glauque, en train d'ânonner le texte de son bouquin. Par exemple : « Sans vouloir jouer aux prophètes : l'horizon 70 ou 72 de la France, c'est la Révolution ! » On lui ferait travailler sa diction, l'envolée de la voix. Ou encore : « La rue, c'est le champ clos de la lutte des classes. Les contradictions s'y tranchent sur le vif, et n'ont d'autre issue que par le sang. La guerre civile, voici la perspective, l'horizon de la bourgeoisie française. La prise prolétarienne du pouvoir passe par la conquête de la rue, par sa conquête *militaire*. » On le ferait monter sur une table, en caleçon, afin qu'il déclamât l'un des passages fondamentaux de son essai, bien oublié désormais : « Disons-le clairement, ouvertement : la haine est le visage le plus clair de la conscience révolutionnaire. Elle est le désir de mettre à mort la société exploiteuse. Contrairement au mercenaire, le militant révolutionnaire, au combat, n'est pas un "sauvage". La manière dont il combat, dont il tue, est toujours raisonnée ; elle a toujours un sens. La mort est l'horizon, ou le risque, du combat révolutionnaire. C'est à ce seul prix que se conquiert le pouvoir. Et le pouvoir révolutionnaire est le seul garant de la haine de classe... » On croirait entendre Serge Netchaïev plutôt que Serge July, non ?⁴²⁹

Y es que Serge July ha emprendido ese camino, *el camino de la redención*, mucho antes que él; “ha podido —dice el narrador— cambiar la guerra civil por la sociedad del mismo adjetivo”; por lo tanto —se dice Daniel— “no cabe otra cosa que felicitarle”.

*Y es que, ¿qué se le podía reprochar? Había abandonado el desierto de la violencia revolucionaria antes de hundirse en el torbellino del terrorismo. Había sido uno de los artífices de la autodisolución de Izquierda Proletaria, de la cual Vanguardia Proletaria no había sido sino una escisión que se pretendía fiel a la línea de actuación leninista. El único reproche que Daniel podía hacerle a Serge July era el de haber visto claro diez años antes que él.*⁴³⁰

Que pouvait-il reprocher à July ? Celui-ci avait quitté le désert de la violence révolutionnaire plutôt que de plonger dans le tourbillon du terrorisme. Il avait été l'un des artisans de l'autodissolution de la Gauche prolétarienne, dont leur propre organisation n'avait été qu'une scission qui se voulait dans le droit fil du léninisme. Le seul reproche qu'il pouvait faire à Serge July, c'est d'avoir vu clair dix ans avant lui.⁴³¹

⁴²⁹ *Netchaïev est de retour*, pp. 207-208.

⁴³⁰ *Netchaïev ha vuelto*, p. 164.

⁴³¹ *Netchaïev est de retour*, p. 209.



Serge July, cofundador y director del semanario *Libération* de 1973 a 2006

Y aquí se hace patente la *división subjetiva* (la “esquizofrenia”, dice inexactamente el narrador) de Daniel. Por un lado, está a punto de traicionar a la Organización y abandonar para siempre la locura de la lucha armada, aun a riesgo de su vida. Por otro, su espíritu se indigna todavía con las actitudes de quienes han emprendido ese camino antes que él, como July, pero también, y sobre todo, como Liliental o Serguet.

Para colmo, siguiendo con su lectura de *Libé*, Daniel se encuentra de pronto con la reseña crítica de una película sobre Rosa Luxemburgo, recién estrenada en París⁴³². Allí, “el insignificante cretino que la había firmado, ese jodido reseñista”, escribía sin pestañear lo siguiente:

“Hoy que toda la historia del movimiento obrero ha caído en la indiferencia, la pobre Rosa L. se queda en pura anécdota, en pretexto para un docudrama”. Al leer esto, Daniel estuvo a punto de atragantarse. Tuvo que escupir el whisky que le había quedado en la garganta. Poco a poco fue recuperando el aliento. Anotó mentalmente el nombre de aquel gilipollas, por lo que pudiera pasar, y tomando también buena nota del camino recorrido dentro de la confusión mental de cierto pensamiento llamado de izquierda.

Al día siguiente de su llegada a París, corrió al cine.

Ciertamente, la película no era genial. Pero por razones totalmente opuestas a las que aducía el desgraciado de *Libé*. De hecho, la película no era suficientemente política. Faltaba el viento de la Historia, de la imaginación de las masas. (Una película sobre Rosa Luxemburgo con las masas fuera del campo de acción y de visión: ¡el colmo!). Todo eran discusiones —algunas veces divertidas e instructivas, sin duda— entre mandarines de la socialdemocracia. Pero lo peor de todo era que se le concedía una importancia excesiva a la vida privada, como si los enamoramientos, los raptos de pasión o el placer de Rosa, tuvieran la más mínima influencia sobre la historia de la clase obrera.⁴³³

⁴³² *Die Geduld der Rosa Luxemburg*, de Margarethe von Trotta, 1986.

⁴³³ *Netchaiev ha vuelto*, pp. 164-165.

« Aujourd'hui que toute l'histoire du mouvement ouvrier a chu dans l'indifférence, la pauvre Rosa est devenue anecdotique, voire docudramatique ! » Il reprit son souffle, nota mentalement le nom de ce sale con, à tout hasard, mesura le chemin parcouru dans la confusion mentale d'une certaine pensée dite de gauche. Il s'était précipité au cinéma, dès le lendemain de son arrivée à Paris. Le film sur Rosa n'était pas génial, certes. Mais pour des raisons exactement opposées à celle qu'avancait le débile de *Libé*. Car il n'était pas assez politique, en fait. Le souffle de l'Histoire, de l'imagination des masses en était absent. (Un film sur Rosa avec les masses en dehors du champ de vision et d'action : un comble !) Tout se passait en discussions, parfois amusantes et instructives, certes, entre mandarins de la social-démocratie. Et puis, surtout, la vie privée y prenait trop de place, comme si les passades, petits coups de passion ou de plaisir de Rosa eussent eu la moindre influence sur l'histoire de la classe ouvrière !⁴³⁴

A continuación vemos a Daniel Laurençon deambulando sin rumbo por las calles de París —“hombre perdido”, a fin de cuentas—, necesitando con urgencia, con desesperación, incluso, una mujer (“un cuerpo, un olor, un sexo, unas piernas que se abren, una mirada convulsa, el flechazo del placer, el grito... sí, una mujer”)⁴³⁵, para poder reflexionar con calma ya no sobre su pasado, sino sobre su futuro, si es que todavía le queda alguno. Y la encontrará muy pronto en un barcito de la Place Victor Hugo, al que entra en estado semi-hipnótico, pronunciando a media voz “esas palabras que antaño modelaron su alma, que forjaron su estatura interna”⁴³⁶, palabras que el ruso Serghéi Genádievitch Netcháiev había escrito —*casi podría decirse que para él, para Daniel Laurençon*— en su *Catecismo* de 1869:

“El revolucionario es un hombre perdido. Implacable para con el Estado y en general para con la totalidad de la sociedad privilegiada-cultivada, él tampoco debe esperar misericordia. Debe estar cada día dispuesto a morir”⁴³⁷

« Le révolutionnaire est un homme perdu. Implacable pour l'État et en général pour toute la société privilégiée-cultivée, il ne doit s'attendre lui-même à aucune pitié. Chaque jour il doit être prêt à mourir. ».⁴³⁸

Una vez acodado en la barra del bar, pide “un café doble y una primera copa de Armagnac”⁴³⁹, lo que provoca la consternación de la joven camarera, pues “un tipo tan guapo, tan viril, ¿tomando alcohol a las diez de la mañana?, ¡qué decepción!”. Al pedir la segunda copa y verla alejarse hacia el otro extremo de la barra, comprueba lo que ya había advertido de un primer vistazo: que “tiene un hermoso culo”. De modo que, cuando la muchacha regresa con la botella

⁴³⁴ *Netchaïev est de retour*, p. 210.

⁴³⁵ *Netchaïev ha vuelto*, p. 147.

⁴³⁶ *Ibid.*, p. 149.

⁴³⁷ *Ibid.*, p. 147.

⁴³⁸ *Netchaïev est de retour*, p. 187.

⁴³⁹ El Armagnac es un licor originario de la Gascuña con el que, por cierto, brindaban los Tres Mosqueteros.

en la mano, Daniel no tarda ni tres minutos en seducirla; para eso ha bastado hacerle “unas confianzas desgarradoras” que a ella, a su vez, “le han desgarrado el alma”...

Pero Daniel no estaba jugando con ella en absoluto, no le tomaba el pelo. Necesitaba proyectarse hacia el futuro, tener una razón, aunque nimia, aunque irrisoria, para llegar al final del día, a la hora de la cita que había hecho con ella para más tarde, cuando saliera del trabajo. *Iba a vivir de esperar a esa chica, iba a alimentar su vida con esa mediocre esperanza, conmovedora, de la camarerita.*

“El revolucionario es un hombre perdido”, pensó. “Debe estar cada día dispuesto a morir”. Sí, estaba dispuesto. Pero lo iban a pagar muy caro, ya lo verían.⁴⁴⁰

Il ne jouait pas avec elle, pas du tout. Ne s'emoquait pas. Il avait besoin de se projeter dans l'avenir, d'avoir une raison, même minime, même dérisoire, d'atteindre la fin de cette journée, ce moment du rendez-vous. Il allait vivre de l'attente de cette jeune fille, nourrir sa vie de cet espoir médiocre, bouleversant, de la jeune serveuse. « Le révolutionnaire est un homme perdu, pensa-t-il. Chaque jour il doit être prêt à mourir. » Il était prêt, oui. Mais ça leur coûterait très cher, ils allaient voir.⁴⁴¹

Es claro que estos devaneos le permiten a Daniel Laurençon alejarse momentáneamente de la muerte, de lo inevitable de su asesinato a manos de los sicarios de la Organización que lo acechan desde su llegada; los mismos tipos que esa mañana han asesinado a Luiz Zapata (que ya sabemos, por otra parte, que no fueron tipos sino tipas: dos mujeres). Ahora bien, el hecho de que Daniel se refiera a esta chica (al menos en el ámbito de sus pensamientos) de ese modo tan peyorativo: “la camarerita”... de que ella no sea para él más que “una nimia, irrisoria razón para llegar al final del día”, o bien, “una mediocre y conmovedora esperanza” con la que entretenerse antes de que el destino lo alcance... ¿autoriza a caracterizarlo como un “macho”, o quizá un poco menos, como un “machista”, tal como algunos estudiosos (mujeres, sobre todo) de la obra sempruniana suelen caracterizar a los personajes masculinos de Jorge Semprún?, ¿tal como cualquier lectora feminista de estos tiempos lo haría sin pestañear? Tal vez. Todo depende de la perspectiva, o mejor dicho, del *discurso* desde el cual se habla para intentar aprehender una realidad que nunca se deja aprehender toda, o bien, de la que siempre escapa algo, en este caso, *lo real de la relación sexual que no hay*, algo que el feminismo ignora en su apasionada (y ciertamente justiciera) lucha por la equidad política entre hombres y mujeres. Pero lo cierto es que los personajes masculinos de Semprún son *hombres de otro tiempo*, un tiempo —segunda mitad del cada vez más lejano siglo XX— en que la masculinidad podía permitirse estos enfoques (¿o deberíamos decir, estos sentimientos?) “machistas” sin ser penalizada.

⁴⁴⁰ *Netchaïev ha vuelto*, pp. 149-150.

⁴⁴¹ *Netchaïev est de retour*, p. 190.

Esto —el modo en que Daniel ve a las mujeres— no carece de importancia puesto que así también ve a Francia, esto es, como una mujer devaluada, como una antigua reina a la que se puede someter como a una chica sumisa. Veamos:

Abrió de nuevo los ojos al llegar a la esquina de la Avenue George-V. A pocos metros de allí, en el extremo de un poste publicitario, una actriz encantadora se dejaba joder de pie contra una pared donde se desplegaba una bandera tricolor. En docenas de carteles cinematográficos diseminados por París, la mujer, vestida con recato, sólo enseñaba de su cuerpo una pierna, estirada y muy bella, que se levantaba en el aire para facilitar la penetración sugerida.

Alguien, en un restorán de los Campos Elíseos, había explicado que esa acrobática postura era el último “grito” del erotismo de buen tono del cine francés. Daniel, en principio, no tenía la más mínima intención de escuchar los comentarios de aquel desconocido de la mesa de al lado que contaba esas cosas, con detalles y observaciones picantes, para excitar a la mujer que almorzaba con él.

Después, se divirtió observando la confusión creciente que denotaban la mirada y el ademán de Nana, como la llamaba el pico de oro. Él, entonces, quiso colaborar y añadió su granito de sal picante, hasta que el vecino, juzgando que había llegado el momento y que la chica estaba en su punto, cortó el final del almuerzo y declaró con una risa vulgar que se iban a tomar el postre a otro lado.

Durante aquellos días, la bella actriz continuó flotando por encima de París, prendida como una mariposa sobre la bandera tricolor, clavada por el sexo sobre ese patriótico horizonte, el rostro puro inclinado hacia atrás, a la espera del goce.

Daniel rió con tristeza, con una rabia desesperada, al ver durante esos días por doquier esa imagen simbólica en toda la capital. Rió con un nudo en la garganta al contemplar esos carteles que multiplicaban la imagen de Francia. Muy pronto dejó de pensar en la encantadora actriz. Pensó que su país le acogía enseñando indecentemente su declive, su futuro sometimiento. Sí, efectivamente, Francia era el eslabón más débil de la cadena imperialista; tenían razón en pensar así los estrategas del terror, los teóricos discursantes y hediondos que navegaban entre el leninismo y el integrista islámico, seguros de sí mismos, de su arrogante saber, con el apoyo logístico de los servicios especiales del Este, ocultos siempre en la sombra. A él le pagaban por saberlo. Tenían razón al pensar que había que volver a dar el golpe en Francia, que sería Francia la primera en caer, la dulce Francia dividida, debilitada por la alegría de vivir y su loco sueño de creerse todavía una gran potencia. Era a Francia a la que querían doblegar, hacer llorar: soñaban con que se abriera de piernas como una chica sumisa.⁴⁴²

Il rouvrit les yeux, au débouché de l'avenue George-V. À quelques pas de distance, hissée sur le pilori d'un poteau publicitaire, une actrice ravissante se faisait baiser debout, contre un mur tendu du drapeau tricolore. Sur des dizaines d'affiches cinématographiques à travers Paris, la jeune femme, chastement vêtue, ne montrait de son corps qu'une jambe droite fort belle, dressée en l'air pour faciliter la pénétration suggérée. Quelqu'un, dans une brasserie des Champs-Élysées, lui avait expliqué que cette posture acrobatique était le dernier « must » de l'érotisme chic du cinéma français. Il n'avait eu en principe aucune intention d'écouter les digressions de cet inconnu, assis à une table voisine, et qui lui racontait tout cela, avec détails et commentaires croustillants, pour émousser la jeune femme qui déjeunait avec lui. Ensuite, ça l'avait amusé de constater les progrès du trouble dans le regard et les gestes de Nana, tel était le petit nom que le beau parleur lui donnait. Il y mit alors du sien, rajouta son grain de sel grivois, jusqu'au moment où son voisin, jugeant sans doute le moment venu et la fille chambrée, abrégea la fin du repas en déclarant avec un rire gras qu'ils iraient prendre le dessert ailleurs. Tous ces jours-là, la belle actrice continua de flotter au-dessus du sol de Paris, épinglée comme un papillon sur le drapeau tricolore, clouée par le sexe sur cet horizon patriotique, le pur visage renversé en arrière dans l'attente de la jouissance. Il avait ri, lui, tristement, avec une hargne désespérée, en voyant partout dans la capitale, ces

⁴⁴² *Netchaiev ha vuelto*, pp. 150-151.

jours-ci, cette image symbolique. Il avait ri, la gorge serrée, en contemplant ces affiches qui multipliaient l'image de la France. Il n'avait bientôt plus pensé à l'actrice, ravissante. Il avait pensé que son pays l'accueillait en affichant avec indécence son déclin, sa future soumission. Oui, c'était bien le maillon le plus faible de la chaîne impérialiste, ils avaient raison de le penser, les stratèges de la terreur, les théoriciens puants et pérorants, qui naviguaient entre le léninisme et l'intégrisme islamique, sûrs d'eux, de leur savoir arrogant, appuyés par la logistique des services spéciaux de l'Est, qu'on retrouvait toujours à l'arrière-plan, il était payé pour le savoir. Ils avaient raison de penser que c'était la France qu'il fallait frapper encore, que c'est elle qui craquerait la première, douce France divisée, affaiblie par la joie de vivre et la folle croyance d'être encore une grande puissance. C'est la France qu'ils voulaient faire plier, pleurer, dont ils rêvaient qu'elle écartât les jambes comme une fille soumise

¹⁴⁴³

e) La última traición

Veamos, pues, la última traición de la que es objeto Daniel Laurençon antes de ser asesinado. Esta vez se trata de Christine, una antigua amante con la que Daniel había “más o menos” vivido doce años atrás, en la época de de Vanguardia Proletaria; de hecho, fue a través de ella que Pierre Quesnoy —aquel ex-proletario amigo de Julien Serguet que, dentro del grupo, era el encargado de hacer el trabajo sucio— le siguió el rastro y lo capturó, con ayuda de otros, en la esquina de la Rue Campagne-Première con el Boulevard Raspail, una noche en que él salía de la casa de ella. Christine, por otra parte, era la única que sabía la verdad sobre la condena a muerte de Daniel a manos de sus compañeros de Vanguardia Proletaria, y cómo Daniel había podido burlarla gracias a la ayuda de Luis Zapata; sabía, pues, que Daniel había rehecho su vida —si puede decirse así— en Guatemala, y que, desde allí, viajaba a cualquier parte del mundo para realizar las tareas que le encomendaba la Organización.

Y en efecto, durante todos esos años, Daniel siguió viéndola. Christine acudió a su encuentro en Italia, en Alemania, en cualquier lugar de Europa. Incluso en su temporada en América del Sur, Christine viajó una vez hasta Colombia. Juntos visitaron museos. Se amaron en Venecia, en Viena. En Praga, después de la célebre reunión del 81, pasaron juntos una semana de vacaciones inolvidable.

Todos estos años, esta dilatada complicidad de enamorados, este deseo de conservar la apariencia de una vida en común en medio de la desolación de la violencia y la muerte, habrían sido en vano. El lenguaje de la militancia había sometido a Christine, anulando su espíritu crítico, cualquier sentimiento íntimo de autenticidad. Si se le procesara, Christine, viuda radiante, declararía en contra de Daniel.⁴⁴⁴

Daniel n'avait pas cessé de la voir, pendant toutes ces années. Christine était venue le retrouver en Italie, en Allemagne, dans toute sorte de lieux en Europe. Une fois elle avait même voyagé jusqu'en Colombie, au cours de la période sud-américaine. Ils avaient visité ensemble des musées. Ils s'étaient aimés à Venise et à Vienne. À Prague, après la célèbre réunion de 81, ils avaient eu une semaine de vacances inoubliable. Toutes ces années,

⁴⁴³ *Netchaïev est de retour*, pp. 191-192.

⁴⁴⁴ *Netchaïev est de retour*, p. 199.

cette longue complicité amoureuse, ce désir de préserver un semblant de vie à deux, dans le désert de la violence et de la mort, n'auraient servi à rien. La parole militante s'était imposée à Christine, avait obnubilé chez elle tout esprit d'analyse, tout sentiment intime de véracité. Si on lui faisait un procès, Christine viendrait témoigner contre lui, veuveradiouse.⁴⁴⁵

Pues bien, es precisamente a la casa de Christine adonde se dirige Daniel, que está subjetivamente al borde del abismo, para ver si puede encontrar el calor de esa vieja complicidad, o mejor dicho, de esa vieja lealtad, pero...

En cuanto Christine abrió la puerta del apartamento, Daniel comprendió al primer vistazo (como solía comprender todo), que ella ya sabía. Se podía leer en su mirada: expresaba piedad y desamparo a la vez; también un desprecio horroroso. La mueca de sus labios era implacable. Christine trataba de disimularlo con una sonrisa forzada. Daniel debería haber dado media vuelta en el acto, debería haberse marchado de allí.

Pero quería enterarse, conocer los pormenores. La curiosidad, ya se sabe, es un mal defecto. Careciendo de ella, sin embargo, la vida no tendría encanto. Ni sal, ni sentido. Además, Daniel se encontraba en un estado de frialdad, separado de sí mismo, como desdoblado. Viéndose a sí mismo realizar un acto insensato, como un espectador de cine que ya hubiese visto la película, sabedor de que el desgraciado héroe se está metiendo en la trampa. Y qué trampa. Como un héroe de película que cae en la trampa de la mujer fatal. Exactamente igual.⁴⁴⁶

Lorsque Christine ouvrit la porte de l'appartement, rue Campagne-Première, il comprit du premier coup d'œil qu'elle savait déjà. Le regard de la jeune femme était lisible, il exprimait tout à la fois le désarroi, la pitié. L'horreur haineuse, aussi. Et le pli de sa bouche était implacable. Elle essayait de le masquer par un sourire contraint. Il aurait dû tourner les talons, partir aussitôt. Mais il avait envie de savoir, dans le détail. Vilain défaut, on le sait, la curiosité. Sans elle, cependant, la vie n'aurait pas de charme. Ni de sel ni de sens. Et puis il était dans un état de froideur, séparé de lui-même, comme dédoublé. Se regardant accomplir un acte insensé, comme un spectateur de cinéma qui aurait déjà vu le film, qui saurait dans quel piège le pauvre héros est en train de tomber. Comme un héros de cinéma qui tombe dans le piège de la femme fatale, tout à fait ça.⁴⁴⁷

Y a propósito de esto, habría que preguntarse: ¿no es “la mujer fatal” el reverso de “la mujer sumisa” que busca siempre Daniel?; ¿no son, una y otra, en su oposición aparente, las dos caras de la misma moneda?: ¿la una presta a transmutarse en la otra si las circunstancias son propicias? Lo cierto es que tanto la mujer sumisa como la mujer fatal son figuras extremas de la feminidad que parecen naturales en ese mundo de escasos matices, de disyuntivas tajantes, *blanco o negro*, que es el mundo subjetivo de Daniel Laurençon.

Además, hay un dato en sus prehistorias que es curiosamente antagónico: mientras que el padre de Daniel resistió a la ocupación nazi en Francia, el padre de Christine colaboró con ella, y este es un pecado cargado a su cuenta que ella necesita expiar:

⁴⁴⁵ *Netchaïev est de retour*, pp. 255-256.

⁴⁴⁶ *Netchaïev ha vuelto*, p. 198.

⁴⁴⁷ *Netchaïev est de retour*, pp. 254-255.

Christine daba clases de historia en un liceo de París. Nunca había pertenecido a la primera línea de las organizaciones de lucha. Pero como no estaba fichada por la policía, prestaba su ayuda. Refugios, misiones de enlace, de información: había continuado viviendo en el frenesí del activismo marxista-leninista.

Es verdad que tenía mucho que hacerse perdonar, mucho que perdonarse a sí misma, según decía. *Creció con la obsesión de esta mancha original: su padre había sido un colaboracionista muy activo durante la Ocupación.* Responsable de la Milicia en una región de maquis, o algo por el estilo. Fue condenado a muerte e indultado, ya que su proceso se celebró mucho después de la Liberación. *Ella tenía que pagar por esa mancha,* pensaba Christine desde entonces, desde los inicios de la adolescencia. *Tenía que quedar limpia.* Y hacía falta sangre para limpiar las manchas de sangre. Violencia para saldar la violencia del pasado. De este modo, la “nueva resistencia”, como decían ella y el grupo de fanáticos que la rodeaban, limpiaría la mancha original de la burguesía francesa.⁴⁴⁸

La jeune femme enseignait l'Histoire dans un lycée parisien. Elle n'avait jamais fait partie de la première ligne des organisations combattantes. Mais elle rendait des services, n'ayant pas été fichée par la police. Les planques, les courriers, les missions d'information : elle avait continué à vivre dans la frénésie de l'activisme marxiste-léniniste. C'est vrai qu'elle avait beaucoup à se faire pardonner. À se pardonner à soi-même, croyait-elle. Elle avait grandi dans l'obsession de cette faute originelle : son père avait été sous l'Occupation un collabo des plus actifs. Responsable de la Milice dans une région de maquis, quelque chose comme ça. Condamné à mort et gracié, car son procès avait eu lieu plusieurs années après la Libération. Il fallait payer le prix de cette faute, avait-elle pensé depuis lors, dès sa prime adolescence. Il fallait effacer. Du sang pour effacer cette tache de sang. De la violence pour payer la violence d'autrefois. Ainsi, la « nouvelle résistance », comme ils disaient, elle et tous les fanatiques qui l'entouraient, effacerait la faute originelle de la bourgeoisie française.⁴⁴⁹

El hecho es que Christine, que ha sido contactada por los tipos de la Organización, tiene escondido en su apartamento al sicario encargado de asesinar a Daniel. Pero, ¿cómo sabían ellos que Daniel iría a visitarla no bien pusiera los pies en París? Y sobre todo, ¿qué motivo tiene ella para traicionarlo?

La mano izquierda de Daniel se deslizaba por el cuerpo de Christine. Acarició su pecho, la cadera, la cintura, las nalgas, regresó al muslo. Sus dedos se detuvieron en la ligera protuberancia de un portaligas, bajo la falda ajustada, rozando el cierre que sujetaba la media.

Así que Christine se había vestido para él, se había ataviado para el amor, según los antiguos ritos de su intimidad. Giró su rostro hacia él y la besó en la boca. Captó cómo Christine, tras dominar su primer impulso de zafarse, pegaba su cuerpo contra el suyo. Ella se acurrucó entre sus brazos cerrando los ojos. El beso tenía un sabor de ceniza. Daniel aprovechó para echar una mirada a su alrededor, fijándose en las puertas, en los posibles escondites.

La apartó de sí, mirándola. Christine, con los ojos todavía cerrados, parecía desvanecida.

—Parece como si estuvieras preparada —murmuró Daniel, acariciándole de nuevo el muslo.

—Te estaba esperando —dijo ella.

De repente se puso tensa, dándose cuenta de que había hablado demasiado. ¿Qué motivo tenía para estar esperándole? Daniel no tenía que aparecer hoy en ningún caso. Se habían citado para dos días más tarde. Así que habían hablado con ella, la habían puesto en guardia...

—¿Qué te han dicho? —preguntó Daniel en voz baja.

Ella trató de escabullirse. Daniel la retuvo sin miramientos. Entonces ella le plantó cara.

—¡La verdad!, Daniel! —exclamó.

¿La verdad? A Daniel le entraron ganas de reír: ¡como si fuese tan fácil decir la verdad!

⁴⁴⁸ *Netchaiev ha vuelto*, p. 200.

⁴⁴⁹ *Netchaiev est de retour*, p.

—¿Qué verdad, Christine?

Él ya sabía la respuesta, por supuesto. Conocía la versión de los hechos que debieron presentarle a ella.

—Hace unos meses, Daniel, te mandaron a Israel a cumplir una misión. El Mossad te atrapó y consiguió convertirme en su aliado.

Daniel soltó una risita breve, más bien agria.

—¡Lo que faltaba! —dijo.

En 1974, sus camaradas de Vanguardia Proletaria le acusaron de estar manipulado por los servicios de información franceses. Ahora le acusaban de estar a sueldo del Mossad israelí. En el primer caso, lo que él quería era continuar la lucha armada. En el segundo, se trataba de lo contrario, lo que pretendía era colgar las armas. Pero no era eso lo esencial. Lo esencial era poder atribuir sus opiniones al influjo de un agente externo, de una potencia demoníaca: los servicios de inteligencia del imperialismo. Ciertamente, eso lo simplificaba todo.

Daniel trató de concentrarse, de reflexionar lo más rápidamente posible acerca de cuál sería el próximo movimiento de su adversario sobre el tablero de esta partida de ajedrez. Debían de haber supuesto que, al enterarse de la noticia de la muerte de Zapata, él iría a casa de Christine, su fiel amante, su fiel compañera de tantos años. Que allí iría él a buscar consuelo, a pedirle quizá consejo.

Por su parte, Christine, convencida de su culpabilidad, tenía que impedir que se marchara, reteniéndole allí de la manera más tradicional, haciéndose amar. Un hombre desnudo, haciendo el amor, se halla indefenso.

(...)

—*¡Es verdad que he cambiado, Christine! ¡Pero no me ha cambiado el Mossad, me ha cambiado la realidad!*

Ella no parecía haberle escuchado. Pero era normal. Debía de sentirse disgustada por haberse dejado llevar, hablando del Mossad en vez de seducirle y atraerle hacia el dormitorio. Debía de estar preguntándose cómo arreglar esta metedura de pata.

¿Dormitorio?

¡Ahí es donde debió de esconderse el tipo, en el armario, cuando sonó el timbre del apartamento!

Daniel dedicó una sonrisa amable a Christine.

—*¿Por qué traicionas a todo el mundo, querida mía?*

Christine se sobresaltó, la mirada extraviada.

—*¿Traicionar? ¿Por qué traicionar?*

—*Precisamente... ¿Por qué?*⁴⁵⁰

Sa main gauche avait glissé le long du corps de Christine. Il lui caressa le sein, le flanc, la taille, la croupe, revint sur la cuisse. Ses doigts s'arrêtèrent sur la légère protubérance d'un porte-jarretelles, sous la jupe ajustée, effleurèrent le bouton de l'agrafe qui tenait le bas. Christine s'était donc apprêtée à le recevoir. Elle s'était harnachée pour l'amour, selon les rites anciens de leur intimité. Il lui tourna le visage vers lui, l'embrassa sur la bouche, perçut son mouvement de recul, qu'elle maîtrisa, se laissant ensuite aller contre lui. Elle se blottit, ferma les yeux. Son baiser avait un goût de cendre. Mais il en profita pour regarder autour de lui, repérant les portes, les cachettes possibles. Il l'écarta, la regarda. Christine, yeux encore fermés, avait l'air d'une noyée.

— On dirait que tu es prête, murmura-t-il, lui caressant la cuisse de nouveau.

Elle ouvrit les yeux, lui sourit.

— Je t'attendais, dit-elle.

Elle se raidit soudain, comprenant qu'elle avait été trop bavarde. Pourquoi l'aurait-elle attendu ? Il n'était pas du tout question qu'il vienne, aujourd'hui. Ils avaient rendez-vous deux jours plus tard, ailleurs. On lui avait donc parlé, on l'avait prévenue.

— Qu'est-ce qu'ils t'ont dit ? Demanda-t-il à voix basse.

Elle essaya de s'esquiver. Il la retint sans ménagements. Alors, elle fit face.

— Mais la vérité, Daniel ! S'écria-t-elle.

La vérité ? Il eut envie de rire. Comme si c'était facile à dire, la vérité ! Comme si c'était simple !

— Quelle vérité, Christine ?

⁴⁵⁰ Netchaiev ha vuelto, pp. 200-201.

Il connaissait la réponse, bien sûr. Il savait quelle version des faits on avait dû lui présenter.
— Tu as été en Israël, il y a quelques mois, Daniel, en mission. Le Mossad t'a coincé et a réussi à te retourner !
Il éclata d'un rire bref, plutôt aigre.

— Mais voyons ! Dit-il.

En 1974, ses camarades de l'Avant-Garde prolétarienne l'avaient accusé d'être manipulé par les Renseignements généraux français. Aujourd'hui, on l'accusait d'être au service du Mossad israélien. Dans le premier cas, il aurait voulu continuer la lutte armée. Dans le second, tout au contraire, il était pour l'adieu aux armes. Mais ce n'était pas l'essentiel. L'essentiel, c'était qu'on pût attribuer ses opinions à l'influence d'un agent extérieur, d'une puissance démoniaque : les services policiers de l'impérialisme. Ça simplifiait tout, certes. Daniel essaya de se concentrer, de réfléchir le plus rapidement possible au prochain mouvement de l'adversaire sur l'échiquier de cette partie. Ils avaient supposé qu'il allait venir chez Christine, en apprenant la nouvelle de la mort de Zapata. Christine, son amante, sa fidèle compagne de toutes ces années. Qu'il viendrait auprès d'elle pour trouver du réconfort, peut-être pour lui demander conseil. Christine, elle, convaincue de sa culpabilité, devait le retenir ici. De la façon la plus traditionnelle, en se faisant aimer. Un homme nu, en train de faire l'amour, est sans défense. (...)

— C'est vrai que j'ai été retourné, Christine ! Mais ce n'est pas par le Mossad, c'est par le principe de réalité ! Elle n'avait pas l'air d'entendre ce qu'il disait. Mais c'était normal. Elle devait être contrariée des être trahie, en se laissant emporter à parler du Mossad, au lieu de faire la belle, de l'entraîner vers la chambre à coucher. Elle devait se demander comment rattraper cette gaffe. Chambre à coucher ? C'était dans la grande penderie que le type s'était planqué, quand il avait sonné à la porte de l'appartement ! Il sourit à Christine, gentiment.

— Pourquoi tu trahis tout le monde, ma grande ?

Elle sursauta, son regard s'affola.

— Trahir ? Pourquoi trahir ?

— Justement... Pourquoi ?⁴⁵¹

Pero, es necesario subrayar este enunciado crucial de Daniel: “*¡Es verdad que he cambiado, Christine! ¡Pero no me ha cambiado el Mossad, me ha cambiado la realidad!*”, para preguntarnos: ¿a qué realidad se refiere?, ¿hay una sola realidad?, ¿qué es la realidad? Se refiere, concretamente, a la realidad israelí, es decir, a *lo que él ha querido ver de esa realidad*. Y esto puede traducirse así: 1) como una realidad *no-toda* que él ve como *toda*; 2) como una realidad que él pretende ver objetivamente, cuando sólo puede verla subjetivamente, esto es, a través de su fantasma; 3) como una realidad que él se figura como idealmente democrática (¿lo es, con la cuestión palestina a cuestas?). Y este nuevo ideal, este nuevo significante salvador, le dará a Daniel la posibilidad de sostenerse en un nuevo Otro perfectamente legitimado (a pesar de sus múltiples incongruencias, de sus groseras imperfecciones, de su irresoluble injusticia), y, a partir de Él, redimirse como sujeto, o más precisamente, convertirse en un individuo, en una persona, en un ciudadano; si empresario, como los otros, qué mejor. No lo logrará, lo sabemos, porque morirá asesinado. Pero antes, él asesinará, sin quererlo realmente —pues Daniel no es un asesino—, llevado por las circunstancias, a aquel sicario escondido en el ropero del dormitorio de Christine. Veámoslo en un momento posterior —en una habitación de hotel—, recapitulando el hecho:

⁴⁵¹ *Netchaïev est de retour*, pp. 257-260.

Ya en la habitación, pidió caviar, salmón ahumado y vodka. Una vez servido —y decepcionado del hecho de que el servicio estuviera a cargo de personal masculino: ¡con una chica hubiera probado suerte!— tomó una ducha, muy caliente al principio y helada al final, que le devolvió las ganas de vivir. De luchar, como mínimo.

Hasta ese momento, y desde que había acribillado el cuerpo de Gómez-Cobos en el ropero de la habitación de Christine, había tratado de dejar la mente en blanco. Sus disparos habían sido contra una sombra, un enemigo sin rostro cuya presencia era una amenaza mortal. Pero cuando la sangre se puso a manar a borbotones entre la ropa femenina —roja mancha deslumbrante como una rosa fúnebre en la seda blanca de un vestido—, cuando el cuerpo se derrumbó después de haber rebotado contra el fondo del ropero empotrado, Daniel vio cómo aparecía el rostro de Gómez-Cobos, con una expresión de sorpresa total. Pablo no entendía lo que le estaba ocurriendo, no se esperaba esa tormenta de plomo. Un rictus de estupefacción le torcía el rostro.

Gómez-Cobos era un antiguo militante de los GARI, y Daniel lo conocía desde hacía mucho. Julien Serguet también lo había conocido: llegaron incluso a trabajar juntos durante un corto período de tiempo en una red antifranquista, cuando el proceso de Burgos contra ETA.

Hasta ese momento, Daniel había conseguido mantener la cabeza en blanco, dominar sus sentimientos; pero ahora, bebiendo el primer vaso de vodka delante del televisor que había puesto en marcha para ver el telediario de la una del mediodía, se puso a temblar como una hoja.

Era la primera vez que mataba a un hombre deliberadamente, a sangre fría. A un hombre cuyo rostro le era familiar, además, con el cual había conversado, hecho bromas, intercambiado cigarrillos. Anteriormente ya había matado, sin duda. Por lo menos había disparado contra blancos humanos. Pero en el transcurso de combates de verdad, en igualdad de condiciones, por así decirlo. En Nicaragua, con la guerrilla antisomocista. En el Líbano, con los palestinos, al principio de la guerra civil. También en Europa, en un par de ocasiones, se encontró metido en medio de enfrentamientos armados. Entonces había disparado para escapar de una emboscada, para abrirse paso: no era lo mismo.

Ahora acababa de matar a sangre fría, con premeditación.

Podría haber dado media vuelta enseguida, en el piso de la Rue Campagne-Première, al ver la expresión de Christine, en el momento en que adivinó que la habían puesto al corriente del asunto. Incluso podría no haber ido, ya que había deducido por adelantado, por simple razonamiento, que el apartamento de Christine era el sitio idóneo para tenderle una trampa. Pero había decidido enfrentarse. Fríamente, había hecho el cálculo de los riesgos y ventajas de semejante táctica: *sabía que tendría que matar para evitar que le mataran.*

Se bebió de un trago el primer vaso de vodka. Temblaba como una hoja.

Fue sin duda entonces cuando Daniel comprendió que no tenía escapatoria. Había perdido el alma, y su única escapatoria era la muerte, por cara que la hiciera pagar. Afloraron recuerdos a su memoria, algunas ideas tomaron forma, antiguas certidumbres se desvanecieron, aniquiladas por el peso de la realidad.⁴⁵²

Une fois dans sa chambre, il commanda du caviar, du saumon fumé et de la vodka. Lorsqu'il fut servi – déçu que le service d'étage fût assuré par des garçons, avec une fille il aurait tenté quelque chose ! –, il prit une douche, brûlante pour commencer, glacée pour finir, qui raviva son goût de vivre. Son envie de se battre, en tout cas. Jusque-là, et depuis qu'il avait troué de balles Gómez-Cobos dans la penderie, il s'était efforcé de faire à ce sujet le vide dans son esprit. Il avait tiré sur une ombre, un ennemi sans visage, dont la présence était une menace mortelle. Mais lorsque le sang avait jailli à gros bouillons sur les vêtements féminins – tache rouge éclatant comme une rose funèbre sur la soie blanche d'une robe –, lorsque le corps s'était affalé après avoir rebondi contre la paroi du placard-penderie, Daniel avait vu apparaître le visage de Gómez-Cobos, qui exprimait un étonnement sans limites. Il n'avait rien compris à ce qui lui arrivait. Pablo, il ne s'attendait pas à cet orage de plomb. Son visage était crispé par un rictus d'effarement total. Gómez-Cobos était un ancien militant des G.A.R.I., Daniel le connaissait plus ou moins bien depuis longtemps. Julien Serguet l'avait aussi connu : ils avaient même travaillé ensemble pendant une courte période, dans un réseau antifranquiste, à l'époque du procès de Burgos contre l'E.T.A. Jusque-là, Daniel avait fait le vide dans son esprit, maîtrisé ses sentiments, mais à présent,

⁴⁵² *Netchaiev ha vuelto*, pp. 206-207.

en buvant son premier verre de vodka devant la télé allumée pour le journal de treize heures, il s'était mis à trembler comme une feuille.

C'était la première fois qu'il tuait un homme de façon délibérée, de sang-froid.

Un homme dont le visage lui était familier, de surcroît, avec qui il lui était arrivé d'échanger des mots, des plaisanteries, des cigarettes. Il avait déjà tué, sans doute. Du moins avait-il tiré sur des cibles humaines. Mais ç'avait été au cours de vrais combats, à chance égale pour chacun des adversaires, en quelque sorte. Avec la guérilla anti-somoziste, au Nicaragua. Avec les Palestiniens, au début de la guerre civile, au Liban. En Europe aussi, il s'était trouvé deux ou trois fois impliqué dans des affrontements armés. Alors, il avait tiré pour se dégager d'une embuscade, pour forcer un passage : ce n'était pas la même chose. Aujourd'hui, il avait tué de sang-froid, avec préméditation. Il aurait pu s'en aller aussitôt, rue Campagne-Première, dès qu'il avait vu le visage de Christine, dès qu'il avait deviné qu'on l'avait affranchie sur son cas. Il aurait même pu ne pas y aller du tout, puisqu'il avait déduit par avance, par simple raisonnement, que l'appartement de Christine était l'endroit le plus approprié pour lui tendre un piège. Mais il avait choisi l'affrontement. Il avait calculé les risques et les avantages d'une telle tactique, froidement : il savait qu'il lui faudrait tuer pour éviter d'être tué. Il avala d'un seul trait un premier verre de vodka. Il tremblait comme une feuille. C'est sans doute à ce moment-là que Daniel Laurençon comprit qu'il n'y avait pas d'issue pour lui. Il avait perdu son âme et il n'y avait pas d'autre issue que la mort : autant la faire payer très cher. Des souvenirs affluèrent, des idées prirent forme, des certitudes anciennes s'évanouirent, foudroyées par le poids du réel.⁴⁵³

A partir de aquí, no hay nada más que consignar, salvo la muerte de Daniel, de la cual nos enteramos —cosa curiosa— en el epílogo. Es el comisario Roger Marroux, el padrastro de Daniel, quien recibe una llamada de la policía judicial.

La voz del inspector Lacourt era seca y precisa, como de costumbre.

—Comisario —decía el inspector—, en una granja muy cerca de Houdan acaba de haber una auténtica batalla campal... Parece que dos tipos han tomado por asalto la casa...

Hay muertos y heridos... En la granja, según los primeros testimonios, había al parecer un grupo de terroristas muy buscados... Entre los asaltantes hay un herido grave, Marc Laloy, o Liliental [Daniel y Marc se habían reencontrado el día anterior].

—Un muerto... Llevaba documentación falsa a nombre de Daniel Laurençon.

El comisario Marroux cerró los ojos.

Recordó el rostro de Michel Laurençon en el barracón del campo de concentración.

"Dios es impensable", había dicho Michel en un murmullo. "O si no está loco... Un tirano loco..."⁴⁵⁴

La voix de Lacourt était sèche et précise, comme d'habitude.

— Commissaire, disait l'inspecteur. Dans une ferme tout près de Houdan vient d'avoir lieu une vraie bataille rangée... Deux types semblent avoir pris d'assaut la maison... Il y a des morts, des blessés... Dans la ferme, d'après les premières constatations, il semble qu'il y avait un groupe de terroristes recherchés... Parmi les assaillants, il y a un blessé, grièvement... Marc Laloy, ou Liliental. L'inspecteur Lacourt garda le silence, une fraction de seconde.

— Un mort... Il a de faux papiers au nom de Daniel Laurençon.

Le commissaire Roger Marroux ferma les yeux. Il se souvint du visage de Michel Laurençon, dans le lit du centre de rapatriement d'Eisenach.

— Dieu est impensable impensable, avait murmuré Michel. Ou alors fou... Un tyran fou...⁴⁵⁵

⁴⁵³ *Netchaïev est de retour*, pp. 264-266.

⁴⁵⁴ *Netchaïev ha vuelto*, p. 333.

⁴⁵⁵ *Netchaïev est de retour*, pp. 426-427.

Todas estas tristes, desgarradas vicisitudes confirman la vocación trágica del personaje de Daniel Laurençon: un héroe solitario que regresa a su Ítaca personal no para recuperar su reino, sino para morir en él... o también podríamos decir: no para modificar (algo de) su destino, sino para cumplirlo a rajatabla. Pero como nuestra perspectiva dista mucho de ser griega, vamos a concluir proponiendo a Daniel Laurençon como un sujeto que no encuentra —o más bien, encuentra demasiado tarde— una “solución” a su división subjetiva, atrapado como está entre dos Otros ideológicos: el Otro del discurso terrorista y el Otro del discurso democrático, sin poder escapar a la lógica de su síntoma, regido por dos significantes que componen un binomio infernal, una disyuntiva neurótica: *lealtad y traición*; un síntoma, unos significantes que presentifican, finalmente, algo de ese real subjetivo que —como decía Lacan tratando de decir lo indecible— “no cesa de escribirse”, o bien, que “regresa siempre al mismo lugar”.

PALABRAS FINALES

Netchaiev ha vuelto (1987) es sin duda una de las críticas más implacables —en el registro de la ficción novelesca— a lo que se dio en llamar “el sueño revolucionario” de los años sesenta del siglo XX, en Francia, con Mayo del 68 como epifenómeno, y de lo que siguió en los años setenta y ochenta: los grupos de extrema izquierda —y no sólo franceses; también alemanes e italianos— que, bajo diversas preceptivas —maoísta, trotskista o leninista—, intentaron hacer una revolución. ¿Una revolución contra quién?, ¿contra qué? Contra el capitalismo, nada menos. Contra el capitalismo en tanto que modo y modelo de producción, en tanto que organización social, en tanto que hegemonía económica, ideológica y política. Una empresa imposible, cuyos protagonistas no fueron, esta vez, los campesinos (como en 1789), y tampoco los obreros (como en 1830 y 1848), sino —al menos en principio— los estudiantes; algunos de ellos se convirtieron, ya desde antes pero sobre todo después de Mayo, en militantes que osaron replantear el acuciante problema de la explotación del proletario por el propietario; o lo que es lo mismo: el problema de la división del trabajo en el modo de producción capitalista; o lo que es lo mismo: el problema de la dominación de clase que la república democrática no había resuelto (ni se había propuesto resolver). ¿Por qué?, porque —al menos en el mundo occidental— la democracia hace mancuerna con el capitalismo. Porque —y esto es lo que ocurre en realidad— lo que menos se propone la democracia es subvertir el orden que ya constituyen, en sí mismas, las clases sociales —de abajo hacia arriba: la clase campesina, la clase proletaria, la clase media y la clase capitalista—; más bien, lo que se propone es conservar ese orden, evitando los conflictos (las luchas) que pudieran suscitarse entre ellas y haciéndolas coexistir en santa paz, en nombre del desarrollo económico, o para usar la palabra mágica, el significante amo que define a la civilización occidental, en nombre del *progreso*. Es por esto que el problema de la explotación, el problema de la división del trabajo, el problema de la dominación de clase, o para resumirlo en una sola fórmula, *el problema de la estructura social*, no es en realidad un problema. Sólo es algo que de vez en cuándo hace síntoma. En Francia, en el seno de su normalidad republicana y democrática, ocurrió al menos tres veces (en 1830, 1848 y 1968), siempre bajo el significante *revolución*. Luego de este último movimiento, que como hemos dicho, no fue proletario sino proletarista —y que, en lo que respecta a Francia, sólo en el caso específico del grupo llamado Acción Directa derrapó en actos prototerroristas—, el significante *revolución* quedaría enterrado para siempre.

Pero no por eso ese síntoma desaparecería; muy por el contrario, se recrudecería hacia el final del siglo XX y el comienzo del XXI, con el advenimiento del neoliberalismo como “mutación” del capitalismo, y cuyas consecuencias —¿hace falta mencionarlas?: la subordinación de los estados a los mercados; el dominio y la rapacidad de las élites banqueras y financieras internacionales; la concentración de la riqueza planetaria en manos de esas élites⁴⁵⁶; la precarización (cuando no la depauperación) de las condiciones de vida de grandes segmentos de la población mundial; la destrucción del equilibrio ecológico (con los padecimientos subjetivos y colectivos que todo esto acarrea)— terminarían por debilitar, y en algunos casos, secuestrar, a la democracia misma.

Así pues, el entusiasmo del narrador sempruniano por la democracia —por la democracia concebida, inexactamente, como el polo opuesto a la revolución, o más aun: *como su superación dialéctica* (como si, en efecto, la democracia por sí sola hubiera resuelto o estuviera en vías de resolver el problema de fondo que plantea toda revolución, que es el problema de la estructura social, o lo que es lo mismo, el problema de la injusticia social: *un problema ciertamente irresoluble* puesto que la estructura social, precisamente en tanto que estructura, no puede ser justa)— se entiende muy bien en el contexto histórico político y social francés de 1986 [año de la redacción de *Netchaiev ha vuelto*], es decir, después del fin del movimiento revolucionario y antes del advenimiento del neoliberalismo, del que el narrador nada dice quizá porque (así lo queremos pensar) estaba apenas en proceso de incubación: (y aun así, surge una pregunta inevitable: ¿sería el narrador sempruniano, en el futuro, un defensor, o peor aun, un entusiasta del neoliberalismo por asociarlo al desarrollo político (democrático), y sobre todo, al desarrollo económico (globalizador) de los países?)

Ahora bien, si el movimiento revolucionario francés —que, tal como hemos visto, comprende dos secuencias distintas, e incluso opuestas: el *acontecimiento* de Mayo del 68 y el *programa*, o si se prefiere, el *dogma*, de los grupos de extrema izquierda— no llegó a convertirse en una revolución, fue porque, en efecto, no se trataba de un proyecto nacional, sino solamente de un sueño: el sueño compartido de un puñado de jóvenes románticos e insensatos, sin duda dogmáticos, pero también —y aunque esto parezca contradictorio— *críticos*. ¿Críticos? Sí. Y aquí hemos de

⁴⁵⁶ Para que esto no parezca mera retórica, un dato contundente: el 1% de la humanidad concentra más riqueza que el 99% restante.

referirnos no a los militantes, sino a los estudiantes que en 1968 —ese año axial— se rebelaron, y no sólo en París, sino también en otras ciudades del mundo (México incluida), contra sus respectivos gobiernos (democráticos, como el francés, o burocráticos, como el mexicano), y también, implícitamente, contra sus respectivas sociedades, las cuales habían engendrado esos gobiernos; sociedades y gobiernos de Occidente (Francia) y de sus periferias (México), que estaban más o menos alineados al —y alienados en— el discurso del progreso; un progreso económico y tecnológico que, ya desde entonces (desde siempre), no era para todos: no para los sectores sociales que componían la base de la estructura (necesaria y fatalmente piramidal): campesinos, proletarios y... estudiantes. Pero no sólo eso: un progreso que —como señalaba Octavio Paz en 1969⁴⁵⁷— había empezado a mostrar su verdadero rostro: “un rostro en blanco, sin facciones”. Y es que, más allá de las razones ideológicas y de los objetivos específicos y circunstanciales de los jóvenes contestatarios de París y de México, de Varsovia y de Nueva York, de Berlín y de Tokio, de Praga y de Montevideo, el sentido profundo de la rebelión estudiantil de 1968 fue —sostiene Paz— el de *cuestionar la filosofía del progreso* —fundamento de la edad moderna—, señalando su extravío, su dislocación respecto al ser. Para entender esto (es decir, para no descartarlo simplista o prejuiciosamente), es necesario reproducir algunos párrafos que preceden a esta tesis fundamental, misma que apoya nuestra riesgosa afirmación de marras: que los estudiantes sesentayochistas, especialmente los franceses, hicieron una verdadera *crítica* —no en teoría, sino en *acto*— del estado de cosas reinante, o mejor dicho, del funcionamiento del mundo civilizado, al punto de que lograron poner en crisis, si bien sólo por un par de meses (mayo y junio), ese estado de cosas, ese funcionamiento. Dicho en términos psicoanalíticos: ellos encarnaron el síntoma (social) que puso en evidencia lo real del sistema; eso que la filosofía del progreso —aunque sería más preciso decir la *ideología* del progreso— había velado hasta casi desaparecerlo. Veamos:

- En primer lugar, Paz hace notar la *paradoja* en que consiste ser estudiante:

Durante los largos años que pasan aislados en universidades y escuelas superiores, los muchachos y las muchachas viven en una situación artificial, mitad como reclusos privilegiados y mitad como irresponsables peligrosos. Añádase la aglomeración extraordinaria en los centros de estudio y otras circunstancias bien conocidas y que operan como factores de segregación: *seres reales en un mundo irreal*. Es verdad que la enajenación juvenil no es sino una de las formas (y de las más benévolas) de la enajenación que impone a todos

⁴⁵⁷ En *Posdata*, México, FCE, 1970, p. 57.

la sociedad tecnológica. También lo es que, debido a la irrealidad misma de su situación, habitantes de una suerte de laboratorio en donde no rigen del todo las reglas de la sociedad de afuera, los estudiantes pueden reflexionar sobre su estado y, asimismo, sobre el mundo que los rodea. La Universidad es, a un tiempo, el objeto y la condición de la crítica juvenil. El objeto de la crítica porque es una institución que segrega a los jóvenes de la vida colectiva y que así, en esa segregación, anticipa en cierto modo su futura enajenación; los jóvenes descubren que la sociedad moderna fragmenta y separa a los hombres: el sistema no puede, por razón de su naturaleza misma, crear una verdadera comunidad. La condición de la crítica porque, sin la distancia que establece la Universidad entre los jóvenes y la sociedad exterior, no habría posibilidad de crítica y los estudiantes ingresarían inmediatamente en el circuito mecánico de la producción y el consumo. Contradicción insalvable: si la Universidad desapareciese, desaparecería la posibilidad de la crítica: al mismo tiempo, su existencia es una prueba—y más: una garantía—de la permanencia del objeto de la crítica, es decir, de aquello cuya desaparición se desea. La rebelión juvenil oscila entre estos dos extremos: su crítica es real, su acción es irreal. Su crítica da en el blanco pero su acción no puede cambiar a la sociedad (...)⁴⁵⁸

- Después, hace un diagnóstico de la sociedad capitalista y tecnológica:

Año axial, 1968 mostró la universalidad de la protesta y su final irrealidad: ataraxia y estallido, explosión que se disipa, violencia que es una nueva enajenación [ejemplo de esto son los grupos de extrema izquierda que quisieron llevar a cabo un programa revolucionario, es decir, que desembocaron, tal como preveía Lacan, en un nuevo discurso del amo]. Si las explosiones son parte del sistema, también lo son las represiones y el letargo, voluntario o forzado, que las sucede. *La enfermedad que roea nuestras sociedades es constitucional y congénita, no algo que le venga de fuera. Es una enfermedad que ha resistido a todos los diagnósticos, lo mismo a los de aquellos que se reclaman de Marx que a los de aquellos que se dicen herederos de Tocqueville. Extraño padecimiento que nos condena a desarrollarnos y a prosperar sin cesar para así multiplicar nuestras contradicciones, enconar nuestras llagas y exacerbar nuestra inclinación a la destrucción. La filosofía del progreso muestra al fin su verdadero rostro: un rostro en blanco, sin facciones. Ahora sabemos que el reino del progreso no es de este mundo: el paraíso que nos promete está en el futuro, un futuro intocable, inalcanzable, perpetuo. El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica pero ha deshabitado la vida de los hombres. Nos ha dado más cosas, no más ser.*

- Y por último, descifra el sentido profundo de la rebelión juvenil:

El sentido profundo de la protesta juvenil —sin ignorar ni sus razones ni sus objetivos inmediatos y circunstanciales— consiste en haber opuesto al fantasma del futuro —del progreso—, la realidad espontánea del *ahora*. La irrupción del ahora significa la aparición, en el centro de la vida contemporánea, de la palabra prohibida, la palabra maldita: *placer*. Una palabra no menos explosiva y no menos hermosa que la palabra *justicia* (...) *Por primera vez desde que nació la filosofía del progreso de las ruinas del universo medieval, precisamente en el seno de la sociedad más avanzada y progresista del mundo, los Estados Unidos, los jóvenes se preguntan sobre la validez y el sentido de los principios que han fundado a la edad moderna.*

Esta pregunta no revela ni odio a la razón y la ciencia ni nostalgia por el período neolítico (aunque el neolítico fue, según Lévi-Strauss y otros antropólogos, probablemente la única época feliz que hayan conocido los hombres). Al contrario, es una pregunta que sólo una sociedad tecnológica puede hacerse y de cuya contestación

⁴⁵⁸ Así pues, la paradoja en que consiste ser estudiante es —¿era?— cultivar durante años, y con denuedo, un espíritu crítico al que, necesaria y fatalmente, iban a tener que renunciar al salir de la Universidad y entrar en el mundo real, o sea, “en el circuito mecánico de la producción y el consumo”; al someterse a las reglas de esa sociedad incongruente a la que antes, en las aulas, se había diseccionado con bellas teorías y conceptos. Y esto por una razón: el espíritu crítico es impopular, por subversivo; y más aun: es intolerable para el amo; por eso es “algo cuya desaparición [en el fondo, en lo *no dicho*] se desea”.

depende la suerte del mundo que hemos edificado: pasado, presente y futuro, ¿cuál es el verdadero tiempo del hombre, en dónde está su reino? Y si su reino es el presente, ¿cómo insertar el *ahora*, por naturaleza explosivo y orgiástico, en el tiempo histórico. La sociedad moderna ha de contestar a estas preguntas sobre el ahora —*ahora mismo*. La otra alternativa es perecer en un estallido suicida o hundirse más y más en el ruinoso proceso actual en el que la producción de bienes amenaza ser ya inferior a la producción de desechos.

La universalidad de la protesta juvenil no impide que asuma características específicas en cada región del mundo. *El movimiento juvenil en los Estados Unidos y en Europa contiene, según acabo de explicar, preguntas implícitas y no formuladas que atañen a los fundamentos mismos de la edad moderna y a lo que, desde el siglo XVIII, constituye su principio rector. Esas preguntas aparecen muy diluidas en los países de Europa Oriental y no aparecen del todo, excepto como slogans vacíos, en América Latina. La razón es clara: los norteamericanos y los europeos son los únicos que tienen realmente una experiencia completa de lo que es y significa el progreso. En Occidente, los jóvenes se rebelan contra los mecanismos de la sociedad tecnológica: contra su mundo tantálico de objetos que se gastan y disipan apenas los poseemos —como si fuesen una involuntaria y concluyente confirmación del carácter ilusorio que atribuyen a la realidad los budistas— y contra la violencia abierta o solapada que esa sociedad ejerce sobre sus minorías y, en el exterior, sobre otros pueblos.*

¿Y qué decir de los militantes, aquellos que, habiendo participado en el acontecimiento, lo convirtieron (lo pervirtieron) después en un programa, o peor aún, en un dogma?. ¿Qué decir, precisamente, de los personajes de nuestra novela, los cuales integraron uno de esos grupos de extrema izquierda que, pese a sus acciones radicales, *no llegó a ser un grupo terrorista*? ¿Les queda, a ellos también, el adjetivo de “críticos”? No, desde luego. Pues nadie que sea verdaderamente crítico se deja *decir* por un discurso, por más crítico que éste parezca ser, en este caso, el discurso revolucionario, tan ideológico y tan cuestionable, por lo tanto, en sus efectos de verdad, como cualquier otro discurso. Pero —y he aquí la cuestión sobre la que hemos trabajado—: *ser sujeto es, precisamente, ser sujeto del discurso*; del discurso de un Otro que ya existía antes que el sujeto; de un discurso originado en otra parte (*ailleurs*), con el cual un sujeto se identifica y se da a sí mismo una consistencia, y por lo tanto, una existencia, un ser imaginario y simbólico en ese Otro, a despecho de su real subjetivo, inconsciente, que desconoce y que apunta, más bien, hacia su inconsistencia, hacia lo que ex-siste en él, eso que está fuera de sentido.

Pues bien, a esos sujetos, a esos militantes revolucionarios, necesariamente dogmáticos, dirige sus críticas el narrador sempruniano, y no sin cierta razón, pues en ellos ya no hay crítica, sino pura ideología tomada como verdad (y esto, amén del hecho de que la violencia armada, aun siendo justiciera, es difícilmente justificable). Pero también es verdad que abusa al poner a todos los revolucionarios en el mismo saco —tan empeñado está en su tarea de construir la imagen, o mejor dicho, la figura, del revolucionario universal—, y al pretender que todos sean —hayan sido— tan obtusos y fanáticos como el ruso Serghéi Genádievitch Netcháiev, operación

mediante la cual puede denominarlos *ya* como terroristas. Como si no hubiera habido una línea divisoria entre la lucha revolucionaria y el terrorismo puro y duro; como si, además de un goce autista de destrucción, no hubiera habido, también, un genuino deseo de justicia social, o —como en el caso de tantos guerrilleros latinoamericanos, africanos y asiáticos— una impostergable necesidad de resistir a una dictadura militar.

Y en este sentido, es imposible no contrastar la posición implacable y paternalista del narrador sempruniano (que acaso también haya sido la del propio Semprún) respecto al “sueño revolucionario” de aquellos años en *Netchaiev ha vuelto*, de 1987, con la posición mucho más sensible e indulgente de Cohn-Bendit en su libro *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, publicado apenas un año antes, en 1986. Hacia el final, el ex-revolucionario judío de doble nacionalidad (alemana y francesa) —quien al cabo de un tiempo se convertiría en alcalde, y finalmente en eurodiputado—, pide la amnistía para todos sus antiguos compañeros de lucha encarcelados o fugitivos, en nombre de un “humanismo” que, dice él, debiera ser intrínseco a la democracia.

Ahora bien, lo que el narrador sempruniano no critica ni por un momento es el hecho de que tres de los cinco personajes de su relato, aquellos testarudos jóvenes revolucionarios que querían cambiar el mundo, se hayan convertido, al cabo de unos años, no en simples demócratas, sino en indolentes empresarios perfectamente adaptados a él. Esta parece ser, a sus ojos, una mutación natural, por no decir una *evolución* que ya no es sólo ideológica, sino personal. Lo que él mismo caracteriza como un “éxito”. Y nosotros nos preguntamos: ¿lo es verdaderamente?; ¿es esa la concepción del éxito que tiene el narrador sempruniano?; ¿es, así pues, la figura del empresario la figura paradigmática de la democracia, o mejor aún, la figura paradigmática del progreso, entendido unívocamente, a la manera occidental?

En cuanto a la figura del terrorista, no hay mucho qué decir: es una figura trágica y aborrecible de la que Daniel Laurençon pretende escapar cuando ya es demasiado tarde, cuando ya se ha posicionado, subjetivamente, como “un hombre perdido”. Y a este respecto, conviene recordar ese momento del relato en el que, luego de leer “de un tirón” el libro de Cohn-Bendit, en su cuarto de hotel en París, una vez que *ha vuelto*, Daniel considera la posibilidad de viajar inmediatamente a Frankfurt (donde Cohn-Bendit es alcalde) para buscarlo y “ponerse en sus

manos”, pues, en efecto: “de todos los sobrevivientes del 68, él (*Dany le Rouge*), era sin duda el más inteligente, el que mejor había sabido distanciarse de la locura de antaño, sin dejar de ser fiel al núcleo racional de aquella locura; ¿o habría que decir lo contrario: al núcleo utópico de la razón de antaño? Daba igual. Cohn-Bendit podría brindarle buenos consejos.”⁴⁵⁹; pero Daniel desecha la ocurrencia y se queda en París para cumplir su destino, que no es otro que el de ser finalmente asesinado.

Para concluir, diremos que esta implacable crítica sempruniana al “sueño revolucionario”, con toda su arrogancia y su estulticia y aun su criminalidad —como se esfuerza en dejar bien claro el narrador—, se queda precisamente en eso: en una crítica tendenciosa y unilateral, pues no considera el otro lado del asunto: la arrogancia, la estulticia y la criminalidad del “sueño neoliberal”, por más democrático que este aparente ser. Pero hay que decir asimismo que esto, lo específicamente *ideológico*, es independiente de la calidad de la novela, de su valor como obra literaria; ésta, como decíamos en las palabras preliminares de este trabajo, forma parte de una obra mayor, que es la de Jorge Semprún, uno de los autores más singulares de la literatura española... y de la literatura francesa. Una obra híbrida, sin duda, cuyo lugar en el canon de la literatura universal no es —creemos— el que se merece.

⁴⁵⁹ *Netchaiev ha vuelto*, p. 196.

BIBLIOGRAFÍA

De Jorge Semprún

SEMPRÚN, Jorge, *Netchaïev est de retour*, Paris, Éditions Jean-Claude Lattès, 1987.

_____, *Netchaïev ha vuelto*, Barcelona, Tusquets, 1988.

_____, *L'écriture ou la vie*, Paris, Gallimard, 1994.

_____, *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995.

_____, *Quel beau dimanche*, Barcelona, Tusquets, 1980

_____, *Aquel domingo*, Barcelona, Tusquets, 1999.

_____, *Le mort qu'il faut*, Barcelona, Tusquets, 2000

_____, *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets, 2001.

Sobre Jorge Semprún

AUGSTEIN, Fransizka, *Lealtad y traición: Jorge Semprún y su siglo*, Barcelona, Tusquets, 2010.

CAYUELA Gally, Ricardo, «La memoria como escritura: Entrevista con Jorge Semprún», en *Letras Libres*, septiembre de 2003.

MALPARTIDA, Juan, reseña de “Lealtad y traición: Jorge Semprún y su siglo”, de Fransizka Augstein”, en *Letras Libres*, enero de 2011.

VARGAS LLOSA, et al., “Las vidas de Jorge Semprún”, en *Letras Libres*, julio de 2011.

- ANOUILH, Jean, *Antigone* (1942), Éditions de la Table Ronde, Paris, 2000.
- ALTHUSSER, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (1970), Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- ARISTÓTELES, *Retórica* (367 a.c.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- BAUMAN, Zygmunt, y DESSAL, Gustavo, *El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*, Madrid, FCE, 2014.
- BRAUNSTEIN, Néstor, *Psicología: ideología, ciencia*, México, Siglo XXI, 1975.
_____, *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*, México, Siglo XXI, 1980.
_____, *Por el camino de Freud*, México, Siglo XXI, 2001.
_____, *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*, México, Siglo XXI, 2012.
_____, *Clasificar en psiquiatría*, México, Siglo XXI, 2013.
- BRODSKY, Graciela, comp., *La clínica y lo real*, Buenos Aires, Grama, 2015.
- BUTLER, Judith, *El grito de Antígona*, Barcelona, El Roure, 2001.
- COHN-BENDIT, Daniel, *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- COSENZA, Domenico, *Jacques Lacan y el problema de la técnica en psicoanálisis*, Madrid, Gredos, 2008.
- DESCARTES, René, *Reglas para la dirección del espíritu* (1629)
_____, *El discurso del método* (1637)
_____, *Meditaciones metafísicas* (1641)
- DOSTOIEVSKI, Fiódor, *Los demonios* (1872), Madrid, Alianza Editorial, 2011.

FERRER, Margarita María, *Antígona, de Jean Anouilh. Una lectura desde la estética de la recepción*, Universidad de Salamanca, 2010.

FREUD, Sigmund, “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras Completas, Tomo XX*, pp. 91-92, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

GADAMER, Hans-Georg, *El estado oculto de la salud*, Barcelona, Gedisa, 1993.

GEREZ AMBERTÍN, Matha *Las voces del superyó*, Buenos Aires, Letra Viva, 2007.

De GONDI, Jean-Francois Paul (Cardenal de Retz), *Mémoires*, París, Gallimard, “Bibliothèque de la Pléiade”, 2012.

HANOTEAU, Guillaume, *Les nuits qui ont fait Paris, un demi-siècle de théâtre*, Paris, Fayard, 1971.

HERRERA GUIDO, Rosario, *Po(ética) del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 2008.

LACAN, Jacques, *Escritos 1 (1966)* México, Siglo XXI, 2009

_____, *Escritos 2 (1966)* México, Siglo XXI, 2009.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, FCE, 2004.

LOMBARDI, Gabriel, *La libertad en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2015.

MILLER, Jacques-Alain, *Matemas I*, Buenos Aires, Manantial, 2010.

MILNER, Jean-Claude, *La arrogancia del presente: miradas sobre una década: 1965-1975*, Buenos Aires, Manantial, 2010.

MONGIN, Olivier, « Citizen July et Libération à travers les « trente bouleversantes », en *Esprit*, août/septembre, 2006.

NETCHAIEV, Serghéi Genádievitch, *Catecismo revolucionario* (1868), Barcelona, La Felguera, 2014.

NIZAN, Paul, *La conspiración* (1938), Barcelona, Icaria editorial, 1978.

RENÉ, Raymond, *Histoire de France. Notre siècle de 1918 à 1991, "Vichy et la révolution nationale" y "La dérive et le salut"*, Nouvelle Édition, Paris, 1991.

SCOTT LEE, Jonathan, "La filosofía después de Lacan", en *El discurso del psicoanálisis*, Néstor Braunstein, coord., México, Siglo XXI, 1986.

SHAKESPEARE, William, *Hamlet* (1603), Madrid, Cátedra, 2000.

WITTGENSTEIN, Ludwig, *Tractatus Logico Philosophicus* (1921), Madrid, Alianza Editorial, 2012.

ŽIŽEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 1989.

_____, *La nueva lucha de clases*, Barcelona, Anagrama, 2016.

_____, *Acontecimiento*, Madrid, Sexto Piso, 2014.